

ELIZABETH ADLER

AHORA



O

NUNCA

Un detective y una periodista
enfrentan un caso espeluznante

Lectulandia

Tres jóvenes estudiantes. Las tres asisten a la misma universidad. Las tres se convertirán en víctimas de un individuo monstruoso que después de secuestrarlas, arrancarles el pelo y cortarles las venas, las violará y las abandonará, dejándolas morir en la más absoluta soledad.

Harry Jordan, detective de la policía de Boston, sospecha que se trata de la obra de un asesino en serie. Pero no cuenta con ninguna prueba en la que basarse, más que el retrato robot confeccionado por la policía. Para llevar a cabo su plan necesita el apoyo de los medios de comunicación de todo el país.

Conocida como «la detective de la TV», Mallory Malone ha ganado fama gracias a su capacidad para estudiar olvidados casos de asesinato reconstruyendo los hechos en su programa y finalmente capturando al asesino. Pero su personalidad arrolladora y su aire desdeñoso ocultan en realidad un antiguo secreto y convertirán su encuentro con el detective en un cortocircuito de pasión y lujuria.

Aunque no lo saben, el asesino se encuentra muy cerca.

Lectulandia

Elizabeth Adler

Ahora o nunca

ePub r1.0

Titivillus 05.06.18

Título original: *Now or Never*
Elizabeth Adler, 1999
Traducción: Edith Zilli
Ilustraciones: Verónica López
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Si es ahora, no ha de venir;
si no ha de venir, será ahora;
si no es ahora, aun así vendrá:
todo está en la disposición.

SHAKESPEARE: *Hamlet*

Capítulo 1

La noche era fresca, oscura y sin luna, con una leve brisa que alzaba la cabellera castaña de la muchacha. Él la miró cruzar lentamente el aparcamiento de la universidad, hacia el pequeño descapotable Miata, de color rojo. Sus binoculares de visión nocturna captaban todos los detalles. Aunque era tarde (bastante pasada la medianoche) y el aparcamiento estaba lleno de sombras, aquellos pies calzados de zapatillas parecían arrastrarse, como si ella estuviera demasiado fatigada para pensar siquiera en posibles peligros.

A él le encantó... Le encantaba esa pasmosa inocencia con que caminaba hacia él, sin sospechar.

Lo sabía todo sobre ella. La había observado durante semanas enteras, trazando planes para esa noche. Conocía su domicilio: el apartamento, fuera del campus, que compartía con otras dos estudiantes. Conocía la distribución de ese apartamento.

Había inspeccionado el caos de su cuarto, en cuya cama se tendió para olfatear, en las sábanas, el leve aroma de su cuerpo joven y lozano. Para conservar ese recuerdo, esa señal que provocaba la excitación que estaba a punto de culminar, robó unas bragas de entre la ropa sucia amontonada en el suelo y las apretó contra su cara, en un tormento de pasión trémula que lo llevó al límite.

Se dominó, reservando el salvaje placer y el dolor para más adelante, y echó una mirada de disgusto a esa revuelta madriguera de estudiantes: los ceniceros desbordantes, las latas de coca-cola vacías, las cajas de *pizza* y el amontonamiento de discos compactos, velas y ropa sucia que cubría todos los lugares posibles. Se preguntó, asqueado, cómo era posible que ella viviera así. Después de guardar las bragas de algodón en el bolsillo, volvió a cruzar tranquilamente la puerta-ventana y el patio, hacia el callejón, y se alejó de allí.

Conocía sus horarios de clase; sabía que la muchacha estaba cursando el ciclo preparatorio de Medicina y que, en la secundaria de Baltimore, había sido la mejor alumna de su clase. Conocía su nombre; sabía que usaba ropa interior de Calvin Klein, remeras Gap y zapatillas Converse rojas. Sabía dónde compraba su café y su panecillo de moras, todas las mañanas, adonde iba por la noche y a qué hora se acostaba. También sabía que ella no tenía novio, que rara vez salía con muchachos y que estaba inmersa en sus estudios para los exámenes finales del semestre. Y que por eso arrastraba los pies al cruzar el aparcamiento, en dirección a él. Estaba exhausta.

Él tenía puesto su «uniforme»: un jersey negro de cuello alto, de buena calidad, como los que usan los esquiadores; un pasamontañas negro que le cubría la cabeza y la cara, dejando solo ranuras para el viento; pantalones negros para gimnasia y zapatillas negras también. Mientras esperaba, agazapado en la parte trasera del Miata, su ritmo cardíaco se iba acelerando; por fin lo inundó la oleada de adrenalina.

Mantuvo los ojos pegados a los binoculares, que le permitían ver todos los detalles. Cómo se movían los pechos bajo la camisa blanca. El modo en que las

calzas negras le delineaban los muslos, adhiriéndose a su pubis. La expresión fatigada de su cara bonita, cuando echó una última calada al cigarrillo antes de arrojarlo al suelo.

La colilla encendida quedó ardiendo allí, muy roja, y él frunció el entrecejo, enfadado por tanta irresponsabilidad y falta de pulcritud. La vio echar una mirada cautelosa a la furgoneta Volvo, de color gris plomo, bien lustrada, que él había aparcado junto al Miata. Por su expresión fugaz, comprendió que sentía temor; para ella era la esencia de la respetabilidad suburbana de Boston, gente de su hogar, que no ofrecía peligro.

Apretando la bolsa con los libros contra el pecho, buscó la llave y la introdujo en la cerradura para abrir la puerta. Él contuvo la respiración, encogiéndose aún más. ¿Revisaría ella la parte trasera? En todo caso, él estaba preparado.

La chica arrojó la pesada bolsa de libros al asiento vecino, con un gruñido de alivio; luego puso la llave en el contacto y buscó a tientas otro cigarrillo.

Para él era un motivo de orgullo que la víctima no supiera qué había pasado. Un veloz y experto golpe en la carótida cortó momentáneamente el flujo de sangre hacia el cerebro. El paquete de cigarrillos cayó de su mano y ella se curvó hacia adelante, sin sentido, golpeando su frente contra el volante.

Él tiró de su cabellera castaña para erguirla contra el respaldo y frunció el entrecejo al ver el moretón, que ya estaba tomando un tono purpúreo. Le gustaba que sus muchachas estuvieran prístinas, sin marcas. Salió de la parte trasera, maldiciendo por lo bajo la pequeñez del Miata. Luego abrió la portezuela izquierda para sacarla del asiento de conductor. Durante algunos segundos se limitó a sostenerla en brazos, disfrutando de su indefensión, maravillado por su ingravidez, por su suavidad, por los femeninos olores mezclados del perfume y el lápiz labial. Luego la acomodó en el fondo del Volvo, se apresuró a cerrarle la boca y ligarle las muñecas con esparadrapo y la cubrió con una oscura manta a cuadros.

La colilla de cigarrillo aún ardía en la noche. Después de apagarla con un pisotón, la levantó para arrojarla al cubo de basuras más cercano.

Una vez cerrada la portezuela trasera, subió al asiento del conductor y puso el seguro a las otras. Luego se quitó el pasamontañas negro, que reemplazó por una discreta bufanda de seda a cuadros y una chaqueta de mezclilla de buena calidad pero bastante gastada. Mientras se pasaba las manos por el pelo, echó una última mirada por encima del hombro antes de poner el coche en marcha y dirigirse hacia la salida. Todo estaba tranquilo. Dejó escapar un suspiro satisfecho y pulsó el botón del reproductor de CD, llenando el vehículo con una delicada cantata de Bach, en tanto giraba hacia la izquierda.

El trayecto era largo (más de una hora), pero agradable. Como un experto, seguía mentalmente la complicada geometría de la música, marcando el ritmo con la cabeza. Sonreía al pensar en *su chica*, que «dormía» en la parte trasera, esperándolo. Sacó las bragas del bolsillo y se las llevó a la cara para inhalar su olor, estimulándose con la

promesa de los placeres venideros.

Cruzó todo Gloucester y luego Rockport; algo más al norte, costa arriba, aminoró la velocidad para circular por la desierta calle principal de una población pequeña. Ochocientos metros más allá se desvió por un camino secundario que conducía a la playa, donde aparcó al socaire de un pequeño muelle de madera.

Echó un vistazo rápido a las tres o cuatro embarcaciones, atento al suave batir del mar en la playa y al chapoteo de las olas contra los cascos. No había más luz que la de las estrellas y una vaga fosforescencia, suspendida sobre el mar.

Después de quitarse la chaqueta y la bufanda, bajó del coche para abrir la portezuela trasera. Echó un vistazo a la esfera luminosa de su reloj. Eran las dos y media. Ella seguía tal como la dejara, con los ojos cerrados, pálida la bonita cara bajo el pelo largo y oscuro. «Qué pelo tan suave —pensó, haciendo correr las hebras lustrosas por entre los dedos—. ¡Qué pelo tan largo, hermoso y *detestable!*».

La sacó rudamente del vehículo y volvió a alzarla en vilo. Le apoyó una mano contra la cara, deslizando un dedo por esa piel joven y suave. Ella parpadeó, gimiendo. De pronto lo miró.

Tenía los ojos azules, pero las pupilas dilatadas los tornaban casi negros y tenía dificultades para enfocar la visión. Maldiciéndose por no haberse puesto el pasamontañas, se apresuró a cubrirle la cara con la manta y la cargó hasta la playa.

La dejó junto al descascarado muelle de madera y volvió a golpearle el cuello con la mano. La chica dejó caer la cabeza; estaba inconsciente. Le quitó el esparadrapo de las manos y le pegó una y otra vez, castigándola con una furia de puñetazos en la cabeza, la cara y los pechos. Hizo una pausa en la tarea, con la respiración acelerada. Luego, con dedos trémulos, le desabotonó la camisa.

Se sentó sobre los talones para observarla. Los pechos eran pequeños: dos perfectas esferas de pezones rosados, con feas marcas azules y rojas, dejadas por sus golpes. Con un grito de angustia, se arrojó sobre ella para morder y chupar sus pechos con maniática ferocidad.

Después de un rato, incorporándose, sacó un cuchillo pequeño, inmaculadamente limpio, y guardó la vaina de plástico en el bolsillo. Probó el filo en el dedo con un suspiro satisfecho. Luego levantó a tirones la cabeza de la chica y comenzó a cortar el pelo con sistemáticos navajazos. Le llevó tres o cuatro minutos, que disfrutó segundo a segundo. A veces pensaba que esa era la mejor parte. Rio al contemplarla así, semidesnuda, con la cabeza esquilada, indefensa ante él. Era un canto de puro placer.

Luego le quitó las calzas negras, ya con prisa; casi no podía esperar, porque la urgencia se le acumulaba adentro. Le bajó las bragas, idénticas a las que había robado del cuarto, y miró fijamente esa enredada mata de vello oscuro, trémulo de expectativa. Él no llevaba ropa interior bajo los pantalones negros de gimnasia; en un segundo estuvo sobre ella, pujando hacia adentro, maldiciendo su estrechez, glorificándose con su olor: odiándola.

Pujó una y otra vez. Era casi demasiado, casi insoportable; con el alarido trepidando adentro, se detuvo una fracción de segundo.

Tenía en la mano el delgado cuchillo. Le puso las palmas hacia arriba y, con veloz eficiencia, cortó primero la muñeca derecha; luego, la izquierda. La rica sangre salió a borbotones, pulsando al compás de su terrorífico orgasmo.

Se sentó sobre los talones, aún estremecido. No había en el mundo otra sensación igual a esa. A ese perfecto instante de poder.

Un ruido hizo que volviera bruscamente la cabeza. Había alguien en la playa. Vio el haz de luz de una linterna, oyó voces de hombres. Se apartó de un brinco.

Al oír ese ruido, el pescador que caminaba por la playa levantó la linterna. Durante una fracción de segundo, la cara del hombre quedó atrapada en su rayo, con la mirada fija, como la del venado que se encuentra ante los faros de un coche.

Luego viró en redondo y echó a correr. Abrió bruscamente la portezuela del auto y, mientras ponía el motor en marcha, arrojó el cuchillo al suelo. Con las luces apagadas, puso el coche en dirección contraria y salió disparado por el camino de tierra.

—¡Mira cómo vuela ese tío, Frank! ¿No te parece raro? —dijo Jess Douglas a su amigo.

—Como murciélago salido del infierno —se maravilló Frank Mitchell—. Me parece que ha habido mucho magreo por aquí.

Sus risotadas levantaron ecos sobre el golpear de las olas, en tanto ellos recogían el aparejo de pesca y se dirigían hacia el muelle y el barco.

El haz de luz de la linterna de Jesse se acortó al dar contra el cuerpo desnudo y despatarrado de la chica, iluminando, como en una película de terror en blanco y negro, los parches oscuros en la arena, alrededor de las manos, y la sangre que aún manaba de sus muñecas.

—Buen Dios —dijo Frank, estremecido—. Oh, buen Dios, mira esto.

Jess dejó caer el aparejo de pesca para apoyarle los dedos en el cuello, buscando el pulso.

—Aún vive —murmuró—. Ese cretino le ha cortado las venas. Dame tu pañuelo, Frank. De prisa, hombre.

Frank se arrancó del cuello la bufanda de algodón para entregársela.

—Afortunadamente, fui *boyscout* —murmuró Jess, mientras le aplicaba un torpe torniquete en la muñeca izquierda.

Indicó a Frank que apretara la vena, aunque no serviría de mucho.

—¡Cristo! —Exclamó, secándose en la frente, el sudor del miedo y el espanto—. Ahora me explico por qué ese hijo de puta huía de ese modo. Casi la ha matado. Tenemos que pedir ayuda, Frank. Tú sujeta el brazo a esa chica, por lo que más quieras, mientras yo corro a la cabina de la playa.

—¿Y si él vuelve? —Frank miraba con inquietud hacia la oscuridad.

—¿Tienes miedo? —preguntó Jess, levantándose.

—¡Qué te parece!

—Yo también. —Jess ya iba playa abajo, a paso lento—. Si ese cretino vuelve, dale una buena, Frank. Tu vida o la suya, recuerda. Lo único que te pido es que no saques el dedo de esa vena. Hasta que llegue el auxilio.

Capítulo 2

El perro, un gran siberiano plateado y blanco, de ojos asombrosamente azules, salió deslizándose debajo de la cama. Permaneció en posición de alerta, con las orejas erguidas y la lengua colgando, fija la vista en el indicador digital del radio-despertador, que parpadeaba en verde: 4:57... 4:58... 4:59... 5:00.

Entonces levantó velozmente la pata delantera, tocando el botón de alarma.

El detective Harry Jordan, de la policía de Boston, División Homicidios, rodó hasta quedar de espaldas, con los ojos aún fuertemente cerrados. El perro lo observaba, esperando un nuevo movimiento. Como no lo hubo, subió de un salto a la cama y se echó, con la cabeza apoyada en el pecho de Harry y los ojos clavados en su cara.

Diez minutos después volvió a sonar la alarma. Esta vez el perro la dejó sonar.

Harry abrió inmediatamente los ojos grises y se encontró con los del siberiano. El perro meneó la cola lentamente, pero no apartó la cabeza de su pecho.

Harry lanzó un gruñido. Los ojos que había estado mirando en su sueño no correspondían a un siberiano.

—De acuerdo, ya me levanto —dijo, revolviéndole el denso pelaje del cuello.

Sacó las piernas de la cama, desperezándose con fruición. Luego caminó descalzo hasta la ventana, para inspeccionar la aurora como de peltre.

Harry Jordan, desnudo, era un estupendo espectáculo. Tenía cuarenta años, un metro ochenta y cinco de estatura y ochenta y un kilos de puro músculo, pese a su estricta dieta de porquerías comidas en la cantina de Ruby, a la vuelta de la estación de policía. Su pelo era oscuro y rebelde; tenía ojos serenos, de color gris oscuro, y generalmente barba de un día.

Sus colegas lo llamaban «el Profe», porque se había graduado de abogado en Harvard, pero lo que más les impresionaba eran sus hazañas de futbolista, de las que aún se hablaba con gran respeto. Lo que no sabían, porque él se lo había reservado (además, ya no le parecía importante) era que Harry había heredado mucho dinero.

El abuelo le había dejado un fondo en fideicomiso del que pudo disponer, finalmente, al cumplir los treinta años, junto con la vieja y bella casa de Beacon Hill. Harry habría podido disfrutar más de ese dinero a los veinte años, pero tal vez su abuelo estaba en lo cierto: si hubiera podido echarle mano a esa edad, a estas horas lo habría gastado todo en coches veloces y mujeres fáciles... y en buscarse a sí mismo. De ese modo había tenido que buscarse por el camino más difícil.

No olvidaría jamás las palabras que le había dicho su padre cuando él estuvo a punto de suspender ese primer año de abogacía:

—¿Por qué diablos no apartas el cerebro de los cojones y lo pones a trabajar? —Fueron sus coléricas palabras—. Abróchate la bragueta, Harry. Devuélveme las llaves del Porsche, pega el culo a una silla de la biblioteca y estudia, hombre.

Al final Harry se enderezó. Después de recibir su diploma de abogado, ingresó en

el bufete de la familia. Cuando no pudo aguantar más, renunció para entrar como novato en el Departamento de Policía de Boston.

Cuando se le preguntó por qué, tanto su padre como el oficial de reclutamiento recibieron la misma respuesta: «Los abogados ya no se ocupan de la justicia. Se limitan a armar galimatías legales, a buscar tecnicismos para que los culpables salgan en libertad y a embolsar sus buenos honorarios. Al menos de este modo tendré la satisfacción de atrapar a los criminales».

Y lo hacía. Harry era buen policía. Fue progresando: del patrullero a los servicios de rescate, la brigada de Fraudes y la de Drogas y Vicios, hasta llegar a jefe de detectives. Se había casado a los veintiocho años con una chica de veinte, pero a ella no le gustó dejar de ser la esposa de un abogado para pasar a ser la esposa de un policía. La separación lo dejó anonadado. Trató de abrazarla y besarla, pero ya era demasiado tarde: para ella, el amor ya no existía.

Harry convirtió la casa de Beacon Hill en apartamentos y alquiló las tres plantas superiores. Su apartamento estaba en la planta baja y tenía jardín; al instalarse en él compró un cachorro: el siberiano. Parecía un lobo; era lo más parecido a un animal salvaje que se podía conseguir. *Squeeze* lo acompañaba a todas partes.

Harry recorrió el pasillo para abrir la puerta trasera, que daba a un patio cerrado de buen tamaño. El perro pasó como una bala junto a él, con un gozoso gruñido; se detuvo por un momento a olfatear el aire fresco de la mañana y luego inició sus habituales deambulaciones por el generoso desorden del jardín, impregnado de polen.

Harry con un potente estornudo, marchó gozosamente hacia el cuarto de baño. «Tengo que cortar la hierba», se prometió, como todas las mañanas. Su único problema era el tiempo, es decir: su falta de él. Aun así le gustaba su jardín. Y también le gustaba su cuarto de baño.

Era enorme y anticuado: de forma cuadrada, con el suelo original de mosaicos blancos y negros, un hogar con rejilla de hierro forjado, una bañera de caoba que habría dado cabida a un gigante y un inodoro Victoriano, decorado con flores azules y con depósito de cadena. En el viejo lavabo de mármol habría podido chapotear un hombre de buen tamaño; eso compensaba la falta de un mármol donde poner las cosas. A él le gustaba así.

Al salir del baño volvió a recorrer el pasillo. En lo que en otros tiempos fuera la elegante sala de una rica dama del siglo XIX, junto al piano de cola de ébano, se veía una incongruente máquina Nautilus. Esa era su próxima tarea, pero primero necesitaba una taza de café.

La cocina de Harry no tenía nada de anticuada: era todo granito negro y acero inoxidable, pero últimamente no tenía tiempo para cocinar ni para recibir. De todo el equipamiento de cocina, el único elemento que aún funcionaba era la cafetera. En ese momento, entre gorgoteos y toses, el indicador rojo parpadeó, anunciando que el café estaba hecho. Harry pensó, impaciente, que su vida estaba dirigida por indicadores digitales; hasta su reloj de pulsera tenía uno.

Llenó de café un sencillo cazo blanco y le echó dos terrones de azúcar; iba ya hacia el Nautilus cuando sonó el teléfono.

Fue a atender, enarcando las cejas con resignación: a las cinco y diez de la mañana, una llamada solo podía traer problemas.

—¿Qué pasó, Profe? ¿Esta mañana *Squeeze* no le acertó al botón de la alarma?

Harry bebió un sorbo del café caliente. Era Cario Rossetti, su compañero de trabajo y amigo personal.

—No me permitió los cinco minutos adicionales. Creo que quería salir.

—Discúlpame que llame tan temprano, pero supongo que prefieres enterarte de esto cuanto antes. Ha habido otro caso de esos, otra muchacha violada y apuñalada. Solo que esta no murió. Al menos, todavía no, esta en el Hospital General de Massachusetts, muy grave.

Harry echó un rápido vistazo al reloj digital que tanto lo había irritado momentos antes.

—Nos encontraremos allí. Di al jefe que estamos en camino. ¿La chica está consciente? ¿Ha dicho algo?

—Que yo sepa, no. Yo mismo acabo de llegar. El turno de la noche fue tranquilo hasta que llegó esa llamada, a eso de las tres. Un par de pescadores la encontraron en la playa, cerca de Rockport. La brigada de rescates de emergencia la trajo en helicóptero desde allí. El oficial de turno era McMahan. Está aquí, con Gavel, pero esto nos corresponde a nosotros, Harry. Supuse que querrías hacerte cargo.

Jordan recordó los jóvenes cuerpos, brutalmente mutilados, de las dos víctimas anteriores.

—En diez minutos estaré allí —dijo, ceñudo.

No tenía tiempo para darse una ducha, ni siquiera para lavarse los dientes. Se echó agua fría en la cara, hizo un buche de Listerine y, después de ponerse unos tejanos, una camisa azul y una vieja chaqueta de cuero negro, llamó al perro con un silbido. En tres minutos exactos estaba en la calle.

Harry aún no había superado su pasión por los coches veloces. Frente a la casa, en el sitio de costumbre, estaba su Jaguar verde, modelo 1969, preparado para correr. El perro se echó en el hermoso asiento trasero, de cuero tostado, y un minuto después salían a toda marcha de la plaza Louisburg, rumbo al hospital.

Capítulo 3

El Hospital General de Massachusetts era un enorme edificio de piedra caliza, que se levantaba frente a una avenida muy transitada. El aire matutino vibraba con el perpetuo gemir de las sirenas de ambulancias, las autobombas de la brigada de rescates y el matraqueo de los helicópteros, que aterrizaban y despegaban de su azotea.

Harry ocupó una de las plazas de *parking* reservadas. Dejando algo abiertas las ventanillas traseras para que el perro tuviera aire, se arrojó hacia las puertas de Emergencia, donde se topó con un médico de guardapolvo blanco.

—Caramba, qué prisa lleva esta mañana, detective —dijo suavemente el doctor, acomodándose las gafas de carey.

Sin dejar de correr, él lo miró por encima del hombro, con aire de pedir disculpas.

—Perdone, doctor... Ah, es usted. Hola, doctor Blake. Disculpe, pero tengo mucha prisa.

El médico meneó la cabeza, sonriendo.

—Como siempre. ¿Puedo ayudar en algo?

Harry movió negativamente la mano antes de desaparecer en un recodo:

—No es su especialidad, doctor. Al menos por ahora.

Hizo un gesto lúgubre al pensar en las implicaciones de esa frase. El doctor Blake era jefe de patología del hospital y forense de la policía de Boston.

La hermana enfermera que atendía el escritorio también conocía a Harry.

—Primer piso, sala de Traumatología, la última a la derecha —informó, al ver que se detenía frente a ella—. Le han dado ocho litros y medio de sangre. Está prácticamente en coma y su estado es crítico. Bueno, no sé si podrá sobrevivir.

Los ojos tristes de Harry se encontraron con los de ella.

—¡Cristo! —susurró.

La hermana se persignó rápidamente.

—Ella lo necesita, créame.

Dio un rodeo para esquivar a la gente que esperaba el ascensor, luego Harry subió la escalera corriendo. Ya arriba se detuvo a respirar hondo y se pasó las manos por el pelo revuelto. Cerró los ojos un momento para serenarse.

El olor de los corredores de hospital todavía le afectaba. Había estado internado una sola vez: a los cinco años, cuando le extirparon las amígdalas y las adenoides; durante una semana estuvo a dieta de helado. No recordaba que eso lo traumatizara, pero los miedos de la infancia todavía estaban ahí.

Entró por la puerta de incendios, que se cerró silenciosamente tras él.

Rossetti estaba apoyado contra la pared, cruzado de brazos, con una pierna puesta perezosamente sobre la otra. Llevaba el lustroso pelo negro peinado hacia atrás, una camisa blanca inmaculada y pantalones negros con la raya recién planchada. Estaba limándose las uñas mientras silbaba *Nessiin dorma* entre sus dientes perfectos. No

parecía un detective de homicidios en funciones a las cinco y veinticinco de la mañana, sino una versión precoz de John Travolta, listo para salir a gozar de la noche en la ciudad.

Harry sonrió, pese a lo sombrío de las circunstancias. Cario Rossetti era un hombre de treinta y dos años, cara larga, ojos oscuros y gran reputación de mujeriego. Probablemente había dejado a una chica para acudir, aunque parecía salir recién de la casa de su buena *mamma* italiana: limpio, bien alimentado y listo para la acción.

—No sobrevivirá —dijo, sin rodeos.

Harry dio un respingo.

—¿Cómo lo sabes?

—La he visto. Conozco ese aire, ese algo del otro mundo. —Se encogió de hombros—. Échale tú mismo un vistazo.

Ante la puerta montaba guardia un policía uniformado, quien lo saludó y se hizo a un lado para dejarle pasar.

Harry apreció la escena de una sola mirada: la enfermera que rondaba la maquinaria, los monitores parpadeando en el rincón y la joven que yacía inmóvil en la cama estrecha, con tubos de transfusiones intravenosas en los brazos. Tenía las muñecas vendadas, tiesamente estiradas sobre las sábanas. Y el joven rostro presentaba la palidez de la muerte bajo las mechadas de pelo cortado a navajazos.

La enfermera lo miró.

—Está en *shock*. Tal vez reaccione —dijo quedamente. Harry prefería creerle a ella antes que a Rossetti.

—¿Hay alguna posibilidad de que despierte y pueda decirnos algo?

—Si despierta, lo último que querrá hacer será hablar con ustedes.

—Pero lo necesitamos. Es nuestra única esperanza de atrapar al asesino. Tal vez le haya visto la cara. Hasta es posible que lo conozca.

La enfermera suspiró. Había oído hablar de la mutilación de las víctimas anteriores.

—Esta vez no le amputó los pezones. —Harry clavó la vista en la joven, en sus muñecas cortadas y su cara exangüe. El recuerdo lo acompañaría para siempre o, al menos, hasta que cumpliera su misión de atrapar al asesino. Giró para salir.

Rossetti había terminado de pulirse las uñas y estaba sorbiendo el café de un vaso de papel. Tenía otro en la mano, que ofreció a Harry.

—¿Y...? ¿Qué opinas?

—Será mejor que empecemos a rezar.

Bebieron el café en silencio.

—¿Qué se sabe de los pescadores? —preguntó Harry, por fin.

Rossetti se encogió de hombros.

—La policía zonal les tomó declaración. El jefe la recibió por fax. Dicen que no vieron nada de importancia, que solo oyeron el automóvil cuando partió en la oscuridad. Después vieron el cadáver... perdón: la víctima. Unos minutos antes lo

habrían sorprendido con las manos en la masa. Lástima, por ella.

—¿Sabemos quién es?

—Se está trabajando en eso. No tenía documentos de identidad, bolso, llaves... Nada.

Harry asintió; en Boston había miles de muchachas jóvenes, pero las otras dos víctimas eran estudiantes; lo más probable era que esta también lo fuera. Eso facilitaría la búsqueda. En pocas horas, con suerte, conocerían su identidad.

La taza de café estaba vacía. Miró en derredor, buscando la máquina.

—Iré a buscar más café. No te muevas de aquí por un rato, por si tenemos... por si ella tiene suerte. ¿Por qué no llamas a la estación? Diles dónde estoy, pregunta si han averiguado algo sobre su identidad y si pasa algo más.

—De acuerdo. —Rossetti se despegó de la pared, mirándolo a los ojos—. No te lo tomes a pecho, Harry. Eres solo un policía que está cumpliendo con su función —después de darle una palmada afectuosa en el hombro, enfiló hacia el corredor reluciente, que olía a antisépticos—. Nunca habría pensado que fueras del tipo emocional. Deberías dejar eso para las mujeres. A ella les encantan esas cosas. Clint Eastwood y todo eso.

Harry sonrió.

—¿Y tú cómo lo sabes, Romeo?

—Casanova, querrás decir. Estoy demasiado crecido para Romeo —con una risa que retumbó por el corredor en el que acechaba la muerte, se alejó a paso rápido.

Harry pasó una hora caminando de un extremo al otro. Luego bajó a la cafetería para comer un bocadillo de huevo y tocino. A su regreso siguió paseándose. A mediodía salió del hospital y llevó a *Squeeze* a la vuelta de la esquina, donde compró un bocadillo de pan de centeno con jamón y queso suizo, que compartió con el perro. Después de darle un poco de agua, lo llevó nuevamente al auto.

El perro volvió a acomodarse en el asiento trasero, con la cabeza entre las patas y una mirada de reproche en los ojos azul claro.

—Así es la vida del policía, *Squeeze* —dijo Harry, mientras cerraba la portezuela—. Cuando me aceptaste te avisé que las cosas serían así.

Era lo mismo que había dicho a su esposa diez años antes, pero eso no sirvió para salvar su matrimonio.

El policía uniformado que custodiaba la puerta no era el mismo de antes.

—Buenas tardes, señor —saludó—. Oficial Rafferty. Estoy de turno hasta las ocho de la noche, señor. En este momento el doctor Waxman está adentro, con la víctima.

El médico estaba a los pies de la cama, estudiando los gráficos. Al entrar Harry levantó la vista.

—¿Cómo te va, Harry? —sonrió.

Eran viejos conocidos, veteranos de una década de víctimas.

—Bastante bien. ¿Y a ella?

—Hace unos diez minutos recobró la conciencia un instante —suspiró con pena—. A esta altura, yo diría que es un triunfo del espíritu sobre la materia. Por el momento está estabilizada —se encogió de hombros—. Puede suceder cualquier cosa.

Harry la observó, deseando que volviera a despertar. Se pasó las manos por el pelo, todavía despeinado.

—Si reacciona, ¿podrá hablar?

—Sé tanto como tú, pero yo no te aconsejaría intentarlo.

Se miraron a los ojos.

—Puede ser nuestra única oportunidad de apresarlo —señaló Harry, en voz baja—. Quizás ella lo conozca. Si habla podría salvar a otras.

—Ya veremos —el doctor Waxman volvió a poner los gráficos en el soporte a los pies de la cama—. Me necesitan en Emergencia. ¿Te quedarás aquí?

Harry asintió con la cabeza.

—Hasta luego, entonces.

El detective se instaló en una silla de respaldo recto, junto a la cama, y apartó la mirada de la chica. Se sentía incómodo, como si fuera un fisgón, mirándola mientras dormía. Solo que su sueño no era real. La suya podía ser una vigilia de muerte.

Clavó la vista en el techo; luego, en los dentados picos y valles de sus signos vitales, que parpadeaban en los monitores del rincón. Era buen policía y hombre recio, pero esa joven indefensa le llegaba al corazón.

Se oyó un golpe a la puerta. Rossetti asomó la cabeza.

—Esperaba encontrarte aquí —sacó una hoja plegada del bolsillo interior—. Se llama Summer Young. Tiene veintiún años y es estudiante de la Universidad de Boston. Viene de Baltimore. Sus compañeras de vivienda notaron su ausencia y se preocuparon al descubrir su viejo Miata en el aparcamiento de la biblioteca. Las portezuelas estaban sin seguro; la llave en el contacto y una bolsa con libros en el asiento trasero. Entonces llamaron a la policía.

Harry asintió, el escenario era exactamente el que esperaba.

—Los padres vienen hacia aquí —agregó Rossetti, en voz baja—. Llegarán en un par de horas.

Se miraron en silencio. Por el bien de la chica, los dos habrían querido que llegaran antes.

—Latchwell está esperando afuera. Por si acaso.

Harry levantó bruscamente la cabeza. Latchwell era el experto en retratos robots, capaz de componer una cara a partir de las descripciones más vagas. A veces parecía conjurarla del aire, asentándola y definiéndola: «Los labios, más finos... No, la boca se curvaba hacia abajo, más o menos así... Cejas pobladas... no, no tanto... Ojos negros... Bueno, negros no, más bien oscuros y medio sombríos...». Con su extraña pericia, Latchwell había ayudado a detener a más de un criminal.

Rossetti echó una mirada intranquila a la muchacha.

—Será mejor que vuelva a la oficina. Tengo que hablar con esos pescadores.

Harry asintió con la cabeza. Quería que los padres de la chica llegaran de una vez; que la tomaran en sus brazos y le dijeran que todo se iba a arreglar, que ella se curaría, que todo había pasado. Pero no lo creía.

Pocos minutos después ella abrió los ojos y lo miró fijamente; fue una gran impresión.

—Hola —dijo él con suavidad—. Soy el detective Harry Jordan. Te hirieron, pero ya estás a salvo. Tus padres vienen hacia aquí. Todo saldrá bien.

Ella contrajo la boca, tratando de formar una palabra.

—Cerdo —susurró.

Harry hizo un gesto afirmativo.

—Dime, Summer, ¿lo conoces?

La chica trató de sacudir la cabeza e hizo una mueca ante el dolor que le recorrió el cuerpo. Sus labios formaron un mudo «no».

Era horrible tener que presionarla, pero no había otro remedio.

—¿Lo viste? ¿Lo recuerdas?

Ella frunció el entrecejo, esforzándose.

—Suaves —susurró—. Las manos.

La enfermera presionó un botón para llamar al doctor Waxman. Luego puso un dedo en el cuello de la chica para medir el pulso y arrugó la frente.

—Basta —murmuró.

Harry asintió; sabía que no era posible ir más allá. Miró a Summer por última vez. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo por hablar. Se inclinó hacia ella para captar las palabras que susurraba.

—Ojos —la voz era casi un suspiro—. Oscuros... fijos...

Esperó, pero ella dejó caer los párpados y volvió a quedar inmóvil. Una lágrima se deslizó inesperadamente por su mejilla pálida.

—Eres valiente, Summer —musitó—. Te repondrás.

Al salir se cruzó con el doctor Waxman.

—Suficiente, detective —dijo el médico secamente—. El helicóptero ya trae a los padres. Ahora les toca a ellos.

—Si ocurre algo, avísame —pidió Harry—. Vuelvo a la comisaría.

Latchwell, que estaba intercambiando opiniones sobre el partido de fútbol con el oficial Rafferty, levantó la vista con ansiedad.

—¿Ya puedo trabajar?

Harry se encogió de hombros.

—Solo sabemos que tiene ojos oscuros y fijos.

—Bueno, es un comienzo.

—Puede que eso sea todo. Gracias, Latchwell. Lamento haberle hecho perder tiempo.

—Así son estas cosas. —Latchwell cargó el equipo al hombro y se alejó a

grandes pasos.

Sonó el teléfono celular de Harry. Era Rossetti, con malas noticias. Los pescadores no habían podido ayudar. Sus recuerdos eran solo un borrón, pues se habían ocupado más de la chica que del hombre.

Harry anunció al oficial de guardia que estaría en la comisaría y volvió al coche.

Squeeze, al oírlo llegar, asomó el hocico por la ventanilla, rascando los asientos de cuero tostado. Harry le puso la correa y lo llevó a dar una larga caminata.

El perro olfateó la esquina y los postes, entre gimoteos excitados, pero por una vez Harry no le prestó atención. Dos muchachas habían muerto, otra estaba muy grave y él seguía a tanta distancia del asesino como un año atrás.

Volvió al coche para llevar a *Squeeze* a casa. Después de darle de comer, salió nuevamente hacia la estación. La noche sería larga.

Cinco horas después llegó la llamada. Summer Young había muerto sin recobrar la conciencia.

Capítulo 4

Por la calle oscura, cerca de los muelles, el detective Rossetti conducía a velocidad excesiva su BMW, un modelo de cinco años atrás. Con un chirriar de cubiertas, giró hacia la parcela vacía que servía de *parking* al Moonlighting Club. Consultó su reloj: era la una y media de la madrugada.

Abriendo violentamente la portezuela, caminó hacia el club. Las ventanas manaban luces; al entrar lo golpeó una muralla de sonido.

El *rap* atronaba desde los enormes altavoces, rebotaba contra los muros, golpeaba las vigas y volvía a caer en remolinos. El joven negro que atendía la barra lo saludó con una gran sonrisa; otros lo saludaron levantando una mano. Con una taza de café en la mano, se dirigió al gimnasio. Estaba colmado, a pesar de la hora.

El Moonlighting Club había sido una donación anónima al municipio, en un esfuerzo por apartar a los chicos de las calles y de la droga. Rossetti y Harry eran dos de los muchos policías que ayudaban a manejarlo en sus ratos libres. El club tenía cuatro cosas prohibidas: la discriminación, las drogas, las armas y las pandillas. Cualquiera fuese la actitud de los chicos en su propio mundo, cuando iban al Moonlighting y su gimnasio eran neutrales.

Aunque esas reglas habían sido desoídas muchas veces, el club aún resistía. A veces Rossetti pensaba que estaban ganando la batalla; esta noche, por ejemplo, había unos cincuenta muchachos haciendo ejercicios o jugando al baloncesto, en vez de estar drogándose. Y en el equipo de baloncesto había un par de chicos con posibilidades de llegar al estrellato: eran buenos jugadores y el deseo de ganar se había impuesto a la tentación de las calles. Todo servía.

Vio a Harry melancólicamente apoyado contra la pared, observando a los jugadores. Tenía el denso pelo oscuro revuelto por tanto peinarlo con los dedos, según era su costumbre cuando estaba nervioso. Parecía haber dormido con la ropa puesta y en su cara delgada había sombras de agotamiento, y tenía la barba crecida.

Rossetti adivinó que había estado en la oficina, repasando una y otra vez todos los detalles de los tres asesinatos. Sabía que era la rabia lo que mantenía a Harry allí; si aún estaba de pie era solo por la adrenalina de la cólera. Y podía apostar que no había descubierto nada en las seis horas transcurridas desde la muerte de Summer Young.

Se acercó a él desde atrás, a paso elástico.

—Estaba seguro de que te encontraría aquí.

Harry se volvió. Rossetti tenía el acostumbrado vaso de café en la mano, como si fuera un aditamento fijo. Estaba immaculado con su elegante chaqueta de lino, pantalones oscuros y camisa blanca recién planchada. Él recordó súbitamente que en todo el día ni siquiera se había dado una ducha. De cambiarse la ropa, ni hablar: aún llevaba los mismos vaqueros y la camisa que se echara encima esa mañana, a las cinco.

—Me siento asqueroso —dijo, ceñudo.

Rossetti sonrió.

—La verdad es que das asco, Profe. Pero tu perro está perfecto. ¿Cómo te va, *Squeeze*? ¿Tienes algún secreto que contarme sobre tu amo? Tenemos que echarle el guante, hijo. Cuál es la verdad sobre su vida privada, qué hace cuando no trabaja... ese tipo de cosas. Mujeres, borracheras, ya sabes.

Harry se echó a reír.

—Dime cuándo no trabajo, Rossetti.

—Casi nunca. Y ese puede ser tu problema, Profe. Fíjate en mí: dejé mi turno a las ocho y media y fui a tomar una copa con los amigos. A las nueve y media, una chica bonita, una buena comida y un poco de amor. Eso es vivir, hombre. Bueno, dime, ¿qué has hecho tú? —De inmediato levantó una mano—. No, no me digas nada. Comiste una hamburguesa en lo de Ruby. Luego volviste a la oficina, a tratar de desentrañar tú solito la psiquis de ese asesino en serie. Pierdes el tiempo, Profe, pierdes el tiempo. Necesitas un poco de diversión para ponerte en forma. Y después, dormir profundamente toda la noche.

Harry suspiró, apenado.

—Tienes razón, desde luego. Y no he resuelto los asesinatos. Pero no puedo sacarme a esta chica de la cabeza. Las últimas palabras que dijo fueron para mí. «Cerdo», dijo —irguió la espalda, sacudiendo la cabeza para despejarla—. Ah, qué diablos, Rossetti. Olvidémonos de dormir. ¿Por qué no vamos a Salsa Annie? Te pago un *whisky*. Y hasta dejaré que me cuentes la historia de tu vida, mientras elevamos la tensión arterial con un poco de música.

Rossetti le dio una palmada en la mano invertida. Sabía que ese era el club favorito de su amigo. Probablemente pudiera desahogar la cólera con un poco de baile movido.

—Trato hecho —dijo, encaminándose hacia la puerta—. Todo este ejercicio físico, a las dos de la mañana, es demasiado para mí.

Cuando salieron de Salsa Annie, un par de horas después, rompía ya la segunda aurora en la jornada de Harry. Tarareando al ritmo de la música que llevaba en la cabeza, cruzó la calle bailando salsa.

—Igual que Gloria Stephan —comentó Rossetti, sonriente, mientras encendía un cigarrillo.

—Gracias por el cumplido. Y por tu compañía. Buenas noches, Rossetti.

—Buenas noches, Profe.

Rossetti subió a su BMW y puso el motor en marcha. Cuando miró el espejo retrovisor para peinarse vio a Harry reflejado allí. Estaba sentado en el Jaguar, con el perro al lado, las manos en el volante y la vista perdida en el espacio. Lo observó por un par de minutos. Por fin su amigo volvió a aparecer del coche.

—¡Rossetti! —llamó—. ¡Eh, Rossetti!

Él sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué?

—Ven aquí, hombre. Vamos a Rockport.

Rossetti bostezó ruidosamente.

—¿Rockport, Massachusetts?

—No, idiota. Rockport, Illinois. ¿Qué otro podría ser? Ven de una vez. Vamos a hablar con esos pescadores. Y mientras yo conduzco, tú puedes ponerte a la radio para que envíen inmediatamente a Latchwell. Esos tipos lo vieron, Rossetti. Aparte de las muertas, son los únicos que lo vieron. Deben recordar algo de él, de su auto. A nosotros nos corresponde sacudirles la memoria.

Capítulo 5

En la limusina que la llevaba al aeropuerto Kennedy, Mallory Malone leyó el breve artículo sobre la violación y homicidio de Summer Young, más o menos a la hora en que Harry y Rossetti iban hacia la entrevista con los pescadores que la habían encontrado.

Volvió a leerlo con atención, tomando nota de que la policía vinculaba ese caso con la muerte de otras dos jóvenes que se habían producido en el estado de Massachusetts, en los últimos dieciocho meses. Luego arrancó el artículo y lo plegó para guardarlo en su agenda de piel verde, ya colmada de notas, tarjetas, nombres, direcciones, números telefónicos y otras informaciones importantes. La agenda fue a parar a su bolso color arena.

Además del pasaporte y los pasajes, el itinerario y los cheques de viajero, el bolso contenía también todo lo que ella pensaba leer en el vuelo a Londres. Y por añadidura, dos gafas con marco de oro, otras dos para el sol, varios paquetes de pañuelos de papel y un revuelto estuche de cosméticos y lociones.

También había un bolígrafo, dos pendientes sin pareja, unos cuantos talones de pasajes usados en el viaje anterior y algo de moneda extranjera. Sobre todo eso, un jersey de cachemira negra que podía cumplir doble función en caso de emergencia (para el día o para la noche) y una muda de ropa interior.

Había aprendido, por penosas experiencias, a estar preparada para cualquier eventualidad: cierta vez, en Roma, su equipaje estuvo extraviado durante tres días de fiesta, con todas las tiendas de la ciudad firmemente cerradas.

Mal sonrió al recordar el viejo dicho: «Por el contenido del bolso se puede saber con exactitud cómo es un mujer». Cualquiera extrañaría, probablemente, que ella era una viajera nerviosa, una pesimista que siempre esperaba lo peor, una mujer desprolija, con una vida hogareña caótica. Ese tipo de mujeres que acumulan en el coche los desechos de toda una semana: vasos de papel usados, bandejas de cartón y prendas varias para llevar a la tintorería... cuando haya tiempo. De hecho, eso estaba muy lejos de la verdad. Tenía treinta y siete años; era alta y esbelta, con el pelo rubio y corto, al estilo de las presentadoras de televisión, y un impecable traje *beige*, sencillo y caro. No había una sola carrera en las medias que cubrían sus largas piernas; los zapatos de gamuza color arena se mantenían prístinos. El maquillaje, aunque mínimo, estaba perfectamente aplicado: lápiz labial color moca que realzaba su boca carnosa y suave, un delineador pardo que agregaba un leve énfasis a sus grandes ojos azul zafiro y el tenue, inquietante aroma de Nocturnes, de Carón, que parecía envolverla.

A Mal Malone se la conocía como «la detective de la televisión». En su programa, que iba en horario central, seguía casos de asesinatos, fraudes cometidos en puestos elevados, escándalos sexuales entre políticos y el tráfico de drogas que la Mafia mantenía en Miami. Era famosa por hacer suya la causa de víctimas olvidadas,

una vez que se apagaba la indignación pública producida por el asesinato y el periodismo pasaba al siguiente caso sensacional. Con la ayuda del fiscal de distrito, escarbaba en todos los detalles y reconstruía el crimen utilizando actores, para incentivar la memoria de posibles testigos que pudieran recordar algo crucial. El público la seguía con pasión. Ella sabía tomar el pulso a la nación, descubrir lo que inquietaba a la gente y demostrarle por qué.

Que Mallory Malone fuera hermosa, eso era discutible. A veces parecía arrebatadora; otras, directamente desagradable. Todo dependía de su estado de ánimo. Cuando estaba dedicada a un caso con alma y vida, las oleadas de energía le iluminaban la cara con una potencia de mil vatios, dando a su tez un resplandor dorado y poniendo en sus ojos la llama del interés, en las cenas del ambiente o en las entregas de premios aparecía deslumbrante, con los sencillos vestidos de noche que eran su marca de fábrica: colores apagados y escotes profundos, que destacaban la belleza de sus hombros y sus pechos.

Otros días, cada vez menos frecuentes, la famosa Mal Malone parecía confundirse con el ambiente. Si caminaba por la Quinta Avenida, no había una sola cabeza que girara al reconocerla. Llevaba el pelo rubio aplastado hacia atrás, falto de vida y de lustre. La costosa chaqueta parecía comprada en alguna liquidación. Y se apagaba el fulgor de vitalidad, la curiosidad y la inteligencia que la habían propulsado hasta el primer plano, tal como la imagen en la pantalla de un televisor se reduce a un punto de luz antes de extinguirse por completo.

Solo Mal comprendía ese fenómeno y ella prefería no explicarlo a nadie. Aunque era de las que saben guardar sus secretos, había allí una imagen que la perseguía.

No obstante, por lo general Mallory Malone estaba en la cima del mundo. Esa mañana iba hacia Londres para entrevistar a una voluptuosa y joven estrella norteamericana que acababa de comprometerse con un hombre que la cuadruplicaba en edad: un multimillonario con un pasado no muy limpio y apetito por más futuro del que le quedaba. A fuerza de encanto, Mal había persuadido a la feliz pareja de que apareciera en su programa, sabiendo que la actriz estaba deseosa de publicidad. La halagaba prestarse a la entrevista, aunque Mal le había advertido que pensaba hacer algunas preguntas «impertinentes» de carácter personal.

—Oh, ya sé a qué te refieres —había exclamado la joven, encantada—. ¿Quieres saber si me caso con él por sus millones y ese tipo de cosas? Bueno, eso puedo decírtelo ahora mismo, Mal. Estoy enamorada. ¡De veras! Así de simple. Y si lo conocieras entenderías por qué.

En realidad, Mal no pensaba preguntar nada tan obvio. Por el contrario, sus preguntas serían las que se estaba formulando el resto del mundo. Esa encantadora muchacha de veintitrés años, ¿practicaba el sexo con ese desagradable octogenario? Y en caso afirmativo, ¿cómo era eso? Y si él no fuera multimillonario, ¿se le pasaría a ella por la cabeza acostarse con él, por no hablar de acompañarlo por el resto de su vida?

Mal tenía intenciones de entrevistar al millonario por separado y hacer que la llevara a recorrer su palaciega vivienda londinense y la enorme finca que tenía en el campo. Le preguntaría por su avión privado, por los apartamentos que mantenía reservados en grandes hoteles del mundo entero, el yate amarrado en Montecarlo y el refugio suizo donde pasaba la mayor parte del año.

Lo induciría a hablar de sus triunfos; sin duda él se explayaría al respecto, porque era un viejo implacable, que no se cuidaba más que de sí mismo. Y por fin ella le preguntaría, con mucha suavidad, por su primera esposa. Aquella muchacha de los suburbios pobres que había trabajado a su lado en los primeros años, cuando operaban una cafetería para obreros en el East End londinense, antes de crear esa gran cadena de restaurantes y hoteles.

«¿Qué ha sido de esa joven?», se interesaría ella, aunque ya lo sabía, por supuesto. Y después de todas las mentiras y de los hábiles ocultamientos, lo enfrentaría con los hechos. Que, al crecer su imperio y su riqueza, él dejó de considerar a su esposa como una consorte adecuada para un rey de los negocios. Que, después del abandono y de un divorcio cruel, la había dejado sin un penique. Y le preguntaría por el «accidente» ocurrido en la casa de campo, cuando la exesposa fue a implorarle ayuda financiera, unas migajas de su plato desbordante. Ese mismo accidente que le había dejado una lesión cerebral, por el cual estaba internada en un asilo del estado desde hacía más de treinta años. Sola, sin un solo visitante, sin un pequeño lujo que aliviara su dolor.

«En cuanto a ese accidente —diría Mallory Malone, sonriendo—, parece que dos testigos vieron caer a su esposa por esa magnífica escalera de roble. ¿Cómo es que nunca se presentaron a declarar lo que habían visto?». Lo imaginaba enrojeciendo, tratando de evadir el tema con su arrogancia de siempre. Entonces ella sonreiría: «Bueno, ahora están aquí, dispuestos a atestiguar que usted les pagó una buena suma a cambio de que no declararan lo que habían visto: que usted la empujó por la escalera. Ahora han cambiado de idea».

Entonces se vería qué opinaba la pequeña mercenaria sobre su adorable multimillonario, tan viril, encantador y generoso. Ese del que estaba tan enamorada.

Lo más probable era que fueran tal para cual. Él había comprado a su actriz en el mercado de valores, no para llenar sus cofres, sino para realzar su propia imagen. Y ella había vendido su juventud y su belleza a cambio de la fama pasajera y el poder que brinda estar casada con un rico... y también por los millones que esperaba cosechar en los tribunales tras un par de años, cuando se divorciara. A menos que él tuviera la gentileza de morirse antes y dejarle todo, cosa que Mal dudaba mucho.

Miró por la ventanilla el tránsito furioso que trepaba lentamente por la autovía, pensando en el artículo sobre la violación y el asesinato de Summer Young. La estudiante tenía casi la misma edad que aquella joven actriz. Ella también tenía toda la vida por delante... hasta que un cretino le puso fin.

Bonito nombre: Summer Young, «verano» y «joven». Mal se preguntó cómo

habría sido la chica, qué ambiciones tendría, cómo serían su familia y sus amigos. Si sería una solitaria, dedicada a sus estudios, decidida a abrirse paso en el mundo. Y se estremeció al pensar en su horrible final.

Levantó el receptor del teléfono para llamar a su oficina.

—Soy Beth Hardy, hable —dijo su asistente de inmediato.

—Soy yo, Beth. Voy camino al aeropuerto. ¿Viste ese artículo sobre la violación y el asesinato de una estudiante universitaria de Boston?

—Sí, claro. Yo estudié allí, ¿recuerdas? ¡Por Dios, adonde vamos a parar! Si ella hubiera pedido una escolta para estudiantes... Pero conozco ese aparcamiento; está a solo cinco minutos de la biblioteca. Probablemente ella pensó que no valía la pena, que no había ningún peligro. ¡Pobre chica!

—La policía vincula esto con dos episodios similares de los últimos dieciocho meses. Haz que alguien me averigüe los datos, ¿quieres, Beth? A ver qué se puede conseguir.

—¿Piensas tomar el tema?

Mal miró hacia adelante, malhumorada. Ya estaban a la vista las zonas exteriores del aeropuerto.

—Puede ser. Es una idea. Averigüemos si hay bajo la superficie algo que la policía se reserve. Un asesino en serie suelto por ahí. Ese tipo de cosas —frunció el entrecejo por el ruido de estática en el teléfono—. Tengo que cortar, Beth. Te llamaré desde Londres.

—*Bon voyage* —dijo Beth—. Suerte con la entrevista.

Diez minutos después Mallory Malone subía directamente a su avión, como corresponde a una personalidad muy importante. Quince minutos más tarde estaba en pleno vuelo. Rechazó una copa de *champagne* y un zumo de naranja, prefiriendo una taza de té. Su vecino de asiento parecía deseoso de hablar, pero ella no le prestó atención. Apartando de su mente a Summer Young, sacó sus papeles para repasar las preguntas que haría en la entrevista.

El viaje llegó a su fin casi sin que ella se diera cuenta. Fue al lavabo para empolvarse la nariz (bonita, aunque algo abultada), se pintó los labios y se cepilló la melena rubia. Por consideración a sus compañeros de viaje, no se roció con Nocturnes las muñecas ni el suave hueco entre los pechos. Luego se miró al espejo: allí estaba la pequeña Mary Mallory Malone, una chica ignota y descolorida, de una insignificante población de Oregón, volando más rápida que el sonido y a punto de conocer a uno de los villanos más ricos del mundo. Sonrió. A veces le costaba creerse a sí misma.

Un rato después pasaba rápidamente por la oficina de inmigración rumbo a un Rolls Royce, que la llevó al Lanesborough Hotel de Londres, donde ocuparía un amplio apartamento, con mayordomo propio y lo que hiciera falta.

«Oh, Mary Mallory —se dijo, sobrecogida—. Has progresado mucho desde aquellos autobuses nocturnos y el oxidado Chevy turquesa herrumbrado, el de las

aletas cromadas».

Capítulo 6

—Debo reconocer que has hecho un buen trabajo, Profe —dijo Rossetti mientras regresaban a Boston, seis horas después. Estaban en una cafetería de la ruta; no sabía si eso era el desayuno o el almuerzo, pues por entonces había perdido la noción del tiempo.

—Gracias. No es una maravilla, pero al menos logramos que nos dieran una idea.

Harry contempló el retrato robot del asesino: blanco, cara estrecha, boca ancha de labios finos, frente amplia, un mechón de pelo oscuro. Y esos ojos fijos que se habían grabado en la memoria de la víctima.

Les llevó cuatro horas de intenso trabajo extraer, de los dos pescadores impresionados, el vago recuerdo de un hombre al que habían entrevistado durante solo un par de segundos. Al principio ellos aseguraban no recordar nada, porque estaba demasiado oscuro y todo sucedió demasiado rápido; además, el hombre se había ido casi sin darles tiempo a reparar en él. Pero Harry trabajó con ellos, haciéndolos retroceder hasta el momento antes de que descubrieran a la chica, hasta esos vitales segundos en que sus cerebros habían tomado una instantánea del asesino.

Les repitió lo que la víctima había dicho sobre los ojos de ese hombre; ellos se atragantaron al enterarse de que habían sido sus últimas palabras. Eran tipos decentes, deseosos de ayudar. Fue entonces cuando Latchwell puso manos a la obra. Ahora tenían una descripción probable.

—«Estatura y constitución medianas —leyó Harry otra vez—, rostro delgado, bien afeitado. Ojos prominentes con cejas pobladas. Pelo oscuro abundante, del que tiende a erizarse. Usaba ropa oscura. Conducía una camioneta o una furgoneta pequeña, de color oscuro». Mañana aparecerá en la primera plana del *Herald* y del *Globe*, en los periódicos de la mañana y quizás en los nacionales.

Rossetti se encogió de hombros; no esperaba mucho de la publicidad.

—Veremos qué nos aporta, aparte de los chiflados que buscan un momento de gloria. Y de las viejecitas convencidas de que el tipo estuvo anoche escondido en su armario.

Sorbió ruidosamente el café. Harry lo fulminó con la mirada.

—Haces mal en tomar tanto de esa porquería. Debes de tener el estómago forrado de cafeína.

—Imagina lo feo que sería si el doctor Blake me aplicara el bisturí forense.

—Tendría miedo de abrirte. En las venas no tienes sangre, sino café. —Harry lo miró a los ojos—. A las seis hará la autopsia de Summer Young.

—¿Piensas ir?

Harry asintió con la cabeza.

—No cuentes conmigo, hombre. No soporto verlo cortar y abrir, pesar el corazón y el hígado... Es un horror. Dime, Profe, ¿qué los lleva a dedicarse a la medicina forense?

—Es una ciencia. Sin médicos como Blake podríamos quedarnos sin saber qué sucedió en realidad. Son detectives, solo que realizan su investigación después de la muerte.

Rossetti se estremeció.

—Bueno, me quedo con los vivos, gracias.

Harry se echó a reír.

—No por mucho tiempo, si sigues bebiendo tanto café.

—¿Te parece? Hablando de salud: ¿cuándo fue la última vez que comiste como Dios manda? No me refiero a la comida de Ruby.

Harry hizo memoria.

—Hace tres semanas, en Marais, en compañía de una mujer deliciosa. No la conoces, así que no te diré su nombre. Yo debería haber vuelto a llamarla.

Se encogió de hombros, apenado. Rossetti lo miró con curiosidad.

—¡Un tío tan apuesto como tú, Profe, con tu educación y ese apartamento de lujo! Las mujeres deberían estar dándose tortazos por meterse en tu cama.

Harry volvió a reír. Luego, levantándose le dio una palmada en la espalda.

—Gracias por el cumplido, pero para entablar una relación hace falta tiempo. La llamé, ella me devolvió la llamada, tomamos una copa, salimos un par de veces... Con eso no basta.

Pidió la cuenta; al dejar el dinero en la mesa agregó cinco dólares de propina. Tenía debilidad por las camareras, que trabajaban tanto para ganarse la vida. Y sabía que la mayor parte de sus ingresos eran las propinas. La joven, al recogerla, le dedicó una sonrisa llena de simpatía.

—Muchísimas gracias —le dijo—. Que tengan un buen día.

Rossetti se volvió para guiñarle un ojo. Ella rio.

—¿Ves? —dijo él a Harry—. Con una palabra de aliento ya tendrías con quién salir.

Harry suspiró exageradamente.

—Rossetti, Rossetti, el Casanova eres tú, no yo. Es a ti a quien sonrió. Además, probablemente tiene esposo y tres hijos.

—¿Desde cuándo ese es un inconveniente? —inquirió su amigo, presuntuoso.

—¿No te da vergüenza? ¡Un buen católico italiano! ¡Si te oyera tu mamá! ¡Y el cura!

—El cura está bien enterado, créeme. Sabe hasta lo que pienso de los violadores asesinos y de mis ganas de arrancarles los cojones.

Squeeze estaba atado al poste, frente a la cafetería, junto a un plato de alimento ya casi vacío. Harry desató la correa.

—Espérame en el auto —dijo a Rossetti. Y murmuró al perro, que lo llevaba a tirones calle abajo—: Lo siento, hijo, pero he tenido dos días movidos. Más tarde los compensaremos con una buena carrera.

Squeeze meneó la cola y, después de olfatear la hierba, cumplió con sus

funciones. Harry supuso que *Squeeze* estaba de acuerdo.

En el coche, mientras conducía hacia Boston, pensó en la mujer con la que había cenado tres semanas atrás. Era atractiva, encantadora, culta y muy segura de sí. Provenía de una buena familia bostoniana y sus padres conocían a los de Harry.

«Todo lo han armado ellos —decía ella, en el mensaje que había grabado en su contestador—. He pasado los dos últimos años en París, trabajando, y mis padres piensan que he perdido el ritmo social. Y tu madre parece haber perdido todas las esperanzas con respecto a ti. Por lo que a ellos concierne, esta puede ser nuestra última oportunidad. ¿Por qué no les damos el gusto? ¿No quieres cenar conmigo, alguna noche de la semana que viene?».

Él quedó encantado, tanto por el mensaje como por ella. Era alta y esbelta, bien formada; usaba el pelo oscuro largo y recogido en un moño sobre la nuca, al estilo español. Sus ojos pardos chispeaban tanto como su ingenio. La cena fue divertida; también lo fue visitarla para beber una copa, un par de noches después. Pero a él le había tocado el turno de veinte a cuatro y tenía que darse prisa. Vio la pena en los ojos de ella y la oyó en su propia voz.

Poco después, su madre lo llamó para decirle que la mujer estaba saliendo con un viejo amigo de la universidad y que parecían hechos el uno para la otra. Harry se encogió de hombros. Así era la vida de los policías... sobre todo, la de los policías abnegados.

Echó un vistazo al reloj del lustroso tablero de nogal. Si pisaba el pedal del gas, tal vez tuviera tiempo para darse una ducha y cambiarse de ropa antes de ir al hospital, a presenciar la autopsia.

Capítulo 7

Pocos días después, a las siete y media de la mañana, Harry estaba en la oficina, con las manos cruzadas detrás de la nuca, los ojos cerrados y los pies sobre el escritorio. Pensaba en Summer Young. Él y Rossetti acababan de mantener una horrible reunión con el iracundo jefe de policía. Al parecer, el alcalde se estaba poniendo nervioso, pues debía responder ante los ciudadanos. ¿Había un asesino en serie suelto en la ciudad? En ese caso, ¿qué estaba haciendo la policía?

—¿Y qué cree que estamos haciendo? —interpeló Rossetti, indignado—. ¿Rascándonos el culo, para que el tipo salga con la suya?

Harry se mostró solidario. Los dos acusaban la presión. «Estamos haciendo todo lo posible para atrapar a ese cerdo», había dicho al jefe.

No podía olvidar esa palabra; así había llamado Summer a su asesino, justo antes de morir.

«Sí —el jefe estaba inquieto—. Bueno, Harry, con lo posible no basta. Tienes que hacer más. Y pronto. El alcalde quiere ver encerrado a ese asesino. Boston es famoso por sus universidades y él tiene que mantener una imagen limpia. No quiere estudiantes violadas y apuñaladas por ahí. Además, una de sus hijas estudia en la Northeastern. Se podría decir que el hombre tiene un interés personal en el caso. Quiere acción, Harry. Ahora mismo».

Bajando las piernas del escritorio, encendió su ordenador para pedir la lista de indicios.

En el distrito donde se había producido el crimen, los policías habían trabajado minuciosamente. Encontraron huellas de rodillas en la arena, allí donde el asesino se había agachado sobre su víctima. Partiendo de ellas pudieron deducir que era un hombre bajo y corpulento, posiblemente de un metro setenta o algo menos.

También encontraron huellas de cubiertas, dejadas por el asesino al arrancar bruscamente en su huida, pero en la zona había demasiada arena como para que las impresiones fueran claras. El laboratorio criminológico estaba analizando las diminutas partículas de goma que se habían retirado de la carretera, pero no tenían muchas esperanzas de averiguar la marca de las cubiertas. En cuanto al aparcamiento de la universidad, allí también había un polvoriento rastro de marcas imposibles de identificar.

En cambio, el coche de Summer contaba una historia muy diferente. Se sabía que el asesino se había escondido en la parte trasera del Miata. Que sorprendió a la chica con un golpe de kárate, evidenciado (según el cirujano policial) por los moretones purpúreos a la altura de la carótida y en la frente, donde ella se había golpeado al caer sobre el volante.

El laboratorio no dejó piedra sin remover. Toda la ciencia forense se basa en que el criminal siempre deja algo de sí en el escenario del crimen. Y que siempre se lleva algo de allí, ya sea en la ropa o en el cuerpo: diminutas partículas de piel o polvo, una

hebra, un cabello, una escama de pintura. Los expertos forenses buscan pruebas en sitios imposibles.

Tenían esperanzas de recoger en el Miata alguna huella del pie, utilizando una esterilla electrónica. Pusieron una lámina de papel metálico entre dos de acetato negro y aplicaron una descarga eléctrica de baja potencia. La electricidad atraería las partículas de polvo hacia la superficie, con la forma de una pisada, si la había. No tuvieron suerte, pues no había tales huellas, pero de cualquier modo recogieron el polvo para analizarlo. También habían encontrado una diminuta fibra negra en el asiento trasero y, entre las ropas de la víctima, un par de cabellos que no eran de ella. El laboratorio criminológico estaba analizándolos. Harry esperaba conocer pronto los resultados. Aunque esos análisis, por sí solos, no probaban nada, él había aprendido a respetar esas huellas. La criminología es el equivalente moderno de Sherlock Holmes. Si el mayordomo es el asesino, los técnicos pueden confirmarlo.

También se estaba analizando la saliva tomada de las mordeduras que la muchacha tenía en los pechos. Partiendo de las marcas dejadas, un odontólogo forense reconstruía la dentadura del asesino y cualquier trabajo reparador que se le hubiera realizado.

Pero la huella más importante era el semen hallado en la víctima. Los resultados de las pruebas de ADN podían vincular ese asesinato con los dos anteriores. El ADN era tan condenatorio como una huella dactilar, eso era lo que pondría al asesino tras las rejas por el resto de su vida.

Mientras tanto, había pasado una semana desde que Harry y Latchwell obtuvieran el retrato robot. Los canales de televisión de la zona lo mostraban en todos los programas informativos y había aparecido en la primera plana de todos los periódicos matutinos y vespertinos. Se recibían llamadas a raudales, tanto de los chiflados de costumbre como de gente sincera, que creía haber visto al asesino. Se habían seguido todas las pistas. Y nada.

Harry empezaba a dudar de que el retrato estuviera bien hecho. Tal vez habían exigido a esos pescadores hasta confundirlos. Pensó en lo que había dicho Summer antes de morir: ojos oscuros, fijos... manos suaves. Ella era la única que sabía realmente cómo era el asesino.

Hasta el doctor Blake, después de la autopsia, se mostraba escéptico. «¿Estás seguro de que hay parecido en esto? —le había preguntado—. ¿Qué certeza puedes tener? La única que podía decírtelo era la chica. Y ella, por desgracia, no vivió lo suficiente». El doctor Blake tenía razón, pensó Harry. Se pasó las manos por el pelo oscuro, con aire cansado. O bien el retrato robot no se parecía bastante o el asesino no vivía en la zona. El caso necesitaba más difusión pública para impedir que el hombre volviera a atacar. Se requería publicidad nacional.

—La que nos puede ayudar —dijo a Rossetti—, es Mallory Malone.

Su compañero enarcó las cejas oscuras, mirándolo como si lo creyera loco.

—¡Sí, claro! Nos hará quedar como un par de policías estúpidos ante todas las

cámaras del país. Y mientras entorna esos ojos tan azules dirá a la nación que, si fuéramos inteligentes y trabajáramos como es debido, habríamos detenido a ese asesino en la primera ocasión. En otras palabras, compañero, tú y yo recibiríamos una paliza en público por esos tres asesinatos. El periodismo se lanzaría contra nosotros como pirañas frenéticas —se encogió de hombros—. Piénsalo bien, Profe. Hazme caso.

—Pero ¿y si ella muestra el retrato robot en su programa? Tal vez llegue a alguna persona que conozca a ese tío. En California, tal vez. En Florida, Texas o Montana. Necesitamos ayuda, Rossetti, y la necesitamos con urgencia. Antes de que se enfríe la pista.

—¿Qué pista? —Rossetti le clavó una mirada fulminante—. ¿Para qué buscar problemas? ¿No tenemos ya bastantes? El jefe que se nos hecha encima, el alcalde y los rectores de la universidad... ¡Todo Massachusetts! ¿Por qué no hacemos una fiesta?

Sus ojos oscuros se enfrentaron coléricamente a los de Harry; después de un momento se encogió de hombros, derrotado.

—Ah, qué joder, tienes razón, por supuesto. Qué importa tu carrera, si no puedes hacer el trabajo que te corresponde. Llama a Malone, si es preciso, pero no me metas en esto. Me voy a Ruby, a castigarme con huevos y tortillas con jarabe de arce falsificado. ¿Vienes?

Harry sonrió.

—Puedes ir solo a matarte con las bondades de Ruby. Yo me conformo con otra taza de esa muerte negra que aquí llaman «café»...

Se abrió paso a golpes de hombro por entre el gentío apelotonado ante la expendedora de café, al final del corredor. Olía a cigarrillos, sudor y *pizza* rancia; pese a lo temprano de la hora, la sala de la brigada estaba ya zumbando. El turno «del cementerio» (el que comienza a medianoche) había sido ajetreado: una disputa doméstica había terminado en puñaladas que, si bien no habían resultado fatales en el momento, con toda probabilidad terminarían siéndolo; además, un tiroteo relacionado con drogas y un asalto callejero. El calabozo estaba atestado de borrachos, violentos y perturbadores del orden público. Los agotados policías redactaban a máquina sus informes y no cesaban de atender los teléfonos. No estaba mal, para un turno de ocho horas. Por enésima vez, Harry se preguntó por qué el hombre no aprendía jamás que con la violencia todos pierden.

Los años de práctica le permitieron aislarse del barullo para pensar en Mallory Malone, sentado en su escritorio.

Ella era una cazadora de la televisión. Dos veces había obtenido informaciones que llevaron a obtener retratos robots. Dos veces, al mostrarlos en su programa, había conducido a la captura de los sospechosos.

Malone ponía empeño en informarse a fondo sobre las personas de las que se ocupaba; su equipo de investigación parecía dotado de poderes extrasensoriales.

Tenía contactos importantes y era aficionada a descubrir los secretos familiares mejor guardados. Se comentaba, entre bromas y nervios, que si Malone se ponía tras los pasos de alguien le convenía estar tan limpio como el día en que había nacido. Hasta los policías la tenían por implacable, asegurando que clavaba los dientes en sus víctimas como un perro de presa y ya no las soltaba.

Y si podía hacer todo eso sin consecuencias era porque tenía cara de ángel. Sus ojos azules conservaban una expresión inocente y algo sorprendida, como si no acabara de creer en lo que estaba haciendo. Con sus trajes de Dona Karan, parecía la típica norteamericana de clase media que había alcanzado el éxito; su aire ingenuo y diáfano disimulaba una férrea ambición.

Aunque el público la adorara, sus relaciones con la policía eran, decididamente, una mezcla de amor y odio. Era apreciada cuando ayudaba a apresar criminales y traficantes de droga, pero también era odiada, pues ella daba la impresión de estar cumpliendo con el trabajo que debería haber hecho la policía.

Harry se encogió de hombros: estaba entre la espada y la pared. Levantó el auricular para marcar el número de Producciones Malmar.

—Habla Harry Jordan, detective de la policía de Boston, Departamento Homicidios —dijo a la mujer que lo atendió—. Quería hablar con la señorita Malone.

—Un momento, señor. Lo pondré con la asistente. Tras algunos minutos de espera, matizados con música de piano inesperadamente suave, otra voz dijo:

—Soy Beth Hardy. ¿En qué puedo serle útil, detective Jordan?

—Tengo un caso que me gustaría analizar con la señorita Malone. El asesinato de una joven universitaria, hace un par de semanas.

—Ah, ¿la chica de la Universidad de Boston?

—¿Usted se enteró por los diarios?

—Sí, y me sentí muy afectada, porque estudié en esa universidad. Tengo pocos años más que ella. No puedo dejar de pensar que, a no ser por la gracia de Dios, bien podría haber muerto yo también. Pobre chica.

—Por eso nos vendría bien la ayuda de la señorita Malone. —Beth suspiró con pena.

—Lo siento, detective Jordan, pero usted ha llamado en mal momento. Ella volvió de Londres apenas ayer y, por una vez, se ha tomado un descanso. De cualquier modo, tenemos todos los programas preparados para las seis semanas próximas —vaciló al recordar la llamada telefónica de Mal sobre ese caso. A esas horas, probablemente el equipo de investigación habría desenterrado toda la información requerida. Entonces agregó—: De cualquier modo, voy a hablar con ella. Tal vez le interese, o quizá no.

Harry frunció el entrecejo. Rossetti tenía razón: ya se sentía estúpido por haber llamado. Malone no era sino otra celebridad arrogante.

—Muchísimas gracias, señorita Hardy —dijo, escéptico—. No voy a quedarme esperando que me llamen.

La risa de Beth sonó burlona.

—Se le notan los galones, detective. No le prometo nada, pero haré lo que pueda.

Capítulo 8

Mal no atendió la llamada de Beth. Estaba tendida en un mullido sofá de la sala, en su exclusivo apartamento de la Quinta Avenida, contemplando inexpresivamente las nubes grises que se amontonaban sobre Central Park.

Había reunido demasiadas energías para la entrevista de Londres, funcionando a base de nervios y adrenalina. El multimillonario resultó un hueso duro de roer, más de lo que ella esperaba. De cualquier modo, había alborotado el avispero; por la noche, cuando el programa saliera al aire, causaría sensación.

Lo mejor era que ese viejo cretino y cruel no podría hacer absolutamente nada. Antes de partir Mal había consultado todos los detalles con el departamento legal. Él amenazaba con un pleito, pero no lo haría. No podía, pues todo era verdad. Lo que pasara a continuación era asunto de la policía y de su prometida, aunque al parecer ella no pensaba abandonarlo.

Mal meneó la cabeza, admirada. Eso demostraba el poder que tenía el dinero. Lo único que esa mujer podía pensar era que había pescado a un ricachón; no se le ocurría que, cuando él se aburriera, bien podía ser ella la siguiente en «caer» por esa escalera. Porque el viejo no estaba dispuesto a desprenderse de un solo penique. Se llevaría todo a la tumba o lo dejaría para un monumento en su honor: un centro de arte o un museo que llevara su nombre; de ese modo, aun después de que él hubiera desaparecido, la gente seguiría pronunciando su nombre todos los días. Estaba decidido a seguir viviendo después de la muerte, si eso era posible.

Mal bostezó, fatigada; ni siquiera el Concorde podía eliminar por completo las consecuencias de cambiar de huso horario. Se lamentaba de no haber tenido tiempo para visitar algo de Londres, pero no conocía a nadie allá, exceptuando su propio equipo de producción. Había recibido muchas invitaciones, desde luego: cenas, inauguraciones y fiestas de caridad; en Inglaterra era plena temporada social. Pero ese tipo de cosas no la divertían. Por el contrario, era trabajo difícil: un salón lleno de desconocidos, que solo deseaban estar con ella porque era una celebridad. Habría tenido que ser el entretenimiento de la velada, sonreír y mostrarse cortés, chispeante, entablar conversación. Por eso había rechazado todas las propuestas.

Solo más tarde, después de una solitaria cena en su apartamento del hotel, lujoso y lleno de flores, se preguntó con melancolía si no sería ese un error. Al fin y al cabo, tal vez habría podido encontrar a alguna persona cuyos ojos establecieran un contacto significativo con los suyos, un hombre que la reconociera por sí misma, no por lo que era, alguien que la hiciera reír, alguien con quien pasarlo bien.

Las nubes cubrieron el sol; Mal se ciñó la suave bata de color crema, escondiendo los pies descalzos bajo el cuerpo, en el sofá tapizado con cretona de rosas estampadas.

Para los visitantes, el apartamento de Mal era siempre una sorpresa. Todos esperaban una decoración acorde con su manera de vestir: elegante, sencilla y

monocromática. En cambio se encontraban con una casa de campo a la antigua, con fotos de la familia y jardín-terraza.

Su hogar estaba lleno de antigüedades inglesas y cómodos sillones, de estampados florales artísticamente descoloridos. En las mesas se apiñaban las fotografías con marco de plata. En los estantes había libros de ediciones raras, junto con las últimas biografías, novelas policiales y éxitos de librería. Sus paredes claras, cubiertas de seda, estaban decoradas con cuadros perfectamente iluminados: antepasados, caballos y perros, acuarelas de fincas toscanas y suaves paisajes ingleses. Frente al hogar de piedra caliza, de estilo francés, había una mesa de café de roble macizo, con pilas de libros artísticos. Aun en tardes bochornosas como esa tenía siempre el hogar encendido, junto con el aire acondicionado para combatir el calor, simplemente porque le encantaba contemplar el fuego.

También le gustaba estar rodeada de flores en grandes ramos: espuelas de caballero, fragantes alhelíes blancos, cabezas de dragón, margaritas enormes y rosas claras, gordas, perfumadas y caóticas, que se repetían en una pintura de un gran artista holandés del siglo XVII. Pero su favorita era la evocativa fragancia de las lilas; durante su breve y dulce temporada no quería otras flores.

Aunque pocas personas lo sabían, en la intimidad de su hogar la sobria y adusta Mallory Malone opinaba que cuanto más, tanto mejor.

Arrancándose de la cómoda hondura del sofá, salió a la terraza, donde dos fuentes gemelas de piedra chapoteaban musicalmente. Mientras inspeccionaba sus plantas, hundió los dedos manicurados en la tierra para arrancar alguna mala hierba y retiró las flores marchitas de las azaleas; luego cortó una ramita de romero y retorció las hojas para gozar de su aroma.

Por fin se sentó en el banco de madera tallada, desde donde se veían las torres de Manhattan.

—Si cerrara los ojos —pensó en voz alta, cerrándolos con fuerza, mientras se acercaba el romero a la nariz—, podría estar en la Provenza escuchando cantar las cigarras, los pájaros y el viento en los olivares, en vez de oír el tránsito y la llamada del teléfono.

Abrió los ojos para echar a su alrededor una mirada intranquila. No estaba acostumbrada a tener tiempo libre. No sabía qué hacer con él. Se levantó para pasearse otra vez por la terraza. Recogió alguna otra flor marchita y levantó una mirada ceñuda hacia los nubarrones. Cayeron las primeras gotas de lluvia; hubo destellos de relámpagos y retumbar de truenos, en pocos segundos aquello fue un diluvio. Ciñéndose la bata al cuerpo, Mal huyó adentro.

El teléfono estaba sonando otra vez. Corrió al estudio para atender, pero se detuvo al oír el chasquido del contestador automático. Debía recordar que necesitaba descanso. Y eso significaba no atender el teléfono.

Vacilando, echó una mirada al aparato. No había nada malo en averiguar quién había llamado, solo para asegurarse de que no la habrían olvidado por completo.

Escuchó doce mensajes. Ya estaba aburrida cuando llegó al decimotercero, el de Beth Hardy.

«Lamento interrumpir tu paz —decía Beth—, pero este asunto tiene cierta urgencia. ¿Recuerdas a la universitaria de Boston, la que fue violada y asesinada? Me pediste que pusiera a trabajar al equipo de investigación en eso, por si te interesaba. Pues bien, esta mañana llamó desde Boston un tal detective Harry Jordan. Quiere que te ocupes del caso. Le dije que tenías la agenda completa y que estabas de vacaciones. Se fastidió bastante al enterarse de que no estabas disponible, pero me pareció mejor hacértelo saber. Mientras tanto, espero que estés pasándolo bien... o que descanses, al menos. A propósito: él dejó el número de su oficina y el de su casa, que no figura en el listín. ¿No te parece mucho lujo para un policía? Por si acaso, aquí lo tienes». Una risa. Mal se hundió en el sillón de rosas estampadas, frente al escritorio. Se había olvidado de la joven brutalmente violada y asesinada.

—Summer Young —dijo en voz alta, era un nombre mágico; sin duda los padres la habían amado mucho.

Apoyó los pies descalzos en el sillón para rodearse las rodillas con los brazos, la mirada perdida en el espacio, pensando. Luego tomó el auricular para llamar al detective Jordan.

El teléfono de su oficina sonó diez veces antes de que se conectara el contestador automático.

—No me extraña que necesite ayuda, detective —dijo ella al teléfono, irritada—. Ese maldito aparato tardó tanto en atender que estuve a punto de cortar sin dejar mensaje. Por favor: haga que se ponga en marcha después de tres timbrazos, ¿quiere? Eso me ahorrará tiempo y mala sangre. Ya sabe dónde comunicarse conmigo. Ah, sí: habla Mallory Malone.

Ya enfadada con él, cortó violentamente y fue a la cocina. Mientras esperaba que hirviera el agua, tamborileó con dedos impacientes sobre el mármol de la encimera. Luego puso un saquito de infusión de bayas silvestres en un jarrito de rosado diseño floral y lo llenó de agua hirviente, revolviendo hasta que obtuvo un color bastante subido. Después tomó una ración de pastel de limón bajo en calorías y marchó de nuevo a la sala.

Comió el pastel en dos minutos exactos.

—Esto es por tu culpa, detective Harry Jordan —protestó, calculando las calorías con aire culpable. Pero luego se echó a reír—. Caramba, lo que necesito es una buena cena. ¿Cuánto hace que como a las corridas? ¿O sola? Eso no tiene gracia.

Aburrida, tomó el teléfono de la mesa de café para marcar el número particular de Jordan.

En ese momento Harry estaba entrando, vestido con pantaloncitos grises, una remera gris empapada de sudor y zapatillas gastadas. Llevaba a pulso una bicicleta de montaña de doce velocidades y traía el casco puesto. *Squeeze* llegó al teléfono antes que él, pero sus habilidades técnicas no iban más allá de operar el botón de «Alarma»

en el radio-despertador: se limitó a ladrarle gozosamente.

—Sal del paso, perro. Esto es asunto de hombres. —Harry se dejó caer en el sillón para levantar el auricular—. Sí, aquí Jordan —dijo, todavía jadeando.

—Y aquí Mallory Malone, detective Jordan.

—¿Mallory Malone? —Quedó atónito. Era la última persona de quien esperaba recibir noticias.

—A juzgar por sus jadeos, espero no haberlo pillado haciendo algo que no debería —añadió ella, punzante.

Él enarcó las cejas.

—Espero que jamás me pille haciendo algo indebido, señorita Malone. Pero tal vez tengamos diferentes puntos de vista sobre lo que yo debo o no debo hacer.

—Sin duda.

La voz de la mujer era seca, casi agria. Él sonrió, disfrutándola.

—Gracias por la llamada. Solo por curiosidad: ¿Cómo averiguó mi número particular?

—No conviene subestimar las posibilidades de un buen equipo de investigación.

—En otras palabras, no interesa lo que conoces, sino a quién conoces.

—Posiblemente. Mientras tanto, ¿por qué no me dice qué problema tiene?

—Más específicamente, son tres problemas, señorita Malone. Tres asesinatos, todos de jóvenes universitarias radicadas en Nueva Inglaterra. El patrón es siempre el mismo. Han sido secuestradas en un aparcamiento o una calle tranquila, por la noche, y llevadas a un lugar solitario. Les han cortado el pelo. Han sido violadas y luego les han cortado las muñecas, limpiamente, como con un bisturí. Han muerto desangradas: la primera, en una granja venida a menos; la segunda, en un embarcadero desierto, sobre el río; esta última, en una playa remota. En los dos primeros casos se había denunciado la desaparición de las chicas, pero los cadáveres solo fueron encontrados por casualidad, varias semanas después. Summer Young, la víctima más reciente, estudió hasta tarde en la biblioteca de la universidad; luego fue caminando hasta el aparcamiento para retirar su coche. Fue secuestrada y conducida a una playa solitaria. Pero la playa no estaba tan desierta como el asesino esperaba. Aunque el atacante huyó, dos pescadores pudieron verle la cara durante un momento, a la luz de una linterna. Basándonos en esa fugaz impresión hemos podido armar un retrato robot.

—¿Tienen un retrato del asesino? —exclamó ella, sorprendida.

—En efecto, señora.

—Señorita Malone —corrigió ella, con evidente irritación—. Detesto lo de «señora». Me hace sentir centenaria.

Él la provocó, bromeando:

—Nadie le daría más de treinta y cinco años, señorita Malone.

—Muchísimas gracias, detective —había un filo de hielo en su voz—. Supongo que su propio físico resiste bien las presiones del tiempo y la fuerza de gravedad.

Pero volvamos a Summer Young. Esta última semana estuve en Londres. Ignoraba que existiera un retrato robot. Quiero verlo y hablar más del caso. Necesito conocer todos los datos de que usted disponga. Sin ocultar nada.

—¿Eso significa que le interesa ayudarnos? —Harry ya no bromeaba.

—Me interesa ayudar a las víctimas inocentes y evitar nuevos asesinatos, detective. No me interesa ayudar a la policía a cumplir con su deber.

Harry acusó el golpe en el mentón.

—Sí, señora... señorita Malone. Puesto que tenemos los mismos objetivos, no dudo de que podremos trabajar juntos. Amistosamente.

—¿Estará libre mañana al anochecer?

—Puedo arreglarlo. Dígame dónde y a qué hora; allí estaré.

—Yo misma iré a Boston —aclaró ella, sorprendiéndolo.

—No es necesario. Puedo ir yo.

Por el interés que ella demostró, podría haberse ahorrado la frase.

—Tomaré el avión que sale de La Guardia a las siete. ¿Hay algún restaurante dónde podamos encontrarnos?

—Claro. A la vuelta de la estación de policía. Se llama Ruby's. Sobre la calle Miller.

—Estaré allí a las ocho y media, detective.

—Será un placer, señorita Malone.

Hubo un chasquido y la línea quedó muerta.

—¡Qué placer ni placer! —murmuró Harry, pasándose las manos por el denso pelo oscuro.

Squeeze inclinó la cabeza a un lado, con la lengua afuera y los ojos vivaces.

—La gente tiene razón, *Squeeze* —revolvió con afecto el espeso pelo plateado—. La señorita Malone es muy recia... la señora.

Capítulo 9

Cuando Harry giró en la esquina, corriendo rumbo a Ruby's, la lluvia rebotaba en la resbaladiza acera y le pegaba el pelo oscuro al cráneo, filtrándose por el cuello de su vieja chaqueta de piel negra.

El perro trotaba junto a su pierna, echando miradas cautelosas al cielo cruzado por los relámpagos, desasosegado por el sordo retumbar de los truenos, era de esperar que Mallory Malone hubiera podido viajar, pese a las tormentas que habían asolado la zona durante todo el día, pero no se la podría criticar si no se presentaba. Era una noche de perros.

La campanilla instalada en la puerta de Ruby's tintineó cuando él la abrió. La pequeña cafetería estaba de bote en bote, con todas las cabinas y las mesas de formica ocupadas. Reconoció a un par de policías y algunos parroquianos vecinos; otros estaban allí como por casualidad. Por encima de las cortinas a cuadros rojos, los cristales empañados dejaban afuera esa noche miserable; el olor a café caliente, comida frita y salsa de pollo pendía permanentemente en el salón como el smog sobre las grandes ciudades. Un par de camareras matroniles, con delantales rojos y blancos y cofias ya ajadas, maniobraban hábilmente con sus bandejas cargadas por entre las banquetas de resquebrajado plástico rojo. El humo azul de los cigarrillos se elevaba en espirales hasta el techo, ya amarillento de nicotina.

Squeeze se sacudió, esparciendo una catarata de gotas sobre los raídos tejanos de Harry. Luego se sentó sobre los cuartos traseros, olfateando con ansiedad.

Harry tomó una servilleta de papel para secarse la cara y el interior del cuello. Luego trató de cruzar una mirada con la camarera.

—Hola, Doris —saludó al ver que ella volvía apresuradamente al mostrador—. ¿Falta mucho para que se desocupe alguna cabina?

Ella se encogió de hombros.

—Diez o quince minutos.

Él le apretó suavemente un brazo.

—Necesito que me la reserves, tesoro.

Acompañó su pedido con una sonrisa. Ella era una cincuentona regordeta, demasiado atareada. Él la conocía desde hacía unos cuantos años, cuando ella era una regordeta en sus cuarenta y aún se permitía coquetear. El tiempo había hecho lo suyo, pero aún eran buenos amigos.

—¿Vas a traer a una chica a este tugurio? —preguntó ella, enarcando una ceja pintada—. ¡Qué miserable!

—Por negocios, Doris, solo por negocios. Pero es una mujer, ¿sabes?, y no quiero hacerla esperar.

Ella sonrió.

—Siempre me han gustado los hombres bien educados. Te reservaré la cabina del rincón, aunque tenga que sacar a esos tíos a patadas —inhaló con fuerza por las

narices, echando un vistazo al perro mojado—. Esto huele a establo —agregó mientras se alejaba.

Dos minutos después volvió trayendo un plato de carne. *Squeeze* hizo una pequeña danza de impaciencia con las patas traseras.

—Todo perro merece un buen bistec de vez en cuando —dijo ella, poniéndole el plato en el rincón—. Aunque apeste como tú.

—Lo malcrías, Doris. Además, acaba de cenar. Se pondrá gordo.

—Sí. Siempre me gustaron los hombres gordos y los perros gordos. Eso te excluye, detective. Eres puro músculo. Ahí no hay nada que se pueda pellizcar.

Riendo de su propio chiste, se llevó la bandeja al hombro para avanzar con decisión hacia la cabina del rincón más apartado.

—Eh, ustedes —dijo en voz bien alta—, ¿piensan pasarse toda la noche aquí? Hay gente esperando mesa, clientes de los que pagan.

Harry se echó a reír; en ese momento sonó su teléfono celular. Volviendo la espalda al bullicio del salón, lo oprimió contra el oído.

—Aquí Jordan.

—Dígame, detective, ¿dónde diablos está Ruby's? —Mallory Malone parecía irritada—. El chófer de la limusina no tiene idea.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Todo bostoniano que se precie sabe exactamente dónde está Ruby's, señorita Malone. Que se ponga al teléfono y yo le daré las indicaciones.

Ella no rio; ni siquiera dijo «adiós» o «hasta luego» o algo que sonara remotamente sociable, en cambio apareció el chófer en la línea. Cuando Harry acabó de darle las indicaciones, Doris esperaba, cruzada de brazos, a que los ocupantes de la cabina acabaran de contar el dinero. Dos minutos después pasaron a su lado, rumbo a la puerta, mientras ella limpiaba la mesa.

Harry no quiso imaginar lo que habría podido suceder si hubiera hecho esperar a la señorita Malone, la Gran Estrella. Entró en la cabina, de espaldas a la pared, para verla cuando llegara. *Squeeze* se acomodó bajo la mesa, sin molestar, y metió la cabezota entre las patas, como si se preparara para una siestecilla.

Harry se puso a repasar lo que sabía de Mallory Malone. No era mucho, lo cual resultaba sorprendente tratándose de una personalidad pública. Ella era originaria de Oregón y había estudiado en la Universidad del Estado de Washington, donde había obtenido una licenciatura en periodismo. Después de algunos empleos en la radio y la televisión de una ciudad pequeña, ingresó en un canal de Seattle, donde daba la información meteorológica. Allí la descubrió una red nacional, que la empleó para leer las noticias; luego pasó a ser la presentadora de un programa matutino. Ahora tenía un programa propio, de gran éxito.

Se había casado con un rico agente de Bolsa, pero el matrimonio no había durado mucho tiempo. Ambos tenían diferentes horarios y él adujo que el trabajo la consumía.

«Mallory ha dedicado toda su vida a la televisión —había dicho al periodismo, amargamente—. Espero que eso le mantenga caliente la cama por la noche». No ha tenido hijos.

Se abrió la puerta, dando paso a Mallory Malone, que echó un vistazo alrededor, con las cejas enarcadas, como si dudara de estar en el sitio correcto. Harry se apresuró a abandonar la cabina para acercársele.

—Señorita Malone.

Ella giró la cabeza y lo miró a los ojos. Por televisión no parecían tan intensamente azules; tampoco se notaba que las pestañas eran tan largas. Cuando ella los bajó para mirarle la mano extendida, su expresión fue inesperadamente tímida. Vestía con elegancia: jersey y falda de cachemira gris, con una chaqueta roja; en el pelo dorado refulgían las gotas de lluvia. Parecía tan fuera de lugar en Ruby's como una flor tropical en Alaska. Y tenía las manos frías.

Mientras cambiaba un apretón de manos con Harry, Mal pensó, incómoda, que su vestimenta era demasiado elegante. Jordan, en cambio, parecía muy en su ambiente con sus vaqueros desteñidos y su gastada chaqueta. Era más joven de lo que ella esperaba ¡y qué atractivo, el maldito! El pelo, mojado por la lluvia, se le adhería a la cabeza estrecha; los ojos grises eran penetrantes; su boca era firme, de aspecto sensual. Tenía barba de un día, al menos, y parecía demasiado seguro de sí. Ella retiró la mano, desconcertada.

—Detective Jordan —informó fríamente—, mi chófer necesitó media hora para encontrar este local.

—Lo siento. En realidad, no es tan difícil. —Entre ellos crepitaba el antagonismo. Ella echó un vistazo despectivo al mostrador, con sus espejos y sus pasteles en exhibición, a la pequeña cocina llena de vapor, a las banquetas de vinilo resquebrajado, a las camareras que iban y venían con puré, huevos fritos, hamburguesas y colesterol. Luego alzó una ceja con superioridad.

—¿Le gusta frecuentar los barrios bajos, detective Jordan?

Harry apretó los dientes. ¿Qué diablos pretendía? ¿Un restaurante de lujo?

—Lamento que esto no esté a su altura, señora. Pero está cerca de la estación de policía y yo estoy de turno —encogió los hombros—. Además, con lo que ganan los policías no pueden ser muy exigentes. Todos los muchachos comen aquí.

Ella entornó los ojos.

—Los policías en general, Jordan; los policías ricos son otra cosa.

Él comprendió que estaba en dificultades. Malone tenía aversión por Ruby's, por los policías y aún más por los policías ricos. Se preguntó cómo lo habría averiguado. Probablemente, de la misma manera en que había averiguado su número particular, que no figuraba en el listín. Ella se cuidaba de saberlo todo sobre su entrevistado, ante las cámaras o sin ellas.

Mientras Harry la guiaba hacia la mesa del rincón, las cabezas fueron girando hacia ella, reconociéndola, pero la mujer no parecía haberse percatado de que había

otras personas en el local. Al entrar en la cabina, frente a él, su pie encontró el bulto blando del perro. Miró hacia abajo, sobresaltada, y una súbita sonrisa le iluminó el rostro.

Harry la observó, deslumbrado. Era como si alguien la hubiera encendido.

—Saluda a la señorita, *Squeeze* —indicó.

El perro, se escurrió entre las rodillas de ambos y se sentó junto a Mallory, levantando cortésmente la pata derecha.

—Oh, qué bonito —ella miró a Harry como diciendo: «Oh, por el amor de Dios...». Pero estrechó la mano del perro y le dio unas palmaditas, murmurándole dulces tonterías.

—Échate, *Squeeze* —ordenó él.

El siberiano, obediente, volvió a dejarse caer bajo la mesa, con la cabeza apoyada en las gastadas botas de gamuza, esperando el movimiento siguiente.

Ella miró a Harry a los ojos, por encima de la mesa quemada por los cigarrillos.

—*Squeeze*... Nombre extraño para un perro. ¿No debería llamarse Capitán, Fido o algo así?

—Se llama *Squeeze* porque es capaz de escabullirse por cualquier lugar, tal como lo demostró siendo cachorro. Se escapaba de cualquier parte: por debajo de la cerca, por la ventanilla del auto o de mi dormitorio, durante la noche. Se me ocurrió llamarlo Houdini, pero me pareció demasiado extravagante. *Squeeze* me gusta más.

Ella asintió con la cabeza; los mechones de pelo corto y rubio, salpicados por las lentejuelas de la lluvia, se movieron como pétalos de crisantemo sobre su frente.

Harry apartó dificultosamente los ojos de ella y le entregó un menú de plástico manchado de grasa.

—¿Qué le apetece? Puedo recomendarle el bistec con patatas fritas.

Ella echó un rápido vistazo a los platos desbordantes que pasaban por sobre el mostrador.

—Una cerveza, nada más.

La cerveza no parecía condecir con su estilo. Harry habría esperado que pidiera café solo, sin azúcar, pero supuso que ella sabía ponerse en el lugar de «los muchachos». Llamó por señas a Doris y pidió dos cervezas. La camarera quedó boquiabierta al ver quién era su acompañante.

—¿Dos cervezas? —repitió, atónita—. A esta señora deberías pagarle champaña, miserable.

Mal se echó a reír al ver que Doris le guiñaba un ojo.

—Las mujeres tenemos que apoyarnos —afirmó ella, mientras volvía hacia el mostrador.

Un instante después trajo la cerveza y una libreta.

—¿No me firmaría un autógrafo aquí, Mal? —preguntó, emocionada—. De otro modo mis hijos no me creerán que usted ha estado aquí. Oh, bueno —añadió, resignada, mientras Mal firmaba con la desenvoltura que da la práctica—, de

cualquier modo no me creerán. Dirán que es puro cuento.

—Pero usted y yo sabemos que es cierto. —Mal le sonrió.

—Sí, y eso es lo que cuenta. Gracias, Mal. Se lo agradezco. Ya que estamos, no deje que este tío se le escape por la tangente. Siempre le digo que es todo músculos y nada de cerebro.

Mal bebió un sorbo de cerveza; en sus ojos azules se asomaba la risa. Luego se quitó la chaqueta roja y miró directamente a Harry.

—Bien, Jordan —dijo, muy expeditiva—. Puede comenzar.

—Me siento como si estuviera haciendo una prueba para las cámaras —dijo él, intranquilo.

—Más o menos. Hable.

Él le dio los detalles de los asesinatos, explicando que no había ninguna vinculación entre las tres muchachas: no eran de la misma ciudad, ni siquiera del mismo estado. No se conocían entre sí. No vivían en el mismo barrio. Estudiaban en distintas universidades.

—No fueron asesinatos cometidos al azar —comentó—. Este hombre es preciso, un homicida organizado. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Creo que conocía el domicilio de sus víctimas y su rutina diaria: sus horarios de clase y en qué momentos estarían solas.

Mal dilató los ojos. Un pequeño escalofrío le corrió por la columna.

—¿Eso significa que las acechaba?

—Creo que sí.

—Qué horror —musitó ella, sobriamente—. Un maniático suelto entre todas esas universitarias. Tiene para elegir. ¿Y no hay ninguna pista?

—El laboratorio está trabajando con las huellas recogidas en el escenario del crimen: fibras, cabellos, semen. En un par de semanas tendremos el ADN; estoy seguro de que eso lo vinculará con los dos ataques anteriores. Y ahora las estudiantes están prevenidas. Se les ha advertido que no deben andar por el campus después del anochecer. Las universidades tienen servicios de vigilancia para acompañar a las chicas hasta sus alojamientos. Durante un tiempo eso servirá.

—¿Usted cree que él volverá a atacar?

—Estoy seguro. La unidad de Criminología Científica del FBI ha elaborado un perfil psicológico. Al parecer, se trata de un hombre afectado por una psicosis profunda contra las mujeres. El hecho de cortarles el pelo es simbólico: así las despoja de su femineidad. Con la violación demuestra que tiene poder sobre ellas. Y al cortarles las venas probablemente alcanza un orgasmo que de otro modo no podría lograr. Para él, ese ha de ser el momento de poder supremo. Las mujeres están indefensas, sienten dolor... y mueren mientras él vive.

Ella le clavó una mirada de espanto.

—¡Oh, Dios mío!

Harry asintió, ceñudo.

—Ya ve usted por qué debemos detenerlo antes de que vuelva a atacar. Por su patrón de conducta, creo que tardará algún tiempo. Un par de meses, quizá. Debe estudiar el escenario, escoger a su víctima, seguirla... Entrar en su casa, tal vez, para conocerla mejor, para captar su olor. Es como la fiera que acecha su presa. Metódico. Por eso ha tenido tanto éxito.

—¿Por qué hay hombres que hacen cosas así?

Él se encogió de hombros.

—Los estudios demuestran que todos los asesinos de este tipo provienen de hogares con algún trastorno grave: drogadicción, alcoholismo, actividades delictivas... lo que más le guste. Con frecuencia hay enfermedades mentales en la familia; probablemente sufrieron grave maltrato físico y emocional cuando eran niños. Por lo general han sido dominados por la madre, que los degradó y los castró sistemáticamente. A su vez se convierten en adultos sexualmente inadaptados, incapaces de mantener una relación madura y de igual a igual con una persona adulta.

—¿Cree usted que ese es el caso de nuestro asesino?

—Ojalá lo supiera.

Harry se pasó una mano cansada por el pelo, aún mojado por la lluvia, que se erizó en mechones. Mal se dijo, interesada, que parecía recién salido de la ducha.

—La gente piensa que un asesino debe de tener cara de monstruo —dijo él—. Pero la verdad es que, en su mayoría, son como cualquier otro hombre que anda por la calle. El perfil del FBI dice que, muy posiblemente, nuestro asesino lleva una vida normal. Eso significa que su profunda psicosis le permite presentar una fachada de normalidad. Vive solo, casi con seguridad en una casa, no en apartamento, pues necesita intimidad para ir y venir. Es de aspecto pulcro y ordenado en su vida diaria. Tiene un empleo decente, preferentemente de tipo administrativo. Hasta puede pertenecer a un alto nivel social. Se desempeña bien en su trabajo, no tiene amigos y es obsesivo con la limpieza.

—Conque no estamos buscando a un tipo raro ni a un vagabundo, sino a un fulano como cualquier otro, a un hombre que sus vecinos y compañeros de trabajo consideran bastante normal. Como usted o como cualquier otro hombre de Boston.

—Una aguja en un pajar —confirmó él.

—Menos mal que han podido hacer un retrato robot.

Harry sacó el retrato del sobre de papel manila.

—Un dato más: Summer Young, la última víctima, pudo darnos dos detalles antes de morir: que tenía ojos oscuros, fijos, y manos suaves.

—Eso significa que, definitivamente, no trabaja con las manos.

—Difícilmente.

—¿Dijo algo más?

—Sí. Lo llamó «cerdo». Fueron sus últimas palabras.

Mal apartó la vista, perturbada, y bebió un sorbo de cerveza. Luego estudió el retrato durante un largo minuto, mientras Harry la estudiaba a ella. Le gustaba el

modo en que se curvaban dulcemente sus pestañas en las puntas.

—¿Esto fue hecho a partir de la descripción de los dos pescadores? —preguntó ella, por fin.

—Sí. Lo vieron a la luz de su linterna, un segundo antes de que escapara. Pero un dibujante de la policía destacó los ojos para ajustados al recuerdo de Summer.

La voz de Mal sonó más fría que la cerveza.

—Me temo que no hay mucho material para trabajar, detective Jordan. Esto no es muy fiel. Y no alcanza, por cierto, para un programa de alcance nacional. Lo siento, pero no puedo ayudarlo.

Luego recogió su bolso y su chaqueta para salir de la cabina.

Harry se quedó mirándola, estupefacto. Un minuto antes parecía lista para aparecer ante las cámaras y salvar a otras jóvenes de ese terrible destino. Ahora le cerraba la puerta en las narices.

—Espere un momento —dijo, con voz áspera. *Squeeze*, bajo la mesa, alzó la cabeza con un suave gruñido. Harry se levantó de un salto.

Mal le volvió la espalda, pero él la sujetó por el hombro.

—¿Qué ha sucedido?

—¿A qué se refiere?

La soltó. Ella hundió apresuradamente los brazos en las mangas, sin mirarlo a los ojos.

—Parecía estar entusiasmada por el caso y ahora lo rechaza. Quiero saber por qué.

Ella se encogió de hombros.

—Le permití hablar, detective. Escuché. Tomé una decisión. Esa es mi manera de hacer las cosas. El rechazo nunca es dulce, Harry Jordan. Lo sé.

Recogió su bolso, todavía evitando mirarlo a los ojos.

—No hay nada personal, por supuesto.

Y se alejó a paso largo de las cabinas de vinilo rojo, hacia la puerta, hacia la limusina que esperaba.

Capítulo 10

Mal miraba empecinadamente el panorama por las ventanillas surcadas de lluvia, poniendo toda su voluntad para no pensar en el asunto. Durante el vuelo de regreso a La Guardia leyó cuatro artículos largos en el último número de *Vanity Fair*, aunque más tarde no habría podido decir una palabra de ninguno de ellos.

La puerta de entrada de su casa nunca le había parecido tan acogedora. La cerró detrás de sí y se recostó contra ella, con el corazón acelerado como si acabara de correr cinco calles.

La empleada doméstica había dejado las lámparas encendidas para ella. Después de pasear una mirada agradecida por su apacible hogar, se quitó los zapatos para ir descalza al dormitorio.

Las limpias sábanas de algodón ya estaban abiertas en la enorme cama antigua, de origen francés, inflada de almohadones y cubierta con una suave manta de cachemira. Mal no veía la hora de meterse en ella.

Dejó caer la falda gris y luego arrojó el jersey sobre la alfombra clara. Las medias y la ropa interior fueron dejando un pequeño rastro hasta el cuarto de baño, de mármol rosado.

Buscó un fósforo para encender, entre los helechos que rodeaban la bañera, unas velas perfumadas con esencia de lilas. Luego abrió los grifos y se apoyó en el fresco lavabo de mármol para mirarse en el espejo. Le sorprendió descubrir que tenía un aspecto muy normal. Aún parecía Mallory Malone, estrella del periodismo de investigación, la que tenía un exitoso espectáculo propio en horario central.

Entró en la bañera y se hundió en el sedante calor del agua, con los ojos cerrados, esperando que el familiar aroma a lilas la transportara a un recuerdo que aún atesoraba, al único momento de felicidad perfecta que podía recordar. Pero esa noche la magia no funcionaba.

Salió de la bañera, envolviéndose en una esponjosa toalla blanca con aire fatigado, y volvió a mirarse en el espejo.

Sus propios ojos ensombrecidos por el pánico, sostuvieron su mirada. Había olvidado quitarse el maquillaje. Se apresuró a ejecutar el rito de todas las noches: crema limpiadora, tonificador, hidratante, un poco de crema bajo los ojos. Funcionaba con el piloto automático.

Después de cepillarse el pelo, caminó desnuda hasta el enorme armario; aún tenía frío; se puso una camiseta gris y un par de calcetines blancos. Luego giró para mirarse en el espejo de cuerpo entero. Se habría dicho que dentro de ella acababa de apagarse alguna luz. Y era otra vez Doña Nadie.

Con la cabeza baja, marchó desoladamente a la cocina para poner la tetera al fuego; esperó inmóvil a que rompiera el hervor. Preparó su infusión favorita, la de bayas silvestres, pero esta vez no pensó siquiera en el pastel de limón.

Llevando la taza con cuidado, volvió al dormitorio y la puso en la bandeja de

plata que tenía sobre la mesilla. Luego se hundió, agradecida, en el consuelo de las almohadas blancas; encendió el televisor, sin dar volumen al sonido.

La pantalla mostró, en silencio, un programa informativo. Junto con su infusión, Mal tragó dos aspirinas para el dolor de cabeza que acechaba, mientras se enteraba con desasosiego de las novedades internacionales. Al cabo de un rato apagó las luces y se acurrucó en posición fetal, estremecida, aguardando que el sueño viniera a bloquear sus recuerdos.

La cómoda cama parecía arrastrarla hacia abajo; las suaves almohadas la sofocaban. Caía sin freno en un pozo oscuro y sin fondo...

Se incorporó bruscamente, con un grito de terror, y arrojó las mantas a un lado para levantarse. Tenía la garganta seca y la recorrían pequeños estremecimientos.

—¡Oh, Dios! —susurró—. ¡Oh, Dios mío, no!

Llevaba mucho tiempo sin tener esa pesadilla; parecía haber desaparecido por fin, sepultada con el resto de las cosas malas en ese lugar secreto de su mente donde ella la había relegado. Pero aún estaba allí. *Aún estaba allí.*

Encendió apresuradamente el velador; luego, las luces del cuarto de baño y el vestidor. Recorrió todas las habitaciones, encendiendo todas las luces a su máxima potencia, hasta que el apartamento refulgió como un escaparate navideño. Aún temblorosa, miró a su alrededor. El fantasma ya no tenía dónde esconderse. Ella estaba nuevamente al mando.

Volviendo al dormitorio, sacó una maleta del armario y empezó a llenarla apresuradamente. Solo prendas sencillas: equipos de gimnasia, camisetas, zapatillas. Cuando terminó echó un vistazo al reloj de la mesilla. Eran las dos y media. Despacharía un fax al balneario de Tucson para que le reservaran sitio.

Quedaban tres horas y media para matar antes de que pudiera llamar a las líneas aéreas, a fin de reservar pasaje en el primer avión. Tres horas y media antes de poder huir de Harry Jordan... y de su pasado.

A la misma hora, dos y media de la madrugada, Harry estaba en el gimnasio del Moonlighting Club. Había jugado un largo partido de baloncesto, después de lo cual hizo gimnasia durante cuarenta y cinco minutos. Levantó por última vez la barra de ochenta kilos de la máquina Nautilus, la sostuvo y luego la bajó suavemente hasta su sitio. El sudor le corría por el cuello, mojando el enmarañado vello del pecho.

Rossetti, que lo observaba, suspiró.

—He abandonado una blanda cama y una cálida mujer para venir a buscarte, Profe. ¿Qué te pasa? Después de haber cenado con Mallory Malone ¿ya no aceptas llamadas de nadie? ¿Eres demasiado importante para nosotros, los policías vulgares, o qué?

Harry se secó el sudor con una toalla.

—Tenía muchas cosas en la cabeza.

—Yo también, ¿recuerdas? Esta noche, al hablar con la señorita Malone, has puesto en juego mi carrera. Y luego no te presentas, no llamas...

Harry se alejó de él a grandes pasos para meterse bajo la ducha, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados.

—¿Qué clase de excusa es esa? —se quejó Rossetti—. Tienes demasiadas cosas en la mente. ¿Y yo no? Tenía la impresión de que éramos dos, los Dos Mosqueteros en busca de un asesino. Y parece que los mosqueteros somos tres, ahora que Malone se ha hecho cargo.

Harry se sacudió el agua de los ojos para mirar al iracundo detective.

—Te equivocas —dijo—. Mallory Malone se rehusó a ayudarnos.

Rossetti quedó boquiabierto.

—¿De veras?

—De veras. —Harry salió de la ducha y comenzó a secarse—. Dijo que no había bastante información para montar un programa. Y que el retrato robot no era fiel.

—¿Y cómo diablos puede saber eso?

Con un encogimiento de hombros, Harry se puso un calzoncillo azul y los vaqueros.

—A lo mejor tiene poderes extrasensoriales. No sé. Solo sé que daba la impresión de querer ayudar y de pronto se enfrió.

Rossetti lo miró con suspicacia.

—¿Le hiciste alguna insinuación indecente o algo así?

Él otro rio mientras metía los faldones de la camisa dentro del pantalón.

—No, nada de eso. Es un bloque de hielo... la mayor parte del tiempo.

—¿Y el resto del tiempo?

Se abotonó la camisa, pensando. Por fin dijo:

—El resto del tiempo es medio agresiva, pero agradable.

—¿Agradable?

—Sí, ya me entiendes: una chica simpática. Una *mujer* simpática —se corrigió. Sin embargo, pensándolo bien había algo juvenil bajo esa fachada de mujer de carrera. Tal vez fueran sus pestañas—. Trató bien a *Squeeze*.

Rossetti sonrió.

—Para conquistar a un hombre, eso no falla nunca. «Si me amas, ama a mi perro».

—No llegamos tan lejos, Rossetti. Por el contrario, me dejó tan enfadado que tuve que venir a desahogarme. De lo contrario habría terminado golpeando a alguien.

—Frustración, ¿eh?

Mientras caminaban hacia el salón, Harry cruzó un brazo fatigado sobre los elegantes hombros de Rossetti. El club zumbaba de gente que iba y venía; la zona de cafetería estaba colmada. Pidieron un café, entre holas y adioses, y se abrieron paso hacia las pesadas puertas de vaivén. De pie en los peldaños, contemplando la noche lluviosa, bebieron a sorbos el café.

—Lo has dicho todo en una sola palabra, Rossetti —reconoció Harry.

Los limpiaparabrisas iban despejando la fuerte lluvia, en tanto el Jaguar volvía a cruzar la ciudad silenciosa hacia Louisburg Square. Eran las tres de la madrugada; estaba exhausto, pero sabía que no podría dormir.

Squeeze reconoció el ruido familiar del motor y el fuerte portazo. Lo esperaba en el vestíbulo, meneando la cola y los ojos vivaces. Harry le puso la correa y volvió a salir a la lluvia.

—El paseo será corto, viejo —murmuró, intentando evitar los charcos—. Lamento lo de esta noche, pero necesitaba estar solo.

Sonrió para sus adentros; se estaba disculpando con el perro como con una esposa desatendida.

—Oh, bueno, qué diablos. Lo que necesito es una copa, *Squeeze*. Y tú, un hueso.

Tirando de la correa, arrastró el perro desgano de regreso a la casa. Ya en la cocina, dio un hueso al perro y sacó una botella intacta de *whisky*. Se sirvió una medida con hielo y fue a la sala, donde encendió las lámparas reduciéndolas a una media luz. Luego puso *Hanvsi Moon*, de Neil Young, y se instaló en su viejo sillón de cuero, tan maltrecho como su vieja chaqueta favorita.

Mientras bebía el *whisky*, saboreándolo lentamente en la lengua, recostó la cabeza, dejando que la música le llenara la mente. La canción era *Uiborn igend*, que siempre lo inducía a pensar en Jilly, su exesposa. Describía los sentimientos que ella le había inspirado cuando se conocieron. Y aunque se dijo que todo eso era pasado, cosa cerrada y concluida, que en realidad lo que pensaba no había sucedido nunca, la canción aún le hacía doler la magulladura del corazón.

Squeeze dejó caer el hueso en la magnífica alfombra de seda, una bokhara del siglo XVII, y se instaló a los pies de Harry para roerlo con aire satisfecho. La alfombra había pertenecido a la abuela.

—Oh, qué importa, es solo una alfombra —dijo Harry, resignado—. Esta aquí para usarla. Probablemente, antes de convertirse en antigüedad la mearon diez o doce bebés. Y es posible que unos cuantos gatos vomitaran en ella.

Desvió sus pensamientos hacia Mal Malone, repasando la entrevista con ella como si fuera una filmación: desde el principio, desde aquella primera mirada de desafío. Revisó su inteligente interés por el caso y su horror al enterarse de lo que había hecho el asesino. Y su mirada, al observar el retrato robot.

No había mostrado la menor expresión cuando miraba la cara del asesino. Ni disgusto ni horror... ni siquiera interés.

Y allí estaba lo raro. En un principio el caso había interesado a Mallory Malone, sin duda. Era evidente. Después, al ver el retrato, su rostro se petrificó. Pero no sucedía lo mismo con sus ojos, cuando se lo devolvió. En ellos había un dejo de algo. No era que lo reconociera; miedo, tampoco.

Durante un fugaz instante, Mallory Malone había parecido *perseguida*.

Harry tomó un sorbo de *whisky*, pensativo. La señorita Malone estaba ocultando

algo. ¿Qué la alteraba? ¿El patrón de los asesinatos, quizás? ¿O la identidad de las víctimas? Decididamente, algo había. Ella había sabido disimular su reacción; claro que era actriz o, al menos, una mujer que se manejaba ante el público. Ella representaba todo lo que disgustaba a Harry: una mujer dura, agresiva y reciamente profesional.

Luego recordó la sonrisa que había iluminado su cara al ver a *Squeeze*, las gotas de lluvia centelleando como lentejuelas en su pelo, el inesperado azul de sus ojos. Tal vez la había interpretado mal, después de todo.

Soltó un suspiro fatigado.

—La señorita Malone está llena de secretos —dijo al perro—. Sabe más de lo que dice. Y me propongo averiguar de qué se trata.

Squeeze levantó la cabeza para mirarlo. Después de menear la cola, volvió al hueso.

—«Si me amas, ama a mi perro» —repitió Harry, sonriente.

Después de echar un vistazo a su reloj, decidió llamarla por la mañana. Al fin de cuentas, solo faltaba un par de horas.

Capítulo 11

El hombre que conducía el Volvo gris oscuro giró cuidadosamente en la esquina. Esa noche llegaba tarde a casa, eso no le gustaba, pero no tenía remedio. Había tenido problemas.

La calle era agradable: bordeada de árboles y con casas grandes, bien mantenidas, con verdes prados al frente. En los caminos de entrada se veían automóviles costosos; los jardineros se esforzaban por lograr la perfección en la estación, reemplazando los bulbos moribundos de la primavera por las flores de principios de verano.

Su casa estaba en el extremo de la calle, frente a una parcela desocupada; un espeso seto de ligustro la separaba de la vecina. Él habría preferido un arbusto más bonito, pero el ligustro tenía la ventaja de ser espeso y de crecimiento rápido, lo cual tenía preeminencia sobre la belleza. El resto del jardín, en cambio, era digno de exhibición: su orgullo, su alegría.

Giró por el camino de entrada y puso el Volvo en la cochera. Después de parar el motor oprimió el control remoto. Antes de bajar del coche esperó a que la puerta de la cochera se cerrara por completo. Luego recogió el archivador rojo que había dejado en el asiento, cerró la portezuela y le echó llave.

En la puerta trasera de la casa había instalado cerraduras costosas y complicadas. Eran dos: una cerradura de pestillo Chubb y un cerrojo embutido Yale. Sacó las llaves para abrir y, después de entrar, volvió a echarlas. Además corrió dos enormes cerrojos: uno en el suelo y el otro, en la pared.

Cuando cruzó el diminuto lavadero de azulejos blancos, rumbo a la cocina, paseó una mirada atenta a su alrededor, apreciando todos los detalles. Todo estaba exactamente como lo había dejado. Marchó hacia el vestíbulo para examinar la puerta del frente, que tenía la misma combinación de cerrojos y cerraduras. Todos estaban firmemente echados.

Comprobadas sus medidas de seguridad, entró en el escritorio, una habitación artesonada en madera, para depositar el archivador en el escritorio. Ya se retiraba cuando se volvió, irritado, para acomodar el montón de libros que esperaban su atención. Enderezó los bolígrafos en sus portalápices de peltre: los rojos de un lado, luego los azules y finalmente los negros. No podía trabajar a menos que todo estuviera limpio y ordenado con exactitud. «Como en un barco», según la expresión de su padre, el marino.

Él acostumbraba decir, grandilocuente, que su padre había sido marino. En parte era verdad, pero ya desde sus tiempos de teniente había tenido problemas con la bebida. Hubo «incidentes», riñas en los bares, peleas en puertos extranjeros, alcohol estando de guardia. Recibió una advertencia. Y al fin llegó demasiado lejos: golpeó a una prostituta de San Diego casi hasta matarla. Entonces fue expulsado deshonrosamente.

Por entonces él tenía seis años. Más adelante su madre le contó la vergonzosa

verdad, aunque jamás la reveló a sus vecinos, por supuesto. Para ella era un secreto familiar, mientras el marido se tambaleaba de empleo en empleo, como viajante de comercio, eternamente en los caminos y eternamente en las tabernas.

No era el único secreto de familia.

El niño dormía en la cama de su madre desde que dejara los pañales. Él detestaba eso: ella era una mujer corpulenta, de grandes pechos caídos que siguió dándole a chupar todas las noches, aunque él, ya destetado, no deseara su leche. Y siguió ofreciéndoselos vergonzosamente durante sus años de desarrollo.

—Anda, bebe —lo acicateaba, metiéndole el enorme pezón pardo en la boca renuente—. Alíviame de esta carga de leche. De cualquier modo, es culpa tuya; tú hiciste que me hinchara así. Y es culpa tuya que tu padre ya no me desee.

Luego lo envolvía un almizclado olor a mujer, en tanto ella hurgaba bajo el camisón, trémula y gemebunda.

—¿Qué haces? —había preguntado una vez, aterrorizado, apartando la boca.

Ella se limitó a acercarle la cabeza por la fuerza.

—Tú sigue, bebe —ordenó. Él trató de apartarse, pero recibió una cruel bofetada—. Si no me obedeces, te despellejaré —siseó ella.

Él obedeció, sintiendo que su madre se estremecía de excitación. Después ella lo manoseó también.

Pero no quería pensar en eso.

Su dormitorio estaba tan immaculado como el resto de la casa: una sencilla alfombra *beige*, un cabezal de madera y mesillas con superficie de cristal. La cama era de una sola plaza; la sola idea de dormir junto a alguien le daba náuseas. Ese cuarto era suyo y solo suyo.

Se quitó la chaqueta de mezclilla para colgarla pulcramente en el ropero. Luego colgó también los pantalones de franela gris. Se quitó la camisa y los calzoncillos para ponerlos en el cesto de la ropa sucia. Finalmente se dio una larga ducha.

Después de secarse se inspeccionó en el espejo, desnudo. Era bajo y fornido, de hombros anchos, gracias a una temprana práctica de levantamiento de pesas. El vello del pecho era gris, a diferencia del pelo espeso que cubría su cabeza, que él hacía teñir de castaño oscuro una vez al mes, en una peluquería del centro. También habría sido gris su barba, si se la hubiera dejado crecer. Había comenzado a encanecer a los veintiséis años; por entonces eso le parecía muy atractivo. «Distinguido», era el calificativo que se había aplicado. Pero pronto debió darse cuenta que el encanecimiento prematuro significaba envejecimiento anticipado. Desde entonces se teñía el pelo.

No se parecía en nada al retrato robot, pensó, sonriendo por la ironía. Salvo los ojos, por supuesto. De cualquier modo, siempre usaba lentillas cuando salía a «cazar».

Después de ponerse las gafas de gruesa montura, se cepilló el pelo, marcando una raya exacta a la izquierda. Naturalmente, el pelo grueso y áspero se le había erizado

al quitarse el pasamontañas y así lo retrataba el retrato de la policía, mientras que él lo usaba siempre bien alisado y brillante, con un toque de fijador, a la antigua.

El resto del retrato no tenía sentido, exceptuando algunos rasgos generales: la cara estrecha, las cejas gruesas. Pero la boca no tenía nada que ver y lo mismo sucedía con la mandíbula. Al pensarlo rio estentóreamente. ¡Él era mucho más sagaz que la policía! Jamás lo atraparían. Ni en un millón de años.

Él prefería la palabra «cazar» en vez de «acechar», la que usaba la policía. Era un cazador en busca de una presa digna. Le llevaba algún tiempo, porque era selectivo; además, disfrutaba de la búsqueda. Sabía con exactitud lo que necesitaba. Luego venía la «persecución»; lo excitaba perversamente pensar que, sin que la mujer lo supiera, él la conocía tan íntimamente como podía conocerse ella misma. Era entonces cuando atacaba. El momento perfecto.

Se puso unos pantalones negros para gimnasia, una camiseta blanca y zapatillas blancas también; luego se dirigió hacia la puerta cerrada con llave. La miró fijamente durante largo rato, reflexionando. Pero esa noche no entraría. No tenía necesidad.

Bajó a la cocina y abrió el frigorífico. Ya había cenado en un pequeño restaurante del centro, uno de los varios que le gustaban. Allí lo conocían porque iba con regularidad; ni siquiera les molestaba que fuera siempre solo, nunca en pareja, lo cual habría significado más dinero en la registradora. Él siempre bebía una sola copa de vino tinto, pedía invariablemente puré de patatas y dejaba una propina excesiva, para asegurarse un buen servicio en su próxima visita.

Inspeccionó el contenido del frigorífico. Había una botella grande de vodka, un par de botellas de gaseosa y tres limones. Y un cuchillito de estrecha hoja de acero inoxidable, con vaina de plástico.

Sacó la botella de Smirnoff y se sirvió un vaso lleno. Luego le agregó una rodaja de limón. Después de beber un sorbo, volvió al estudio y tomó asiento ante el escritorio.

Sacó del primer cajón una fotografía enmarcada, que puso delante de sí. Aunque el vidrio estaba hecho trizas, aún era posible distinguir la cara de la mujer: carnosa, severa, adusta. Levantó el vaso en un brindis.

—Por ti madre. Que has hecho posible todo esto.

Luego bebió el vodka hasta vaciar el vaso, sin respirar.

Abrió el cierre archivador para sacar los papeles. Eran artículos periodísticos sobre la violación y el asesinato de Summer Young. Los leyó con avidez, dedicando largo tiempo a los que daban detalles del descubrimiento. Ese inútil retrato robot lo hizo sonreír otra vez.

Más tarde sacó cinco o seis fotos polaroid de un cajón cerrado con llave y las esparció en el escritorio. Después de ir a la cocina por otro vaso de vodka, se sentó a contemplar las fotografías. Todas eran de mujeres jóvenes. Echando una mirada fugaz a la foto de su madre, cuyos ojos parecían mirarlo con fijeza, alargó una mano para tumbarla sobre el escritorio. Una astilla de vidrio le cortó el pulgar, haciéndole lanzar

una maldición. Entonces echó el retrato de su madre al cajón y se chupó el dedo ensangrentado.

Las polaroid habían sido tomadas desde el coche, sin que las muchachas lo supieran. En algunas aparecían en la calle, caminando hacia él; en otras se alejaban.

Pasó largo tiempo estudiando los detalles, comparándolas. Por fin tomó un marcador rojo e hizo una cruz en la chica elegida.

Tras guardar nuevamente bajo llave las fotos y los papeles, guardó la caja junto a otras dos en el armario de madera del rincón, junto con las carpetas de las que se habían ido antes.

Después, silbando, fue a la cochera por un par de tijeras de podar y salió al jardín trasero. Estaba tan immaculado como la casa: cada planta bien emplazada, cuidada y sin hierbas malas. Se agachó sobre sus rosales, cortando un tallo aquí, otro allá.

Era como cualquier otro vecino de los suburbios en un buen atardecer de primavera. Exceptuando el cuarto cerrado con llave. Y el pequeño bulto que hacían las bragas de Summer Young en su bolsillo. De vez en cuando interrumpía la tarea para deslizar la mano allí. Solo para tocarlas y recordar. Por el momento, con eso bastaba.

Capítulo 12

Eran las ocho y media del lunes y las oficinas de Producciones Malmar, en la avenida Madison, estaban ya en plena actividad. Mal entró despreocupadamente, con calzas negras de ciclista, gorra negra y camiseta blanca, con un logotipo de Tucson en la pechera.

Beth Hardy, que estaba hablando por teléfono, movió la silla giratoria para mirarla de arriba abajo, con las cejas alzadas.

—¿Qué te ha sucedido? ¡Estás radiante!

Mal se echó a reír.

—Mil doscientas calorías diarias. Una caminata de seis kilómetros a las seis de la mañana, todos los días. Ejercicios de abdominales, glúteos y muslos a las nueve. A las once, unos ejercicios aeróbicos aterradores. A mediodía, un poco de elongación yoga... —hizo una pausa para adoptar una pose atlética—... y tú también podrás estar así.

Beth suspiró melancólicamente, era menuda y rellena, de cabellera oscura y busto generoso.

—Aunque me mate de hambre y haga caminatas de veinte kilómetros, no hay modo de reducir estas tetas —dijo, lúgubre—. Qué me importa. Mientras la ropa me vaya bien...

—En general, las mujeres queremos quedar bien sin ropa.

—Bueno, yo no. Me conformo con ser una esposa tipo *Vogue*.

Mal se echó a reír.

—A tu esposo no le gustaría que cambiaras.

Beth volvió hacia arriba los expresivos ojos pardos.

—¡Oh, los maridos! —Luego ella también rio—. Hay que conformarse con lo que Dios te da y sacarle el mayor provecho posible.

—Mientras tanto, estás estupenda. Me encanta ese traje. —Beth llevaba un conjunto de falda y chaqueta de color crema que realzaba sus curvas.

—Es de Calvin. Lo compré el año pasado en las rebajas. Hoy es nuestro aniversario de casados y Rob va a llevarme a celebrar: cena, champaña, todas esas cosas tan románticas. Su risa expresaba lo feliz que era.

—¿Cuántos años de casados llevan ya?

—Siete. Nos casamos en cuanto salimos de la universidad. Vamos a batir el récord.

—¡Qué suerte tienes! —Dijo Mal en voz baja, con sinceridad.

—He llamado a reunión para las nueve —dijo Beth—. Pero primero reuniré mis papeles para ponerte al día con respecto al programa del martes. Así podremos aprovechar la reunión para solucionar cualquier problema. Como ya sabes, tenemos los temas para las seis semanas próximas. Podemos repasarlos; los de investigación te pondrán al tanto de lo que puedan haber descubierto.

—De acuerdo. —Mal giró hacia su propia oficina.

—Ah, a propósito... Llamó el detective Harry Jordan. Varias veces. Le dije que habías salido de vacaciones, pero me parece que no me creyó. Probablemente no cree que tengas derecho a vacaciones. Le dije que volverías hoy. Y también hice que los de Investigación averiguaran la historia de su vida. Tienes el informe en tu computadora.

Mal hizo una pausa, con la mano en la puerta de la oficina.

—¿Te dijo qué deseaba?

—Sí. Tu número de teléfono. —Beth le echó una mirada curiosa—. ¿Y bien? ¿No me dirás qué pasó en Boston?

Mal le volvió las espaldas, encogiéndose de hombros.

—Una búsqueda sin sentido. Eso era todo. El detective Jordan no tiene material.

Beth la miró con aire especulativo.

—Conque es un asunto personal entre ese detective y tú, ¿no?

Mal asomó la cabeza por la puerta.

—Desde luego que no —dijo, indignada—. No tengo absolutamente nada que decir a ese hombre.

Su oficina era amplia y luminosa; las ventanas, desde el suelo al techo, brindaban una vista de pájaro del tránsito que corría por Madison. El escritorio italiano, de acero y palo de rosa, no tenía ningún papel a la vista, aunque eso cambiaría cuando llegara su personal para la reunión de las nueve. En un extremo de la habitación había una mesa ovalada de palo de rosa, con las sillas distribuidas alrededor y una bandeja con galletas de chocolate de bajas calorías.

Mal se sentó ante el escritorio, quitándose la gorra para deslizar los dedos por el pelo. Pensaba en Harry Jordan. Se había comportado como una estúpida al marcharse de ese modo; sin duda a él le había parecido extraño. Se sirvió un vaso de zumo de frutas. Jordan la había pillado desprevenida; eso era todo.

Cuando comenzaron a llegar los asistentes a la reunión, resolvió apartar de su mente ese episodio, junto con Harry Jordan. Después de todo, jamás volvería a verlo.

Estuvo muy ocupada durante todo el día. En la reunión revisó el guión para el programa del día siguiente e hizo varios cambios. Agregó un seguimiento del programa sobre el multimillonario, que había provocado sensación en el periodismo. Tenían imágenes nuevas de la grandiosa casa de campo y la infame escalera jacobina, más fotografías tomadas por algún *paparazzi* en las que se veía al viejo en su yate, zambulléndose desnudo en el mediterráneo, en compañía de tres chicas también desnudas.

Mal sonrió de oreja a oreja cuando oyó el comentario que hizo Beth al ver las fotografías:

—Menos mal que tiene dinero, porque con sus otros atributos no llegaría a ninguna parte.

Después de la reunión, Mal se puso un traje de pantalón gris claro para ir a comer

con el presidente de la cadena en el Four Seasons, con quien analizó sus planes para el futuro.

—Si a ti te sirve, a nosotros también —le dijo él, entusiasmado con las mediciones de audiencia, sobre todo con las del programa anterior.

Al volver al estudio hubo otra reunión del personal de producción, que le llevó más tiempo de lo esperado. Después pasó una hora haciendo ejercicios en el gimnasio.

Cuando regresó a la oficina eran las seis y ya no había nadie, salvo Beth, que estaba pintándose los labios. Se perfumó y miró a Mal con una sonrisa, alisándose la falda.

—¿Qué tal estoy?

—Estupenda. Estás encantadora. Rob es un hombre de suerte.

—Eso es lo que le digo todas las mañanas, cuando despierta.

—¿Y él te lo dice todas las noches antes de dormir?

—Entre otras cosas. —Beth guiñó un ojo, riendo—. Bueno, ¿necesitas algo más, antes de que me vaya?

Mal sacudió la cabeza, pero estaba melancólica. La secretaria vaciló.

—¿Qué planes tienes?

—Acabo de regresar. Supongo que me acostaré temprano para reponer fuerzas.

Las dos giraron la cabeza al unísono cuando sonó el teléfono. Mal clavó en el aparato una mirada furibunda.

—Vete —dijo a Beth—. Recuerda que estabas por salir.

—Nunca he podido resistirme a un teléfono que suena. Podría ser algo importante, vital, de vida o muerte —atendió—: Producciones Malmar.

—Hola, Beth —dijo Harry Jordan.

Las cejas de la joven treparon hasta la línea del pelo. «Harry Jordan», dijo sin voz, moviendo los labios. Mal sacudió negativamente la cabeza.

—Merece un sobresaliente por su persistencia, detective —dijo Beth, sonriendo.

—Gracias por la nota, pero lo que me gustaría es hablar con la señorita Malone.

—Eh... bueno, está... está ocupada —miró a Mal, que la alentaba con gestos afirmativos—. Me parece —añadió, dubitativa. Mal oyó resonar la risa del policía en el teléfono.

—Me alegro de saber que ya ha regresado. Dígale que la he echado de menos.

—Dice que te ha echado de menos —repitió Beth, cubriendo el micrófono con la mano.

Mal puso los ojos en blanco, suspirando.

—También puede decirle que estoy abajo, en el vestíbulo y que me encantaría verla.

Mal volvió a sacudir la cabeza.

—¿Por qué no? —susurró su secretaria.

Ella, ceñuda, se pasó un dedo por el cuello.

—Lo siento, detective, pero está demasiado fatigada. Como apenas hoy ha regresado al trabajo...

—Esperaré —dijo él, con firmeza.

Beth cortó, posando en Mal una mirada inquisitiva.

—¿Por qué no lo recibes? Después de todo, él está cumpliendo con su trabajo. ¿Qué te cuesta dedicarle unos minutos y permitirle que explique su caso? La verdad es que tiene una voz maravillosa. Sensual, diría yo.

Mal se dejó caer en el sillón y puso los pies sobre el escritorio, clavando en Beth una mirada flamígera.

—Es viejo, decrepito y feo. Y tú vas a llegar tarde —dijo con firmeza—. Anda, no hagas esperar a tu marido.

Beth suspiró. Para ser una gran celebridad de la televisión, su jefa parecía estar horriblemente sola.

Giró al oír la campanilla del ascensor. Se le ensancharon los ojos al ver el hombre que salía de él. Era alto, delgado, de pelo oscuro y barba de un día. Vestía una ruinoso chaqueta de cuero negro y unos tejanos gastados que parecía no haberse quitado para dormir. Transmitía confianza en sí mismo y era decididamente atractivo.

—El detective Jordan —adivinó, estrechando la mano que él le extendía—. ¿Cómo entró aquí?

Él la deslumbró con una sonrisa.

—Con una credencial de policía se puede entrar casi a cualquier parte, señora Hardy.

Mal observó, con voz glacial:

—Me asombra que no haya traído al perro.

Harry le echó una mirada serena, reparando en las largas piernas bronceadas por el sol de Arizona, la gorra de béisbol y las zapatillas, estaba bien así, informal y sin maquillaje.

—*Squeeze* no es muy afecto a volar. Y no creo que Nueva York se corresponda con su estilo.

—¿Y con el suyo sí, detective?

Beth los miraba alternativamente, con mucho interés.

—Me voy —murmuró, recogiendo su bolso—. Encantada de conocerlo, detective.

A espaldas de él enarcó las cejas en un gesto admirativo dedicado a Mal. «¡Qué hombre!», dijeron sus labios.

Y siguió riendo mientras esperaba el ascensor.

Como Mal no le ofrecía asiento, Harry se recostó contra la pared en actitud perezosa, con las manos en los bolsillos, sin dejar de mirarla.

—Usted es demasiado insistente para ser un policía rico —comentó ella, gélida—. Debería saber aceptar las negativas. Sobre todo las de una dama.

—No suelo darme por vencido muy fácilmente, señorita Malone —dijo él, con

una sonrisa en la voz—. En realidad, he venido para invitarla a cenar. Es una invitación personal. No tiene nada que ver con mi trabajo.

Ella le echó una mirada escéptica.

—Mis ojos azules le han llegado al corazón, ¿eh?

—Eso... y el hecho de que tratara bien a mi perro.

Ella se echó a reír.

—¿Me está ofreciendo algo como Ruby's?

Él le sostuvo la mirada; tenía los ojos bien demarcados y de un hermoso tono de peltre. Mal vio en ellos hasta el detalle más pequeño. Bajó los ojos para cortar el contacto.

—Conozco un pequeño restaurante francés en Greenwich Village. Creo que a *Madame* le gustaría. ¿Quiere acompañarme, por favor?

Quizá fue el «por favor» lo que la indujo a aceptar. O tal vez lo hizo porque se sentía sola y él la hacía reír. Pero impuso una condición:

—Nada de trabajo.

—Prometido. —Harry puso su mano en el pecho con expresión sincera.

Mal, riendo, accedió reunirse con él en el Bistro Arlette a las ocho y media.

Pensando en la vieja chaqueta de Harry, Mal se vistió con mucha sencillez: pantalones negros y un jersey.

En cuanto entró en Arlette se dio cuenta que había cometido un error. El restaurante era pequeño y muy elegante, con altas ventanas en arco, decorado sobrio e interesantes pinturas en las paredes. Y Harry Jordan se había vestido para la ocasión.

Estaba esperándola en el pequeño bar. Parecía un cruce de Harrison Ford con John Kennedy, con una americana ligera que parecía de Armani, pantalones de hilo color canela y una suave camisa blanca. Hasta llevaba corbata.

—Me alegro de que haya venido —dijo, y parecía sincero—. Tenía miedo de que se arrepintiera.

—Obviamente no tenemos la misma longitud de onda —dijo ella, irritada por su error—. Si hubiera sabido me habría vestido bien.

Él suspiró exageradamente.

—Supuse que usted conocería Arlette. Es el nuevo restaurante favorito de la gente bien.

—Claro. Como Ruby's.

Él le sonrió provocativamente.

—Puede que la próxima vez nos pongamos de acuerdo —dijo, mientras los acompañaban hasta una mesa próxima a la ventana—. En cuanto a vestimenta, digo.

—¿La próxima vez? —Ella tomó asiento, echándole una mirada interrogativa—. ¿No estamos adelantándonos un poco?

—Soy un gran partidario de planearlo todo por anticipado.

Mal cedió, riendo. Los ojos del detective tenían un brillo travieso y una sonrisa acechaba en la comisura de su boca.

Harry, sentado frente a ella, pensó que nunca había visto una mujer tan atractiva... aunque su nariz fuera decididamente abultada en el medio, los ojos excesivamente separados y la mandíbula, quizá, demasiado redonda. Pero su boca era generosa, de labios gruesos y aspecto vulnerable, y la rodeaba un fulgor dorado. Le gustaba su energía desenvuelta y la expresión inteligente de sus ojos. Y su actitud directa. En realidad, le gustaba todo de ella. Hasta sus orejas, pese a que era muy exigente con las orejas. Las de ella eran hermosas: pequeñas y pegadas a la cabeza, de formas perfectas.

Lástima grande que fuera tan desconfiada con lo del retrato robot. De lo contrario él habría podido pasarlo bien.

Llamó al camarero y pidió champaña sin consultarla. Ella elevó las cejas, sorprendida.

—Si no le gusta, pediré otra cosa —dijo Harry—. Solo quería que probara este. Es de una bodega pequeña que descubrí en Francia. Una de las mejores.

—¿Y si yo prefiriera un martini?

—Se lo haré traer.

—Comprendo. A usted le gusta hacerse cargo de todo. —Él apoyó los codos en la mesa y el mentón en los puños. Luego se inclinó hacia ella para mirarla a los ojos.

—Solo cuando estoy seguro de que a mi acompañante le gustará.

Mal, imitándolo, apoyó la barbilla en las manos y lo miró a los ojos. Notó que había unos bordes más oscuros alrededor del gris peltre. Lo encontraba atractivo. Lástima que fuera tan autoritario. Además, estaba segura de que él seguía buscando lo del famoso retrato. Y ella no quería saber nada de eso. De otro modo habría podido sentirse atraída por él.

—Dígame, detective —inquirió, desafiante—, ¿por qué me ha invitado a salir?

—Me pareció una buena oportunidad para conocernos.

Ella sonrió con astucia, como el gato de Alicia.

—Será mejor que se cuide. Tal vez yo lo conozca mejor de lo que usted piensa. Pero ya que usted es de los que toman todo a su cargo, ¿por qué no pide para los dos?

Él enarcó las cejas, sorprendido.

—¡Cuánta confianza!

—La palabra «confianza» no existe en mi vocabulario.

Él le echó una escéptica mirada de soslayo, pero Mal se limitó a sonreír. Harry llamó por señas al camarero, pidió la comida y se volvió hacia ella.

—Eso de «detective» es demasiado formal entre dos personas que van a compartir una experiencia culinaria —dijo—. Además, alguien podría pensar que estamos aquí por un asunto de negocios. ¿Por qué no me llama Harry?

Ella probó el champaña que el camarero acababa de servir y lo miró con aprobación.

—Parece que sabe de vinos.

—Entre otras cosas —acordó él.

—No se puede decir que sea usted muy modesto, detective.

—Con respecto a las cosas de las que estoy seguro, no. Y me llamo Harry, ¿de acuerdo?

Ella inclinó la cabeza, reflexiva.

—No creo que pueda habituarme a llamarlo Harry. Tampoco es necesario, puesto que esta será nuestra única experiencia culinaria compartida, según su elegante expresión.

—Lamentaría pensar que este será nuestro último encuentro y no solo el primero, señorita Malone.

—¿Señorita Malone?

Él alzó una ceja.

—¿Prefiere que la llame «señora»?

Mal se echó a reír.

—Ignoraba que las bromas provocativas figuraran en el manual de los detectives.

—No figuran, pero usted no me ha invitado a llamarla Mallory, Señorita Malone, señora.

Ella levantó la copa en un brindis.

—Por usted, Harald Peascott Jordan Tercero. Vástago de una adinerada familia de eminentes abogados, perteneciente a la clase alta —en sus ojos azules bailaba una risa burlona—. Hijo de uno de los más grandes abogados criminalísticos de su época, experto en interrogatorios ante el jurado, conocido por su capacidad de hallar artilugios legales para que el cliente pueda zafar, aun cuando todo el mundo sepa que es más culpable que el diablo... y también por su destreza para negociar cuando el cliente no tiene esperanzas de zafar.

Harry gruñó:

—No saquemos a relucir los secretos de familia.

Ella le sonrió con malignidad.

—Pero usted, Harry Tercero, desoyó la tradición familiar. Ingresó en la Universidad de Michigan y se convirtió en un astro del fútbol, un representante académico del deporte norteamericano, con notas excelentes. Ese año fue el objetivo de todos los reclutadores de futbolistas, pero no aceptó ningún ofrecimiento —lo miró a los ojos con curiosidad—. ¿Por qué, Harry? ¿Qué sucedió?

Él bebió un sorbo de vino, encogiéndose de hombros.

—No me diga que no lo sabe.

—Ni siquiera yo puedo averiguar los pensamientos íntimos, el razonamiento personal de un hombre. Pero puedo tratar de adivinar. ¿Fue por su padre?

Harry asintió.

—Estaba envejeciendo. Se casó ya cuarentón; cuando yo ingresé en la universidad ya tenía más de sesenta años. Quería tener la certeza de que, cuando él se fuera, todo continuaría exactamente como siempre. Por eso hizo lo que mejor sabía hacer: negoció conmigo. «Me estoy haciendo viejo, Harry, me dijo, apelando a mi

sensibilidad y a mi culpa. A mi edad uno nunca sabe cuánto tiempo le queda. Y recuerda que debemos pensar en tu madre; su vida debe tener continuidad cuando yo me vaya. Necesito saber que la firma quedará en tus manos, en la familia, sin peligro de que se la lleve un ladrón de tumbas».

Sonrió.

—Se refería a sus socios —continuó—. Siempre pensó que ellos estaban esperando para quedarse con todo. Y supongo que tenía razón. De cualquier modo, me pidió que primero me recibiera de abogado. Después se vería lo del fútbol. «No creas que no me siento orgulloso de ti, hijo, aseguró. ¿Qué padre no estaría orgulloso de verte jugar como lo hiciste contra Notre Dame? ¡Pero si me reventé la garganta gritando con los demás! Pero las cosas son como son. Los años pasan. Enfrentate a tus responsabilidades, Harry. Piensa en tu madre».

—Así que usted se inscribió en Harvard para estudiar abogacía... y estuvo a punto de fracasar en el primer año. Probablemente fue un intento de vengarse de su padre.

Él se quedó estupefacto.

—¿No hay vida privada que se respete, Mallory?

—Por supuesto —replicó ella, pudorosa—. Pero cuando hay registros públicos, no. Usted dedicaba más tiempo a salir con las chicas de primer año que a estudiar. Chocó dos veces con su Porsche. Frecuentaba demasiados bares y sus clasificaciones eran pésimas. Lo suspendieron.

Harry levantó las manos, desesperado.

—Esto no es exactamente lo que uno espera cuando sale con una mujer por primera vez: un repaso de todos sus errores juveniles. ¿Trata deliberadamente de hacerme sentir inseguro?

En los ojos de Mal había ahora algo más que simple curiosidad. Había calidez y simpatía, como en sus entrevistas para la televisión, cuando de pronto causaba en sus invitados la sensación de que se interesaba por ellos, logrando que le abrieran el alma.

—No se preocupe, Harry. Puede contarme todo —dijo con suavidad—. Le aseguro que todo quedará entre usted y yo.

Él le siguió el juego.

—Quise volver al fútbol, pero ya era demasiado tarde; había quemado mis puentes. En el mundo del deporte yo ya era historia antigua. Ya había una nueva camada de chicos más jóvenes y en mejor estado que yo. Mejores. Mi padre dijo que lo sentía más que nadie, pero que la familia estaba primero. Él nunca había evadido sus responsabilidades y esperaba que su hijo tampoco lo hiciera.

Entre risas, repitió exactamente lo que su padre había dicho en cuanto a abrocharse la bragueta.

—Entonces usted volvió a los estudios de abogacía.

—Sabía que él tenía razón, en la vida del atleta profesional, la oportunidad llama

una sola vez. Es ahora o nunca. Cuando se presenta la ocasión hay que aferrarla por los pelos; si no, sin que uno se dé cuenta pasan uno o dos años y ya es demasiado tarde. Me gradué de abogado y fui a trabajar con mi padre.

Llegó el camarero. Mal dilató los ojos de puro placer cuando vio los platos con salmón a la tártara, servido sobre pequeñas tortillas de patata. Parecía una niña ante el pastel de cumpleaños.

—Pruebe —la alentó Harry—. A ver si está tan bueno como parece.

—¡Hummmm! —musitó ella, con los ojos en blanco y la boca llena—. Mejor aún.

—Me alegra comprobar que es humana, después de todo. Empezaba a pensar que usted era tal como aparece en televisión.

—Tal vez lo sea —no pensaba explicar su personalidad al detective Harry Jordan, de modo que retomó el tema—. Usted solo trabajó dos años con su padre. Luego renunció y se hizo policía. ¿Por qué?

Esos ojos azules parecían clavarse en los suyos como si lo perforara en busca de la verdad. Pero él sabía que, detrás de la voz suave y la actitud atractiva, había una mente clara y aguda. Probablemente era esa combinación la que le había llevado al éxito.

—Si sabe tantas cosas de mí, supongo que también conoce el motivo.

Hubo una pausa. Luego ella dijo:

—¿Qué me dice de su esposa? ¿La amaba?

—¡Por Dios, Malone! —La miró con horror—. ¡Por supuesto que la amaba! Si quiere saber la verdad, sufrí como un desgraciado cuando ella me dejó. ¿Y por qué quiere saberlo, si me permite la pregunta?

—Solo por comprobar si los policías ricos también tienen sentimientos.

—¿Como usted, Malone? —preguntó él, frío.

Ella sonrió.

—*Touché*, detective. Hábleme del Moonlighting Club.

Él no pudo menos que reír.

—¿Cómo diablos se enteró de eso? Supuestamente, es un secreto.

El gimnasio había sido una donación anónima de Harry. Solo unos pocos de sus superiores estaban enterados.

—Mi trabajo consiste en saber cosas sobre la gente. Sé que usted está en tratativas para instalar un segundo gimnasio en otra zona y que ese tendrá piscina. Y que usted y algunos otros policías brindan generosamente su tiempo libre para ayudar —lo miró con seriedad—. Usted ha hecho algo estupendo, Harry. Muy pocos son capaces de gastar tanto dinero en anidar a los chicos de la calle.

Él se encogió de hombros.

—Porque son muy pocos los que se encuentran con ellos en las calles todas las noches, como yo lo hago. Alguien tiene que ayudar. Y puesto que yo tenía ese dinero sin habérmelo ganado, se me ocurrió que podía devolver una parte al sitio de donde

había venido.

—Muy noble —comentó ella, con sinceridad.

—Oh, claro: San Harry. Me siento como si estuviera en su programa —y agregó, exasperado—: Es hora de que hablemos de usted. —Le tomó una mano para estudiar las líneas de la palma—. ¿O tengo que leerle la mano?

Mal lo miró con inquietud. Era hábil para preguntar, pero no tanto para dar respuestas.

—No hay nada que contar. Lo de costumbre: una chica deja su pueblo para ir a la universidad, consigue trabajo en un pequeño canal de televisión, luego le encargan leer el pronóstico meteorológico y finalmente es contratada por una cadena nacional —se encogió de hombros—. El resto es conocido.

—Eh, eh, eh. —Harry alzó una mano—. Un momento. ¿Cuál era ese pueblo? ¿Y qué me cuenta de su familia? ¿Hermanos, novios? ¿Y su matrimonio? Exijo reciprocidad. Esto no es justo, Malone.

Mal le sostuvo fugazmente la mirada. Durante ese momento hubo en sus ojos la misma expresión acosada que había mostrado en Ruby, al devolverle el retrato robot.

—Imposible —dijo—. Eso es todo. Soy la mujer menos interesante del planeta.

De pronto parecía distinta: perdida, desolada. Harry meneó la cabeza. No lograba entender. Luego ella levantó el mentón, con una de esas sonrisas deslumbrantes que le iluminaban la cara.

—Era una broma, Harry. Solo una broma.

El camarero retiró los platos. Durante un momento se miraron en silencio.

—Bien, ¿y a qué se debe entonces esa investigación psicológica sobre mí? —preguntó él—. No es probable que me incluya en su programa, aunque no imagino por qué. Pero se lo advierto: no he abandonado la idea.

Ella deslizó los dedos por el pie de su copa; luego dijo con suavidad.

—Tal vez me interesaba saber qué es lo que mueve a un hombre como usted. Cuál era el verdadero motivo de que me invitara a cenar.

—¿Y sus verdaderos motivos para aceptar mi invitación?

Cruzaron una mirada. La tensión crepitaba entre ellos.

—Solo quería saber cómo era usted, en realidad —dijo ella, con cara de inocente.

Harry se frotó la barba que ya era como una sombra en su mandíbula.

—¿Debo interpretar que fue solo una idea abstracta? ¿O está pensando en llegar a conocerme mejor, Malone?

Ella le dedicó la misma sonrisita fría.

—Era una broma, detective. No pude resistirme.

Él suspiró con pena.

—Tenía la esperanza de que fuera acoso sexual.

Quedó asombrado cuando la vio atacar el plato. Por su aspecto se habría dicho que vivía de aire puro y manzanas.

—Por su manera de comer, se diría que lleva mucho tiempo sin cenar bien.

—Es cierto. Durante toda la semana pasada estuve a dieta de mil doscientas calorías diarias. Y cuando era niña nunca comía bien. A veces no había nada para comer. Creo que por eso disfruto tanto ahora.

Por fin había revelado algo sobre sí misma: una pequeña grieta en su armadura protectora.

—Me sorprende —reconoció él—. Supuse que usted había tenido uno de esos bonitos hogares con los que todos soñamos. Mamá en la cocina, preparando platos sustanciosos, y papá cortando el césped o jugando al fútbol con los varones o yendo a pescar con toda la familia. Y usted, líder de su pandilla y reina de su promoción, con todos los muchachos peleándose por llevarla al baile.

—Es una hermosa imagen —ella se apoyó en la silla, con los brazos defensivamente cruzados sobre el pecho—. Por desgracia, no todos nacemos en cuna de oro, como usted, Harry Jordan.

—Cierto. Pero no hay por qué avergonzarse de una cosa ni de la otra.

Ella rio con escepticismo.

—¿Qué sabe usted? Apostaría a que, antes de ingresar en la policía, nunca había visto los barrios bajos.

—¿Allí se crio usted? ¿En los barrios bajos?

—Era un comentario abstracto. Mi trabajo consiste en saber cómo vive la otra mitad.

—El mío también.

Ella le echó una mirada reflexiva.

—¿Qué hace un hombre como usted en sus noches libres?

—¿Por qué no me lo dice usted, ya que tanto me conoce?

—Sale a vivir la noche... a esos tugurios donde se baila salsa. Baila muy bien y sabe de vinos. Le gusta comer bien en restaurantes pequeños y lujosos, como Arlette. Y las mujeres lo consideran atractivo.

—Hemos vuelto a eso.

Ella volvió a poner cara de inocente.

—Es curioso, cómo vuelve a aparecer el tema, ¿no? Vea, detective Harry, lamento quebrar el hechizo, pero tengo que huir como Cenicienta. Mañana a primera hora debo grabar un programa y necesito dormir un poco.

—¡Qué lástima! Estaba empezando a conocerla.

—¿Está seguro? —Mientras se alejaba hacia el tocador de señoras, le echó una mirada burlona por encima del hombro.

Él la siguió con los ojos, meneando la cabeza viéndola serpentear con elegancia entre las mesas. No estaba seguro. Por el contrario, no creía saber de ella mucho más que al entrar allí.

Más tarde, mientras esperaban un taxi frente al restaurante, ella dijo:

—No tiene por qué llevarme a casa.

—Siempre acompaño a las damas hasta la puerta de su casa.

—Las cosas han cambiado desde la época de su madre, detective. Ahora las mujeres somos independientes. Podemos viajar solas en taxi.

Él le lanzó una mirada de irritación.

—Usted puede decir lo que quiera, pero a mí me enseñaron buenos modales.

—¿Sí? ¿Es el pequeñito de mamá?

—Como el asesino, ¿recuerda?

—Prometió no hablar de negocios —le recordó ella, severa.

—Y acostumbro cumplir mis promesas.

Llegó el taxi. Él le abrió la portezuela y se instaló a su lado. Mal, sin protestar, dio su dirección al conductor y se arrellanó tranquilamente, mirando por la ventanilla. Se preguntaba cómo sería tener como amante a un hombre como Harry Jordan. Un hombre educado a la antigua, acostumbrado a cumplir sus promesas. Un hombre que tenía su recio muslo perturbadoramente cerca del suyo.

Harry percibió su perfume, suave y herbáceo. Sus ojos buscaron el antiguo colgante de labrodorita, entre las suaves curvas de los pechos. Quebró el silencio con un carraspeo.

—Gracias por esta noche deliciosa. Señorita Malone.

Ella lo miró largamente.

—Ha sido un placer, detective Jordan.

—Hemos vuelto a la formalidad. —Harry meneó la cabeza, entristecido—. Aunque al fin y al cabo, usted nunca me propuso que la llamara Mallory.

—No, ¿verdad? —No había malicia en los ojos azules.

El taxi se detuvo junto al bordillo. Harry se apeó para abrirle la portezuela.

—Si vamos a repetir esto, tendrá que acostumbrarse a mis modales —le advirtió.

Ella lo miró con escepticismo, pero no dijo nada. Subieron los peldaños del edificio.

—Supongo que no me invitará a tomar una copa —comentó él, apenado—. Mañana temprano debe grabar ese programa.

—Así es.

—¿Buenas noches, entonces?

—Buenas noches, detective Jordan.

Cruzado de brazos, Harry esperó a que ella entrara en el vestíbulo. Ella se detuvo por un momento, vacilando. Luego se volvió hacia él.

—Dígame una cosa, Harry. Cuando lo llamé por teléfono a su casa, ¿por qué jadeaba, exactamente?

Él se pasó una mano por el pelo, sonriendo.

—¿Verdad o mentira?

—Verdad.

—Lástima. Tenía unas cuantas respuestas bonitas para la mentira. La verdad es que había salido a andar en bicicleta. Llevo al perro conmigo, es un buen ejercicio para los dos.

Mal echó la cabeza atrás en una carcajada.

—Eso me intrigaba. Buenas noches otra vez, Harry —y volvió a subir los escalones.

—¿Sabe una cosa, Malone? —dijo él, levantando la voz.

Ella se volvió.

—¿Qué?

—Si tuviera que elegir una sola palabra para describirme, ¿qué palabra sería?

Ella frunció el entrecejo.

—¿Qué es esto? ¿Una prueba?

—No. Es verdad o mentira. Recuerde que usted empezó el juego.

Ella pensó un instante.

—Arrogante —dijo—. Sí, arrogante, esa palabra lo describe a la perfección.

—Bien, ahora usted debe preguntarme.

Ella puso los brazos en jarras mirándolo con incredulidad.

—Bueno, dé la pregunta por hecha.

—Enigma —pronunció Harry—. Eso es usted, Malone. Exactamente un enigma.

Mal reflexionó brevemente.

—Lo tomaré como un cumplido, Harry —decidió, mientras volvía a entrar en el vestíbulo—. Buenas noches. Y esta vez va en serio.

Levantó la mano en un gesto de adiós, sin mirar atrás.

Capítulo 14

A las siete de la mañana siguiente Mal estaba ya en el estudio. Aunque no grabarían hasta las diez, ella siempre llegaba temprano, junto con el equipo de producción, para asegurarse de que todo estuviera exactamente como ella lo deseaba.

—Cien veces hemos pasado por esto —se quejó Beth—. Después de tres años, Mal, podrías tenernos más confianza.

—Es que necesito estar segura —insistió Mal.

—De acuerdo. Si quieres levantarte temprano es cosa tuya. ¿Quieres una taza de café y una rosquilla?

Mal puso cara de escandalizada.

—¿Cafeína y azúcar? La semana pasada en Tucson me ha dejado tan pura que me desmayaría solo de verlo —miró con nostalgia la taza de Beth—. Bueno, media taza podría ser.

Beth sonrió de oreja a oreja.

—Descafeinado —agregó Mal, con aire culpable.

—¿Y un mordisco? —ofreció su secretaria, poniéndole la rosquilla bajo las narices.

Mal cerró los ojos contra la tentación.

—¡*Vade retro*, Satanás!

Mientras bebía su café revisó el guión. Luego verificó la actividad del estudio. Como todo marchaba según lo planeado, bajó para que la maquillaran.

—Heme aquí, lista para que me pongas la otra cara —dijo a Helen Ross, que trabajaba con ella desde aquel primer programa, con tantos nervios, tres años atrás.

Helen inclinó la cabeza a un costado para estudiar sus facciones libres de maquillaje.

—Siempre dices lo mismo, pero el maquillaje no te cambia tanto, ¿sabes? Define tus rasgos un poco más para las cámaras; eso es todo.

—Me siento mejor si pienso que parezco otra. —Mal se dejó caer en la silla, contemplándose en el espejo—. La que se ve en las pantallas no soy yo, sino la otra.

Helen sacudió la cabeza sin comprender. Luego aplicó, sobre el cutis limpio de Mal, una crema de base y otra humectante.

—¿Helen?

La miró por el espejo, inquisitiva.

—¿Te parece que soy una maniática del control?

La maquilladora se echó a reír.

—No, pero sé de algunos que opinan eso.

Mal frunció el entrecejo.

—Supongo que lo soy —admitió, de mala gana—. Pero este es mi programa. Y si no viviera pendiente de todo no sería el número uno.

—Probablemente —acordó Helen, con suavidad.

Terminó de maquillarla en amistoso silencio. Mientras le secaba el pelo, Mal releyó el guión. Pero por una vez no pudo concentrarse.

Por cuarta o quinta vez en la mañana, se preguntó qué estaría haciendo Harry Jordan. Lo imaginaba montado en su bicicleta, utilizando esos fuertes muslos que ella había sentido junto al suyo, con el perrazo plateado corriendo a la par. O si no, en Ruby's, ajeno al humo y al bullicio, devorando un plato de huevos y patatas fritas sin pensar en la cintura. «Aunque no tiene por qué preocuparse», pensó, recordando lo bien que le caían los tejanos.

Pero el día anterior Harry había pedido el día libre para estar con ella, así que ahora debía de estar trabajando. Lo imaginó en la sala de su brigada, con su vieja chaqueta de cuero y el pelo atractivamente revuelto, bromeando con los muchachos.

Luego, de repente, se dijo que no debía ser tan ridícula. No tenía idea de la vida que él llevaba. De él solo sabía lo poco que habían averiguado los de investigación, pero no conocía a Harry Jordan, el verdadero. Ignoraba si había amado a su padre, pese a que le había arruinado la carrera de futbolista. No sabía nada de su esposa: ni cómo la había conocido ni cuánto la amaba. De su trabajo solo podía decir que lo hacía bien; era un hombre abnegado, que dedicaba su tiempo y su tenacidad a resolver homicidios, como el de Summer Young.

Volvió una página del guión, obligándose a concentrarse. Harry Jordan no era nadie que debiera interesarle. Debía grabar un programa. Eso era lo más importante.

Cuando terminó esa larga jornada, ella y el equipo de producción fueron al restaurante chino que estaba a la vuelta de la esquina. Ella tomó té con aroma de jazmín y rio mucho mientras analizaban la grabación, liberando tensiones.

Cuando llegó a su casa eran las nueve de la noche. En cuanto abrió la puerta principal la rodeó un aroma de lilas.

Cerró los ojos, creyendo que soñaba. Cuando volvió a abrirlos había un gran florero de cristal en la consola del vestíbulo, repleto de fragantes lilas blancas, lirios y apretadas rosas. En trance, alargó una mano para tocarlas.

No necesitó leer la tarjeta para saber que eran de Harry Jordan, con un estremecimiento de aprensión, se preguntó cómo sabía lo de las lilas. Luego se dijo que debía de haber llamado a Beth para preguntarle cuáles eran sus flores favoritas.

También había un pequeño paquete. Mal se quitó los zapatos y se dejó caer en el gran sillón de la sala. Sonrió al leer la nota.

«*Enigma* —ponía—. Persona de temperamento desconcertante o contradictorio. Misterio. Del griego *ainigma*, de *ainissestbak* hablar en acertijos. (*Diccionario Kandom House*)».

—Muy sagaz, Harry —dijo, divertida.

Observó el paquete. El papel de envoltura tenía un estampado navideño en dorado; en el centro, un lazo rojo, torpemente pegado. Probablemente él no había tenido otro papel a mano. De cualquier modo, al abrirlo se sentía tan ansiosa como un niño en la mañana de Navidad.

Era un disco compacto: las *Variaciones Enigma*, de Edward Elgar. Sonriendo, Mal se acercó al aparato para ponerlo.

Se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas y la mirada perdida en las llamas, mientras esa romántica música llenaba el salón. El perfume de las lilas impregnaba toda la casa y los leños crepitaban reconfortantemente en el hogar. De algún modo, gracias a Harry Jordan, esa noche se sentía menos sola.

No siempre había sido así. En otros tiempos ella era Mary Mallory Malone, la chica invisible de la secundaria de Golden. La chica más solitaria del mundo.

Mary Mallory no había nacido en Golden. Llegó al pueblo con su madre cuando tenía doce años, después de que el padre las abandonara. Nunca había vuelto a verlo, pero aún recordaba su aspecto: era alto y nervudo; tenía una sirena tatuada en el brazo fibroso y una profunda cicatriz que le cruzaba el pómulo izquierdo. Solía flexionar los músculos del brazo, para que la sirena pareciera sacudir los pechos; luego reía estruendosamente y echaba una mirada sardónica a Mary Mallory y a su madre, sabiendo que eso las abochornaba.

Era marinero, en cierto modo. Trabajaba en las calderas de los barcos mercantes que navegaban entre Seattle y Asia, pero apenas veía los vastos océanos que cruzaba con regularidad: solo en los breves descansos en que abandonaba el agobiante calor de las calderas para subir a cubierta y fumar un cigarrillo, entornando los desconfiados ojos pardos para contemplar la pujante expansión de agua. Luego bajaba apresuradamente para acostarse en su litera o seguir paleando carbón.

Cuando tocaba puerto era otra cosa. Mary Mallory lo sabía, pues la delgada pared que separaba los dormitorios le permitía oír lo que él contaba a su madre. En realidad, sería más correcto decir que la torturaba con el relato gráfico de sus hazañas.

Mary Mallory se tapaba los oídos y sepultaba la cabeza bajo las mantas, para no saber de las mujeres que él había comprado en Macao, Taipei y Honolulu. Pero su madre estaba obligada a escuchar, a enterarse de por qué ella no podía compararse con las errabundas conquistas sexuales de su marido.

—¿Sabes qué hacen? —decía él, con su voz ronca y amenazadora, encallecida por el cigarrillo—. Te aferran con los músculos. Sí, con estos.

Le hundía cruelmente la mano, mientras ella sofocaba con las sábanas sus exclamaciones aterrorizadas, para no asustar a la pequeña que dormía en el cuarto vecino.

—No sirves para nada —gruñía él, mientras pujaba inútilmente contra ella, culpándola de su propia incapacidad—. No eres nada, ¿me oyes? ¡Nada! Una loca, nada más.

Y luego, el golpe de su mano en la carne blanda. Mary Mallory lo oía, junto con el gemido de dolor de su madre, por mucho que se apretara las orejas con las manos.

—¡Oh, Dios, Dios mío!, no permitas que le haga daño, por favor —rezaba, incorporándose en la cama—. No permitas que le pegue. Detenlo, detenlo.

A veces sus oraciones obtenían respuesta. Entonces oía el chirrido de la cama,

cuando el padre se levantaba, y el susurro de su ropa, el tintineo de la hebilla metálica cuando se abrochaba el cinturón; el golpe seco de las botas contra el suelo y otro chillido de los elásticos, cuando él se sentaba en el colchón para calzarse.

Después, un largo silencio. Mary Mallory sabía que estaba de pie, mirando a su madre. Y cruzaba los dedos. Cruzaba los brazos y las piernas; cerraba los ojos con mucha fuerza. «No vuelvas a golpearla —rezaba—. Por favor, no».

A veces él lo hacía; a veces, no. Después se oía el golpeteo de sus botas en la escalera y el ruido de la puerta de calle al cerrarse, con tanta violencia que parecía sacudir la endeble estructura de la casa hasta los cimientos.

Mary Mallory quedaba petrificada, aguzando el oído. Solo cuando se ponía en marcha el motor del coche podía relajarse con la seguridad de que, por esa noche, ya no volverían a verlo.

Entonces clavaba la vista en la pared, escuchando los sollozos apagados de su madre, compartiendo su desesperación, sin saber qué hacer. No podía ir a su cuarto. No podía rodearla con sus brazos para consolarla. En su casa las cosas no eran así.

Allí nadie hablaba de sentimientos; Mary Mallory había llegado a la conclusión de que estaba mal tenerlos. En realidad, en su casa no se hablaba mucho de nada; solo se decían cosas tales como: «Pásame la sal».

Su madre parecía encerrada en su propia angustia. Vagaba por la pequeña casa envuelta en su desteñida bata de algodón rosado, como si caminara en sueños, y pasaba horas enteras sentada frente a la mesa de la cocina, ante una taza de café, con la mirada perdida, fumando un cigarrillo tras otro.

Allí la dejaba Mary Mallory por la mañana, cuando salía hacia la escuela, y con frecuencia allí la encontraba al regresar, por la tarde. Todavía sentada a la mesa, todavía con la taza de café, siempre con el cigarrillo.

—¿Quieres que vayamos al cine, mamá? —sugería, cuando su padre estaba en uno de sus largos viajes y las cosas resultaban más fáciles—. Dicen que la del Rialto es buena.

Los ojos mortecinos de la madre se clavaban un segundo en ella. Enarcaba las cejas, como si la sorprendiera verla allí.

—Ve tú. En mi bolso hay dinero.

Y ella iba sola al cine, a perderse en el encanto de los colores de la última comedia musical hollywoodense, a beberse la música, las risas y los maravillosos vestidos, hasta que prácticamente vivía con los personajes en la pantalla. Solo cuando terminaba la película y se encendían las luces regresaba a la horrible realidad de ser Mary Mallory Malone.

Veía todas las películas que ponían en el Rialto, hasta dos y tres veces. Los sábados por la tarde, si no tenía dinero (es decir, casi siempre) se colaba sigilosamente por la puerta lateral para vivir otras vidas, almacenando imágenes en la cabeza para poder soñar con ellas cuando estuviera en la cama. Hasta los doce años estuvo convencida de que la vida real era como en las películas. Solo su vida era

diferente.

Sin embargo, tenía problemas con las películas de amor. No podía creer que dos personas se miraran así, con el corazón en los ojos; que se abrazaran, se besaran y se dijeran «te amo».

Sus propios padres no la amaban, quizá por ser fea. Era una niña descolorida y flaca; el pelo rubio le caía sin gracia; sus miopes ojos azules se perdían tras las gruesas gafas de plástico. En toda su vida, no recordaba que sus padres le hubieran dado un abrazo, una caricia. Nunca la llamaban con apodos cariñosos, nunca hacían el menor gesto para que ella se sintiese querida.

Cuando tenía once años, su padre no volvió a casa al terminar un viaje. Pasó un año. Una mañana, al bajar, Mary Mallory encontró a su madre fumando ante la mesa de la cocina, cómo siempre. Pero esta vez tenía una carta apretada en la mano. La sostenía muy cerca de los ojos azules para leerla una y otra vez, con las cejas enarcadas en perpleja sorpresa.

—Mary Mallory —dijo con voz extraña, distinta—, aquí dice que no hemos pagado las cuotas de la hipoteca. Aquí dice —apoyó un dedo trémulo en la línea—, que hemos ignorado todos los avisos anteriores y que debemos desocupar la vivienda antes del sábado por la mañana; de lo contrario seremos desalojadas por la fuerza pública.

Alzó los ojos, atónita, para mirar a su pálida hija, que estaba de pie junto a la puerta. Fue como si de pronto viera una luz al final del túnel: el final feliz que siempre había estado buscando. Galvanizada, abandonó su letargo para levantarse enérgicamente.

—Tienes que ayudarme —continuó, echando un vistazo desencajado a la ruinoso cocina—. Tenemos que embalar todo. Los platos, las ollas, la ropa... —reflexionó durante un minuto—. Sabes lo que significa esto, ¿no? —Sus ojos, habitualmente opacos, tenían la vivacidad del triunfo—. No volveremos a ver a tu padre nunca más.

Era triste que debiera perder su hogar para liberarse de la tiranía de un marido sádico. Pero en ese momento Mary Mallory no pensó en eso. Solo sintió alivio. Y después, preocupación.

—Pero ¿de qué vamos a vivir, mamá? —preguntó, asustada.

—Conseguiré trabajo —respondió su madre, despreocupada. Abriendo un cajón, dejó caer en una bolsa de plástico una maltrecha colección de cuchillos baratos—. De empleada en el supermercado, de camarera... cualquier cosa.

Mary Mallory lo dudaba, pero sabía que era imposible permanecer allí. Obediente, buscó una caja de cartón para llenarla de platos viejos, que apiló con pulcritud. Su madre estaba tarareando desatinadamente. Mary Mallory pensó, desconcertada, que hasta entonces nunca la había visto tan entusiasmada. Solo necesitaba hacer una pregunta.

—¿Adónde iremos, mamá?

La madre hizo una pausa para reflexionar.

—¿Sabes una cosa? Siempre quise vivir junto al mar —se echó a reír. Fue un sonido extraño, que reverberó en la casa vieja y agria como la fresca brisa marina con la que estaba soñando—. Sí, eso es lo que haremos —resolvió, exultante—. Iremos a la costa.

Ese fue el único momento de su vida en que Mary Mallory pudo divisar, fugazmente, a la muchacha bonita que su madre había sido en otros tiempos: antes de casarse, antes de que la negra depresión se apoderara de ella.

Su ánimo repuntó hasta igualar al de la madre. Casi podía creer que la felicidad las estaba esperando allí, a la orilla del mar, donde termina el arco iris. Y rio también, en tanto arrojaba ollas y cacerolas en otra caja de cartón, con gran estruendo metálico.

—¡Nos vamos al mar! —exclamó, encantada. Y cerró los ojos para respirar profundamente, como si ya pudiera oler las rociaduras saladas y sentir la fuerza del viento en su pelo, como si ya estuviera saboreando la vida nueva, feliz.

Un par de horas después habían amontonado sus pocos bienes terrenales en el vetusto Chevy turquesa, de aletas cromadas. La madre se sentó tras el volante. Mary Mallory le recordó que era mejor llenar el tanque de gasolina, puesto que el viaje sería largo, en la gasolinera, la madre contó el dinero con cuidado; luego, guiñándole un ojo, entró a comprar una coca-cola y una tableta de chocolate.

—El almuerzo —dijo crípticamente, mientras abría una nueva cajetilla de Marlboro. Y partieron carretera abajo.

Mary Mallory solo se acordó de la escuela cuando pasaron frente a ella.

—¿Y las clases, mamá? —preguntó, devuelta súbitamente a la sobria realidad.

—Irás a otra escuela —respondió su madre, sin molestarse siquiera en echarle un vistazo.

—Pero ¿no tendríamos que dar aviso o algo así?

—No —sacudió la cabeza—. No hay necesidad, créeme. Ni siquiera se darán cuenta de que ya no estás allí.

Mary Mallory se volvió a contemplar el feo edificio de ladrillos vistos al que había asistido en los últimos cuatro años. Allí no tenía ningún amigo; hasta las maestras la ignoraban.

Sabía que era diferente de los otros niños. Sus padres asistían a las reuniones y a la obra teatral de Navidad. Eran personas simpáticas y normales, que reían, hablaban entre sí y bromeaban con sus hijos y con los maestros. Ese tipo de personas que se toma del brazo o de la mano para cruzar el patio de la escuela, acercando las cabezas para conversar. En la casa de Mary Mallory no se *conversaba*.

Los padres de Mary Mallory no habían ido a la escuela una sola vez en todos esos años. Y los maestros nunca preguntaban por ellos. Cuando la veían sola en una función escolar, se limitaban a intercambiar una mirada sabedora. Los otros niños no la ignoraban: simplemente, era como si no repararan en ella. Mary Mallory era como el debilucho de la camada, el que los otros dejan afuera para que viva o muera según

su suerte. Sin duda, su madre tenía razón: nadie notaría su ausencia. Ojalá las cosas fueran distintas en la escuela nueva, junto al mar.

Viajaban a través de una agradable campiña, con vacas blancas y negras y gallinas que cloqueaban en los patios, en una ocasión Mary Mallory vio una piara (¿o se decía bandada?) de lechones rosados que trotaban detrás de la cerda, enorme y bamboleante.

Comió su chocolate a pequeños bocados, haciéndolo durar un par de horas, pero cuando llegaron a la carretera de la costa ya empezaba a oscurecer y ella estaba famélica.

—Tengo hambre, mamá —dijo—. ¿Cenaremos?

Su madre echó una mirada al reloj del tablero.

—Por Dios, ¿tan tarde es? —dijo, sorprendida.

Giró bruscamente el volante hacia la izquierda y el coche patinó en la autovía, frente a un camión cargado de troncos, para entrar en un aparcamiento de grava. El enorme camión frenó con un chirrido.

—¡Mujeres al volante, malditas sean! —gritó el conductor, secándose el sudor de la frente—. ¡Aprenda a hacer señales, señora, si no quiere morir!

Mary Mallory se mordió los labios, afligida, pero su madre parecía no haber escuchado nada. «Perdón», formó ella con los labios. Pero el camionero sacudió la cabeza con aire amenazador.

—Ven —dijo la madre, apeándose y yendo hacia la cafetería.

Ella corrió atrás.

—¿No sería mejor cerrar el auto con llave, mamá?

—¿Con llave? ¿Para qué? —Echó una mirada atrás, desconcertada. Mary Mallory tomó las llaves y corrió a cerrar las portezuelas.

La cafetería, bien iluminada con tubos fluorescentes, estaba de bote en bote y llena de humo. Olía a tocino, hamburguesas y café. La música atronaba desde una fonola del rincón, compitiendo con el bramido de las conversaciones y el ruido de ollas que sonaba en la cocina. Ignorando a los parroquianos que esperaban, la madre marchó hasta el mostrador. Luego se volvió hacia Mary Mallory, que se había quedado atrás, nerviosa.

—¿Una hamburguesa para ti? —preguntó.

Sin esperar respuesta, pidió dos hamburguesas y dos gaseosas. Luego recogió su bandeja y, sin prestar atención a los zahirientes comentarios de los iracundos camioneros, ocupó una mesa próxima a la ventana. Mary Mallory la siguió, con los hombros encorvados y la cabeza gacha, rogando que nadie las echara por adelantarse de ese modo.

Sentada frente a su madre, comió su hamburguesa en silencio. Hacía muchísimo tiempo que no comían juntas y eso la reanimó. Empezaba a creer que había, en verdad, una vida nueva esperándolas junto al mar. Su madre parecía muy cambiada: fuerte, decidida, como si al deshacerse de su marido estuviera dejando atrás el terrible

pasado y a esa otra mujer, triste y asustada que había sido. Mary Mallory supo que era capaz de conseguir trabajo. Tendrían amigos y un hogar como Dios manda; serían felices.

Ya de nuevo en la carretera se quedó dormida. Solo se movió al sentir un codazo de su madre.

—Despierta, Mary Mallory. Hemos llegado a la costa.

Estaban en lo alto de un acantilado. Hacia atrás se extendía un bosque de árboles tan altos que parecían tocar el claro cielo nocturno. Y hacia adelante, el océano, espectralmente oscuro, salvo el diáfano sendero de plata que trazaba en él la luna llena.

Bajó la ventanilla para sacar la cabeza y aspiró el aire puro, frío. Sacando la lengua, saboreó la sal del viento. El mar batía incansablemente, murmurando, gruñendo, siseando al golpear las rocas, como una gigantesca bestia prehistórica.

—Es la costa, mamá. Sí.

Su madre bostezó.

—Será mejor que pasemos aquí el resto de la noche —dijo. Y se acomodó en el asiento, con los ojos cerrados.

Mary Mallory echó un vistazo por encima del hombro. El asiento trasero del auto estaba lleno de cajas, bolsas de plástico y ropa en desorden. Ahí no había lugar para estirarse. Después de subir el cristal, se deslizó en el asiento, como había hecho su madre, y se movió hasta encontrar una posición soportable.

Esa noche durmió respirando el olor salado del mar. Cuando despertó, el sol moteaba las aguas trémulas con chispas de oro. Y su madre dormía profundamente, con la cabeza apoyada en su hombro.

No recordaba haber estado nunca tan cerca de su madre. Permaneció completamente inmóvil, temerosa de perder el contacto, sintiendo el calor de esa mejilla suave contra su brazo. Vio cambiar los colores del mar en tanto las nubes iban cubriendo el cielo, hasta convertir el inocente azul verdoso en el gris del plomo. Un par de ardillas se escabulleron junto al coche cuando cayeron las primeras gotas sobre el techo. La lluvia se convirtió en aguacero; el mar, en un océano rugiente y furioso, que se arrojaba contra el acantilado.

—Caramba, cómo llueve —dijo la madre, incorporándose. Se frotó los ojos—. Debemos continuar, Mary Mallory. Necesito ir al baño.

Cruzaron el bosque hasta salir a la autovía, dando tumbos por el camino de tierra. Los limpiaparabrisas iban y venían inútilmente bajo el diluvio, en tanto la madre apuntaba el Chevy turquesa hacia el sur, empinándose para mirar por encima del capó, en medio de la tiniebla.

Media hora después, cuando se detuvieron en una gasolinera, aún llovía torrencialmente. Vaciaron un par de bolsas de plástico para cubrir sus cabezas y corrieron al lavabo, riendo como un par de colegialas tontas. Allí se lavaron las manos y la cara; como no tenían cepillo de dientes, sacaron de la expendedora una

caja de chicles de menta. Luego volvieron a la carretera.

—¡Qué boba! —se lamentó la madre, ya en la autovía—. Me olvidé de cargar gasolina.

Mary Mallory verificó el indicador; aún tenían medio depósito. Contempló por la ventana la cascada de agua que arrojaban los camiones cargados de troncos cuando las adelantaban lanzados por la carretera como si fueran los amos de ella.

Una hora después levantó la voz para hacerse oír por sobre la música de la radio.

—Tengo hambre, mamá.

—¿Hambre? ¿Otra vez? —La madre le echó una mirada incrédula, en tanto encendía otro cigarrillo—. Parece que últimamente vives con hambre —luego sonrió de oreja a oreja—. Ha de ser el aire del mar.

Mary Mallory, que llevaba una hora respirando humo de cigarrillo de segunda mano, se dijo que una bocanada de aire marino no le sentaría nada mal. Bajó la ventanilla, pero solo entró una ráfaga de viento helado y un torrente de agua.

—Cierra esa maldita ventanilla, Mary Mallory. ¿O quieres matarme? —exclamó la madre, estremeciéndose.

Ella subió el cristal y alargó la mano hacia el asiento trasero.

—Toma —dijo, ofreciéndole un peludo jersey de mohair azul. Viendo que no le prestaba atención, se lo echó sobre los hombros.

Siguieron siempre adelante bajo la lluvia torrencial, durante varias horas, quizá. De pronto el motor empezó a toser y tartamudear. La madre arrugó el entrecejo y pisó con más fuerza el pedal del gas. Mary Mallory la miraba, alarmada.

La madre desvió el viejo coche hacia el arcén de la carretera, en tanto el motor tosía por última vez antes de morir. Luego estiró los brazos por encima de la cabeza, para aliviar la espalda dolorida por el largo viaje.

—Bueno, creo que se acabó —dijo, bostezando—. Nos quedamos sin gasolina. Aquí termina el viaje, Mary Mallory. Hasta aquí hemos llegado y aquí nos quedaremos.

La chica bajó el cristal de su ventanilla y se asomó para leer el cartel que tenían delante.

Decía: ESTÁ USTED ENTRANDO EN GORDEN, OREGÓN. POBLACIÓN: 906 HABITANTES.

Capítulo 15

Harry había trabajado intensamente muchas horas, pero la jornada todavía no terminaba. Tenía otros casos a su cargo, aparte del de Summer Young, y aún debía hacer una visita (al Hospital General de Massachusetts), antes de poder marcharse a su casa, servirse un *whisky*, darse una larga ducha, poner algo de música y pensar en la posible reacción de Mallory Malone a su enigmática nota.

Con toda deliberación, no había puesto su nombre en la tarjeta; sería bastante gracioso que ella no tuviera la menor idea de quién había mandado las flores.

—No —se dijo, con una sonrisa plena de reminiscencia—. Lo sabe, claro. Malone es una mujer inteligente.

Había estado a punto de decir «tía», pero se contuvo a tiempo. A la señorita Malone no le caería nada bien que la llamaran «tía».

Aparcó el Jaguar entre un Ford Explorer rojo y una furgoneta Volvo gris oscuro. Automáticamente registró los números de patente en la memoria. Era una costumbre adquirida en sus tiempos de patrulla, cuando debía estar alerta para descubrir autos robados o criminales fugitivos. Luego enfiló hacia la entrada de emergencias.

Un par de horas antes lo habían llamado al escenario de un aparente atropello con fuga que, observado con más atención, bien podía ser un homicidio de pandillas. Solo que la víctima no parecía muy dispuesta a expirar. Puesto que no había cadáver, la gente de Homicidios no tenía nada que hacer allí. De cualquier modo, Harry quería verificar que la situación no se había alterado.

La sala de espera olía a sangre y desinfectante; allí imperaba, como de costumbre, una gran tensión nerviosa. Enfermos y heridos esperaban turno con paciencia. Había bebés que lloraban, padres afligidos que se paseaban de un lado a otro y parientes silenciosos, pálidos por la vigilia, que aguardaban tener noticias (buenas o malas) sobre sus seres queridos.

—Buenas noches, Suzie —saludó a la joven enfermera del escritorio—. ¿Estás muy ocupada hoy?

—¿Cuándo no? —Suzie Walker le dedicó esa sonrisa especial, indicadora de que no le habría molestado darle su número telefónico, si él se lo pidiera. Pero él nunca lo hacía—. Supongo que ha venido por el atropellado. Lo llevaron a una sala; planta tercera a la izquierda. A propósito: el detective Rossetti le ha ganado de mano.

—Como siempre.

Harry, muy sonriente, subió la escalera en cuatro zancadas, solo para demostrarse que no estaba cansado. Luego avanzó a largos pasos por el corredor hasta reunirse con Rossetti, que esperaba con un vaso de café en la mano.

—¿Cómo está? —preguntó Harry, dirigiéndose hacia la expendedora de café.

Su compañero dio el mordisco final a su bocadillo de pan de centeno con atún.

—Bastante bien —murmuró, con la boca llena—, considerando que tiene las dos piernas quebradas y fractura de cráneo. Pasó por encima del vehículo y se estrelló de

cabeza. Suerte para él, que no se rompió el cuello. Y mala suerte para nosotros, porque asegura no recordar casi nada. Solo el color de la furgoneta, que era blanca.

Harry volvió con su café.

—Siendo así, no tiene sentido que esperemos aquí.

—Gaylord y Franz se han hecho cargo. —Rossetti vació la taza y dejó escapar un suspiro de cansancio—. Mañana será otro día, Profe. No sé qué piensas tú, pero yo estoy hecho polvo. Me acostaré temprano —echó una mirada insegura a su reloj—. Bueno, a las diez sería demasiado temprano.

—Solo si duermes solo, Rossetti. Y si he de creerte, eso no sucede jamás.

Su compañero volvió a llenar la taza. Ambos regresaron a paso lento por el corredor, bebiendo el café. Harry dijo, pensativo:

—Últimamente no hemos tenido mucha suerte con los vehículos. En el caso de Summer Young había una furgoneta negra; ahora, una blanca. ¿Será que el destino está contra nosotros, Rossetti? ¿O somos tan estúpidos que tenemos las pistas bajo las narices y no las vemos?

—¿Qué pistas? —preguntó Rossetti, ceñudo—. Solo sabemos que no ha sido el mayordomo.

—Oh, tenemos pistas en abundancia, Sherlock. Los del laboratorio dicen que las fibras encontradas en el auto de Summer eran de cachemira. Cachemira negra.

Rossetti dejó escapar un silbido de asombro.

—Parece que a nuestro hombre le gusta la ropa fina. Tal vez conozca un lugar donde comprar barato. O tiene mucho dinero. ¿Hiciste recorrer las tiendas?

Harry asintió.

—Y también los fabricantes e importadores. No es cachemira barata, sino de muy buena calidad, de las mejores cabras de Mongolia. Es probable que el fabricante sea europeo, más exactamente escocés. Eso reduce nuestra búsqueda a las tiendas y *boutiques* más refinadas.

—¿Qué más? —preguntó su compañero.

—Los cabellos recogidos de su ropa son de una persona blanca. Y estaban teñidos. Su verdadero color es gris.

—¿Puede haberse disfrazado deliberadamente? ¿O es solo un hombre mayor que trata de parecer más joven?

Harry se encogió de hombros.

—Solo sabemos que es mayor de lo que pensábamos.

Al pasar junto al escritorio agitaron la mano para dar las buenas noches a Suzie Walker. Rossetti se volvió a mirarla con admiración. Era joven y bonita, de grandes ojos verdes y cabellera ferozmente roja. Él llevaba meses tratando de salir con ella.

—¿Cuándo querrás salir conmigo, Suzie? —preguntó.

—Cuando sea un poco mayor, detective Rossetti —respondió ella, sin apartar la vista de sus notas.

Harry se echó a reír.

—Estupenda técnica, Rossetti. Siempre da resultado, ¿no?

—A veces se gana, a veces se pierde. Pero no hay que perder las esperanzas.

Ya afuera se demoraron un minuto en la escalinata, contemplando el aparcamiento, mientras analizaban los avances del laboratorio de Criminología.

—Otra cosa —dijo Harry—: en el polvo recogido del Miata encontraron algunas partículas de nitrato. Puede ser un fertilizante, de esos que se compran para los rosales.

Rossetti puso cara de desgracia.

—¿Tendremos que investigar a todos los jardineros de la ciudad?

—No. —Harry mostró los dientes en una sonrisa—. A todos los del estado. Y lo más probable es que sea un vulgar hombre de su casa que se entretiene haciendo jardinería los fines de semana.

—Cuando no se entretiene asesinando, claro.

Harry suspiró.

—Tú lo has dicho, Rossetti.

El hombre del Volvo gris oscuro los observaba con sus binoculares. Sabía quiénes eran. La imagen era tan clara que hasta habría podido leerles los labios, si hubiera sabido hacerlo. De cualquier modo, podía apostar a que estaban hablando de él.

La idea le gustó; también le gustaba saber que no tenían nada contra él. Ni siquiera sabían cuál era su aspecto. Y él no les había dejado pistas. Además, aún estaban trabajando con lo pasado, cuando él ya estaba planificando el futuro.

Dio una palmada a la cámara Polaroid que esperaba en el asiento vecino. Era como un viejo amigo que nunca fallaba. Faltaban quince minutos para que Suzie Walker terminara su turno; echó una mirada inquieta a los dos detectives, que seguían conversando en la escalinata. Si no se iban pronto le arruinarían las posibilidades de tomar esa foto.

Lanzó un suspiro de alivio al ver que Harry Jordan daba una palmada en el hombro a su amigo. Luego se despidieron con voz alegre.

Jordan venía caminando por el aparcamiento hacia él. Aunque el Volvo tenía cristales polarizados, no quiso correr el riesgo de ser detectado por los ojos agudos de ese detective. Se deslizó hasta el piso del coche y se cubrió con la manta escocesa. Así permaneció, tan inmóvil como sus víctimas, respirando serena y rítmicamente. No tenía miedo; se sabía más astuto que la policía, pues lo había demostrado ya varias veces. Ellos ni siquiera sabían cuántas veces. Oyó los pasos del detective y el ruido de la llave en la portezuela. De pronto hubo una serie de feroces ladridos: un perro estaba rascando la portezuela del Volvo. Contuvo el aliento, nervioso.

—¡Squeeze! ¿Qué diablos te pasa? —gritó Harry, sujetándolo por el collar.

Después de apartar al perro, deslizó una mano nerviosa por la pintura del Volvo. *Squeeze* se lanzó hacia la furgoneta y arrimó el hocico a la ventanilla entreabierta,

olfateando entre gruñidos. Harry vacilaba. Esa conducta agresiva no era habitual en su perro. Miró hacia el interior del Volvo, pero el tinte de los cristales no permitía ver gran cosa. Notó que estaba cerrado y se preguntó si tendría alarma. Luego echó un vistazo a la matrícula; la etiqueta adhesiva del impuesto había sido cambiada recientemente. No había abolladuras ni raspones. Parecía un vehículo perfectamente normal y bien mantenido. Probablemente perteneciera a una familia con varios hijos y un par de perros. ¡Esa debía de ser la causa! Los perros viajarían en el asiento trasero, donde estaba la ventanilla entreabierta, y *Squeeze* había percibido su olor.

—¡Chucho loco! —Lo llevó hacia atrás—. ¿Quieres hacerme pagar un trabajo de pintura?

El perro, todavía gruñendo, subió de mala gana al asiento trasero del Jaguar. Se oyó el portazo y el ruido del motor al ponerse en marcha; luego, el chirrido de las cubiertas al alejarse de allí. El hombre se echó a reír con una gran carcajada sonora. Pensaba en el perro del detective Harry Jordan, que sabía reconocer a un asesino por el olfato. Ese *Squeeze* era mucho más sagaz que su amo. Se aproximaba la hora. Se incorporó, con la cámara preparada. Estaba a punto de convertir en estrella a Suzie Walker.

En el coche, camino a casa, Jordan recordó que no había comido nada en todo el día, aparte de un bollo de frambuesas a las siete de la mañana, en Ruby's. Se detuvo a comprar una *pizza* de pepperoni y comió un trozo mientras conducía. El perro, desesperado por conseguir un trozo, estaba dejando correr su baba por el cuello. Él se echó a reír.

—Ni lo pienses, amigo. Lo del hueso en la alfombra antigua, vaya y pase. Pero no creas que llenarás de *pizza* el cuero del tapizado.

Cuando entró en su casa, en el contestador automático de la cocina parpadeaba la luz roja. Abrió una lata de alimento para perros y, mientras daba otro mordisco a su *pizza*, pulsó el botón para escuchar.

Había una suave música de fondo. Inclino la cabeza a un lado, sonriendo, pues reconocía la pieza de Elgar. Luego se oyó la voz de ella.

—Gracias, Harry —dijo suavemente.

Él se quedó mirando el aparato, a la espera de algo más. Pero eso era todo. Rebobinó la cinta para volver a escuchada. Luego lanzó una carcajada. Malone sabía cuándo usar pocas palabras para decir mucho. Y había un claro ronroneo en su voz al pronunciar *Harry*.

Sin dejar de sonreír, se sirvió una medida de *whisky* con varios cubos de hielo y llevó la *pizza* a la sala. Luego rebobinó la cinta del contestador y se dejó caer en el viejo sillón de cuero.

Allí, en su sala, tenía la cara de Mallory Malone. La misma sonrisa luminosa que la noche anterior había sido solo para él iluminaba ahora la pantalla para millones de

televidentes. Con los ojos relumbrando como zafiros húmedos, hablaba conmovedoramente de la esposa del multimillonario inglés, con el cerebro dañado, silenciosamente internada en un asilo psiquiátrico. Luego mostró las instantáneas del viejo zorro retozando desnudo con tres hermosas muchachas.

—Este hombre puede olvidar —dijo ella, en voz baja y suave—. Pero ¿podemos nosotros? Esta noche, en la cama, hágase usted esta pregunta, tal como me la haré yo cuando piense en ella, sin poder dormir. Pregúntese si no debería haber un poco de justicia en este mundo para las mujeres maltratadas como ella. Pregúntese si no podría haberle pasado esto a usted misma.

Durante un segundo miró directamente a la cámara; luego bajó esas deliciosas pestañas, con los ojos empañados por lágrimas sin derramar. En ese instante había introducido al público en su mundo, lo había involucrado en la causa de la esposa maltratada.

Harry se preguntó si sería una gran actriz o si en verdad lo sentía. Luego recordó ese breve instante, durante la cena, en que la vio tan perdida y desolada. «La mujer menos interesante del mundo», había dicho de sí misma. Y en ese momento él habría podido jurar que hablaba en serio.

Mallory era más que un enigma: era una mujer llena de secretos, y ella lo mantenía apartado de esos secretos.

Levantó el auricular para marcar el número de su casa.

—¿Hola? —Atendió ella, con voz soñolienta.

Él echó una mirada culpable a su reloj. Eran las once y media.

—¿Señorita Malone?

La oyó suspirar.

—Dime Mallory, ¿quieres?

—Mallory —era un placer pronunciar su nombre.

—¿Sí, Harry?

—No me di cuenta de que era tan tarde. Lo siento —dijo él, sonriendo. No lo sentía en absoluto.

—No es tarde. Es que me acosté temprano —ella se incorporó sobre las almohadas.

—Recibí tu mensaje.

—¿De veras?

Parecía sofocada.

—No era muy largo.

—Me pareció que lo decía todo —ella sonreía, disfrutando a pesar de sí misma.

—Sucinto —dijo Harry.

—Así soy yo —la sonrisa era perceptible en su voz.

—¿Cómo te sienta ser un enigma?

—Bueno, enigmática, supongo —ella rio—. Las flores son hermosas. ¿Cómo sabes que las lilas son mis favoritas?

—No lo sabía, pero me alegro de haber acertado. Me pareció que se adecuaban a ti. Frescas y fragantes, como la primavera.

—Se está poniendo poético, detective.

—Mi nombre es Harry, ¿recuerdas? ¿Alguna vez pensaste que podrías inducir a un hombre a la poesía?

—O a la música. Me encanta Figar.

—Es romántico, demasiado.

—Igual que tú, Harry Jordan, sospecho.

Él sonrió con toda la cara, imaginándola en la cama.

—¿Por qué no me das la oportunidad de mostrarte lo romántico que soy? Mañana podría tomarme la noche libre.

Ella vaciló. Casi era posible oírlo pensar.

—Me encantaría, Harry. Pero esta vez invito yo. ¿En mi casa, a las ocho?

—A las ocho, de acuerdo... Mallory. Y gracias por la invitación.

—Creo que será un gusto —dijo ella, cautelosa.

—Para mí también.

—Bueno, solo nos queda darnos las buenas noches.

—Supongo que sí. Después de todo, yo estoy en Boston y tú, en Nueva York.

—No es algo que tenga remedio, detective —rio ella. Y luego—: Hasta mañana, Harry.

Cortó.

Harry aún sonreía cuando dejó el auricular. Había olvidado sus intenciones de averiguar qué sabía ella sobre el hombre del retrato robot. Se sentía como si la reina de la promoción hubiera aceptado salir con él.

Llamó al perro con un silbido y le puso la correa. Mientras daban un largo paseo, se preguntó qué se pondría Mallory Malone para dormir.

Mal, recostada contra las almohadas, estaba preocupada, pensando que no debía haber sucumbido al encanto de Harry Jordan. Ese hombre era un peligro para ella; podía arruinar toda su vida, tan cuidadosamente construida. Pero no podía resistirse. Y sería solo por una vez. Tendría que estar en guardia, nada más.

Luego se acostó boca abajo y sepultó la cara en la almohada, en pocos minutos estaba dormida.

Capítulo 16

Harry era más feliz cuando se ponía unos tejanos gastados, pero en honor a ella se puso su único traje decente, una camisa blanca de lino y una colorida corbata de seda que había comprado de ocasión. Mientras la anudaba frente al espejo, pensó con una sonrisa que por segunda vez se arreglaba para la señorita Malone. Era de esperar que ella supiera apreciar el gesto.

Había ocupado un cuarto en el hotel Mar, de la avenida Madison, y planeaba volver a Boston con el vuelo del amanecer. Se sentía como un chico haciendo novillos. Como para recordarse que no estaba allí solamente por placer, recogió el sobre de papel manila que contenía el retrato robot del asesino, lo plegó y se lo puso en el bolsillo.

El conserje llamó desde abajo para decirle que sus flores estaban esperando. Harry echó una última mirada al espejo, se enderezó la corbata, se pasó las manos por el pelo, peinado con demasiada pulcritud, y arrancó hacia la salida.

El florista había hecho un trabajo estupendo: un enorme cesto de mimbre lleno de violetas de Parma. Lo sujetó con timidez al montar en el taxi.

—¿Va a un funeral, amigo? —preguntó el chófer, con tono agrio.

—Espero que no —respondió él—, aunque las flores huelen bastante mejor que este coche.

Al llegar al edificio de apartamentos dio su nombre al portero.

—El departamento en sobreático, señor —dijo el hombre—. La señorita Malone está esperándolo.

Mientras subía en el ascensor, Harry echó un vistazo a su reloj digital. Llegaba a la hora justa. Con una sonrisa, imaginó cómo estaría ella, qué le diría, cómo sería estar juntos y solos.

Cargado con el enorme cesto, salió del ascensor a un vestíbulo de mármol. En las paredes había costosos espejos venecianos antiguos; en el suelo, alfombras francesas de tonos suaves. Una atractiva mujer de vestido rojo le sonrió. No era Mallory.

—Creo que me equivoqué de sitio —dijo él, inseguro.

La mujer tenía pelo negro y largo, rientes ojos oscuros y una sonrisa sensual. Lo recorrió de pies a cabeza con una mirada lenta. Luego meneó la cabeza.

—Oh, espero que no —se echó a reír—. ¿A quién busca?

—A Mallory Malone.

Ella se acercó un paso para inspeccionar las violetas. Su perfume se imponía al aroma de las flores, especioso y fuerte.

—Pues me alegra decirle que está en el sitio indicado —después de obsequiarle otra sonrisita sensual, lo condujo hacia la puerta y levantó la voz para hacerse oír por sobre el parloteo de las conversaciones—. Mal, ha llegado el recadero. Ven a verlo.

Mal apareció en el vano de la puerta. Llevaba un vestido ceñido de encaje negro, forrado de satén dorado. El profundo escote en ondas se adhería a sus pechos como si

estuviera arraigado allí; la falda corta y las sandalias de gamuza negra, con sus tacones altos, daban a sus piernas un aspecto imposiblemente largo y esbelto.

—Oh, eres tú, Harry —dijo, llevándose los dedos a la boca para disimular la risa, por la presentación de Lara y por verlo aferrado a su gran cesto de flores.

El cuarto estaba atestado; los camareros iban y venían con canapés y bebidas. Los ojos de Harry buscaron los de ella.

—No me dijiste que habría una fiesta —dijo, sorprendido.

Ella levantó uno de sus bronceados hombros en un gesto despreocupado.

—Nos hemos enterado de que el programa de la semana pasada marcó el récord de audiencia hasta el momento. Decidí organizar una fiesta para celebrarlo.

La mujer de rojo los observaba con interés.

—¿O sea que usted no es el recadero?

Harry entregó el cesto a Mal.

—Esto es para ti.

Ella hundió la nariz entre las flores.

—Son celestiales, preciosas, como un bosque en primavera —le sonreía con auténtico placer—. ¡Y cuántas, has traído Harry! Debes de haber tomado por asalto a todos los floristas de Manhattan. Gracias.

Por algún motivo tonto, él se derritió al ver esa sonrisa. Era como si le hubiera entregado el mundo en una bandeja y no un ramo de violetas. Aun así, estaba desilusionado por lo de la fiesta, aunque probablemente no tuviera derecho. No era el dueño de Mallory Malone, así como ella no era su dueña.

—Ven, Harry —dijo alegremente la mujer de rojo, tomándolo del brazo—. Me parece que eres un animal fiestero. Y personalmente, me conformo con que seas un animal. Me llamo Lara Havers —se acercó un poco más, haciéndole sentir el calor de su cuerpo—. Y tú ¿quién eres, exactamente? —preguntó, riendo a medias.

—Es Harry Jordan, detective de Homicidios de la Policía de Boston —lo presentó Mal, tranquilamente.

—¿De la policía? ¡Qué apasionante! Dime, Harry... —Lara lo llevó al interior de la zumbante sala—. ¿Has venido por un asunto profesional o simplemente por placer?

Mal, de pie junto a la puerta, cargada con el cesto de violetas, los observaba con celos. Experimentó esa repentina punzada en el corazón que solía sentir en la niñez, cuando era la única a la que no invitaban a la fiesta, cuando no la elegían para formar el equipo. Durante un minuto volvió a ser Mary Mallory, la más solitaria.

Se quitó la sensación con un encogimiento de hombros. Estaba en su fiesta, en su casa, con sus invitados. Era su éxito lo que había reunido a todas esas personas. ¿Qué importaba si Harry salía de allí con Lara Havers? Él no tenía importancia; era solo una aventura ligera.

Pero en ese caso, ¿por qué había despertado esa mañana pensando en Harry? ¿Por qué, al inspeccionar ese ropero desbordante de prendas bonitas, había decidido que no tenía nada para ponerse? ¿Por qué había corrido a comprar todas esas cosas ricas

para prepararle la cena? Hasta llamó a una tienda de vinos para que localizara el champán favorito de Harry.

¿Y por qué corrió también a revolver tiendas, vacilando como una adolescente entre el sensual vestido de encaje negro o el pudoroso conjunto de camisa de satén crema y pantalones de cuero negro? Decidida a no hacer otra patochada en cuanto a vestimenta, compró los dos.

Y luego se dijo que estaba loca. Tenía diez o doce hombres entre los que podía elegir para salir esa noche. No necesitaba a Harry Jordan y su asesino en serie. Y de algún modo sabía que él tenía intenciones de sacar nuevamente ese tema.

Fue un alivio que, al llegar las mediciones de audiencia, el productor sugiriera celebrar con una fiesta. «Que sea en mi casa —había exclamado ella, entusiasta—. Estáis todos invitados, desde el primero al último».

Beth se encargó de llamar al servicio de comidas y ella, a sus amigos; cuando quiso acordarse estaba guardando las provisiones para la cena en el frigorífico y poniéndose el ceñido vestido de encaje. Y la fiesta estaba en marcha.

Observó a Harry desde el otro lado de la habitación. Estaba rodeado de mujeres atentas: entre ellas, Beth y Lara. Contaba algo gracioso y ellas reían, coqueteando. El detective parecía estar pasándolo muy bien.

Fue al dormitorio para poner el cesto de violetas en la mesa, bajo la ventana, y se dejó caer en una silla. No era solo un bonito ramo de flores; era un regalo sensible y considerado, elegido especialmente para ella. Decidió que Harry era amable de verdad, bajo esa recia fachada de policía. Se levantó, alisándose la falda, y aspiró muy hondo antes de volver a su fiesta.

Ya eran las once cuando la gente empezó a retirarse; aún no había tenido oportunidad de cambiar una palabra con Harry, convertido en la estrella de la velada por entretener a sus invitados con relatos de asesinatos y disturbios. Enseñó a Lara, Beth y otras amigas a bailar Sí, señor, de Gloria Stefan; además, prometió enseñarles los ejercicios perfectos para los abdominales. Con los hombres habló de baloncesto, de lo bien que marchaba el Club Moonlighting y de su proyecto de hacer una pista para *hockey* sobre hielo. Él era el amigo de todos; ella, la atareada anfitriona.

Mal observó, con aire burlón, que todas las mujeres se despedían de Harry con un beso. Y rio ante el susurro de Lara:

—¿Verdad que es el policía más atractivo que jamás se ha visto fuera de la televisión? ¡Y además, disponible, querida! No te molestarás si lo llamo, ¿verdad? Porque él dijo que lo vuestro era un asunto puramente profesional.

—Anda, llámalo cuando quieras —dijo Mal, despreocupada—. Entre nosotros no hay absolutamente nada.

Lara meneó la cabeza, asombrada.

—Debes de estar loca, querida. Por suerte para mí.

Ella se despidió del director, su esposa y el productor; luego, de Beth y Rob.

—Oh, esperad un momento —dijo, corriendo al dormitorio. Segundos después

volvió con un paquete—. Regalo de aniversario —dijo, entregándoselo—. Perdonad si lo olvidé. El viaje a Londres me borró todos los recuerdos.

Mientras decía adiós con la mano sintió los ojos de Harry fijos en ella. Se volvió para mirarlo. Estaba de pie junto al hogar, con las manos en los bolsillos, apoyado en la repisa como al desgaire. Tenía el pelo revuelto y ya le asomaba la barba. Se notaba que tenía ganas de quitarse la chaqueta.

—¿Qué se debe hacer aquí para que a uno le sirvan de comer? —preguntó con una gran sonrisa.

Ella se encogió de hombros.

—Había comida. De la buena. Y en abundancia.

—Bocadillos —dijo él, sin dejar de mirarla—. ¿Te acuerdas de mí? Soy el tío que invitaste a cenar.

—Si no hubieras estado tan atareado dando clases de baile a mis amigos, habrías visto que todo el mundo estaba comiendo muy bien.

—Solo di clases a las mujeres. Y una comida no es cena si no te sientas a una mesa para comer. Preferiblemente, frente a la persona que te ha invitado.

—¿Por qué piensas que te he invitado a cenar, al fin y al cabo? —preguntó ella, divertida—. Nunca mencioné la palabra «cena». ¿Acaso te ha fallado esa perfecta memoria de policía?

—Claro —dijo él, indiferente—. Así como a ti te falló con respecto al retrato robot. ¿Qué tenía ese retrato, Malone? ¿Lo has reconocido acaso o qué?

Ella se encogió de hombros, impaciente.

—No seas tonto. ¿Cómo podría reconocerlo?

—Bueno, para empezar, reconocer a los asesinos es parte de tu trabajo. Has conocido a muchos. Se me ocurrió que podía tratarse de alguien que hubieras conocido superficialmente. ¿Quizá tu hermano?

—¿Estás loco?

—Bueno, no es tu hermano. ¿Quién diablos es, Malone?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa?

Se enfrentaron silenciosamente.

—¿Estamos riñendo? —preguntó él, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Solo riñen las personas que se conocen bien. Y permítame recordarle, detective, que no es nuestro caso.

—¿No me habías invitado para eso? ¿Para que nos conociéramos mejor?

Ella rio.

—Si no fuera por las violetas, pensaría que solo querías preguntarme por el asesino.

—Las encargué como regalo para la hermosa mujer con quien iba a cenar, pensando que le gustarían.

—¿De veras me encuentras hermosa?

—La mitad de Estados Unidos te encuentra hermosa.

—Eso significa que la otra mitad no —ella se mordió el labio, arrepentida de haber dicho eso, de haber bajado la guardia ante él.

Harry la miró fijamente, atónito.

—¿Qué te importa lo que piense la gente? Tú sabes cómo eres. Eres estupenda en lo tuyo, tienes éxito. ¿Cómo puedes ser tan insegura, Malone?

Mal se encogió de hombros, desviando la vista.

—Era una broma.

Él la miraba, desconcertado.

—No, no es cierto —señaló con suavidad—. ¿Quieres que hablemos de eso?

—No hay nada que hablar.

—Claro que sí —le tomó el mentón con una mano, obligándola a mirarlo—. A mí puedes decírmelo, Mal. Te aseguro que sé guardar secretos.

—Oh, Harry —exclamó ella, riendo—, estás hablando como yo.

—A veces eres tú la que no habla como tú. Y esa es la incógnita.

Le deslizó los dedos por la nuca, subiéndolos por entre el pelo suave. Mal sintió las yemas de los dedos en su cuero cabelludo y el calor que emanaba de ellas. Recorrida por un pequeño escalofrío de placer, se recostó contra él. Harry la sostuvo con suavidad, masajeándole el cuello hasta que ella se aflojó, llena de placer sensual.

—¿Te gusta? —susurró.

—Hummm. Ha elegido mal la carrera, detective. Su verdadera vocación es ser masajista.

Se estaba derritiendo y lo sabía. Levantó la cara hacia él. Sus ojos se encontraron en una mirada larga y profunda. Él le rozó los labios con los suyos y Mal suspiró.

De pronto, recuperando el tino, ella se apartó un paso. Acomodó el corpiño de su vestido. Se alisó el pelo.

—Sé que en el fondo eres un tío a la antigua y que no vas a aprovecharte de mí —dijo, arrojándole una mirada coqueta entre las pestañas, en tanto se dirigía a la cocina.

Harry la siguió, quitándose la chaqueta, y se apoyó en el marco de la puerta, cruzado de brazos.

—Cierto —reconoció—. Solo que... No sé si alguna vez te han dicho esto.

Ella lo miró, expectante.

—Tus labios son aterciopelados como pétalos de violeta.

—Hum, ¿es cierto, detective? —Mal sacó del frigorífico la botella de champán y la mostró en alto—. Tu favorito. No lo olvidé.

Él asintió, impresionado.

—Ya veo —tomó la botella de sus manos, la abrió sin derramar una gota y llenó dos finas copas de cristal.

—Por una velada alegre, detective Harry —brindó ella, volviendo a su actitud burlesca.

—¿Eso significa que todavía no hemos terminado?

Mal rio.

—No puedo enviarte a casa con hambre. En este frigorífico también hay comida.

Él lo abrió para inspeccionar el contenido.

—Se diría que tenías planeada una cena.

—Sí, pero me acobardé.

Él sacó las codornices deshuesadas.

—¿Ibas a preparar esto? ¿Para mí?

—Sí. Y flores de calabacín rellenas. Y cuzcuz con cebolletas, espinaca y limón.

Él levantó los ojos al cielo.

—Y además sabe cocinar —dijo, con respeto religioso en la voz.

—¿Qué te parece un bocadillo? Es más rápido. ¿Mayonesa o mostaza? —Mal levantó los dos frascos.

—Las dos cosas.

La observó mientras ella preparaba los bocadillos y los ponía en sendos platos de color azul y amarillo.

—Matisse los habría pintado justamente así —apuntó él, admirado—. Naturaleza muerta con dos bocadillos de pavo en Manhattan.

—No omitas la botella de champán.

Ella recogió las dos copas y abrió la marcha hacia la sala. Dejó la bebida en la mesa de café, se quitó las sandalias sacudiendo, los pies y luego, sentada en la alfombra frente al fuego, oprimió el botón del equipo de música. Las *Variaciones Enigma*, de Elgar, flotaron en la habitación. Miró a Harry, que se había sentado enfrente.

—No me explico cómo es posible que un tío capaz de comparar un bocadillo de pavo con una pintura de Matisse se metiera a detective.

—Ya lo sabes. Te lo conté en nuestra cita anterior, ¿recuerdas?

—¿Cita?

—¿Qué dirías tú que fue?

Mal dio un mordisco al bocadillo, pensativa.

—Una reunión. Fue eso.

—Tal vez para ti.

—Y lo de «aterciopelados como pétalos de violeta». Así no hablan los policías.

—¿Cómo supones que hablan?

—Oh, ya se sabe. Duro, recio, sin vueltas. En blanco y negro, sin matices.

—Yo soy célebre por mis matices.

Ella rio.

—Veo que disfrutas del bocadillo.

—Estaba echando de menos el comedor de Ruby. Aun así, teniendo en cuenta este ambiente lujoso, la gran calidad del bocadillo, los platos de Matisse, los labios aterciopelados... prefiero estar aquí.

No dijo «contigo», pero ella lo adivinó. Complacida, se sentó sobre los talones, bebiendo champán a sorbos y observándolo.

Él terminó el bocadillo y paseó la vista por la sala.

—Se diría que vives aquí desde siempre. El hogar ancestral, con los antepasados en las paredes y fotos familiares en marcos de plata.

Recogió una fotografía de la mesa lateral para mirarla. Allí se veía una pareja: el hombre era alto y apuesto, corpulento y con aspecto de vivir al aire libre; rodeaba con un brazo los hombros de una rubia menuda y avispada, con una enorme sonrisa. La foto había sido tomada en la galería de una sólida casa, con un lago como fondo; ambos parecían vivir felices la mutua compañía.

—¿Tus padres? —Arriesgó Harry.

Ella encogió un hombro.

—¿Me parezco a ellos?

Él estudió la foto.

—Me parece que sí.

—Por eso los he elegido.

Harry levantó bruscamente la cabeza.

—¿Que los has elegido?

—Por supuesto. En una tienda de trastos viejos. Elegí a todas las personas que estás viendo, en fotos o pinturas. Cuando reinventaba mi pasado.

Harry dejó cuidadosamente el marco de plata en su sitio.

—¿Quieres que hablemos de esto, Malone?

—No. Ya sabes a qué me refiero.

De pronto había apretado los labios y tenía esa expresión magullada.

—No creo saber, realmente, a qué te refieres —él se acercó para tomarle la mano—, pero creo que necesitas hablar con alguien de ese asunto. ¿Por qué no conmigo?

Mal se encogió de hombros.

—Oh, no sé. Es una historia muy común. Solo que me he esforzado mucho por dejar todo eso atrás, por convertirme en otra persona.

Él frunció el entrecejo, desconcertado. Ella dijo:

—La verdad es que solo comencé a existir el día que me inventé a mí misma.

Y súbitamente ella se encontró hablando de su niñez, de su padre brutal y su madre depresiva, de la fuga a la costa, de Golden.

«Un pueblo de mierda», había dicho la madre de Mary, cuando llegaron allí, con todas sus cosas amontonadas en el vetusto Chevy turquesa de aletas cromadas. Y tenía razón.

Los edificios de madera gris, marcados por la intemperie, se aferraban con feroz tenacidad a la costa barrida por el viento. Había un par de albergues, un monumento a los caídos en la guerra y un supermercado; una cafetería que pretendía imitar el Lido y viejos que seguían envejeciendo. Era un pueblo pequeño y barato, que coqueteaba brevemente con unos pocos turistas veraniegos, esforzándose por parecer próspero y acogedor bajo sus desteñidas banderas de fiesta. Pero los visitantes que se detenían allí siempre continuaban viaje de prisa, buscando lugares más animados y alegres.

Todos los residentes de Golden habían nacido allí, al igual que sus padres y sus abuelos. Muy pronto etiquetaron a las Malone como basura y las excluyeron de su pequeña sociedad cerrada.

Mal no tenía palabras con que describir la terrible soledad de aquellos años, la absoluta desolación que se extendía infinitamente ante ella. La única persona con quien mantenía un contacto estrecho era su madre, pero solo porque vivían juntas, no porque esta la quisiera. Su madre no se interesaba por nada. A veces, mientras intentaba dormir, acostada en el sofá de vinilo anaranjado, Mary Mallory se sentía sobrecogida de terror, pues pensaba que, si muriera, a nadie en el mundo le importaría. No era nadie.

Mal aún podía ver esa vieja casa rodante, llena de corrientes de aire; aún sentía el olor del mar, de la basura podrida, y el agrio hedor de la pobreza. En ese instante volvió a encontrarse allí, a vivirlo, a respirarlo, a odiarlo.

La casa rodante, destinada a alquiler durante el verano, era pequeña y menos que cascada: era decididamente fea. Todo en ella estaba gastado y gris, salvo el sofá de vinilo, pero hasta eso había pasado del rojo a un opaco anaranjado sanguíneo. Su madre ocupaba el único dormitorio, en la parte trasera, con una pequeña ventana que se rehusaba a abrirse aun en los días más calurosos, aunque Mary Mallory había hecho lo posible con un destornillador, golpeando y haciendo palanca sin resultado alguno. Por eso, cuando hacía calor, la madre se limitaba a quedarse sentada en la sala, con la puerta de par en par y el televisor encendido toda la noche, y la niña abandonaba toda esperanza de dormir.

La madre era adicta a la televisión. Lo miraba todo, todos los espectáculos de trasnoche, aunque Mary Mallory habría jurado que no escuchaba una sola palabra. Simplemente dejaba sucederse las escenas delante de sus ojos: gente, lugares, sucesos, mientras el humo de sus cigarrillos se enroscaba sin fin hacia el techo. Mary Mallory dudaba de que su madre viviera por delegación por medio del televisor, como lo hacía ella con las películas: el aparato estaba allí solo para recordarle que vivía. Ni siquiera cambiaba el canal. Miraba aquello que encontrara al encenderlo.

Mary Mallory trataba de que ella se acostara.

—Anda, mamá —decía, plantándose delante de la pantalla—. Es tardísimo y tengo que dormir un poco.

La madre la miraba vagamente y encendía otro cigarrillo.

—Estoy mirando televisión —decía suavemente.

Pero al ver los desolados ojos azules de su madre, Mary Mallory sabía que en su cabeza sonaba una banda de sonido propia.

Nunca consiguió trabajo. Vivían del subsidio y era Mary Mallory quien iba todos los lunes a la oficina de Bienestar Social, al salir de la escuela, para retirar los bonos de comida.

—Otra vez tú —decía la señorita Aurora Peterson, mirándola con la larga nariz en alto, mientras se acomodaba la sarta de pequeñas perlas de cultivo en el cuello

escuálido, pero respetable. Y echaba mano del expediente Malone. Aunque sin duda sabía de memoria los detalles de su pobreza, la supervisora hojeaba ostentadamente los papeles, levantando la vista de vez en cuando para decir—: Sí... sí... ya veo.

Mary Mallory solía lamentarse de que la oficina no estuviera atendida por el mismo tipo de gente que necesitaba esa ayuda; seguramente ellos habrían sido más gentiles, de corazón más auténticamente caritativo para con los infortunados como ella.

Pero la señorita Aurora Peterson vivía en una bonita casa pintada de blanco, sombreada por viejos robles, en el lado respetable de Golden: la misma casa en la que había nacido y que había heredado de su padre. Usaba conjuntos de color celeste y se rizaba el pelo tres veces al año en el salón de belleza de Jody, donde también le pintaban las uñas de un prudente color rosa viejo. Conducía un Buick blanco casi nuevo, todos los años pasaba sus dos semanas de vacaciones en el mismo lugar de las montañas y los domingos asistía a la Iglesia Presbiteriana; en su corazón no había mucho amor por nadie, y Mary Mallory sospechaba que eso incluía a Jesús, pero así tenía oportunidad de mostrar su último sombrero.

Mary Mallory miraba el suelo de linóleo rayado y los zapatos raídos de los otros que hacían cola, mientras la señorita Peterson examinaba su expediente con tanta atención como si estuviera descifrando un código misterioso. Tras unos cinco minutos, levantaba la vista para decir, con aire cansado:

—Oh, las Malone... Esa miserable de tu madre ¿cuándo va a buscar empleo, en vez de dejar que los contribuyentes os mantengamos?

Sacaba un gran tampón de goma y lo plantaba en la página; por fin contaba los bonos de comida y se los acercaba a través de la pequeña abertura, bajo el vidrio que la separaba de los modales toscos e incultos de quienes habían caído en desgracia. Y ni una sola vez miraba a Mary Mallory.

Con las mejillas ardiendo de vergüenza, la niña cruzaba la ciudad a pie, hasta el supermercado. Allí tomaba un carrito para recorrer velozmente los pasillos, recogiendo copos de maíz, leche, margarina, queso tierno, algún fiambre y pan cortado. Agregaba una lata de judías, un cuarto kilo de la carne picada más barata que hubiera y cualquier marca de café instantáneo que estuviera en oferta. Luego iba a la sección verdulería para comprar dos patatas para el horno y, a modo de manjar especial, dos manzanas verdes. Finalmente formaba fila ante la caja registradora, preparándose para la segunda humillación del día.

Mientras el cajero contaba sus bonos de comida, las mejillas volvían a arderle de vergüenza. Siempre la aterrorizaba la posibilidad de haber gastado en exceso y tener que devolver algunas cosas. Aferrada a su bolsa de papel, recorría nuevamente la calle hasta la pequeña gasolinera, donde el propietario le permitía comprar cigarrillos para su madre, pese a ser menor de edad. Era el único acto de bondad en todo su día, aunque él no lo hiciera por compasión, sino por no perder una venta. Aun así, eso le ahorraba muchas dificultades, pues tras aquel primer año de optimismo, su madre

casi había dejado de salir y, sin los cigarrillos, realmente se habría vuelto loca.

Solo salía de la casa cuando la invadían las depresiones más negras. Entonces, cuando Mary Mallory llegaba de la escuela, la encontraba en los acantilados, contemplando el mar, o caminando lentamente por la playa, ajena a las tormentas, la lluvia y las gigantescas olas que llegaban rugiendo, con el ruido de un tren expreso, hasta hacer temblar la tierra bajo sus pies.

Finalmente volvía a la casa. Después de secarse el pelo empapado por la lluvia, se preparaba una taza de café y encendía el televisor. Era como si la violenta tempestad hubiera calmado aquello que la torturaba.

Una vez, al volver del mercado, Mary Mallory se cruzó con unas compañeras de escuela, montadas en bicicletas de color rojo metalizado, con bonitas jerseys nuevos y los labios pintados con el tono de moda, un tono rosa intenso muy besable. No parecieron reparar en ella; en todo caso, no la miraron: iban muy ocupadas con su charla de muchachos. Pasaron altaneras, en una densa nube de perfume recién comprado en la farmacia de la Calle Mayor.

Mary Mallory pasó la bolsa de provisiones al otro brazo y se acomodó las gafas de plástico, que la hacían parecer un búho, para echarles una mirada envidiosa. Era más cegata que un murciélago y usaba unas lentes tan gruesas como fondos de botella. Detrás de ellas se sentía escondida; era como si las chicas no pudieran verla. De lo contrario ¿no le habrían dicho «hola», al menos? Claro que nadie jamás decía «hola».

Recordó ese horrible primer día de escuela. La secretaria la acompañó hasta su aula y la empujó para plantarla delante de la clase. Treinta pares de ojos se clavaron en ella, evaluando el vestido desteñido y demasiado corto, las zapatillas gastadas y las feas gafas. Con el afinado instinto de la jauría, supieron al instante que ella era una extraña: «bicho raro» y «fea», fueron los susurros que las chicas intercambiaron cubriéndose la boca con la mano, entre risitas.

—Salud a Mary Mallory —ordenó la maestra, echándole una mirada impaciente, mientras ella seguía de pie, desolada, delante de la clase.

—Hola, Mary Mallory —dijeron todos a coro. Y se derrumbaron entre risitas agudas.

Mary Mallory murmuró un apresurado «hola» y marchó precipitadamente hacia el pupitre que le indicaba la maestra.

Esperaba con miedo el recreo, pero su temor era injustificado: nadie le dirigió la palabra. Nadie se ofreció a mostrarle la escuela ni a entablar amistad. Ni siquiera se molestaron en observarla ni en burlarse de ella. Por lo que hacía el séptimo grado de la escuela de Golden, bien habría podido ser invisible.

Era el silencio lo que la volvía loca. En casa, su madre rara vez hablaba; vivía perdida en su propio mundo. En la escuela, descontando alguna pregunta de la maestra, nadie la saludaba, siquiera. Si antes era tímida, acabó por inhibirse. Atribuía todo eso a que era fea, a que era pobre, a que era hija de «una loca», a que debía

hacer cola frente a la señorita Aurora Peterson, con sus aires de superioridad, y luego entregar los humillantes bonos de comida en el supermercado Golden. A que vestía prendas baratas, adquiridas en la tienda de segunda mano; a que nunca podía comprar una revista de modas ni una gaseosa, ni probar en la farmacia los perfumes y los nuevos lápices de labios. A que no era nadie. Nada. La chica invisible de la escuela de Golden.

Llevó las provisiones a su casa y las guardó en el aparador. Al entregar los cigarrillos a su madre vio un atisbo de placer en sus ojos inexpresivos.

—Gracias, Mary Mallory —le dijo, con voz quebrada por la falta de uso. Y esas fueron sus únicas palabras en el resto de la noche.

Mary Mallory se puso un jersey y salió a caminar por los acantilados, contemplando el henchido océano verde. Recordó la emoción que había sentido cuando se instalaron junto al mar, en Golden, pobl.: 906. Habría apostado a que no habían cambiado la cifra por «pobl.: 908», ahora que su madre y ella vivían allí. No eran ciudadanas de verdad, como la señorita Aurora Peterson: solo miserables que vivían de los impuestos pagados por las personas decentes.

Abajo, en la playa, un par de niños corrían con un perro. Se estaban divirtiendo de un modo muy sencillo: arrojaban piedras al mar para que el perro fuera a buscarlas. A ella le habría encantado participar. Sintió ganas de gritar: «Estoy aquí. ¿No me veis? Dentro de mí hay una persona de verdad que quiere ser como vosotros. Quiero reír, divertirme, tener amigos».

Se preguntó qué dirían ellos si lo hiciera. De cualquier modo, no podía. Su timidez era una enfermedad paralizante. Estaba fuera de todo y siempre sería así.

Salvo en sus sueños. Cuando por fin su madre se acostaba, ella se quedaba despierta, soñando con una vida segura. Soñaba con tener una casa pintada de blanco, como la de la señorita Aurora Peterson, llena de sólidos muebles de roble. Soñaba que conducía un Cadillac descapotable blanco, con la capota baja y el viento en el pelo rubio y rizado, en vez del viejo Chevy turquesa y sus mechales lisas y arratonadas. Que el domingo cenaban pollo y pastel de manzanas recién sacado del horno. Que tenía los labios pintados con el nuevo tono de rosa y su madre, con un sombrero nuevo, la llevaba a la iglesia, y que después se detenían a conversar con los vecinos y tal vez a tomar un helado.

Con los años sus sueños crecieron. Soñaba con el éxito. Sabía que existían otros lugares, otros mundos, donde la gente no vivía como ella, ni siquiera como la señorita Aurora Peterson, y fantaseaba con formar parte de ese mundo, algún día. Entonces compraría a su madre una casa nueva frente al mar, en el lugar que más le gustara, siempre que no fuera Golden. Le compraría ropa bonita y pendientes de diamantes; la haría sonreír otra vez como en aquella única ocasión, cuando se dio cuenta de que no vería nunca más al sádico de su esposo. Mary Mallory quería convertir en realidad todos los sueños de su madre. Y los propios.

Pero al despertar, por la mañana, era aún la chica que no existía.

Mal arrancó sus pensamientos de aquella dolorosa niñez y levantó la cabeza para mirar a Harry. Vio solidaridad en esos bondadosos ojos grises.

—Es la primera vez que se lo cuento a alguien —dijo con tristeza—. Estaba demasiado asustada para decirlo a un psiquiatra. No podía verbalizarlo. Temía que, al admitirlo, volvería a ser Mary Mallory y se esfumaría todo lo que tanto me costó conseguir, todo lo que he llegado a ser.

Harry tomó sus manos. Estaban frías; su rostro adorable, demacrado y pálido. Le besó las palmas.

—Fuiste valiente, Mal. Has triunfado —dijo, admirado—. ¿Cómo lo has hecho? Ella se encogió de hombros.

—La historia de siempre. Era inteligente y esforzada. Estudié y conseguí una beca para ir a la universidad. Durante unos cuantos años, mi vida consistió solo en eso: estudiar y trabajar mucho —suspiró al recordar los años largos y duros de la pobreza—. Por fin me gradué y... Bueno, el resto ya lo conoces.

Se levantó con dificultad, tironeando la bonita falda de encaje y subiéndose los tirantes; de pronto temía haberlo puesto en una situación incómoda.

—Debes de estar arrepentido de haber preguntado —dijo, componiéndose para sonreír.

Él sacudió la cabeza.

—No, nada de eso.

Mal estaba tan consciente de su presencia que tenía la sensación de beberse el aire que él respiraba.

—No te vayas, Harry —dijo de pronto, apoyando su cabeza en el brazo de él—. Tengo miedo.

Harry la estrechó contra sí y le apartó el pelo hacia atrás. Parecía destrozada, como si acabara de revivir su larga ordalía.

—No hay nada que temer —la reconfortó—. Ya pasó todo. El pasado es eso. A veces lamentamos haberlo perdido. Y otras veces agradecemos a Dios no tener que vivirlo otra vez. Lo sé, créeme.

Ella lo miró con ojos grandes, preguntándose qué querría decir.

—Pero no debería quedarme —agregó él—. No es el mejor momento.

Ella se aferró de su mano; no soportaba la idea de que se fuera.

—Lo sé. Pero tengo miedo de estar sola.

Harry siguió el contorno de su cara con un dedo.

—No hay nada que temer, Mary Mallory, te lo aseguro.

Mal apartó la vista. De pronto, una gorda lágrima como de cristal le rodó por la mejilla. Él la abrazó, sorprendido: la férrea mujer de la televisión estaba llorando. La estrechó, le aseguró que todo estaba bien, que se quedaría, por supuesto. Le acarició el pelo, le enjugó las lágrimas, le dio su pañuelo para que se limpiara la nariz.

Ella sonrió, trémula. Tenía los ojos hinchados y la nariz enrojecida. Aun sabiendo que no era buen momento, Harry la besó. Mal abrió la boca bajo la suya y él prolongó

el beso. Había acertado desde un principio: sus labios parecían de terciopelo.

La apartó de sí con una sonrisa.

—Creo que voy a dormir en el sofá.

—Hay un cuarto de huéspedes, pero no creo que la cama esté tendida.

—Basta con que me des una almohada y una manta; en un abrir y cerrar de ojos estaré en el mundo de los sueños.

Le soltó la mano. Después de una breve vacilación, ella entró en su dormitorio. Harry la siguió.

—Hum, qué acogedor —dijo, echando un vistazo—. Cuando esté solo en mi pequeña cama podré pensar en ti, sola en esa cama enorme.

Ella le tiró la almohada, que él atrapó con destreza.

—No se deje llevar por la imaginación, Jordan.

—Lo intentaré, aunque resulte difícil —apretó la almohada contra su pecho, ya que no podía hacerlo con ella—. Que duermas bien, Mary Mallory Malone. Y nada de pesadillas. Promételo.

—Lo prometo —ella puso los dedos en cruz, como cuando era niña.

—Buenas noches —le dejó un beso fugaz en la punta de la nariz.

—Buenas noches, Harry.

Cuando la puerta se cerró, él se extrañó de percibir nuevamente ese ronroneo en la voz de Mallory al pronunciar su nombre. Pero más tarde, mientras daba vueltas y vueltas, completamente desvelado, se preguntó por qué tenía aún la sensación de que ella no se lo había contado todo, como si retuviera secretos que todavía no estaba dispuesta a revelar.

Mal se incorporó con sobresalto y miró el reloj: las cinco de la mañana. Cerró los ojos, escuchando. Allí estaba otra vez: un ruido de agua corriente. Sonrió, recostada contra las alfombras, con la sábana apretada bajo el mentón. El detective se levantaba temprano.

Sacó las piernas de la cama y, después de ponerse una corta bata de algodón rosado, marchó descalza a la cocina. Se detuvo en el vano de la puerta para observarlo. Llevando solo un calzoncillo de color azul oscuro, delgado y duro el cuerpo, con el pelo erizado en simpáticas púas, él intentaba hacer funcionar la cafetera.

—Se diría que has dormido con el pelo puesto —comentó ella.

Harry se volvió a mirarla.

—Disculpa. No se me ocurrió traer un peine. Ni cepillo de dientes.

—Puedo proporcionarte ambas cosas.

—¡Qué eficiencia, a las cinco de la mañana! No quería despertarte.

—No importa. Por nada del mundo me hubiera perdido la ocasión de verte en calzoncillos.

Sonrió. El pasado había quedado atrás y se sentía nuevamente Mal Malone. Mejor aún: se sentía feliz, confiada. Le quitó el café para llenar el filtro.

—Si hubiera sabido habría comprado bollitos.

—Los habría comprado yo, si hubiera sabido.

Se miraron con una carcajada. Él le rodeó la cintura con los brazos.

—¿Sería esta la ocasión adecuada para pedirle una cita, señorita Malone? Pero una cita de verdad, esta vez. Sin vueltas.

Ella se reclinó hacia atrás, con un dedo contra los labios, pensativa.

—Creo que ya nos conocemos bastante bien. ¿Por qué no?

—¿En mi casa o en la tuya?

—Esta vez, en la tuya. Me toca a mí averiguar cómo vive la otra mitad.

—Será un placer mostrárselo, señorita Malone. Por desgracia, antes debo consultar mi plan de trabajo.

—Yo también.

—Bueno, te llamaré más tarde.

La cafetera eructó e hizo unos gorgoritos. Ella escapó de entre sus brazos para sacar tazones, leche y azúcar.

—Solo tengo leche desnatada —aclaró, mientras servía el café.

—Tomo café solo.

Mal lo miró a los ojos.

—A cada momento me entero de algo nuevo sobre ti.

—Cierto. —Harry se acercó más para tomar la taza. Ella percibió su olor a piel recién duchada, vio el vello que se le rizaba en el pecho. Era decididamente peligroso.

—Tienes la barba crecida —advirtió mientras se volvía para cortar con leche su café.

Harry pasó melancólicamente una mano por su mentón oscuro y erizado.

—¡Qué detalle revelador! —dijo—. ¿Qué pensará el portero?

Ella se echó a reír.

—Puede pensar lo que quiera.

—¿No tienes miedo de que venda la información a algún diario sensacionalista?

Mal se encogió de hombros.

—Soy una mujer moderna. Nadie supone que soy casta.

Él probó su café.

—Tengo que ir al hotel para retirar mis cosas y tomar el avión de las seis.

—Entonces será mejor que te des prisa.

—Cierto —pero se demoraba, bebiendo el café a sorbos—. Gracias por confiar en mí, anoche.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Vas a perder el avión —advirtió, por no recordar cuánto de su vida privada le había descubierto.

Harry volvió a su cuarto para vestirse rápidamente. Cuando salió, ella lo estaba esperando.

—Tengo la sensación de ser «el otro», el que se va subrepticamente al amanecer.

—Solo que, gracias a Dios, no hay marido.

—Me alegro. Me gusta que mis mujeres estén libres de estorbos.

—Por si la cosa se pone seria —bromeó ella.

—Por si acaso.

La rodeó con los brazos. Ella percibió la firmeza de su cuerpo y esa vaga esencia masculina. Se reclinó contra él, lamentando que fuera preciso que tomara ese avión. Y entonces Harry la besó.

El mismo beso largo y suave de la noche anterior.

La soltó para ir hacia el ascensor privado.

—Lara Havers te llamará —apuntó ella, celosa.

—Lástima grande que mi número no figure en el listín.

Mal sonrió. Se abrieron las puertas del ascensor.

—Te llamaré —dijo él.

Aún seguía sonriendo cuando las puertas se cerraron y él desapareció de su vista. Volvió al dormitorio, a prepararse para un día de mucho trabajo. Al echar un vistazo al cesto de violetas que había puesto en la mesa vio, junto a él, un ajado sobre de papel manila. Lo abrió, intrigada. Y se encontró con los ojos oscuros y amenazantes del asesino en serie.

—Oh, Harry —susurró, horrorizada—. Lo has hecho, al fin y al cabo. Maldito cretino, qué truco barato...

Capítulo 17

El vuelo a Boston se demoró por tormentas eléctricas y una lluvia torrencial, con fuertes vientos; el informativo de televisión dijo que se trataba de una tempestad tropical. Harry se quedó holgazaneando en el salón del aeropuerto, bebiendo el café que le servían gratuitamente y pensando en Mal Malone. Esa mujer seguía siendo un enigma, aunque ahora la entendía mejor. Lo que aún no comprendía, porque ella esquivaba el tema, era lo del retrato robot.

Se preguntó qué haría al encontrar la foto del asesino. Era de esperar que eso le activara la memoria. O si no, que al menos decidiera decirle por qué la imagen de ese hombre la afectaba tanto.

Por primera vez en su vida llegó tarde al trabajo. Ni siquiera tuvo tiempo para pasar por su casa y ver a *Squeeze*, a quien había dejado en las tiernas y amorosas manos de Myra, la paseadora de perros. Myra era un producto de los años sesenta: figura acogedora, desaliñado pelo cobrizo hasta la cintura, faldas largas, zapatos sin tacón y muchas cuentas. Parecía una versión humana del setter rojo que sacaba a caminar todos los días.

—Has elegido un mal momento para llegar tarde —le dijo Rossetti, al verlo entrar—. A las ocho el jefe llamó a reunión. Se irritó increíblemente al ver que no aparecías. Y descargó su ira conmigo. En resumidas cuentas, lo que dijo fue: «Si no se puede esperar que pesquéis a un simple infractor de tránsito, para qué hablar de un asesino».

Harry sonrió. El jefe conocía su hoja de servicios. En ella había crímenes sin resolver, por supuesto, pero su promedio era bueno; el hombre lo conocía como policía responsable y trabajador. Sabía también que él jamás dejaba escapar un caso de homicidio: lo roía como *Squeeze* a los huesos que desenterraba en el patio: cuidadosa y sistemáticamente, capa por capa. No iba a dejar que el asesino de Summer Young siguiera libre, si la cosa tenía remedio.

—¿Qué tal las vacaciones, Profe? —Rossetti inclinó la silla hacia atrás y se cruzó de brazos, con una gran sonrisa y una poblada ceja enarcada interrogativamente.

—Por perfectos que sean tus dientes, Rossetti, tienes la mente podrida. Un viaje de una noche no son unas vacaciones.

—En tu mundo, sí. Para que hayas viajado por ella ha de ser una mujer muy especial.

Harry lo miró a los ojos.

—Es especial, sí.

—¿La conocemos? —La silla iba y venía, mecida por el sonriente Rossetti.

—Tú no. Yo sí.

—Y así quedará, ¿no?

—Sí. —Harry se dedicó a revisar velozmente el montón de papeles que tenía en el escritorio.

—¿No será la Malone, por una remota casualidad?

Rossetti inclinó la silla en demasía y se produjo un estruendo. Al volverse hacia él, Harry lo encontró tendido en el suelo. Soltó una carcajada, en tanto su compañero se incorporaba, frotándose los codos.

—Las sillas ya no vienen como cuando yo era chico —rezongó.

—Los detectives tampoco. Después de fabricarte a ti rompieron el molde, Rossetti. En vez de sonsacarme informaciones sobre mi vida privada, ¿por qué no me dices cómo está la situación con el jefe?

Rossetti lo hizo con eficacia. De pronto estalló el infierno, pues alguien avisó que había un tiroteo en una tienda. Partieron en cuestión de segundos, sin tiempo de pensar siquiera en la señorita Malone.

Cuando la brigada de homicidios se detuvo ante la tienda, con un chirriar de frenos y haciendo sonar las sirenas, la policía de uniforme estaba acordonando el patio delantero. Un helicóptero de la policía rondaba arriba. Harry y Rossetti se aparearon de un brinco para inspeccionar el escenario.

La ambulancia de emergencias se detuvo tras ellos y los paramédicos pasaron a toda carrera, cargando el equipo. Atrás llegaron los periodistas del Herald y las cámaras de la televisión local, que en cuestión de minutos iniciaron la filmación. Mientras Rossetti hablaba con los agentes del patrullero, que habían sido los primeros en llegar, Harry se abrió paso entre el gentío hasta la entrada.

—¡Detective Jordan! —Era la periodista del canal—. ¿Cuántas víctimas hay, detective? ¿Qué se sabe del asesinato?

Él levantó una mano.

—Deme un respiro, Lucía, por favor —siguió andando—. Les explicaré todo en cuanto yo mismo lo sepa.

El cámara tomó un primer plano de Lucía con el micrófono.

—Acaba de producirse un tiroteo en una tienda local —comenzó ella, haciéndose cargo con aire competente—. Aún no conocemos con certeza el número de víctimas, pero se dice que puede haber más de una. Tampoco hay noticias sobre el delincuente, aunque esperamos recibirlas muy pronto. Solo sabemos con certeza que se trató de un asalto y que hubo varios disparos. Os mantendremos informados sobre el caso.

Dentro del local, Harry observaba a las víctimas. Una era un caso fatal, muy obviamente: le habían volado la parte superior de la cabeza. Los paramédicos estaban de cuclillas junto a la otra, un joven negro, metiéndole una aguja para transfusiones en el brazo. No había mucha sangre, solo varios agujeros redondos en el pecho; pero cuando lo levantaron para envolverlo en una manta antiimpacto se vio un charco de sangre bajo la espalda. En estado de inconsciencia, lo levantaron para tenderlo suavemente en una camilla.

—El otro tipo es todo suyo, Profe —dijo uno de los paramédicos, mientras se llevaban precipitadamente al más joven hacia la ambulancia.

Rossetti apareció junto a Harry.

—Profe —dijo, contemplando al muerto—, ¿nunca te arrepentiste de haber elegido esta profesión? Habrías debido seguir con la abogacía. Es limpia, bonita y sencilla. Y se gana más, por añadidura.

Luego llegó el médico policial, seguido del equipo forense, y se iniciaron los habituales procedimientos de todo homicidio. Afuera, en el patio delantero, la policía estaba interrogando a dos testigos oculares que habían visto salir corriendo al asesino. Dijeron que iba armado y que lo esperaba un coche en el que había partido inmediatamente. El joven herido trabajaba en la tienda; el muerto debía de ser un cliente.

—Él sí que estuvo en el peor lugar y en el peor momento —comentó Harry, amargamente, mientras el médico forense terminaba su examen. El equipo de laboratorio trazó una silueta de tiza alrededor de la víctima. Luego se puso el cadáver en una bolsa especial, cerrada con cremallera. Harry, entristecido, se dijo que el asesinato no deja nada a la persona: ni siquiera la dignidad normal de la muerte.

—Era un arma de asalto —dijo el forense, con vivacidad—. Una Uzi, probablemente. El laboratorio te dirá exactamente de qué modelo se trata.

Los policías tenían una descripción del vehículo en que se había efectuado la fuga: una furgoneta blanca. Harry irguió las orejas y se dedicó a interrogar atentamente a los dos testigos oculares. Uno era una mujer de edad madura, que estaba por entrar en la tienda cuando el hombre salió corriendo. Estaba pálida y con la respiración agitada, pero se las compuso para darles una buena descripción.

—Podría haberme tocado a mí —repetía, una y otra vez—. Dos minutos antes y me habría tocado a mí.

El otro testigo era un vagabundo que rondaba los cubos de basura, en busca de latas que cambiar por algunos centavos, hasta reunir lo suficiente para una botella de licor barato con que calmar sus penas. Como era temprano y aún no había podido comprar la bebida, describió lo visto con bastante coherencia.

—Una furgoneta blanca, marca Ford —dijo con firmeza—. Vieja y maltrecha. Medio herrumbrada. No deberían permitir que circulara ese tipo de vehículos, detectives. No, señor. Deberían sacar a esa basura de las calles.

—Tienes razón, amigo —aprovechando que nadie miraba, Harry le deslizó un par de dólares. Habría querido sacarlo a él de las calles; la furgoneta oxidada poco importaba.

Se emitió una orden general de captura de la furgoneta. Pero debía de ser robada y, de cualquier modo, el asesino la habría abandonado cuanto antes. Harry habría apostado sus botas a que el caso estaba relacionado con drogas. Y con ese supuesto accidente de tránsito, dos semanas atrás. Esa noche iría al Moonlighting para hacer algunas preguntas. Los chicos no eran confidentes de la policía, pero cuando se masacraba a uno de los suyos, alguien podía estar dispuesto a revelar lo que sabía.

Dejando que los del laboratorio continuaran con su tarea, él y Rossetti volvieron a la comisaría.

En el trayecto recibieron una segunda llamada radial: un homicidio en un viejo almacén de la avenida Atlantic. Hombre asiático decapitado. Harry supuso que sería otra cuestión de drogas, como casi siempre.

—Drogas, sexo y dinero —concordó Rossetti—. Escoge cualquiera de las tres cosas y tienes el motivo.

Resultó ser una jornada larga, difícil y penosa, del tipo de las que dejan recuerdos como llagas en la mente, si no en el alma, como la muerte de Summer Young.

El único alivio llegó mucho después, en la estación, cuando llamaron para informar los resultados de las pruebas de ADN efectuadas sobre el semen hallado en Summer Young. Coincidió con el de las otras dos víctimas. Decididamente se las veían con un asesino en serie. Harry, triunfante, pensó en el retrato robot. Seguramente, las redes televisivas nacionales ahora querrían colaborar transmitiéndolo. Y eso significaba que ya no dependía de la señorita Malone.

Hacia el anochecer, las nubes de tormenta se habían extendido a toda Nueva Inglaterra y sacudían la ciudad, iluminándola como fuegos artificiales... hasta que se cortó la electricidad en el centro y en algunos de los suburbios, provocando choques en cadena al patinar los coches en las autovías. La sala de emergencias del Hospital General era un caos; las ambulancias descargaban víctimas a toda velocidad y las alineaban en camillas de acero, donde esperaban atención médica.

Suzie Walker trabajaba sin pausa con las otras enfermeras, ayudando a estabilizar a los pacientes y haciendo todo lo necesario, mientras los médicos evaluaban rápidamente la gravedad de las heridas y enviaban los casos urgentes a cirugía de emergencia.

Hubo que recurrir a todo el personal; el jefe de ginecología estaba echando una mano, así como el doctor Waxman. Hasta el doctor Blake, que ya había salido hacia su casa, trabajaba junto a los demás, sin haber tenido tiempo siquiera de ponerse la bata blanca.

—Podrían tener el buen tino de conducir despacio —murmuró, mientras limpiaba cuidadosamente un largo tajo en la frente de una mujer—. Dios, qué insensatez, que la gente se mate así en las autopistas mojadas.

Inspeccionó con aire crítico a la paciente y su herida. La mujer tenía los ojos abiertos y en blanco. Respiraba lentamente y con un horrible ronquido.

—Fractura de cráneo, y de las graves —dijo él, con un suspiro. Y ordenó al enfermero—: Llévela cuanto antes al tomógrafo. Voy a avisar a los cirujanos.

Se volvió hacia la camilla siguiente, ocupada por un niño de unos seis años que lo miraba con sus ojos oscuros, espantados.

—Mami —susurró, siguiendo con la mirada la camilla que se alejaba.

El doctor Blake meneó la cabeza. Lo más probable era que ese niño se quedara sin madre antes de que amaneciera.

—No te preocupes, pequeño —lo tranquilizó Suzie—. El doctor ya curó a tu mamá. Ahora quiere saber si tú estás bien. Solo tienes que decirle dónde te duele.

Blake, suspirando, volvió a su trabajo. Ese tipo de escenas reforzaban su decisión de especializarse en patología forense. Los pacientes que llegaban hasta él ya eran un *fait accompli*. Los hijos ya sabían que la madre había muerto; a él solo le quedaba decirles cómo.

Rossetti cruzó la puerta y echó un vistazo al ambiente. Aquello parecía zona de guerra. Un choque múltiple de cuarenta vehículos, un camión de larga distancia volcado sobre dos coches e innumerables casos de gente aplastada por árboles caídos o coches que, al patinar, se habían estrellado contra una pared.

—Se diría que algunos ven la lluvia por primera vez —comentó a la acosada enfermera de la recepción, maravillado—. Comparado con esto, lo mío es pan comido. Hablo del tiroteo de la tienda.

La enfermera operó el ordenador para verificar sus registros.

—Sala de traumatología, como siempre.

—¿Vivirá?

Ella consultó otra vez.

—Le sacaron tres balas del pecho. Otras dos tenían orificio de salida. No, detective, no creo que salga de esta.

Rossetti meneó sobriamente la cabeza. El herido era un afroamericano de solo veinticinco años, con esposa y un hijo pequeño. El corazón se le llenó de amargura al pensar en su propia familia italiana, numerosa y vital. Su padre tenía una pizzería en el North End. Los establecimientos de comidas rápidas y comidas para llevar eran los más afectados por robos y actos de violencia, y eso no le gustaba nada. Lo afectaba demasiado de cerca.

Cruzó la sala de espera hacia la escalera del fondo. Ya no quedaban asientos desocupados, pues los frenéticos parientes acudían en tropel buscando a sus seres queridos, con caras pálidas y tensas, dilatados los ojos por el miedo.

Suzie Walker venía caminando hacia él, con la bata blanca manchada de sangre; estaba exhausta. Al pasar lo saludó con la cabeza, sin sonreír. Esa noche nadie bromeaba. Cuando abrió la puerta, Rossetti vio al doctor Blake, con ropa de calle, atendiendo a una criatura.

«Es una noche de esas —pensó, lúgubre—. Una de esas malditas noches que cualquier ciudad padece de tanto en tanto». Cuando volvió a bajar, media hora después, la sala de espera se había despejado como por milagro; nuevamente reinaba la paz.

—¿Ha pasado la tormenta? —preguntó a la enfermera de turno.

—Espero que sea el final —dijo ella—. Parte del personal no ha parado desde la mañana.

Rossetti echó un vistazo al reloj de la pared. Era medianoche pasada.

—Buena suerte —dijo al retirarse.

Pero a la víctima de la tienda se le había acabado la buena suerte; ahora él tenía que anunciar a la joven esposa que acababa de enviudar. La perspectiva no le entusiasmaba en absoluto.

Harry recibió su llamada al llegar a casa. La noticia no le sorprendió. Habría querido tener alguna palabra más fuerte que «cretino» para aplicar al homicida. Era un alivio que no le hubiese tocado a él informar a la viuda.

Después de abandonar el bolso con la muda de ropa en el suelo del vestíbulo, llevó al entusiasta *Squeeze* a dar un paseo entre los charcos alrededor de la manzana. No le importó, al volver, dejar la casa llena de huellas de barro. Se alegraba de estar vivo.

Pensando con pena que era demasiado tarde para llamar a Mal, decidió hacerlo a primera hora de la mañana. La imaginó dormida en su lujosa cama antigua, de estilo francés. Se desvistió con una sonrisa en la cara, se dio una larga ducha y se puso un par de pantalones de gimnasia, y una camiseta blanca. Echó una mirada llena de esperanzas dentro del frigorífico, Había un cartón de leche con la fecha vencida, una *pizza* de tres días atrás y un par de latas de cerveza.

Calentó un trozo de *pizza* en el microondas y lo llevó a la sala, junto con una lata de cerveza. Partió un trozo con *pepperoni* para dárselo al perro. Fue como dar cacahuetes a un elefante: desapareció como si nunca hubiera existido.

Dejando la cerveza sobre una mesita, encendió el televisor. El informativo no hablaba más que del frente de tormenta (ahora decían que era un huracán) y de los numerosos accidentes fatales que había provocado en la costa este. Harry, preocupado, se preguntó si a Mallory le habría pasado algo. Se reclinó en el cómodo sillón, con los ojos entrecerrados. En pocos minutos estaba dormido.

Squeeze se sentó a sus pies, con la cabeza inclinada a un lado, esperando. Vio que Harry no se movía, volvió entonces su atención a la *pizza* abandonada sobre la mesita. Cuando la tomó entre sus dientes tumbó la lata; la alfombra quedó llena de migas, queso fundido y cerveza.

Echó otro vistazo a Harry. Dormía profundamente. Con un suspiro satisfecho, *Squeeze* se tendió a su lado y apoyó la cabeza en sus pies desnudos, cerrando los ojos. La jornada había sido larga.

El Volvo gris estaba aparcado al final de la calle, medio escondido por las ramas bajas de un arce rojo.

Casi todas las noches aparcaba allí para esperarla. Debía conocer los movimientos de la mujer con la exactitud de un controlador de tránsito aéreo al registrar la llegada de un vuelo. Necesitaba conocer su rutina diaria y sus horarios, cuándo trabajaba por la noche y cuándo era más probable que se encontrara sola.

Ella era diferente de sus chicas anteriores porque, además de trabajar, llevaba una activa vida social. Él prefería las estudiantes, que eran más jóvenes, presas más

fáciles. Pero ahora ofrecían demasiado peligro. Se había dado la alerta y las universitarias estaban en guardia.

Naturalmente, ya sabía que ella vivía sola en una casita de una planta. De otro modo no habría servido. Era demasiado peligroso escalar hasta la ventana de un piso alto o entrar y salir de un edificio de apartamentos. Siempre había mucha gente por ahí y cualquiera podía verlo. Aun cuando él tuviera ese aspecto común y próspero, que parece fundirse con el telón de fondo de la vida cotidiana, era preciso tener cuidado.

Esa noche había estado allí, en la sala de emergencia, junto con otros cientos de personas de las que no se diferenciaba: solo otra cara nerviosa en la muchedumbre. Allí había visto a Suzie Walker, tensa y presurosa como todos los demás. Le fue fácil deslizarse detrás de su escritorio cuando ella debió alejarse un momento. Ya sabía que ella guardaba el bolso en el armario de abajo; en pocos segundos se apoderó de su llave.

Rio para sus adentros al pensarlo. Siendo tan hábil, habría podido hacer carrera como ladrón, robando joyas a las mujeres ricas. Pero ¿esa gente no trabajaba siempre en pisos altos? Como Cary Grant en *Para atrapar al ladrón*. No, él no habría servido para eso, después de todo; no soportaba bien la altura y era demasiado arriesgado. Podían pillarlo. La sola idea lo hizo sonreír otra vez. A esta altura era invencible y lo sabía.

Sacó un pañuelo de papel de la guantera para limpiar la ventanilla empañada. No podía encender el desempañador, pues para eso era preciso mantener el motor en marcha, y eso habría llamado la atención. En cambio bajó un poco el cristal, dejando entrar una ráfaga de aire frío y húmedo.

Unos faros parpadearon en medio de la lluvia; él tomó apresuradamente los binoculares para visión nocturna. Era el Neón azul eléctrico.

Suzie Walkier detuvo el coche en el patio de cemento que en otros tiempos había sido el jardín de esa modesta vivienda. Suspiró de alivio al apagar el motor. Era la una de la madrugada y ella había estado de guardia desde el mediodía. No se quejaba: la enfermería era su vocación y tenía que estar disponible en casos de emergencia. Pero estaba agotada, muerta. Solo quería arrojarse a la cama.

Se apeó del coche y echó llave a la portezuela. Luego revolvió su bolso en busca de las llaves de la casa. Las mantenía separadas de las del auto porque eran muchas y hacían demasiado bulo. Tenía una de la puerta principal, otra de la puerta trasera, la del casillero del gimnasio y la de su caja de seguridad, donde guardaba su único objeto de valor: un reloj de oro que le había regalado sus padres al cumplir los veintiún años.

Por lo común encontraba fácilmente las llaves, aun en la oscuridad, tantas como eran, pero esa noche tenía problemas. Con la frente arrugada, rebuscó en los rincones del bolso de cuero negro, revisando el fondo con los dedos. No estaban allí.

Echó una mirada nerviosa por encima del hombro. No había un alma a la vista.

Aparte de la lluvia que rebotaba en la acera no se oía ruido alguno. Verificó las casas vecinas; no había luces encendidas. Vaciló, sin saber qué hacer, preguntándose dónde habría perdido las llaves. El viento la sobresaltó cuando sacudió las ramas del viejo arce. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Miró otra vez hacia atrás, con la piel erizada al recordar el asesinato reciente. Una nunca sabía quién andaba por ahí, observando, esperando.

Con dedos trémulos, abrió la portezuela del auto para subir otra vez y aseguró las puertas. Entonces volvió a respirar. Se arrepentía de no haber hecho caso a su padre, que le aconsejaba comprar un teléfono celular para casos de emergencia. Encendió el motor para salir a la calle resbaladiza y se lanzó por ella, a demasiada velocidad, dejando atrás los autos aparcados.

Él la siguió con la mirada, sonriente. Luego dejó los binoculares y se puso la gabardina. Habría podido apresarla allí mismo, por supuesto. Estaba a punto para la cosecha, madura como una ciruela en el verano. Pero no era su manera de actuar. Para disfrutarla debidamente necesitaba saber más de ella.

Eso era lo que el público jamás entendería de él, pensó, mientras caminaba de prisa bajo la lluvia para cruzar el portón de Suzie. El placer no estaba solo en el acto final, sino también en la elaboración, los cuidadosos preparativos, su astucia para entrar en la casa de la chica, espiar su vida, ver sus cosas personales y observar esa barata alma femenina.

Sonrió de placer al introducir la llave en la cerradura, al entrar en la casa. Se detuvo en la oscuridad, alerta. No se oía ruido alguno. Sacó una diminuta linterna del bolsillo y la encendió con cautela. Los ojos de un gato centellearon en rojo un segundo, apuntados hacia él. Luego se oyó un suave correteo y el animal desapareció.

Se quitó la gabardina para ponerse los finos guantes de goma, perfectamente tranquilo. Se tomaría su tiempo para hacer un trabajo a fondo. Mañana a primera hora haría sacar una copia de las llaves. Luego volvería al hospital para dejarlas en el aparcamiento; alguien las encontraría y devolvería. Ella supondría que las había dejado caer por descuido. Y él podría entrar en su casa cuando quisiera. Hasta que decidiera que había llegado la hora de la mujer, por supuesto.

Capítulo 18

Esa misma mañana, cuando Harry se marchó a Boston, dejándole el retrato robot, Mallory fue al gimnasio para quemar toda la ira posible, buscando esforzadamente esas saludables endorfinas sedantes que, supuestamente, llenaban el cuerpo y la cabeza con una sensación de bienestar. No dio resultado. Cuando echó a andar hacia la oficina aún hervía de cólera y desencanto.

El aroma a café tostado demoró sus pasos. Vaciló. Luego, con un encogimiento de hombros, entró en la pequeña cafetería para pedir un panecillo de sésamo tostado, con queso de crema y salmón ahumado y un tazón de café. Mientras esperaba, tamborileando los dedos sobre el mostrador, pensó en lo estúpida que había sido al revelar a Harry sus recuerdos más íntimos, sus miedos más profundos.

Cuando le trajeron el panecillo lo devoró sin rastros de culpa y continuó su camino. A cada paso responsabilizaba a Harry por esa transgresión.

Durante todo el día su estado de ánimo fluctuó entre la ira y la tristeza. De las dos prefería la primera. Al menos era algo positivo, aunque difícil de digerir para ella, que recibía la peor parte.

—No es por ti —se disculpaba una y otra vez—. Tengo uno de esos días.

—La mañana después de la noche anterior —señaló Beth, agitando un dedo sapiente.

Mal se había puesto un jersey verde oscuro con falda y botas negras de tacón alto. Tenía buen aspecto, si se descartaban las ojeras y el lenguaje corporal lleno de tensión.

—¿A qué hora se fue?

—¿Quién? —preguntó Mal, con demasiada inocencia.

Beth se echó a reír.

—Nunca has actuado tan mal. Pero no importa; si no quieres decírmelo, no tienes obligación. Puedo esperar —ordenó los papeles del escritorio formando una pulcra pila—. Pero esto no puede, tesoro. Tenemos trabajo que hacer. Debo pedirte que te quites de la cabeza lo que pasó anoche... o lo que no pasó. ¿Estás lista para ocuparte de la grabación del martes?

Mal asintió con la cabeza, pero dijo, llena de envidia:

—Qué suerte has tenido con Rob. Os lleváis tan bien...

—¡Ja! No nos has visto en medio de una pelea. Por ejemplo, cuando volvemos del trabajo y en la casa no hay nada para comer, y yo estoy demasiado cansada para ir a un restaurante mediocre. Eso es lo que puede llevar un matrimonio al fracaso, créeme.

Mal rio a su pesar.

—Creo que me alegro de no haberos visto así.

—Haces bien. No es un espectáculo bonito. —Beth la miró con curiosidad, dándole unas palmaditas en la mano—. ¿Seguro que no quieres hablar de eso?

Mal sacudió la cabeza.

—Cuando Rob y yo nos fuimos, Harry aún estaba contigo —insistió la asistente—. Y fuimos casi los últimos en salir.

—Se quedó a pasar la noche —admitió Mal.

—¡Caramba! —Beth dilató los ojos—. ¿Tan mal te ha ido?

—Por supuesto que no. No sucedió nada. Es que no quería quedarme sola. Y no, no me fue mal. Me trajo violetas.

—Las vi. Como para llenar una florería.

—Él es de los que piensan en grande.

—Mejor así. ¿Y cuál ha sido la parte mala?

Mallory se encogió de hombros.

—No le intereso yo, Beth, sino lo que puedo hacer por él. Si llama, dile que he salido, que estoy demasiado ocupada o cualquier cosa así, ¿quieres?

—Oh, Mal, otórgale el beneficio de la duda. Un hombre que te compra semejante cesto de violetas no puede ser tan malo.

—¿Y si te deja el retrato de un asesino en serie junto a las violetas, para que lo veas cuando él se haya ido?

—¿Eso hizo? Pobre diablo. —Beth meneó la cabeza, comprensiva—. Se fue al otro extremo. Pero qué desperdicio... un hombre tan encantador...

Mal la fulminó con la mirada.

—Oh, por Dios. Con solo enseñarte a bailar salsa te tiene a sus pies, igual que a Lara y a las otras.

Beth se levantó con los papeles en la mano.

—Considerando que no quieres volver a verlo, me parece que, protestas demasiado. ¿No hay un poco de celos en todo esto?

Y salió dando un portazo.

Mal pasó el resto del día con los nervios de punta. A las seis se pintó los labios, se puso la chaqueta y salió a la oficina exterior. Se detuvo frente al escritorio de Beth, quien no había vuelto a mencionar a Harry.

—¿Ha habido algún mensaje, antes de que me vaya? —dijo, con demasiada indiferencia.

—Él no llamó, si a eso te refieres.

—Mejor así —pero no era cierto.

—Todavía te tiene mal, ¿no? —observó su asistente, astuta—. Sería mejor que atendieras esa llamada, después de todo.

—¿Qué llamada? ¡No puedo confiar en él ni siquiera para eso!

Beth la miró con curiosidad.

—En quien no puedes confiar es en ti misma, me parece. ¿Qué te pasa, Mal? De veras.

Mal balanceó nerviosamente el pequeño bolso negro.

—Lo de anoche fue tan... tan bonito... Se portó tan bien, como un amigo... Y

esta mañana, al irse él, encuentro el retrato robot. Ni siquiera lo mencionó; no dijo que vendría para hablar otra vez de eso. Simplemente lo dejó allí para que yo lo encontrara. Cuando él ya no estuviera.

—¿Y qué tiene de malo hablar de ese retrato robot? Ha sido un homicidio terrible, al fin y al cabo. Si hay un asesino en serie suelto por ahí, tal vez deberías tratar de ayudarlo.

—Pero ese retrato no sirve.

Beth frunció el entrecejo, desconcertada.

—Dime, Mal, ¿cómo sabes que no sirve?

—Yo... bueno, no lo sé. —Mal se dejó caer en una silla, apoyó los codos en el escritorio y escondió la cara en los brazos—. Por supuesto que no sé si hay fidelidad en ese retrato. Es que... bueno, algo en él me inquieta. La expresión de sus ojos. Es demasiado escalofriante, siniestra —se estremeció—. No sé si estoy preparada para ocuparme de un asesino en serie, Beth.

—Eso lo entiendo, pero ¿por qué diablos no se lo dices directamente a Harry? Estoy segura de que él también lo entenderá.

Mal lo dudaba.

—Harry Jordan ante todo es policía y hombre solo en segundo lugar. Creo que su único propósito es atrapar al asesino.

Como suponía que Harry la llamaría al anochecer, Mal hizo lo necesario para no estar en su casa. Salió a visitar a unos amigos: un locutor de informativo, su esposa y el bebé recién nacido. Llevó flores y un enorme tigre de felpa. Se dedicó de lleno al bebé, que era adorable, con un mechón de pelo oscuro y ojos negros como botones. Mientras cenaban bebieron una botella de buen vino, comentando lo difícil que era el camino de la fama y la fortuna en el mundo de la televisión.

—Pero a veces pienso que esos primeros años fueron los más divertidos —reconoció Josh, reflexivo.

—Solo en el recuerdo —señaló Jane—. Nos divertíamos, es cierto, pero ¿no es mejor cuando por fin llegas? Tú debes saberlo, Mal, con el éxito que tienes.

—Escarlar no era divertido —aseguró ella, vehemente—. Por el contrario: era un infierno —luego rio, azorada—. Ya se sabe cómo son las cosas para las mujeres: discriminación, acoso...

—Por mi parte, me alegro de tener todo esto —dijo Jane, bostezando por la falta de sueño y por las exigencias del nuevo estilo de vida—. Todo es un proceso de aprendizaje, pero te aseguro, Mal, que esto es lo mejor de todo.

Más tarde, cuando se marchó, Mal llevó consigo el recuerdo de la velada. Era un trocito de realidad en su mundo irreal.

Una mujer madre, un bebé que necesita atención, el calor animal de la relación de pareja. El apartamento, antes decorado con elegancia minimalista, se había convertido en un verdadero hogar, tan sólido como una casa suburbana. En comparación, la ajetreada vida de Mal parecía vacua. Envidiaba ese hijo y esa

felicidad.

Ya en su casa revisó los mensajes. Tenía varios en el correo electrónico, todos profesionales, pero no había ningún parpadeo cordial en la luz roja del contestador automático. Harry ni siquiera había llamado.

El retrato seguía en la mesa, donde ella lo había dejado. Lo recogió para estudiar nuevamente aquella cara. Luego, estremecida, lo rompió en mil trozos que arrojó al fuego. Los trozos de papel se convirtieron en un humo negro, poniendo fin para siempre a algo que nunca había comenzado.

Se dio una ducha, se puso una camiseta y un pantalón corto rosado, se cepilló el pelo, se puso crema en la cara. El informativo de la televisión parpadeaba detrás, detallando los horrores cotidianos, pero ella no le prestaba atención.

De pronto el locutor dijo: «El municipio de Boston está buscando un asesino en serie. El ADN del semen encontrado en los cadáveres de tres víctimas ha resultado coincidente».

La fotografía de una bonita joven llenó la pantalla.

«La última víctima, Summer Young, tenía veintiún años; era la mejor alumna en su escuela secundaria, en Filadelfia, y estudiaba medicina en la Universidad de Boston. Al igual que Mary Jane Latimer y Rachel Kleinfeld, fue raptada y violada. Luego fue abandonada en una playa solitaria, dándola por muerta.

»La policía de Boston ha elaborado un retrato robot del sospechoso. Las autoridades piden que quien conozca a este hombre o pueda haberlo visto, se ponga en contacto con las mismas en el número telefónico que mostramos en pantalla. Todas las llamadas serán tratadas con la más absoluta confidencialidad».

De pronto la pantalla se llenó con el retrato realizado por la policía, mientras el locutor detallaba su estatura y su peso aproximados y el vehículo que conducía.

«Este es el rostro del sospechoso de haber asesinado a Summer Young, Mary Jane Latimer y Rachel Kleinfeld —concluyó—. Repetimos: quien pueda ayudar a localizarlo debe llamar inmediatamente a la policía de Boston».

Mal comprendió entonces por qué el detective Harry Jordan no había vuelto a llamarla. Su retrato del asesino estaba ya en las redes nacionales. No la necesitaba más.

Capítulo 19

A las siete de la mañana siguiente, Harry cruzó la plaza Louisburg, llevando la bicicleta a pulso. *Squeeze* trotaba a su lado, jadeante. Habían recorrido doce kilómetros, hasta el zoológico. A él le habría gustado seguir un poco más aún, pero no tenía tiempo, como de costumbre.

Dejó la bicicleta en el vestíbulo, y llenó un cuenco de agua para el perro, que lo bebió ruidosamente. Luego tomó el teléfono para llamar a Mal. No veía la hora de decirle que las redes nacionales se habían ocupado del caso. Pero atendió el contestador. Él frunció el entrecejo, desencantado.

—Soy yo —dijo de prisa—. Te llamo más tarde.

Luego se duchó, pasó una afeitadora eléctrica por su barba crecida, se vistió de prisa y llamó a *Squeeze* con un silbido. Estaba ya en el umbral cuando se acordó. Volvió rápidamente al baño para pasarse un peine por el pelo y segundos después estaba otra vez en la calle.

En Ruby se mezclaba la nicotina de la noche anterior con la correspondiente cuota de esa mañana. Tomó asiento en la barra y pidió café, dos huevos, jamón y patatas fritas a la francesa y un panecillo tostado. Se preguntó exactamente cuánto humo de segunda mano inhalaba cada día al desayunar. Y durante las meriendas ocasionales, la cerveza a la salida del trabajo y, en algunas oportunidades, también la cena. Luego se dijo que eso no venía al caso, pues no estaba dispuesto a renunciar a Ruby. No recordaba haber comido en todo el día anterior; estaba famélico.

Esa mañana Doris no estaba de turno, así que el perro se quedó sin su bocadillo. Escurriéndose entre el taburete y la barra, se echó para esperar.

Harry bebió el café a grandes tragos y pidió otro. Luego fue al teléfono público instalado cerca de la entrada. Quería hablar con Mal, pero otra vez atendió el contestador automático.

Sonrió; la voz de Mal sonaba como si se muriera por un llamado: «Déjame un mensaje, por favor, aunque sea pequeñito». Era terriblemente insegura, aunque nadie pudiera creerlo. Era un secreto bien guardado, que había compartido con él y solo con él.

—Son las siete y media, madrugadora —dijo—. Parece que te has escapado. Espero que hayas sobrevivido al minihuracán de ayer. Te llamaré más tarde a la oficina.

Mientras devoraba los huevos con patatas fritas se dijo que, si ella se decidía a revelarle el resto de sus secretos, tal vez fuera una mujer más feliz. Y él, por cierto, sería un hombre más dichoso.

Durante ese día llamó varias veces, siempre dejando mensajes. No pudo comunicarse con ella en la oficina; le dijeron que había salido. Y no, no sabían dónde encontrarla. Al anochecer volvió a atender el contestador.

—Escucha —dijo, exasperado—, eres demasiado difícil de encontrar. Ya no me

quedan monedas para el teléfono público. Quería preguntarte por esa cita, ¿te acuerdas? La que teníamos pendiente. Sé que esto puede parecerte repentino, pero el viernes es el cumpleaños de mi madre y habrá fiesta. Tengo que ir, por supuesto, y me gustaría que me acompañaras. Es un poco prematuro para presentarte toda la familia, pero ya que conoces a mi perro, bien puedes ver al resto. Así lo sabrás todo sobre mí.

»Se me ocurrió que después podría llevarte a un pequeño club que conozco y a uno o dos lugares más. Y al día siguiente, si quieres, viajaremos a las montañas de Vermont. Allí tengo una cabaña. Podríamos hacer una buena caminata y quedarnos a pasar la noche. Sin compromisos. De veras —añadió con una sonrisa—. Llámeme, señorita Malone, por favor. Esta noche, después de las nueve, estaré en casa. Con un poco de suerte.

»A propósito, ¿viste el retrato robot en la cadena nacional? El cretino es un asesino en serie, ahora ya lo sabemos.

Ese día Harry recibió más noticias del laboratorio. El jersey era de marca escocesa, Pringle, y había sido vendido en Boston por Neiman-Marcus. Era una prenda negra de cuello alto, que costaba trescientos sesenta y cinco dólares. El artículo se había vendido bien; no fue necesario ofrecerla en rebajas. Por desgracia, hacía un par de años que la tienda no la reponía y no tenían registros de los posibles compradores.

—Decididamente, nuestro hombre tiene un buen pasar, Rossetti —comentó Harry esa noche, mientras tomaban una cerveza en el bar de la calle Charles.

En realidad, el que bebía cerveza era él. Rossetti había pedido un martini de vodka: batido y con una cebolla en vez de una oliva. Harry le echó una mirada de soslayo.

—¿Esta noche te sientes James Bond o algo así, Rossetti?

—Estás atrasado, Profe. En la actualidad la gente bien bebe martini. A las mujeres les gusta, ¿sabes? Dicen que tiene encanto.

—¿Y qué fue de la copa de vino blanco?

Su compañero se echó a reír.

—A eso me refiero. Estás atrasado. Ni siquiera llegaste a los margaritas. ¿Qué vas a ofrecerle a Malone si ella te acepta esa cita?

—Champán —dijo él—. Nos gusta a los dos.

Se preguntó si ella lo habría llamado y si estaban condenados a no comunicarse jamás. Él quería ir a casa temprano para acostarse, pero Rossetti estaba empeñado en presentarle a su nueva novia.

—Mi nueva mujer —especificó—. Y aquí está.

Después de enderezar el nudo de su corbata de seda amarilla, se alisó el pelo con las manos. La mujer que avanzaba hacia la barra era menuda, morena, muy joven y muy bonita. Rossetti la tomó posesivamente de la mano, depositó un beso en su boca y luego le pasó un brazo sobre los hombros para llevarla hacia adelante.

—Vanessa —dijo, con orgullo—, quiero presentarte a mi compañero de la policía.

Se llama Harry; generalmente viene con un amigo inseparable al que conocemos por el nombre de *Squeeze*, pero aquí no se permiten perros. Además, *Squeeze* es demasiado fino para este tugurio.

Ella rio.

—¿Y yo?

—Tú eres demasiado fina para cualquier lugar que no sea el paraíso —respondió él, mirándola a los ojos con admiración.

—Encantada de conocerlo, Harry —dijo ella, ofreciéndole la mano—. Lamento lo de *Squeeze*.

Harry la encontró tan simpática como bonita.

—Vida de perros, sí —confirmó, tomándole la mano para acercarle los labios.

Rossetti emitió un silbido estupefacto.

—Eh, eh, el amante latino soy yo, ¿de acuerdo? Bueno, Vanessa, ¿qué quieres beber?

—Agua mineral con lima, por favor.

Rossetti enarcó una ceja, echando una mirada interrogante al martini. Ella aclaró:

—No estaría bien que sorprendieran a un policía haciendo beber alcohol a una menor.

Él se dio una palmada en la frente.

—¡Lo había olvidado! Mejor dicho, no lo sabía. ¿Cuánto hace que salimos?

—Dos semanas.

—¿Y qué edad tienes, exactamente?

—Cumpló veintiuno el mes próximo.

—Estupendo —dijo Rossetti, aliviado—. Daremos una fiesta. Y puedes invitar a Harry. No le vendría mal un poco de vida social.

Ella evaluó a Harry con una mirada.

—Me parece perfectamente capaz de llevar una vida social por su cuenta. Pero si hay fiesta, está invitado, por supuesto.

Harry terminó su cerveza.

—Gracias por la confianza, Vanessa. Bueno, los dejo para que discutan los detalles de la fiesta. Ha sido un gusto conocerte.

Les dio las buenas noches y echó a andar calle abajo, hacia donde había aparcado el Jaguar; ya veía a *Squeeze* asomando el hocico esperanzado por la ventanilla. Mientras lo llevaba a dar una rápida vuelta a la manzana vio el Volvo gris oscuro y reconoció de inmediato el número de licencia que había apuntado mentalmente en el aparcamiento del hospital. «Qué pequeño es Boston —pensó, mientras tomaba nota del restaurante frente al cual se encontraba—. En cualquier esquina te encuentras con un conocido».

Se detuvo en Au Bon Pain para comprar un bocadillo de pavo y queso suizo, recordando el que Mal había preparado aquella noche. Luego volvió velozmente a su casa para revisar el contestador automático. Estaba parpadeando. Oprimió con

impaciencia el botón.

Sonrió cuando oyó la voz de Mal.

—Gracias por la invitación, detective —dijo, en un tono tan cortante como la escarcha en el cristal de una ventana—. Por desgracia, este fin de semana pienso estar sumamente ocupada. Una cosa más: el retrato que usted dejó en mi casa... ¿quería que apareciera en mi programa? Supongo que la cuestión ya no viene al caso, puesto que ha logrado cubrir todas las redes nacionales. Buen trabajo, detective. Eso demuestra que nunca está de más cubrir todos los frentes.

Él lanzó un gemido.

—Ay, Harry, mira lo que has hecho.

Volvió a escuchar el mensaje para asegurarse de haber oído bien. Sonaba aún más cortante que la primera vez.

Entonces marchó sobriamente a la cocina para servirse una liberal medida de *whisky*. Se paseó de un lado a otro, echándose un trago de vez en cuando, mientras se preguntaba cómo iba a salir de esa.

—¿Qué diablos le pasa, *Squeeze*? —preguntó.

El perro lo miró, ansiosos los ojos azules.

—Está chiflada —resolvió él, recorriendo otra vez el perímetro de la cocina—. Majareta. Primero le pido ayuda y ella me rechaza sin explicaciones. Luego le pido una cita y actúa como si yo fuese un advenedizo impertinente, solo por haber mencionado que me gustaría salir con ella.

Ardiendo de ira, tomó el teléfono para llamar al número particular de Mal.

—¿Hola? —dijo ella.

Después de pasar dos días en comunicación con el contestador automático, aquello lo dejó mudo de asombro.

—¿Hola?

—¿Qué diablos querías decir con ese mensaje? —aulló Harry—. Así que, por desgracia, este fin de semana piensas estar sumamente ocupada. ¿Qué significa eso, señorita Gran Estrella? ¿Qué estás enfadada conmigo porque te dejé el retrato? Y en ese caso, ¿por qué no me lo dices directamente?

—¡Te lo estoy diciendo! —respondió con el mismo tono ella—. ¡En este mismo instante!

—¿Por qué no me dices qué pasa con ese condenado retrato? Desahógate, mujer.

Ella apretó el auricular con fuerza al responder entre dientes:

—No pasa nada. Y en todo caso, no es asunto tuyo.

Harry seguía paseándose, con el teléfono pegado a la oreja.

—Conque todo este follón es por nada, ¿eh? Bueno, ya estoy harto de tus nadas, Malone. Te pedí una cita y aceptaste. Te llamé... un poco tarde, lo admito, porque las circunstancias estaban contra mí, pero te llamé. Y te invité a pasar el fin de semana juntos. ¿Vendrás o no?

Mal estaba en su sillón favorito, frente al fuego. Miró el otro extremo de la mesa

de café, el que Harry había ocupado la otra noche, y recordó lo agradable que había sido aquello.

—Sí —dijo, en voz baja.

—¿Sí qué? —Harry se pasó la mano por el pelo, ceñudo. No entendía si ella aceptaba o no su invitación.

—Sí, Harry, por favor.

Apartando el auricular, lo miró con fijeza. Luego, a *Squeeze*. No podía creer lo que estaba oyendo. «Está como una cabra decía yo», pensó. Luego le dijo:

—¿De veras? ¿Vendrás el viernes?

—Me gustaría ir, Harry —dijo ella, con voz débil—. Sé que debes creerme loca, pero había algo en ese retrato, en el hecho de que fuera un asesino en serie. No podía hacerlo. De cualquier modo, ya no me necesitas para eso.

—¿Eso es lo que pensaste? ¿Que te estaba utilizando?

—¿Y no es cierto?

—En un principio, tal vez. Pero después no. Ya no.

—Te creo —dijo Mal, sinceramente.

Harry dejó de pasearse y se desplomó sobre el sillón. *Squeeze* se echó a su lado, agradecido. La voz de Jordan sonaba otra vez sonriente.

—¿Por qué nos lo pasamos riñendo, Malone?

—Por tu culpa. Me irritas.

—Qué curioso, yo pensaba que era culpa tuya.

Mal se recostó en el sillón; la tensión empezaba a aflojar en la espalda y en el cuello.

—¿No crees que nos pasaremos el fin de semana peleando?

—Si puedo evitarlo, no. ¿Estás de acuerdo con el itinerario?

Ella lo pensó un minuto.

—¿Fiesta, clubes nocturnos, una casa en las montañas? Tal vez sea el fin de semana más movido que haya pasado en mucho tiempo —recogió las piernas desnudas bajo el cuerpo, acurrucándose en el sillón.

—Bueno, no nos hagamos demasiadas ilusiones. Las fiestas de mi madre son muy formales; vienen todos los viejos estirados de Nueva Inglaterra. Y los clubes nocturnos no son exactamente de buen tono; más bien, tugurios pintorescos. Y la casa de las montañas es solo una cabaña de troncos. Te conviene traer pijamas abrigados y botas para caminar.

—Lo tendré en cuenta.

Harry vaciló, sin saber cómo expresarlo. No quería que Mal se sintiera obligada a nada solo porque iban a pasar el fin de semana juntos. Aún había en ella un elemento desconocido que él no comprendía. Y no quería asustarla.

—Cuando dije «sin compromisos», Mal, lo dije en serio. Solo un fin de semana entre amigos.

—De acuerdo —pero era evidente que se estaba riendo—. A propósito, ¿a qué

hora es la fiesta?

—A las ocho; cenaremos a las ocho y media. Y como dijo mi madre, eso significa a las ocho en punto, para cenar a las ocho y media en punto. Ella es muy puntual.

—Una mujer de las que me gustan.

—De las que me gustan a mí también, supongo, aunque no por la puntualidad.

—Estaré en el Ritz-Carlton. Nos veremos en el bar. Dime solo a qué hora.

Cualquier idea loca de que ella quisiera compartir su cama desapareció de inmediato. Harry dijo, con un poco de pena:

—A las siete.

—Harry...

A su voz había vuelto el ronroneo. Él sonrió de oreja a oreja.

—¿Sí, Malone?

—No podré esperar.

Mal cortó, sonriente. Se había quitado un peso de encima. No era lo que ella había pensado hacer. En realidad, estaba muy decidida a no atender el teléfono. Pero de algún modo su mano se había estirado sola, sin que ella tuviera nada que ver. Y con unos cuantos gritos se había desahogado, por suerte.

Rio al recordar. Era famosa por su autodominio, pero Harry Jordan tenía la facultad de hacérselo perder. Era cierto: no podría esperar la hora de saber qué encerraba ese fin de semana.

Capítulo 20

Miffy Jordan no era una mujer de aspecto común, mucho menos la figura materna habitual. Era alta, de piernas largas y cuerpo elegante; su silueta apenas había cambiado desde que, siendo una atlética joven de veintiún años, se había casado con el padre de Harry. Se mantenía en forma sin esfuerzo, haciendo las cosas que había hecho siempre: navegar, jugar tenis, dar largos paseos a pie y arreglar el jardín.

—Soy una mujer que necesita poco mantenimiento —decía a sus amigas, enérgica, cuando ellas preguntaban con envidia cómo se las arreglaba—. Mi madre y mi abuela eran iguales. Las Peascott lo llevamos en los genes.

Los genes de los Peascott se remontaban varias generaciones atrás, hasta los pobladores originales de Boston, aunque eso no era algo de lo que ella acostumbrara jactarse. Así era, simplemente. Pero todas las mañanas, al mirarse en el espejo, Miffy agradecía a Dios haber heredado los buenos huesos de los Peascott.

Iba a cumplir sesenta y cinco años, pero no tenía necesidad de operaciones estéticas. Navegaba a vela desde que era niña (se lo había enseñado su padre) y esas patas de gallo, causadas por entornar los ojos contra el sol y el viento, eran sus recuerdos personales de una vida feliz. Además, sus pómulos aún sostenían bien la ligera carga de carne suave.

Su pelo abundante, que había sido rubio, ahora era de ese tono tan natural de platino apagado que las mujeres logran en la peluquería gastando fortunas. Lo usaba cortado bajo las orejas, en un suave peinado tipo paje.

Vestía con elegancia conservadora: «ropas respetables», decía ella, adquiridas en tiendas de altos precios, cuyo personal la conocía bien y conocía sus preferencias. Sus joyas de todos los días eran una sarta de enormes perlas cremosas, con pendientes haciendo juego, una alianza de diamante y un reloj de oro Cartier que su esposo le había regalado treinta años atrás.

En verdad, pese a su aspecto estirado, Miffy Jordan era tan poco convencional como su hijo. Recorría el mundo sola, escalando el Himalaya, conduciendo un camión de cuatro toneladas por el Sahara, donde se había perdido irremediablemente, piloteando Ferraris en Montecarlo; había pasado un mes en un retiro budista de Vietnam y navegado a remo todo el Amazonas, desde Brasil a Colombia. Había escapado por un pelo de morir con unos dardos envenenados y con una bomba destinada a cierto miembro del cartel de Bogotá.

—No soy de las que se pasan la vida probándose sombreros. No puedo malgastar mis días jugando al *bridge* y bebiendo té —dijo a Harry, cuando él le sugirió que se tomara las cosas con más calma, puesto que ya tenía sus años—. No nací para morir en la cama. Un Peascott, jamás.

Recordando la historia de la familia, llena de capitanes balleneros, exploradores y marinos, además de banqueros y pilares de la sociedad, Harry se dijo que probablemente decía la verdad.

—Como quieras —aceptó—. Pero ten cuidado, por Dios.

Ella lo recorrió con una mordaz mirada de sus ojos grises, tan parecidos a los de su hijo.

—Tenme algún respeto, Harry, por favor. He llegado a esta edad sin demasiados problemas. Y corro más peligro de ser atropellada en cualquier calle de Boston que en medio del Sahara.

Aun así tenía sesenta y cinco años; las amigas de su edad llevaban mucho tiempo rodeadas de nueras y bebés. Ella quería que Harry volviera a casarse y le diera nietos.

Se había encariñado con su primera esposa, aunque no era exactamente la chica que ella habría escogido para él. Pero Harry era un muchacho independiente. Por lo tanto, fue una agradable sorpresa que la llamara para decirle que llevaría a una amiga a su fiesta de cumpleaños.

—¿La conozco? —preguntó, aún esperanzada en que fuera la encantadora hija de su amiga, esa con la que Harry había salido unas cuantas veces antes de que el trabajo se interpusiera, como siempre.

—Puede ser, aunque no personalmente —fue la críptica respuesta.

Inmediatamente ella se puso a pensar en las hijas de todos sus conocidos. Por eso, mientras se vestía para la fiesta, esperaba algo más que apagar las velas, reunir a viejos amigos bajo su techo y abrir los regalos.

El cumpleaños se celebraría en la casa de fin de semana, a una hora de la ciudad. Era una vieja y amplia mansión, hogar de los Jordan, no de los Peascott, y le traía recuerdos de su esposo. Como todos los años, lamentó no poder celebrar con Harald. Pero cuando se casaron (él, ya cuarentón; ella, con veintiún años recién cumplidos) ambos sabían que no llegarían juntos a la vejez. Aun así había valido la pena, por el amor y la satisfacción que disfrutó durante su matrimonio. Harald estaría allí en espíritu para desearle un feliz cumpleaños.

La casa era de madera y a principios del siglo pasado, había sido granja. Con el correr de las décadas se le fueron agregando alas y buhardillas, hasta que se convirtió en una madriguera de cuartos asimétricos, con extrañas escaleras que a veces terminaban en una simple ventana, pero también con una generosa cantidad de dormitorios cómodos y cuartos de baño bien instalados. Coronaba lo más alto de una pequeña lomada, cuyas pasturas en pendiente estaban salpicadas de caballos y ovejas. El largo «porche del atardecer» daba a un arroyuelo torrentoso donde los pequeños visitantes solían sentarse, con una caña de pescar en miniatura, esperanzados en pescar alguna trucha.

De todas sus casas (Miffy tenía tres, incluida la vieja mansión Peascott de la calle Mount Vernon y una residencia marítima en cabo Cod), la granja Jordan era su favorita.

En el prado trasero se había montado una tienda enorme de taffeta amarilla. Las mesas redondas tenían manteles al tono, decoradas con hiedra verde oscuro y rosas bien abiertas, candelabros de plata y cubiertos sencillos pero elegantes. Había hecho

poner la cristalería Lenox y los platos de Henredon, aunque el servicio contratado le había advertido que se romperían unas cuantas piezas.

—Que se rompan —dijo ella, con tanta despreocupación como su hijo por la alfombra antigua—. Son solo platos. Fueron hechos para que los disfrutemos. Solo pido que se ponga personal suficiente para lavar a mano lo que sobreviva.

Su equipo escogido de cocineros, camareros y mayordomos trajinaba en la cocina y en la carpa. El champán de reserva se enfriaba en los viejos cubos de madera del ordeño. Todas las habitaciones de la casa estaban ocupadas por los invitados. Y había más en camino, en autocares que ella había contratado para la ocasión.

En el salón principal ensayaba un cuarteto de cuerdas, mientras se disponían los canapés en bandejas de plata. Para bailar más tarde había una banda, que tocaría las melodías nostálgicas a las que Miffy era tan afecta. Aquella prometía ser una gran velada; ella apenas podía esperar.

Ahora solo le faltaba ponerse el modelo de Valentino verde mar que había comprado en Roma un par de meses antes, cuando volvía de Turquía. Luego, a esperar hasta ver exactamente con quién venía Harry para sorprenderla.

Harry llegó al bar del Ritz exactamente diez minutos antes de las siete. Se instaló en una mesa del rincón, desde donde pudiera ver la puerta, recordando la noche en que había hecho lo mismo en Ruby; Mal había surgido en medio de la lluvia, con el aspecto de una flor tropical entre un puñado de hierbas duras. Se enderezó la corbata de lazo y se pasó las manos por el pelo, todavía mojado por la ducha, preguntándose vagamente si se habría peinado. Al menos, estaba seguro de haberse afeitado.

Pensando en Rossetti, llamó al camarero para pedirle dos martinis de vodka, pero con olivas (no con cebollas, como lo prefería su amigo); tampoco pidió que lo batieran. El camarero trajo las bebidas a la mesa, junto con un plato de nueces y rosquillas.

Al levantar la vista, Harry vio a Mal de pie en el vano de la puerta, buscándolo con la mirada.

Llevaba un vestido largo, de color gris topo, de una tela casi transparente, con un gran escote en V y remolinos de diminutas cuentas doradas. Se adhería a las partes adecuadas como si lo hubieran diseñado especialmente para exhibir la elegancia de su cuerpo. Lo sostenían dos tirantes casi invisibles. Harry supuso que le habría costado una fortuna.

Cruzó el salón a grandes pasos y, tomándola de la mano, le dedicó una pequeña reverencia.

—Estás sensacional —dijo, deslumbrado—. ¿Qué llevas debajo de un vestido así?

Ella lo miró de soslayo, sonriendo.

—No te atrevas a preguntarlo —dijo, mientras iban hacia la mesa.

En la parte trasera el vestido era aún más escotado; cuando ella caminaba se deslizaba suavemente sobre su hermoso trasero, como crema sobre melocotones.

Harry aspiró hondo y tomó asiento, peinándose con los dedos. Ella lo miró con severidad.

—No debes hacer eso. Ahora parece que no te hubieras peinado —luego se echó a reír—. Ahora que lo pienso, nunca te he visto peinado.

Lo miró de arriba abajo, pensativa. Estaba apuesto y parecía totalmente a gusto con ese esmoquin de buen corte. En verdad parecía una publicidad de Ralph Lauren, de las que aceleran el corazón a las mujeres.

—Estaba convencida de que habías nacido con tejanos y una cazadora negra. Me alegro de ver que no es así.

—Estoy elegante, ¿no? —Él se acomodó las solapas de satén, con una gran sonrisa confiada—. A propósito, he pedido unas bebidas.

Al ver que ella observaba los dos martinis con las cejas en alto, añadió:

—Una fuente digna de crédito me ha informado que, en la actualidad, el martini es la bebida predilecta, que las mujeres la encuentran encantadora.

Ella lo probó con cautela.

—Nunca lo he probado.

—Yo ni siquiera llegué a los margaritas.

Se miraron a los ojos, riendo.

—¿No preferirías una cerveza? —preguntó ella.

Harry sacudió la cabeza.

—Decididamente, la ocasión requiere champán. Tal como dijo Doris la primera vez que nos vimos, a ti te corresponde el champán. Solo pedí los martinis para que veas que estoy muy al corriente de lo que se estila en cuanto a bebidas y citas.

—¿Esto es una cita de verdad?

—No sé qué otra cosa puede ser.

—En ese caso, tengo intención de divertirme.

—De acuerdo. Yo también. —Harry le tomó la mano y los dos se miraron sonriendo con alegría—. Hace cinco minutos que estamos juntos y todavía no nos hemos insultado una sola vez.

—Ha de ser una especie de récord.

Él asintió.

—¿No beberás eso?

Ella sacudió la cabeza.

—Me reservo para lo bueno.

—Muy prudente. —Harry pidió la cuenta por señas—. Debemos irnos.

Ella puso cara de sorpresa.

—¿No habías dicho que era a las ocho?

—Olvidé aclararte que la fiesta es fuera de la ciudad. Mamá siempre festeja su cumpleaños en la granja.

Ella miró su vestido con horror, imaginando una barbacoa en pleno campo.

—¡Pero no estoy vestida como para ir a una granja!

—No te preocupes. Allí te prestarán un mono de mecánico y unas botas de goma.

Harry pagó la cuenta y la guio de prisa a través del vestíbulo. Ella se detuvo en el escritorio de recepción para recoger un paquete envuelto en papel dorado.

—Mi regalo de cumpleaños —explicó, ante la mirada interrogante de su compañero.

Él lanzó un gemido.

—¡Ya sabía que me olvidaba de algo!

Junto a la acera esperaba una enorme limusina blanca. Mal soltó una risa.

—Buena idea, detective —dijo—. Me siento como una estrellita de Hollywood.

—Los detectives y las estrellitas nunca beben cuando conducen. Y si me permites decirlo, la última vez que hice esto fue para el baile de graduación. Con Jessica Brotherton, que me dejó alelado con su vestido de tafetán rosado sin tirantes. En mi vida había visto tanta piel desnuda. Nos manoseamos durante todo el viaje de regreso y ella me permitió meter la mano bajo el vestido.

Le sonreía con toda la cara. Ella dijo secamente:

—Los rayos nunca caen dos veces en el mismo sitio, detective.

Él apretó sus manos contra el corazón, elevando la mirada al cielo.

—Oh, Malone, no sabes cómo me hieren esas palabras.

Su compañera le echó una mirada mordaz.

—Ahora sí, estoy segura de que estás chiflado.

—¿Yo? ¿No eras tú la chiflada?

Mal buscó al perro.

—¡Cómo! ¿No has traído a *Squeeze*?

—No le gustan las fiestas. Va a pasar la noche con Myra —viendo que ella enarcaba las cejas, explicó—: Myra es la otra mujer de mi vida.

—Debería haber imaginado que había otra —musitó ella, resignada mientras la limusina partía hacia las afueras.

Harry sacó del cubo de hielo una botella de su champán favorito y le sirvió una copa.

—Bienvenida a la granja Jordan, Mal Malone —dijo con suavidad. Y lo decía en serio.

Era una noche magnífica: templada, sin nubes y con luna llena. El cuarteto de cuerdas estaba tocando una pieza de Haydn, mientras los camareros de chaquetilla blanca cruzaban el amplio porche, lleno de flores, sirviendo champán y canapés. Los invitados pululaban por los prados y se demoraban junto al arroyo. Miffy Jordan se paseaba con elegancia, saludando a los recién llegados con grititos de placer y sonoros besos.

—Eso de besar el aire es una estupidez —decía, entregándoles un pañuelo de papel de la caja que llevaba consigo—. Toma; para que te limpies la marca de lápiz de labios. O puedes exhibirla como una condecoración otorgada por tu anfitriona.

La enorme limusina blanca entró detrás del autocar, totalmente fuera de lugar.

—Ahora sí que me siento como una estrellita —comentó Mal, echando una mirada incómoda a los serios Mercedes y Saabs negros aparcados en el patio.

—La vieja guardia de Nueva Inglaterra no cree en eso de exhibir lo que se tiene —explicó él—. Exceptuando a mi madre. Ya verás.

Miffy estaba en el salón, pidiendo a los músicos del cuarteto que tocaran *Hay humo en tus ojos*.

—Es mi canción favorita —explicó, viendo la mirada atónita de los integrantes.

A los ojos de Mal, era exactamente una versión hollywoodense de la mujer madura rica y bien conservada: impecablemente vestida por Valentino, con cada cabello platinado en su lugar, pómulos por los que cualquier mujer habría dado la vida, y silueta elegante.

Harry le dio un gran abrazo; luego tomó a Mal de la mano.

—Mamá, te presento a...

—Mallory Malone —exclamó Miffy, estupefacta—. Bueno, jamás me... Qué agradable sorpresa. Y es mucho más bonita que en televisión. Bienvenida, querida, bienvenida a granja Jordan.

Dio a Mal un beso lleno de lápiz de labios y le entregó un pañuelo de papel.

—Pese a todo lo que se diga, no hay nada a prueba de besos —aseguró, tomándola por el brazo para llevarla hacia la multitud—. Ahora quiero presentarte a mis invitados; son todos familiares o viejos amigos —le echó una mirada astuta—. No te preocupes, no permitiré que te acosen a preguntas.

—Además, en este espectáculo la estrella es mamá —aclaró Harry—. No le conviene que le robes cámara.

—¿Eso es un regalo, querida? —preguntó Miffy, sin interesarse por él—. Qué amabilidad. Supongo que Harry ha vuelto a olvidarse, como siempre. Pon esto en la mesa con el resto, Harry. Lo abriré más tarde.

—Después de medianoche.

Él había aprendido la rutina anual en sus días de infancia. Su madre había nacido a medianoche y reclamaba las dos fechas como cumpleaños. Apagaba las velas a las doce en punto y después abría los regalos.

Miffy rodeó a Mal con un brazo para presentarla a sus amigos. Luego se volvió a mirar a su hijo por encima del hombro, con una sonrisa de aprobación. Él ahogó un gemido; era de esperar que su madre no diera al asunto más importancia de la que tenía, que en esos momentos era muy poca. Además, había prometido a Mal que no habría compromisos y estaba decidido a cumplir.

Capítulo 21

Más o menos a la hora en que los invitados de Miffy Jordan se sentaban a cenar, el hombre aparcó el Volvo gris oscuro en una callejuela de la zona sur de la ciudad, donde vivía Suzie Walker, en una casita de principios de siglo que, como tantas otras, se había convertido en una unidad para alquiler.

La planta alta de la casa estaba desocupada desde hacía varios meses, lo cual era un verdadero alivio para Suzie, pues cuando le tocaba trabajar por la noche necesitaba dormir; el inquilino anterior había sido un estudiante que escuchaba a Whitney Houston a todo volumen, a cualquier hora del día o de la noche.

Ella disfrutaba de la paz y el silencio, además, eso significaba que podía organizar fiestas (y pasar la música que a ella le gustara al volumen que quisiera) sin tener que pensar en el inquilino de arriba o, peor aún, invitarlo.

Esa semana le tocaba cubrir el turno de la noche; había pasado una tarde agradable: había ido a la peluquería y hecho algunas compras; en el Gap había encontrado un precioso vestido de seda que parecía diseñado por Anne Klein II. Sería perfecto para la fiesta de su hermana Terry, la semana siguiente.

Trajinó por el chalet, colgando pulcramente sus adquisiciones en el ropero y ordenando todo. Prefería vivir sola en un barrio más barato antes que compartir un alojamiento más cercano al hospital con dos o tres personas, disputándose el uso del baño e irritándose mutuamente.

Como la noche era calurosa, abrió todas las ventanas para dejar entrar la brisa, si la había. Se preparó una infusión de hierbas y tomó dos aspirinas para el dolor de cabeza que la había molestado todo el día; luego calentó el cuarto de pollo desgrasado con pasta que había traído del supermercado y lo comió de pie junto a la encimera de la cocina, mientras releía una carta de su hermana. Le informaba que iba a comprometerse con el joven con quien salía desde la secundaria; se casarían en julio y le proponía que fuera su dama de honor.

Suzie se preguntó si las damas de honor podrían vestirse de negro; al menos podría usar el vestido en otras ocasiones.

Después de comer llamó a su madre, como lo hacía todos los viernes, a menos que el trabajo se lo impidiera. Siempre tenían una agradable charla sobre las novedades de la semana; esta vez fue sobre la boda de Terry.

—¿Podrás venir a la fiesta la semana que viene, Suzie? —preguntó la madre, esperanzada.

—No me la perdería por nada del mundo. Hasta compré un vestido nuevo —aseguró ella—. En realidad voy a encontrarme con Terry mañana, pero la llamaré ahora para confirmárselo.

Como Terry no estaba en su casa, le dejó un mensaje en el contestador, diciendo que llamaría más tarde. Luego entró presurosamente en el cuarto de baño para darse

una ducha. El tiempo había volado sin que se diera cuenta; ahora tendría que darse prisa para no llegar tarde.

El cuarto de baño estaba al costado de la casa, justo en la línea visual del hombre. Él apuntó los binoculares hacia la ventana en cuanto se encendió la luz. El cristal era esmerilado, pero esa noche ella lo había abierto un poco, por el calor, dándole un premio inesperado.

Lanzó un torrente de obscenidades cuando vio fugazmente a la muchacha que se desvestía. En sujetador y bragas, ella echó una mirada dubitativa a la ventana; luego se acercó para cerrarla firmemente.

—Puta —murmuró—, puta, puta... —Las palabras tropezaban entre sí, en una cruel letanía de odio.

Suzie se puso de prisa el uniforme blanco; luego recogió el bolso y verificó que llevaba las llaves, agradecida de que se las hubieran devuelto.

El dolor de cabeza seguía presionando detrás de sus ojos; se alegró de tener el fin de semana libre, pues los últimos días habían sido frenéticos. Había trabajado muchas horas en el hospital y el descanso le vendría bien. Pensaba pasar gran parte de ese tiempo en la cama, poniéndose al día con el sueño, y también estudiar un poco, pues faltaba muy poco para los exámenes. Había acordado encontrarse con Terry por la tarde, para charlar de bodas y vestidos. Y para el domingo tenía una cita con un joven interno del hospital Beht Israel, pero lo más probable era que él estuviera cansadísimo, como ocurría siempre con los internos, de modo que se acostaría temprano.

Antes de salir se miró al espejo: se estiró la falda, enderezó el cuello y echó el pelo hacia atrás. Al descubrirse las ojeras pensó en lo grato que sería dormir, al día siguiente. Luego se dedicó una sonrisa para darse alientos:

—Mañana a esta hora serás otra mujer, Suzie Walker.

Apenas llegó a la puerta recordó que no había cerrado las ventanas; entonces recorrió precipitadamente la casa para poner los seguros. Ya que estaba en esas, revisó la puerta trasera y echó el cerrojo. Al salir cerró con llave la puerta principal, probándola para asegurarse de que no se abriera.

Alec Klosowski, su vecino, que trabajaba en un bar de la calle Newbury, también salía en ese momento a trabajar. La saludó agitando una mano.

—Ninguna precaución alcanza —comentó, mientras echaba llave a su propia puerta—. Hay demasiados locos sueltos como para descuidarse con las cerraduras.

Suzie lo miró con aire dubitativo.

—El otro día perdí las llaves. Se me cayeron en el aparcamiento. Alguien las encontró y me las trajo, pero me gustaría saber quién las tuvo durante esa noche.

Él la miró con seriedad.

—Deberías cambiar las cerraduras, Suzie. Nunca se sabe.

—Supongo que sí.

Se despidieron. Ella subió a su pequeño Neón y puso el bolso en el asiento

vecino. Mientras sacaba el auto a la calle, pensó con preocupación en lo que le había dicho Alec. Pero quien hubiera encontrado las llaves ignoraba que eran de ella; además, cambiar las cerraduras era demasiado caro. Su salario de enfermera le permitía apenas llegar a fin de mes; nunca le quedaba nada para gastos extras.

De cualquier modo, ese era el menor de sus problemas. Se frotó los ojos con cansancio. En ese momento le dolía la cabeza, tenía que pensar en los exámenes del mes próximo y en su vestido de dama de honor.

El hombre la siguió con la vista; la cara y la cabellera se esfumaron rápidamente calle abajo; salía tarde, como de costumbre. Él meneó la cabeza, despreciándola por esa demora. Por su parte, nunca se demoraba. Sincronizaba sus horarios cotidianos con tanta precisión como si funcionara con un metrónomo. Podía decir exactamente dónde estaría a cualquier hora del día o de la noche. Salvo en noches como esa, por supuesto. Eran sus noches especiales. Otros iban al cine; él prefería la realidad.

Echó un vistazo a su costoso reloj de acero y oro. La esfera tenía pequeñas banderas esmaltadas en rojo y azul en vez de números; era un trofeo digno del rico propietario de un yate. Aunque no navegaba, le gustaba dar la impresión de ser hombre afecto a los deportes y al aire libre. Cuando le preguntaban qué iba a hacer el fin de semana, decía como al desgaire: «Oh, supongo que saldré a navegar un poco hasta el cabo, si hay buen viento. O a remar en kayak. Ya veremos».

No era verdad, por supuesto. Solo iba al cabo Cod cuando estaba de cacería, para seleccionar futuras estrellas del periodismo. Ellas habrían debido estarle agradecidas por proporcionarles ese momento de gloria en una vida por lo demás vulgar.

Aún era demasiado temprano para entrar en acción; había luces encendidas en otras casas y de vez en cuando pasaba alguna persona por la calle. A salvo tras sus cristales oscuros, sacó del bolsillo una petaca de buen coñac y se sirvió un poco. Lo sorbió con aire pensativo mientras se acomodaba para esperar, anticipando mentalmente el placer venidero.

Capítulo 22

Harry había visto por última vez a Mal con su tío, Jack Jordan; él la tenía enlazada por la cintura y le hablaba al oído. Ella reía. Eso había sido media hora antes.

Jack Jordan era un mujeriego famoso, con cuatro casamientos y una sarta de amantes para demostrarlo. Aún tenía buen ojo para las mujeres bonitas; además, era alto y apuesto, de pelo plateado y pequeño bigote, y seguía siendo muy hábil para los halagos; con eso parecía llegar adonde quisiera.

—Ese pícaro me ha quitado la chica —se quejó Harry a su madre.

Estaban en la tienda, verificando que todo fuera tan perfecto como ella esperaba.

—No te preocupes, Harry. A la hora de cenar tendrá que devolvértela, porque la he sentado aquí, a tu lado —tomó la tarjeta de Jack y la trasladó diestramente a una mesa cercana—. Y ahora Jack se sentará junto a la vieja Biddy Belmont, que es aún más anciana que él y gorda, por añadidura. Tendrá que repetir todo lo que diga. Eso le quitará las burbujas a su champán.

Ambos rieron. Él le dio un abrazo.

—¿Nadie te ha dicho que, además de bonita, eres inigualable? —le preguntó, sin soltarla.

—Tu padre, el día en que me propuso casamiento. Ahora que lo pienso, no recuerdo que volviera a mencionarlo desde que le di el sí. Supongo que de eso se podría sacar una moraleja —añadió vagamente.

El mayordomo golpeó un gong de bronce para anunciar que la cena estaba por ser servida; la muchedumbre de invitados entró en la preciosa tienda, donde los asaltó el perfume de las rosas y el olor de la deliciosa comida.

—Conque estabas aquí —dijo Harry, cuando Mal apareció del brazo de tío Jack.

El viejo enarcó una ceja taimada.

—Me he ocupado de que Mallory la pasara bien, Harry. No era cuestión de perderla en esta lujuriosa multitud de Peascott Jordan, ¿verdad? —Dio una palmadita posesiva a la mano de Mal, quien le dedicó una luminosa sonrisa—. Espero que pueda sentarme junto a ti, querida.

—Pues no —dijo Harry, con firmeza—. Te han puesto junto a Biddy Belmont.

Jack lanzó una queja.

—Tu madre ha vuelto a castigarme.

—Quiere que cada hombre cumpla con su deber. Después de todo, la fiesta es suya.

—Hasta luego, Jack —le dijo Mal, mientras él se alejaba hacia la mesa vecina con un profundo suspiro.

—Estoy celoso —dijo Harry, mirándola.

Ella rio.

—Parece el personaje ideal para representar el tío rico y benévolo.

—Y te aseguro que ha representado ese papel con una larga serie de «sobrinas» jóvenes.

—Mejor así. Es encantador.

—¿Te acuerdas de mí? ¿El tío que te trajo?

—El hombre con quien tengo una cita, según me parece.

—Ese mismo —ocuparon sus asientos. Él se inclinó para susurrarle al oído—: Además, te eché de menos.

Ella lo miró de soslayo. Había risa en sus ojos.

—Nunca pensé que le oiría admitir eso, detective.

—Soy humano.

Ella le echó una mirada burlona; luego se volvió hacia el vecino de la derecha. Y entonces se sirvió caviar: tres clases diferentes sobre huevos revueltos; la cena de cumpleaños estaba en marcha.

Mal supo que estaba disfrutando porque en ningún momento se había preguntado, como solía sucederle en las fiestas: «¿Esto es realmente divertido? ¿Qué estoy haciendo aquí?».

Nunca había estado en una fiesta familiar tan grandiosa, donde todo el mundo conocía a todo el mundo desde siempre. Se habían encontrado en ocasión de nacimientos, bodas y defunciones; concurrían tan lealmente a los funerales como a las celebraciones. Probablemente lo hacían sin pensarlo dos veces. En ese círculo era lo que correspondía; así era la vida. Pero ella habría cambiado todo su éxito por haber pertenecido a ese círculo desde el nacimiento.

Echó una mirada a Harry, que escuchaba con interés un análisis comparativo de dos razas distintas de perros de caza. Él se volvió para mirarla con una sonrisa alentadora.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído.

—No podría estar mejor.

Harry echó un vistazo a su reloj digital, barato, pero práctico.

—Pronto comenzará el baile. Si tuvieras un carnet de baile, como en los viejos tiempos, anotaría mi nombre en todas las piezas.

—¿Hasta en los valsés?

—¿Crees que no sé bailar el vals?

—No creo que sea requisito indispensable para hacer carrera como detective de homicidios.

—Ah, sin embargo, recuerda que antes me dedicaba a la abogacía. Y antes de eso era un ridículo jovencito de secundaria, cuya madre lo enviaba a clases de danza para que pudiera acompañar a las señoritas a los bailes de fin de año en la escuela.

Ella meneó la cabeza, maravillada.

—Tus atributos no tienen fin.

—Son incontables —reconoció él, sin modestia. En ese momento comenzó la música. Su madre fue la primera en salir a la pista, girando en los brazos de su

hermano al compás de *Hay humo en tus ojos*, de Jerome Kern, mientras todos aplaudían.

—Esa era la canción de mis padres —explicó Harry a Mal, mientras la tomaba de la mano para llevarla a la pista—. Siempre la baila en primer lugar. Para él.

«Qué detalle», pensó Mal, con un dejo de envidia. Un momento después estaba en brazos de Harry, con su mano firmemente apretada a la cintura y la otra entre sus dedos. Bailaron en silencio. Ella tenía los ojos entornados y una expresión soñadora.

—Bailas bien —susurró él.

Mal lo miró.

—Te aseguro que no aprendí en la secundaria.

—¿Dónde aprendiste?

—Tomé clases. Después. Tomé clases de todo.

Él parecía atónito.

—¿Lecciones para aprender a vivir?

Ella asintió.

—Cuando era chica nadie me enseñó las reglas de la buena sociedad. Por lo que sabía de eso, era como si me hubiera criado con los lobos en el bosque.

Él la estrechó un poco más; su pelo le cosquilleó en la nariz; era como seda de oro. Su piel tenía ese raro aroma a flores que hacía cosas extrañas con sus terminales nerviosas. Aunque la melodía terminó, él le retuvo la mano.

—¿Quieres dar un paseo por el jardín conmigo, Malone?

Ella asintió; salieron de la carpa tomados de la mano.

Miffy y tío Jack los siguieron con la vista.

—¿Qué opinas de ella? —preguntó la mujer.

—Una joven excelente. De primera. Eso se nota.

—No te acerques a ella, viejo perverso —advirtió su cuñada—. Tengo grandes esperanzas, siempre que Harry sea capaz de apartarse de su trabajo durante más de medio minuto.

—Si no lo hace es un tonto —aseveró Jack—. Un condenado tonto.

Harry condujo a Mal por el jardín que su madre cultivaba con tanto esmero. De los árboles pendían pequeñas luces blancas; las orillas del arroyo estaban salpicadas de bonitos farolillos chinos. Mientras se paseaban por el rosedal, Mal leyó los nombres en todas las etiquetas, aunque las rosas eran apenas pimpollos.

—Mis favoritas son las rosas a la antigua —dijo—. Yo también cultivo algunas en mi azotea, pero el viento y la contaminación hacen estragos en ellas.

—Debes decírselo a mi madre. Le apasionará saber que también eres jardinera... entre otros talentos.

El sonido de la banda, que estaba tocando Moon River, les llegó a través de la brisa cálida. Mal seguía observando los rosales; al mirarla, Harry sintió un impulso irresistible de tomarla entre sus brazos.

—Tal vez sea por esta romántica iluminación, tal vez por la música pero... no sé

si lo de «sin compromisos» excluye también los besos. Entre dos viejos amigos, por supuesto.

Ella se acercó un paso.

—Técnicamente no somos viejos amigos. Y un contrato verbal es vinculante.

—Es obvio que no has leído la letra pequeña —le deslizó las manos por la cintura para acercarla con suavidad—. Dime, ¿te he besado alguna vez?

Ella lo miró a los ojos, experimentando esa interesante punzada en el corazón.

—Creo que sí. Fue un beso amistoso, por supuesto. Antes del contrato verbal y la cláusula de «sin compromisos».

—Creo que me he topado con la horma de mi zapato legal —murmuró Harry, inclinando la cara.

Ella le deslizó los brazos por el cuello, deseando que la estrechara más, sintiendo el calor de sus manos en la espalda desnuda.

Por encima de la música se oyeron unas voces que se acercaban. Los dos se apartaron de inmediato. Pasó un grupo de invitados.

—En el campo no hay intimidad —susurró Harry, disgustado—. De cualquier modo, este contrato no tendría ninguna validez en tribunales.

—¿Por qué? —preguntó Mal, viendo que él sonreía.

—Porque soy hijo de mi padre. Pediría negociar contigo y te ofrecería un trato.

—¿Qué tipo de trato?

—Besos adicionales a discreción.

Ella echó la cabeza hacia atrás con una carcajada, pero Harry le cerró la boca con un demorado beso que le provocó pequeños escalofríos de seda en el vientre. Afortunadamente, la protegía esa cláusula de «sin compromisos», pues le gustaba mucho que él la besara así. Pero se acercaba más gente; él la tomó de la mano para volver a la casa.

—Aquí me crie —dijo, mientras cruzaban la sala, con sus grandes vigas, hacia la biblioteca revestida de pino.

Mal miró a su alrededor con interés. Los estantes desbordaban de antiguas colecciones de clásicos y éxitos modernos. Las lámparas, con pantallas de pergamino, arrojaban un grato resplandor. El hogar estaba flanqueado por cómodos sillones tapizados de simple lona amarilla; un enorme ramo de flores de jardín estallaba en el lugar del fuego. Sobre la repisa pendía el retrato de un caballo, una gran yegua baya, y otras pinturas, casi todas de caballos y perros, intercaladas entre los estantes de libros.

Con una torsión de envidia en el corazón, Mal se dijo que esa era la versión real del mundo de fantasía que ella había creado en su apartamento.

—El cuadro grande es un retrato de *Caballo* —dijo Harry—. El favorito de mi padre. Y el lebrél es *Perro*.

Ella levantó una mano en ademán de protesta.

—Un momento. ¿*Caballo*? ¿*Perro*?

Harry se encogió de hombros.

—Según decía, no tenía tiempo para pensar en nombres. Y de cualquier modo, cuando él los llamaba de esa manera los animales venían. Solo me asombra que yo no terminara llamándome *Niño*. Pero ahora que lo pienso, tendía a llamarme Hijo —le sonrió de oreja a oreja—. ¡Y tú creías haber tenido problemas!

—A mí no me habría molestado llamarme *Niña*, a cambio de criarme en esta casa —replicó ella, con melancolía—. ¿Lo odiabas?

—Por supuesto que no. —Harry parecía atónito ante esa idea—. Era mi padre, era lo que era. Tal vez no tuviera tiempo de pensar en nombres para sus animales, pero los quería mucho. Y también a mí.

—Entonces lo amabas. A pesar de que te arruinó la carrera de futbolista.

—Caramba, Malone —advirtió él, divertido—, no estamos en tu programa —recogió una fotografía con marco de plata—. Aquí lo tienes —dijo, entregándosela—. El verdadero.

De pronto apareció Miffy en el vano de la puerta.

—Ah, Harry, estabas mostrándole la casa a Mallory. Qué bien. —Se acercó a ellos, sonriente—. Harry vivió aquí durante toda su infancia, ¿sabes? Y yo pasé mi luna de miel aquí. En esa época no quería ir a ninguna otra parte. Ahora que soy mayor estoy aprovechando el tiempo perdido. Me paso la vida en países lejanos.

Al ver la fotografía que Mal tenía en la mano agregó:

—Ah, ese es Harald. Mi único amor. Lo extraño a mares —añadió con pena.

Mal dirigió una mirada interrogante a Harry.

—«A mares»: expresión idiomática anticuada utilizada a menudo por mi madre, que según nuestra interpretación significa «a morir» —explicó él.

—Alguien debería componer una canción que se llamara «Estoy a mares por ti».

Mal, riendo, observó la fotografía. Era evidente a quién se parecía Harry.

Miffy leyó sus pensamientos.

—No hay dudas de que Harry no es adoptado, ¿verdad? —rio—. El padre siempre dijo que era una astilla del viejo palo —tomó otras fotografías entre las que se amontonaban en las mesas y los armarios, para explicar quiénes eran y cuál era el grado de parentesco—. Todo es bastante complejo, porque los Peascott somos una familia muy antigua, con muchas ramas. Y los Jordan, otro tanto. ¿Qué me cuentas de tu familia, querida? —preguntó luego, dejando las fotos en su lugar—. Espero que no sea tan numerosa como la nuestra. Imagina lo que...

Una mirada de advertencia de Harry la detuvo a tiempo. Se estaba adelantando otra vez. Había estado a punto de decir: «Imagina lo que será la fiesta de casamiento». Rio con alegría.

—Perdona. Harry siempre dice que parloteo demasiado. Después de todo, vosotros dos apenas os conocéis, ¿verdad?

Mal echó una mirada divertida a Harry, mientras Miffy la tomaba del brazo para conducirla hasta el porche. Él se encogió de hombros con una mueca dolorida, como

si no supiera qué significaban las palabras de su madre. Sería mejor sacar a Mal de allí antes de que Miffy metiera definitivamente la pata.

—Ya es casi la hora del pastel, mamá —anunció.

Ella consultó el bello reloj de diamantes que llevaba puesto: otro antiguo regalo de cumpleaños de su marido.

—Cierto, cierto. ¡Oh, qué divertido!

Y salió de prisa para cuidar de que el pastel llegara a la carpa a horario.

—Pasa por la misma rutina todos los años —comentó Harry, maravillado—. Y juraría que cada año la disfruta más.

—Es estupenda —aseveró Mal—. Tan... vital...

Pensaba que Miffy Jordan era todo lo que su propia madre no había sido.

Al parecer, todo el mundo conocía la costumbre de medianoche y marchaba en la misma dirección. Los invitados se agolparon alrededor. La luz se hizo más tenue. El mayordomo golpeó doce veces el gong, que reverberó hasta causar dolor de oídos. Luego trajeron el pastel. Era amarillo, por supuesto, y estaba adornado con rosas del mismo color. La banda tocó *Feliz cumpleaños* y todos cantaron, en tanto Miffy apagaba la única vela y cortaba el primer trozo.

—Como todos sabéis, esta primera tajada es para Harald, que está en el cielo. Que la disfrutes lo mejor que puedas, querido. Y la segunda, por supuesto, para mi querido hijo Harry.

Continuó cortando el pastel y apuntando nombres, a los que agregaba anécdotas y frases cariñosas.

Mientras la observaba, Mal volvió a sentirse como cuando era pequeña e iba al cine. Estaba en un lugar mágico, donde todo el mundo usaba hermosos vestidos y joyas preciosas; la vida era maravillosa y todo el mundo vivía feliz por siempre jamás. Solo que esta vez era verdad y le habían permitido formar parte de aquello.

Capítulo 23

A medianoche se apagaron todas las luces en la calle de Suzie Walker. El hombre bajó del Volvo, desahogándose con alivio. Se había hecho más tarde de lo calculado, pero eso no lo preocupaba, pues Suzie tenía el turno de noche. Contaba con tiempo de sobra.

Siempre entre sombras, caminó rápidamente calle abajo. No llevaba su uniforme; eso quedaba para el acontecimiento especial. En cambio se había puesto pantalones oscuros y una camisa negra; de ese modo, si se cruzaba con alguien por casualidad, parecería un transeúnte cualquiera.

Se deslizó a la acera de enfrente y entró al pequeño patio delantero donde ella solía aparcar su coche; luego echó un vistazo por encima del hombro. No había nadie a la vista. Hizo girar la llave en la cerradura y entró, cerrando la puerta silenciosamente tras él. La emoción de lo ilícito, de lo desconocido, lo golpeó con un torrente de exaltación.

Se detuvo en el vestíbulo a oscuras, esperando, percibiendo lo denso del silencio. Respiraba ruidosamente, con el pulso muy acelerado por el estímulo de su propia audacia, de su astucia.

Sacó del bolsillo la pequeña linterna y la encendió. En esa ocasión oyó al gato sin verlo, en tanto se escabullía con miedo. Sonrió; le gustaban los animales. Cuando era niño solía utilizarlos para experimentación. Los abría solo para oírlos gritar y ver qué tenían adentro. Y su madre reía, diciéndole que acabaría siendo un cirujano.

Entró en la cocina, apuntando el rayo hacia abajo hasta que bajó la cortina de la ventana. No encendió las luces, pues alguien podía haber notado que estaban todas apagadas al salir Suzie rumbo al hospital. Sacó un par de finos guantes de goma del bolsillo y, después de ponérselos, paseó la linterna. Frunció el entrecejo al ver la comida de supermercado a medio comer, abandonada en la encimera, y el montón de platos sucios en el fregadero. Esa mujer tenía lavavajillas ¿por qué no lo usaba?

Vio la carta, escrita en papel rosado y decorada con una guirnalda de flores en tonos pastel. La leyó con interés. ¿Así que Suzie iba a ser dama de honor? Sonriendo al pensar en el poder que ejercía sobre ella, se preguntó si llegaría a la ceremonia. Sabía que la respuesta estaba en sus manos.

La minúscula sala estaba al otro lado de la cocina, separada por la encimera. La observó de prisa antes de cruzar el estrecho pasillo hacia el dormitorio.

Se detuvo en el vano de la puerta, respirando profundamente, como un perro que buscara el olor de la presa.

Cada mujer era diferente; cada una tenía su olor especial. El de Summer Young había sido perfume, lápiz labial y cigarrillos; el de Suzie era más penetrante, limpio, con reminiscencias de antiséptico mezclado con el olor a selva pluvial de su aceite para baño. Olía exactamente como lo que era: una enfermera afecta al aire libre, a quien le gustaba pasar los días de descanso caminando por el bosque. Pero debajo de

él eran todas iguales: todas tenían ese vil almizcle de mujer. Como su madre.

La cama estaba sin hacer, como siempre. Al parecer, en todo el país no había una sola mujer menor de veinticinco años que hiciera la cama al levantarse. Se sentó en el borde del colchón, deslizando la mano por la sábana verde oscuro, con un llamativo diseño dorado. Al menos las sábanas estaban limpias, aunque fueran de las que usan las prostitutas.

Se paseó por el dormitorio, recogiendo cosas para inspeccionarlas: el texto de medicina en la mesilla de noche, la fotografía de los padres, tomados de la mano y sonriendo a la cámara. La hermana, probablemente la que estaba por casarse; se parecía a Suzie, aunque tenía el pelo oscuro y no era tan bonita. Un chico pelirrojo, posiblemente el hermano menor.

Abrió los cajones de la cómoda para tocar las prendas interiores, amontonadas de cualquier modo. Por lo visto le gustaban las bragas de encaje y los sujetadores con soporte. Eso le gustó. Del espejo pendían sartas de perlas falsas y cuentas de vidrio; en una caja, decorada con un par de conejitos en tonos de azul y rosado, encontró una gastada colección de pendientes baratos.

Entró en el armario para mover las prendas colgadas del riel; las olfateó, se las frotó contra la cara. Los zapatos estaban desprolijamente amontonados en un rincón, aunque tenía una parrilla de plástico para ordenarlos. Aun así le gustó el contraste entre los cómodos zapatos blancos de enfermera, con su suela de goma, y los estilizados tacones aguja. Recogió uno de charol negro. Acariciando el tacón, entró en el cuarto de baño.

Aquí estaba el cofre del tesoro, el lugar que él prefería. Las cosas personales de la mujer: las cremas, el maquillaje, todo amontonado en polvorientas bandejas de acrílico, sobre la encimera de azulejos resquebrajados. Había una barra de jabón antiséptico en la jabonera de madera acanalada, que probablemente tendría más gérmenes de los que el jabón podía combatir.

Abrió cajones y armarios, y manoseó los tampones y las compresas higiénicas. Del tubo de la cortina de la ducha colgaba una toalla mojada. La apartó a un lado para inspeccionar la bañera. El delgado rayo de la linterna detectó un pelo púbico rizado, de color cobrizo, cerca del desagüe. Lo recogió para examinarlo, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice; luego tomó un pañuelo de papel, envolvió el pelo y lo guardó en su bolsillo.

Buscó el cesto de la ropa sucia. Estaba bajo la ventana. El gato negro se había sentado sobre él y lo observaba inmóvil.

«Se está acostumbrando a mí», pensó, sonriendo. De cualquier modo no tenía necesidad de molestarlo. Al desvestirse para el baño, Suzie había dejado la ropa interior sucia en el suelo. Allí estaba todavía.

Se quitó los guantes y, trémulo de placer, recogió las bragas de encaje negro y el sostén de la misma tela. Les dio vueltas y vueltas entre las manos. La etiqueta decía: «Secreto de Victoria».

Se los acercó a la cara para inhalar ese horrible olor a mujer. Y gimió con fuerza.

El gato salió disparado, haciendo sonar las uñas contra el suelo de mosaicos. Él ni siquiera se dio cuenta.

Apretando todavía las bragas contra la cara, volvió de prisa al dormitorio y se sentó en la cama. Allí se recostó, con la bragueta abierta, para apretarse la prenda de encaje negro contra la ingle. Y gimió otra vez, perdido en su frenesí sexual solitario, retorciéndose entre gruñidos. Pero lo que en realidad quería era gritar a todo pulmón.

No sirvió de nada, por supuesto. Nunca servía. Solo llegaba al orgasmo cuando las mataba. Lo recorrían violentos temblores, como si estuviera en medio de un ataque. Estaba otra vez fuera de control, atrapado en el pasado. Pensando en su horrible madre, que lo dominaba todavía, a pesar de los años transcurridos.

Volvía a ser un niño atrapado en la cama materna, y ella lo golpeaba con el zapato porque se negaba a tocarla. El tacón de aguja se le hundía dolorosamente en la carne amoratada, en los genitales, mientras ella susurraba en su oído los horrores a que se exponía si alguna vez lo contaba...

Suzie llegó conduciendo con lentitud y apartó el Neón, agradecida por volver a casa. Al bajar se detuvo un momento a aspirar el aire cálido de la noche. Parecía envolverla en un resplandor difuso, al que se contraponían destellos de luz con cada mazazo de la migraña. Se apretó la cabeza con las manos, rezando para que aquello cesara. El cabo de enfermeros le había dado algunas píldoras, diciéndole que volviera a su casa a descansar, pues en ese estado no podría ser útil. Ella sabía que era verdad; el dolor de cabeza iría en aumento antes de empezar a ceder. Siempre le sucedía lo mismo.

Con un suspiro, puso la llave en la cerradura y abrió la puerta. Al menos esa noche no había perdido las llaves. Cuando encendió la luz del vestíbulo, el gato acudió corriendo. Lo había recogido de la calle; mantenían una amistad cordial, aunque distante; todo estaba bien mientras ella le diera de comer y le permitiera dormir en su cama. Se llevó una sorpresa al ver que el animal se frotaba contra los tobillos, maullando.

—Has elegido una mala noche para buscar afecto —le dijo, cansada.

Entró en la cocina y encendió la luz, parpadeando de dolor. Luego fue a la ventana para bajar la cortina. Entonces se detuvo, sorprendida: ya estaba baja. Recordó que había vuelto a la casa para cerrar de prisa las ventanas, pero no creía haber bajado la cortina. Se apartó de allí, meneando la cabeza con desconcierto.

El gato subió de un salto a la encimera, en tanto ella sacaba una botella de agua del frigorífico para tragar las píldoras. Con las manos apoyadas en el mueble, dejó caer la cabeza hacia adelante. Se sentía horriblemente mal.

Se suponía que ella no debía volver. El hombre escuchó, sentado en el borde de la cama. El pánico le subió como bilis a la garganta al saberla ahí, acercándose al

dormitorio. Era la primera vez que se encontraba en su situación; no entraba en sus planes. Esas cosas nunca le sucedían.

La oyó moverse en la cocina. Un rayo de luz caía en el pasillo desde la rendija de la puerta. Echó un vistazo a la ventana, pero había tela metálica por afuera. Corrió al cuarto de baño; la ventana era demasiado pequeña. Estaba acorralado.

Cuando oyó que ella salía al pasillo volvió precipitadamente al dormitorio y se escondió en el armario. Su corazón palpitaba con fuerza; tenía el puso acelerado y la espalda empapada de sudor. Era el sudor del miedo. Nunca se había encontrado frente a ninguna de sus chicas. Sus planes eran impecables. Siempre era él quien controlaba todo.

Deslizó la mano en el bolsillo para extraer el pequeño cuchillo y quitó su funda plástica. Luego se mantuvo perfectamente inmóvil tras la puerta del armario, con el cuchillo listo en la mano, esperando.

Capítulo 24

Mal y Harry iban de regreso a Boston, en la gran limusina. Él retenía la mano de ella y cantaba acompañando a Santana, sin que faltaran los expresivos meneos latinos de hombros y caderas.

Mal lo observaba con una sonrisa; sin duda alguna, él estaba lleno de sorpresas.

—¿Esto es un avance de lo que veré en Salsa Annie?

—No. Esto no es nada. Ya verás cuando te lleve a esa pista de baile, que tiene el tamaño de la mesa en la que cenaste. Allí hay que estar cadera contra cadera, Malone. Te va a encantar.

—No estoy segura.

—Es más divertido que una cama solitaria en el Ritz-Carlton.

—¿Cómo puedes saberlo?

Harry quedó pensativo.

—Tienes razón: no lo sé. Nunca dormí en el Ritz, ni solo ni acompañado.

—Ahora que me has tranquilizado en ese aspecto, ¿podrías bajar un poco el volumen?

Él le sonrió.

—¿Quieres algo más suave? ¿Otra vez *Moon River*?

Ella rio; era tan tonto que le habría gustado abrazarlo.

—No sé si hemos hecho bien en cambiar la granja Jordan por Salsa Annie. Me ha resultado difícil salir de allí.

—Prácticamente tuve que sacarte a la rastra. Te has prendado de la casa, ¿no?

—Fue una fiesta estupenda.

—¿Quieres que hagamos una cita para cuando mamá cumpla los sesenta y seis?

—Al ver que ella reía, Harry agregó—: A propósito: cuando mamá dijo que tu regalo le encantaba, lo decía de verdad. Y lo otro también.

Mal le había regalado un hermoso álbum para fotografías, recubierto de gamuza azul oscuro. Miffy se lo agradeció con un beso, diciendo: «Lo guardaré para las fotos de mis nietos, querida. Cuando reciba la bendición de tenerlos, claro». Dicho eso los miró con intención.

—Intenté desviarla del tema —se disculpó él—, pero no piensa en otra cosa. Las madres son así.

—La mía no.

Él estrechó su mano con más fuerza, pero sin hacer preguntas. No quería arruinar el ambiente.

Iban cruzando la ciudad. Cuando llegaron a la calle donde estaba Annie, Harry ordenó al conductor que los dejara en la esquina.

—No me lo perdonarían jamás —explicó, ante la mirada interrogante de Mal—. El recio detective de homicidios, llegando a un tugurio en una limusina.

—Como una estrella de cine —añadió ella, haciendo una mueca burlona. Él rio.

En el muro de un viejo depósito se abría una maltrecha puerta de acero, cuya pintura roja como un chile se estaba descascarando. Unos cuantos hombres holgazaneaban afuera, fumando. Al ver a Harry, algunos levantaron la mano a modo de saludo, pero uno o dos se escabulleron velozmente entre las sombras. Él los siguió con la vista, aunque esa noche había decidido no trabajar. Además, lo estaba pasando demasiado bien para preocuparse por dos miserables camellos. Los dejaría para los muchachos que cubrían la guardia nocturna.

Cuando abrió la puerta los golpeó una muralla de sonido. Harry aspiró hondo y cerró los ojos para absorberla.

—Estupendo, ¿no? —dijo al oído de Mal.

Ella se limitó a mirarlo, enarcando las cejas con asombro.

La banda tenía por lo menos doce músicos: bajo y guitarra eléctricos, trompetas, flautas, violines y un pianista que los sacudió con una estupenda melodía latina. Una cubana de largas piernas, con una diminuta falda de satén verde que cubría a duras penas sus atareadas caderas y un corpiño aún más breve, cantaba a todo pulmón en castellano, bailando tempestuosamente en tanto las trompetas hacían el contrapunto. El lugar vibraba de vitalidad. Harry rodeó a Mal con un brazo para llevarla a la pista.

—Pero no sé bailar esto —protestó ella.

—Tú abrázame, Malone. Yo te enseñaré.

Rossetti los observaba desde la galería del extremo.

—¡Mira eso, Vanessa! —dijo—. ¿No es el Profe? ¡Y con una chica! —Luego añadió, estupefacto—: Caramba, si ha venido de esmoquin. Y ella parece un aviso de Armani.

Asomaron medio cuerpo por encima de la barandilla para ver mejor.

—¡Que me cuelguen si ella no es la señorita Mallory Malone! —apuntó él, con una gran sonrisa—. Profe sabe guardar sus secretos. Hemos atrapado con las manos en la masa al trabajador obsesivo de Jordan, que siempre está demasiado ocupado para salir con una mujer.

—Como si tú fueras Sherlock Holmes y él, Moriarty —agregó Vanessa, con una sonrisa de oreja a oreja.

Él la miró con exasperación.

—¿Nunca te han dicho que no conviene ser demasiado sagaz? —Y la tomó de la mano para arrastrarla de prisa por la escalera.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, aferrándose al pasamanos de metal para seguirle el paso con sus tacones altos.

—Vamos a saludar al detective y a su amiga.

Rossetti la llevó a la pista de baile y fue acercándose a Harry, que solo tenía ojos para Mal, sonriente, manteniéndola a la distancia de sus brazos.

—Así —le decía, haciendo la demostración.

Ella se mordió los labios y se concentró en seguirlo.

—Creo que para esto hace falta tener sangre latina —murmuró, echando la cabeza

hacia atrás para abandonarse a la música.

—Lo haces muy bien, Malone —gritó Harry por sobre la muralla de sonido—. Solo que debes hacerlo más cerca de mí.

—Ah, ah, no olvides nuestro contrato —se encontró en sus brazos, estrechada con firme confianza, sintiendo la solidez de su cuerpo—. ¿Así está mejor? —murmuró, apretándose contra él.

—No está mal.

Harry disfrutaba el modo de ajustarse a su cuerpo, el movimiento de sus caderas bajo ese deslizamiento de gasa. En realidad, ella le gustaba muchísimo.

—¿Qué tal, Profe? ¿Estás pasándolo bien?

Harry lanzó un gruñido y apartó la cabeza, engarzada a la de Mal, mirándola a los ojos.

—El detective Rossetti —informó, exasperado.

—Se cree Sherlock Holmes —añadió Vanessa.

—Hola, Vanessa —se volvió de mala gana, sin retirar el brazo de la cintura de Mal.

—¿Interrumpimos algo? —Rossetti los miraba con aire inocente. Estaban acalorados y felices. Ella tenía el pelo revuelto.

—Mallory Malone, el detective Carlo Rossetti. Y Vanessa, que va a cumplir veintiún años dentro de pocas semanas.

—Estas invitada a la fiesta —dijo Vanessa. Y luego—: ¡Oh, caramba, eres la Mallory Malone de la tele! Oye, eres estupenda.

Mal sonrió.

—Gracias. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo. —Rossetti le estrechó la mano—. ¿Habéis estado en el Ritz o algo así? —preguntó, observándolos de arriba a abajo.

Mal rio.

—Dejamos la limusina a la vuelta. No queríamos parecer debutantes de cine.

—Ni por asomo —dijo Rossetti, galante—. Usted es una estrella hecha y derecha. Claro que no puedo decir lo mismo del Profe.

—¿Por qué te llaman Profe? —preguntó Mal a Harry.

—Por eso de haberse diplomado en Harvard —explicó Rossetti—. ¿Comprende?

Ella asintió, riendo.

—Si quieres enterarte, Rossetti, estuvimos en la fiesta de cumpleaños de mi madre.

—¿Ya la has llevado a casa para presentarla a tu mamá? No pierdes el tiempo, Profe.

Harry, con un gemido, estrechó a Mal contra él para esconderla.

—Buenas noches, detective.

—Buenas noches, Profe —sin dejar de reír, Rossetti se llevó a Vanessa a bailar.

—Nos vemos en mi fiesta —dijo la chica por encima del hombro.

—Vamos —decidió Harry, impulsando a Mal hacia la puerta.

—¿Adónde?

—Al próximo número. ¿O te has olvidado de nuestro itinerario?

Volvieron caminando a la limusina; Harry dio una dirección al conductor.

—¿Otro club? —Mal sacó una polvera de su diminuto bolso dorado para retocar su maquillaje.

—Ya verás.

Harry, fascinado, la miró mientras ella se pintaba los labios. Su boca estaba roja y jugosa, como si le enviara un pequeño mensaje: «Lámeme». Con un suspiro de pena, se contentó con retenerle la mano hasta que la limusina los dejó frente a un club de aspecto más discreto, en Brookline.

—¿Sabes jugar al billar? —preguntó Harry, mientras abría la puerta.

—Un poquito.

Él sonrió.

—Esta es tu noche de aprendizaje. Ven. Te mostraré.

El interior estaba decorado al estilo de una biblioteca inglesa de buen tono. Había un bar y mesas de billar, con lámparas de pantalla a poca altura. Al igual que Annie, estaba de bote en bote. Allí Harry era conocido. Consiguió una mesa. Luego, puso tiza en su taco.

—Bueno, ahora mira —le enseñó a sujetar el taco, a deslizado entre los dedos y a calcular la bola—. Bien, adelante —dijo, dando un paso atrás.

Mal se inclinó sobre la mesa para apuntar con cuidado. Con cada movimiento el vestido de gasa se escurría hacia arriba en su hermoso trasero. Harry apartó con esfuerzo los ojos de la tentación.

La bola roja rozó la blanca y rodó suavemente hacia la tronera lateral. Ella levantó la vista con un guiño.

—Es fácil, Profe.

Él suspiró.

—En los tiempos de mi madre habrías debido dejar que ganara el caballero. Para halagar su vanidad masculina.

Ella sonrió con toda la cara.

—Yo soy de las que echan sal en la herida. Acomódalas, Profe.

Harry la miró con suspicacia.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que no es esta la primera vez que juegas.

—Probablemente porque trabajé en un lugar como este. Hace mucho tiempo. Muchas lunas atrás. Aunque no se parecía mucho a esto —añadió, estremeciéndose al recordar el miserable salón de billares, con las luces fluorescentes y los hombres de ojos vacíos, que tosían el humo del cigarrillo dentro de la cerveza. Enarcó una ceja, echándole una mirada desafiante.

—Te apuesto cincuenta dólares a que te gano.

—Acepto. Aunque tengo la sensación de que voy a arrepentirme.

Media hora después, él le entregaba el billete de cincuenta.

—Debería metérmelo en la pechera, al estilo de las tabernas —comentó ella—. Pero como habrás notado, el escote no se presta para hacer eso.

—Sí lo noté, y podría añadir que valió la pena perder esos cincuenta dólares solo por verte inclinada sobre la mesa con ese vestido.

—Cerdo machista —protestó ella, tomándolo del brazo—. ¿Y ahora, Profe?

—Bueno, podríamos tomar una última copa.

La limusina los dejó en Louisburg Square. Ella contempló atónita esa magnífica casa antigua.

—¿Aquí vives?

—Solo en el piso de abajo. Los otros apartamentos están alquilados.

Harry abrió la puerta y la hizo pasar al vestíbulo. La bicicleta de montaña estaba apoyada contra la pared; el casco, apoyado en una bella consola del siglo XVIII. Abajo había un par de patinetas; un hueso de plástico ocupaba el centro de la alfombra persa, de color verde oscuro.

—Esto es muy hogareño —comentó ella con aire de aprobación, mientras pasaba a la sala—. De veras, Harry, es hermoso. Hasta con la Nautilus allí, esta habitación mantiene la elegancia de una época pasada.

—Gracias, Malone. Haz como si estuvieras en tu casa. ¿Quieres que te prepare algo?

—Café, por favor.

Echó una mirada curiosa al dormitorio. Estaba amueblado con mucha sobriedad, en tonos de bronce: una cama jacobina de dosel, un par de mesas de noche, una silla vieja, una alfombra mordida y poca cosa más.

—*Squeeze* se comió esa alfombra cuando era cachorro —explicó Harry desde la cocina—. Estuvo descompuesto durante una semana. Jamás volvió a masticar nada que no le correspondiera.

El cuarto de baño era como una distorsión en el tiempo.

—¿Cómo te las arreglas aquí? —preguntó ella, viendo que no había encimera.

—Muy bien, gracias —él encendió la cafetera eléctrica—. A mí me sirve.

—Bueno... —Mal entró en la cocina—. ¡Caramba! —Quedó maravillada cuando vio el tecnificado ambiente de acero y granito—. No me habías dicho que sabías cocinar.

—No sé. Todo esto es para exhibición. Pero siempre he querido aprender. Algún día haré un viaje a la escuela de cocina de la Toscana y veremos qué tal soy como *chef*.

—Puedo decírtelo ahora mismo: nada bueno —ella se apoyó en la encimera de granito, con los brazos cruzados sobre el pecho—. He pasado una noche estupenda, Harry. Gracias.

—Ha sido un placer, señora —él le hizo una reverencia cortés.

—Mal —corrigió ella.

—Treinta y cinco años: ni un día más.

Ella, riendo, le dio un golpe de puño en el pecho.

—Oh, Dios mío, eres terrible, Harry Jordan. Hablaba en serio.

—Ya lo sé. —La estrechó contra sí, encerrándole la cara en una mano. Durante un largo instante se miraron como estudiándose.

—¿Y nuestro contrato verbal? —susurró ella.

—Esta es una cláusula suplementaria —aclaró Harry. Y la besó.

Fue un beso suave, trémulo, como de adolescente. Los labios de él eran cálidos; los de ella, suaves, se entreabrieron.

Se olvidó de respirar; no parecía tener importancia. Solo quería seguir besándolo. Metió los dedos en el denso pelo rizado de Harry e inclinó la cabeza hacia atrás, sintiendo su mano sobre la piel. Estaba perdida en él, bebiéndolo.

Cuando Harry apartó la boca, ella tomó aire con un jadeo.

—Te aseguro que no era mi intención hacer eso —dijo, estremecido, sin soltarla.

—Tampoco la mía. —Mal pensó que si él la soltaba simplemente se escurriría hasta el suelo.

—¿Café?

Asintió, con los ojos dilatados, sin aliento. Él la ayudó a trepar en un taburete, junto a la encimera, y llenó de café dos sencillas tazas blancas.

—¿Un bocadillo?

Mal se echó a reír, sin poder evitarlo.

—Oh, detective, ¿cómo sabes exactamente lo que necesito?

Él devolvió la gran sonrisa.

—Percepción extrasensorial —sacó dos frascos del frigorífico—. ¿Quieres el pavo con mayonesa o mostaza?

—Ambas —respondió ella, sin dejar de reír.

Capítulo 25

Suzie entró en el cuarto de baño, quitándose los zapatos mientras caminaba. Se lavó los dientes y la cara. Luego se puso el paño frío sobre la frente palpitante; esto la calmaba. Decidió ponerse hielo.

Volvió lentamente a la cocina, descalza, y abrió el frigorífico. Era un modelo viejo, sin heladora automática, y la cubitera estaba vacía. Suspiró; seguramente se había olvidado de rellenarla.

Entonces recordó que tenía una bolsa con dos kilos de guisantes congelados, comprada dos meses antes para aliviar un tobillo con esguince. Daba tan buen resultado como una bolsa para hielo de las más caras, pues era flexible. Podía envolverla en una funda y ponérsela en la cabeza.

Con la bolsa de guisantes en la mano, entró en el dormitorio. Las píldoras acentuaban su sensación de mareo. El cabo de enfermeros le había dicho que le darían sueño: «Lo más probable es que te pases la mayor parte del día durmiendo». Mejor así; mientras durmiera no vería esas luces deslumbrantes frente a los ojos; Y era de esperar que se fuera ese dolor triturante.

Pero si se quedaba dormida no podría encontrarse con su hermana. Echó una mirada vacilante al reloj. Era muy tarde, pero Terry estaría aún paseando con su novio. Decidió llamar y dejarle un mensaje en el contestador automático.

Dejando la bolsa de guisantes, comenzó a desabotonarse la bata blanca. El gato corrió hacia ella y subió de un salto a la cama. Luego se agazapó, moviendo la cola sin dejar de mirarla.

—¿Qué te pasa, Quentin? —preguntó ella, sorprendida—. Acomódate, ¿quieres?

Se quitó la bata y el sujetador. Luego, sentándose en la cama, rotó lentamente el cuello, en un intento por aliviar el dolor. Por fin, ya cansada, marcó el número de Terry y aguardó con paciencia que el contestador se pusiera en funcionamiento.

Él salió del armario. La chica estaba de espaldas a él. Se acercó de puntillas.

—Hola, Terry, soy yo —dijo ella al aparato—. No me siento muy bien; otra vez la migraña. En el hospital me dieron unas píldoras que me harán dormir, así que no creo que pueda verte mañana... Bueno, hoy, en realidad...

El gato se puso rígido, mirando asustado más allá de su hombro, con el lomo erizado; sus ojos parecían brasas rojas a la luz de la lámpara.

—¿Qué te ha dado, Quentin? —Suzie giró para ver qué miraba el animal. A veces los gatos se asustan por nada—. Oh, Dios mío —dijo, en un susurro estrangulado—. ¿Qué hace aquí? ¿Qué...?

De un manotazo, él tiró el teléfono al suelo y la sujetó. Con un grito aterrado, Suzie se escabulló entre sus brazos y echó a correr. El hombre se lanzó tras ella y la sujetó por una pierna, arrojándola al suelo.

Suzie gritó, gritó y gritó.

Él, sentado en el suelo, aferró su densa cabellera roja para arrastrarla cruelmente

hacia él, hasta que la cabeza de la chica quedó junto a su entrepierna. Estaba tendida de espaldas entre sus muslos, indefensa. Había perdido el color y tenía los ojos tenebrosos de espanto.

El hombre se envolvió la mano en su cabellera, tirando más y más, hasta que ella gimió de dolor. De pronto rompió a gritar otra vez: un alarido agudo, gemebundo. Él apoyó la punta del cuchillo sobre el cuello de Suzie.

—Si gritas, te mato —susurró.

Suzie calló y quedó inmóvil. El hombre se estremeció de alivio. Una vez más tenía la situación controlada.

En la casa vecina, Alec Klosowski volvía de su trabajo en el bar. Cuando estaba poniendo la llave en la cerradura, oyó un ruido y se volvió para escuchar. Habría jurado que era un alarido... y que llegaba de la casa vecina.

Notó, sorprendido, que el coche de Suzie estaba allí. ¿No le tocaba trabajar de noche? Además, había luz en la cocina. Probablemente había vuelto temprano y el grito era solo un maullido del gato. Había muchos gatos de albañal en el vecindario y a menudo armaban bulla por la noche. Suzie había adoptado a uno, aunque decía que aún se portaba como un gato callejero.

Abrió la puerta para entrar. Había sido una noche larga.

Suzie había caído sobre la bolsa de guisantes; su frío le estaba congelando la espalda. Cambió apenas de posición. Él le apretó la punta del cuchillo en el cuello, haciendo correr un hilillo de sangre hasta sus pechos. Lo miró fijamente, enmudecida por el terror. Estaba loco; se le veía en los ojos. Se dio cuenta de que debía hacer algo, pero no se atrevió a gritar. Temblaba violentamente; supo que estaba en *shock* y que no tardaría en perder la conciencia. Esa era su última oportunidad. Deslizó la mano derecha debajo de su cuerpo y, arqueando apenas la espalda, sujetó la bolsa de guisantes.

El hombre tenía los ojos cerrados; estaba pensando su próximo paso, disfrutando como siempre de ese momento definitivo de poder. Aunque las cosas no sucedieran exactamente como él las había planeado, Suzie Walker era suya.

La chica asió la bolsa, su única arma. Si lograba distraerlo, aunque solo fuera un momento, podría correr a la calle y gritar pidiendo ayuda. Alguien acudiría a salvarla.

Ahora o nunca: incorporándose bruscamente, le arrojó la bolsa a la cara. El plástico se abrió por la fuerza del golpe y los guisantes repiquetearon por el suelo.

Él dejó escapar un rugido, llevándose automáticamente las manos a los ojos. Suzie estaba ya de pie, pisando guisantes. La puerta de calle nunca le había parecido tan lejana...

Oyó que él gritaba. Le faltaban solo tres pasos... Oh, Dios, no lograba quitar el

cerrojo.

El hombre la sujetó desde atrás, tirando de su cabeza hacia abajo. Suzie clavó en el asesino los ojos negros de horror.

—No —imploró—. No, por favor.

Luego él levantó el brazo y le cruzó velozmente el cuello con su cuchillo.

De ella brotó un grito borboteante. Él la soltó precipitadamente al ver el chorro de sangre. Sin dejar de hacer ese ruido terrible, como de arcadas, la chica caminó hacia el dormitorio, tambaleándose. Al llegar a la puerta se aferró de ella pero cayó de rodillas; sus manos ensangrentadas dejaron un rastro rojo. El hombre la observó un momento. Luego se plantó junto a ella.

Suzie ya no podía levantar la cabeza. Arrodillada en el suelo, clavó una mirada vacía en los zapatos del asesino. Estaba ahogándose en su propia sangre y jamás podría levantarse otra vez. Fue cayendo lentamente, hasta que su cabeza se posó sobre los zapatos negros Gucci.

Él la miraba con frialdad. Por fin estaba inmóvil. Pero lo había visto. Tenía que asegurarse.

Asió un mechón de pelo para levantarle la cabeza y le cortó la carótida. Para mayor seguridad. Luego la dejó caer nuevamente y se irguió, respirando con pesadez. La chica estaba desnuda, salvo las bragas pero no se sentía excitado. Ese no era su modo de hacer las cosas.

Miró hacia abajo y vio sangre en su camisa, en los pantalones, en los zapatos. Estaba cubierto de sangre.

El pánico le hizo temblar violentamente. De pronto era como si sufriera las etapas finales de la malaria: sudaba y se estremecía. Todo había sido por su culpa. Ella había hecho mal en volver a casa cuando no debía. Si hubiera mantenido su conducta habitual las cosas habrían sido exactas, limpias y satisfactorias. Él lo tenía todo planeado.

Enloquecido de ira, se dejó caer de rodillas para apuñalarla. La tajeó una y otra vez.

—Putá —tartamudeó, mientras las lágrimas corrían por su cara—, sucia, cerda, mala puta...

Pasó en un minuto. Ya dominado, se levantó y retrocedió un paso para contemplar su obra. Luego se miró las manos ensangrentadas. Aún llevaba puestos los finos guantes de goma. Había actuado con astucia, después de todo.

Entró en el cuarto de baño para lavar los guantes. Después de secarlos, quitó la sangre de la ropa con la toalla mojada, limpió el puñal y lo guardó en su bolsillo.

Apagó la luz del cuarto de baño; luego, la del dormitorio. Echó una última mirada a Suzie, tendida en el hueco de la puerta. Luego pasó por sobre su cadáver para ir a la cocina. Con la luz encendida, echó un vistazo nervioso por la ventana hacia la calle. Estaba desierta. Los guisantes congelados crujieron bajo sus pies, camino hacia la puerta principal.

El gato aterrorizado huyó de su escondite, bajo la mesa del vestíbulo, e hizo tropezar al hombre, quien lo maldijo. El puñal escapó de su bolsillo y cayó al suelo, en tanto él, sin darse cuenta, abría la puerta de calle.

La cerró suavemente detrás de sí, escuchando el chasquido de la cerradura. Después de echar sendos vistazos a derecha e izquierda, cruzó precipitadamente la calle hacia la sombra de los autos aparcados.

Alex Klosowski lo vio al abrir la ventana de su dormitorio y sonrió. «Así que era por eso que Suzie volvía temprano», pensó mientras se metía en la cama, bostezando. Oyó el ruido del motor al ponerse en marcha; luego el coche pasó frente a su casa. Pero por entonces él estaba casi dormido.

—He echado de menos a *Squeeze* —comentó Mal, acurrucándose en el asiento de cuero crudo, mientras Harry conducía por la calle casi desierta rumbo al Ritz.

Él meneó la cabeza, incrédulo.

—¡Pero si apenas lo conoces!

—A ti no te conozco mucho más.

—Pero seguramente me conoces mejor que yo a ti.

Ella le echó una mirada cautelosa.

—¿Volvemos a las andadas?

Harry se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Bueno, prometo que este fin de semana te contaré toda mi historia. No tiene nada de fascinante, pero supongo que en las montañas no hay mucho que hacer.

—Es un buen lugar para purificar el alma —como ella guardara silencio, añadió—: A cambio de tus confidencias te permitiré llevar a *Squeeze* a dar un largo paseo.

—Gracias.

—Hemos llegado, Cenicienta —detuvo el coche delante del hotel. Ella había insistido en regresar al Ritz antes del amanecer, aduciendo que no podía entrar a la hora del desayuno con ropa y maquillaje de noche, aunque todo hubiera sido inocente.

Mal sonrió. Luego se estiró para besarlo en la boca.

—Hasta mañana. Hasta luego.

—A las siete —dijo él.

—Casi no vale la pena acostarse.

—Sola no, por cierto... y en el Ritz.

Ella reía mientras se alejaba hacia la entrada del hotel, con ese tentador movimiento de crema sobre melocotones. Harry llevaría ese recuerdo hasta sus sueños.

El hombre se obligó a conducir lentamente el Volvo. No podía correr el riesgo de que la policía lo detuviera en ese estado.

El trayecto hasta su casa parecía durar una eternidad. Ni siquiera puso la música clásica que habitualmente disfrutaba al regresar de sus cacerías; saciado y feliz. Las cosas nunca habían sucedido así, con tanto descontrol. Apenas podía concentrarse en el tránsito. Sabía que, si lo detenían, estaba perdido.

Con un suspiro de alivio, viró finalmente hacia su calle y entró en su casa. Las puertas de la cochera se cerraron tras él.

Después de apagar el motor, cayó sin fuerzas contra el volante. Estaba temblando.

Se apeó del vehículo y caminó precipitadamente hacia la puerta, para retirar con manos entumecidas la batería de cerrojos y cerraduras. Por fin se encontró adentro. Durante un minuto permaneció recostado contra la pared, jadeando como si tuviera un ataque cardíaco. Luego subió dando tumbos la escalera hasta la puerta cerrada.

Tenía la llave especial colgada del cuello con una larga cadena de plata, escondida bajo la camisa para que nadie la viera. La buscó a tientas y sus dedos encontraron la sangre de Suzie; húmeda, picante, pegajosa. Entonces aporreó frenéticamente la puerta con los puños, gimiendo.

—Déjame entrar. Por favor, déjame entrar...

Se echó a llorar.

Después de arrancarse la camisa ensangrentada, se arrodilló frente a la cerradura, tratando de embocar la llave con las manos trémulas. Por fin la puerta se abrió de par en par. Se levantó trabajosamente, con la garganta desgarrada por los gemidos, y entró en la habitación, cerrando con un portazo.

Capítulo 26

En opinión de Harry, la vida era bastante bonita. Era la mañana del día siguiente y él iba al volante de su *jeep*, con *Squeeze* en la parte trasera y Mallory Malone en el asiento del pasajero, que parecía corresponderle por derecho propio.

Dormía profundamente. De vez en cuando él le echaba una mirada, maravillado por las largas pestañas que se curvaban sobre sus mejillas; echaba de menos sus miradas burlonas, esas con que lo mantenía sobre ascuas.

Squeeze iba asomado por la ventanilla para olfatear el fresco olor de los pinos. Después de serpentear por la cuesta de la montaña, Harry se desvió por un camino lateral que cruzaba el bosque. Dando tumbos entre los pozos, dejaron atrás una pequeña posada, a la orilla de un plácido lago de aguas pardas, famoso por sus truchas; luego, un pequeño caserío, con un granero rojo que funcionaba como colmado, con una solitaria gasolinera enfrente. Allí se arracimaban unas pocas casas, como casas en un prado, todas pintadas de blanco, con filetes negros en los aleros Victorianos y anchas galerías al frente. Un par de perros holgazaneaba afuera. Uno de ellos corrió tras el *jeep*, ladrando sin mucha convicción. *Squeeze* apoyó las patas en el asiento trasero, deseoso de correr tras él.

—¿Dónde estamos? —Mallory se incorporó para mirar a su alrededor.

—Ya llegamos —anunció él, tomando la última curva hacia la cabaña. Entró por el camino de grava y pisó el freno, haciendo que el vehículo derrapara en círculo—. Es la única manera de llegar aquí, dijo con aire indiferente, mientras Mal se aferraba al asiento con un grito ahogado. —Intentar retroceder por esa cuesta es un infierno.

—Debes de haber practicado muchísimo para perfeccionar esa maniobra —observó ella, clavándole una mirada fulminante—. Pensé que había llegado mi final.

Él le abrió la portezuela, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ese era solo el principio, señora —aseguró, ofreciéndole la mano con una reverencia.

Mal bajó de un salto, ignorándolo.

—¡Oh! —exclamó. Luego otra vez, sonriendo—: Oh...

—¿Debo interpretar eso como una aprobación?

—Sí, decididamente sí.

La cabaña de troncos estaba encaramada en lo alto de una fuerte pendiente. Era cuadrada, tosca y compacta, construida de cedro. Tenía vertiginosas ventanas y un tejado saliente en pico, capaz de soportar una buena carga de nieve. Se veían un amplio porche y una gran chimenea, levantada con piedra de la zona. En el porche crecían flores en cestos con musgo. La alta puerta de dos hojas parecía tan gruesa como para resistir a un ejército invasor.

Mal suspiró con envidia.

—¿Qué otras sorpresas inmobiliarias me reserva la familia Jordan? ¿Un castillo en España? ¿Una villa en Toscana?

—Temo que esto es todo. Además, creo que hace falta ser marqués, al menos, para ser dueño de un castillo. Los Jordan solo merecemos el vulgar título de señor.

—Y el de detective —recordó ella.

—Olvídate del detective, aunque solo sea por este fin de semana.

Squeeze gimoteó.

—¡Oh, pobrecito! —exclamó ella—. Nos olvidamos de él.

Harry le abrió la portezuela y el perro comenzó a saltar en torno de ellos, en un éxtasis de entusiasmo.

—Veo que no solo a mí me encanta este lugar —comentó Mal. El perro desapareció en el bosque.

—Creo que aquí se siente más cerca de sus antepasados lobos —comentó el dueño, riendo—. Vuelve a ser una bestia salvaje.

Mientras él llevaba dentro las bolsas, Mal lo siguió con el cesto de merienda que había encargado al cocinero del Ritz. Al entrar se encontró con una muestra de perfección de la familia Jordan.

Los troncos de cedro habían cambiado de color hasta adquirir un matiz maduro; las anchas tablas del suelo relucían bajo las coloridas alfombras hechas con retales. En las paredes había tapices navajos; en las sólidas mesas laterales, estatuillas de bronce que representaban a jinetes. Una familia de Nueva Inglaterra, pintada por Norman Rockwell, coronaba el sólido madero de cedro, con quince centímetros de espesor, que constituía la repisa. El hogar hecho de roca, ocupaba toda la pared. En él se habría podido asar un buey. Los enormes sillones dispuestos enfrente eran tan amplios que era posible perderse en ellos.

—¡Oh! —repitió Mal—. ¡Oh, Harry!

Él se pasó la mano por la barba crecida en el mentón, con cara divertida.

—Para ser periodista, eres mujer de pocas palabras.

—Me pareció que eso lo decía todo. Pero si lo quieres por escrito, esto es la bienaventuranza. ¿Te das cuenta, Harry, de que una podría casarse contigo solo por tus propiedades? Cada vez que me llevas a una de tus casas no quiero salir de allí.

—Lo tendré en cuenta, Malone. Ven te mostraré el resto.

Se acercaron a la vertiginosa serie de ventanas de la parte trasera, donde Mal ahogó una exclamación de deleite. El terreno descendía a pico. A través de un encaje de verdor se veían las cumbres de las montañas y un lago remoto. Harry abrió las puertas de cristal para salir a la galería. Apoyados en la baranda del porche, bebieron el silencio y la belleza. En lo alto de un árbol gorjeaba un pájaro; el viento jugaba entre las hojas y algunos animalillos correteaban por la maleza. Hasta los rayos del sol parecían tangibles, agregando un esplendor dorado al panorama.

—Se me han agotado los superlativos —reconoció ella, débilmente.

—Cada vez que vengo me pregunto qué hago en las calles de la ciudad, persiguiendo a asesinos —reconoció Harry—. Allí veo de primera mano el mal que el hombre causa al hombre. En primer plano y a todo color. Y aquí, todo esto —abarcó

el paisaje con un ademán del brazo—. Venir aquí es una especie de renovación.

—«Restaura mi alma» —citó ella, mirándolo.

—Quien haya escrito ese salmo acertó. Aunque algunas de las personas que han venido conmigo no estarían de acuerdo.

—¿Tu esposa? —Adivinó ella.

Harry asintió.

—Jilly detestaba esto. Con una vez le bastó. Dijo que se había pasado la vida huyendo de este tipo de lugares —hizo una mueca irónica—. Tenía veintiún años.

—Y era una señorita de buena familia, de esas a las que llevabas a los bailes de fin de curso; de las que te llevaban permitiendo que les metieras la mano bajo el vestido al regresar de los bailes.

—¿Eso es lo que piensas?

Mal se encogió de hombros.

—¿Con qué otra clase de chica puedes haberte casado?

Él siguió contemplando el panorama reclinado sobre la barandilla, pero Mal tuvo la sensación de que no lo veía.

—Cuando la conocí, Jilly tenía diecinueve años —dijo en voz baja—. Era camarera de un café para camioneros, en las afueras de la ciudad. Se llamaba «Los primos del campo».

»Había nacido en una aldea de Alabama y hablaba con suave acento sureño; se me hacían gelatina los huesos con solo escucharla. Tenía una larga cabellera rubia y los ojos del color del *whisky*; cuando cruzaba el salón, todos los tíos la seguían con la mirada. Era alocada y temeraria. Conducía una vieja moto Harley. Yo esperaba a que terminara de trabajar solo para verla partir por la autovía, con el pelo rubio al viento.

»Cuando la invité a salir me rechazó de plano. “Vete a casa con tu papá, hijito”, me dijo, con toda la superioridad de la mujer de mundo ante un estudiante bisoño. Ni siquiera mi Porsche sirvió para tentarla a salir conmigo. “Aquí vienen tíos con Ferrari. ¿Para qué te necesito, dime?”, me dijo.

»Insistí durante varios meses, pero ella no quería saber nada del asunto. Decía que no sintonizábamos la misma longitud de onda. Yo sabía que consumía drogas. Hasta conocía al fulano que se las vendía —miró a Mal—. Tienes que entender: Jilly representaba una muchacha pura y llena de salud. La típica norteamericana alta y rubia. Yo odiaba las drogas y odiaba aún más a ese hombre por dárselas.

»Cuando me recibí en Harvard la invité a mi graduación. Y ella aceptó, dejándome estupefacto. “¿Qué se pone la gente para esas ceremonias de lujo?”, preguntó. Me di cuenta de que, por una vez, estaba nerviosa. “Cualquier cosa, le dije. Algo sencillo”.

»Apareció de jersey, con una falda tableada hasta las rodillas, collar de perlas y el pelo recogido atrás con una cinta. Estaba maravillosa; la motociclista drogada, la que vestía de cuero negro, parecía una chica de los años cincuenta.

»Mi graduación le cambió la vida. Estaba ahí, sentada junto a mis padres,

comportándose como una dama y diciendo todo lo correcto, con ese arrastrado acento sureño. Y devorándose todo. La cena de celebración se hizo en LockObers; ella insistió en que le contara por qué el desnudo colgado sobre el mostrador se cubría con un paño negro cada vez que Harvard perdía ante Yale. De pronto la fascinaba toda esa tradición que acompaña a la universidad y al dinero.

»“Se acabó, Harry, me dijo después. Dejaré el trabajo de camarera. Y las drogas. Y la moto. Quiero ser una dama”. Y lo hizo. Lo hizo sin esfuerzo: un buen corte de pelo, la ropa adecuada, los modales correctos. Cuando nos casamos era el encanto personificado. Y entonces le destrocé la imagen de la clase alta.

»“Yo no me casé con un policía, sino con un abogado”, fue lo que me dijo al informarme que me abandonaba. Llevábamos dos años de casados, pero durante el último se había sentido sola; ya tenía a otro esperando entre bastidores.

Harry apartó los ojos del panorama, pero Mal comprendió que aún estaba viendo su pasado. Se encogió de hombros.

—Ahí se acabó todo. Después de ofrecerle lo que ella quería, yo se lo quitaba. A ella le gustaban la vida social, las fiestas, las comidas y la ropa. Ahora tiene todo eso en Greenwich, Connecticut. Tiene dos hijos y dedica mucho tiempo a las obras de caridad.

Mal vio en sus ojos que él estaba dolido.

—Lo siento, Harry —dijo con suavidad.

—No es nada. Ya pasó. Ahora hasta puedo desearle buena suerte. De vez en cuando hablamos. Es una mujer común, agradable —sonrió con ironía—. Ella quería un marido abogado y yo, una motociclista de pelo largo suelto al viento. Desde entonces tengo debilidad por las camareras —le pasó un brazo por los hombros para acercarla a sí—. Como te dije, este es un buen lugar para purgar el alma.

Abrazada por los hombros, la llevó al piso alto por la ancha escalera. Los viejos peldaños de pino, anchos y de poca altura, crujían ruidosamente. Una vez arriba abrió la gran puerta en arco, diciendo:

—Esto es todo tuyo.

Ella apreció las vigas del techo, que parecía el de una catedral, y la serie de ventanas que daban a un espléndido panorama. La sencilla cama de pino, cubierta con un esponjoso edredón de plumas, y el suelo lustrado, sembrado de viejas alfombras de seda. El enorme armario debía de haber sido hecho por un artesano en ese mismo sitio, pues de otro modo habría sido imposible entrarlo. Frente al hogar había un par de viejos sillones confortables, tapizados de lana a cuadros blancos y rojos; frente a la ventana, una descolorida *chaise longue*, para contemplar el espectacular paisaje. Las lámparas tenían pantallas rosadas, a fin de que arrojaran un fulgor cálido en las frías noches de invierno; en los estantes se amontonaba una ecléctica selección de libros para los insomnes.

—Casi me gustaría que estuviera nevando. —Mal dejó escapar un suspiro de contento—. Podríamos arrojar un leño al fuego, encender las lámparas y...

—¿Y...? —Él enarcó una ceja esperanzada.

—Y comer lo que traje en el cesto —concluyó ella, con firmeza—. No sé qué pasa contigo, pero yo estoy famélica.

Bajaron a la gran cocina cuadrada. Contra lo que ella esperaba, era anticuada, con encimeras de azulejos, sencillos armarios de pino y una vetusta cocina de acero para restaurante, que ocupaba media pared. En un rincón había un hogar de piedra y una vieja mesa de pino, a la que las limpiezas de muchos años habían dejado muy blanca. La rodeaban diez o doce sillas desiguales.

—En vida de papá la cabaña solía estar siempre de bote en bote —dijo Harry—. Y antes, en vida de mi abuelo. Siempre estaba llena de tíos, primos, abuelos, amigos... y perros, por supuesto. En esta vieja cocina se ha preparado más de un banquete. Cuando yo era chico, solía esconderme bajo la mesa a la hora en que debía estar acostado, mientras los grandes cenaban. Ellos sabían que yo estaba allí, pero me permitían creer que los estaba burlando. Corría el vino, las anécdotas y los recuerdos: los peces que habían pescado o cómo les había ido con el esquí, según la temporada.

»Me gustaba, sobre todo, cuando caía la nieve contra las ventanas y el fuego ardía en el hogar; se olía el sabroso guiso preparado por mi madre y el pan recién horneado: la especialidad de papá. Él decía que eso lo relajaba. Se instalaba allí, de pie, castigando la masa con los puños y sobándola. Según decía mamá, imaginaba que estaba golpeando a sus clientes.

Mal le envió una sonrisa reminiscente cargada de puro placer. Envidiaba ese tipo de recuerdos, pues ella solo tenía espacios en blanco donde deberían haber estado la familia, los amigos, la calidez y las relaciones.

Harry se frotó el mentón con la mano, sintió la barba que crecía con celeridad, y sonrió.

—En esos tiempos la gente sabía divertirse. Aquí se permitían muy pocos entretenimientos fabricados por el hombre: no había televisión ni radio, aunque a mi madre se le permitía tener sus viejos discos de vinilo... incluido *Hay humo en tus ojos*, por supuesto. Y también había un viejo piano vertical que todos tocábamos, hasta yo, aunque ninguno lo hacía muy bien. Cuando nevaba demasiado para salir, jugábamos al póquer o a otros juegos de mesa; después de cenar, a las charadas. Después alguien tocaba algo al piano o mamá ponía un disco, mientras todos bebían su copa de coñac antes de acostarse, con los perros estirados frente al fuego.

»Todavía los veo a todos, a la luz de la lámpara, exactamente como eran, aunque ahora muchos son solo fantasmas. Fantasmas felices, espero. A veces, cuando estoy solo aquí, creo poder sentirlos, rodeándome, es una sensación cómoda, tranquila como si estuviera con viejos amigos.

Mal lo miraba fijamente, ansiosa como una criatura que escuchara un cuento de hadas. Él se encogió de hombros, diciendo:

—Ahora sabes por qué amo este lugar. Es por la continuidad, por los recuerdos. El tipo de recuerdos que me gustaría entregar a mis propios hijos —fue hacia la

encimera para abrir el cesto de la merienda—. ¿No tenías hambre?

Había vuelto a su humor provocativo, pero Mal seguía pensando en esa refulgente pintura de un mundo desconocido. Más que de comida, estaba hambrienta de esa vida.

Harry llenó de comida para perros el cuenco metálico de *Squeeze* y el perro llegó a la carrera, desde la galería, donde había estado husmeando el olor de los conejos.

Mal sirvió la comida en la galería, mientras Harry traía platos y cubiertos. Echó una mirada de asombro al banquete de pollo asado, patatas tiernas con vinagreta y espárragos frescos. También había una tajada de queso francés, una hogaza de pan crocante y peras frescas hervidas en vino tinto.

—Yo pensaba que sería un bocadillo a la Matisse —dijo.

Mal gruñó.

—¿Te traigo comida digna de dioses y tú quieres un emparedado?

—Estaba bromeando. Pero esta merienda requiere un buen vino tinto.

Iba a entrar en la casa para traerlo, pero ella levantó la voz:

—Agua, no más. Necesito tener la cabeza despejada para esa caminata a la que vas a llevarme después.

—¿Después? Creo que voy a necesitar un descanso.

Ella se echó a reír.

—Escucha, Harry Jordan: compré un equipo especial para la ocasión y tengo intenciones de usarlo.

Los claros ojos azules del perro, anhelosos, estaban clavados en la comida. Harry le arrojó una presa de pollo.

—Para una maratón como esa, un perro necesita reunir fuerzas —dijo.

Ella, sonriente, masticó satisfecha un tallo de espárrago; mientras bebía un sorbo de helada agua de montaña, devoró el panorama con los ojos, pensando: «La felicidad es como el dinero: cuando no la tienes no sabes qué significa; cuando la tienes, ni siquiera te das cuenta. Está allí, simplemente».

Se demoraron en la sobremesa; después, con un aire muy oficial, Harry dijo:

—Bien, tienes cinco minutos para cambiarte. Debemos salir antes de que cambie el tiempo.

Ella le echó una mirada incrédula mientras subía la escalera; en el cielo no había una sola nube.

—A propósito —dijo, al llegar arriba—: ¿Dónde duermes tú?

Él le dirigió una sonrisa descarada.

—Por fin lo preguntas. Te lo mostraré cuando volvamos. Pero no te preocupes: aquí hay tantos dormitorios que tú, *Squeeze* y yo podemos tener cada uno su cuarto, aun si aparecieran inesperadamente unas cuantas personas más. Cosa muy improbable, Malone.

—Mallory —corrigió ella por encima del hombro, entrando en la estupenda habitación que, por una sola noche de perfección, se le permitía considerar suya.

Se puso rápidamente unos recios pantalones cortos para excursión, que tenían un excesivo número de bolsillos, una camiseta blanca, calcetines gruesos y rígidas botas de suela gruesa que llevaba años acordonar. Luego se retocó la pintura de los labios y, después de plantarse la gorra de béisbol, bajó ruidosamente la escalera.

Él la observó cruzado de brazos, acompañado por *Squeeze*. Se había puesto unos pantalones cortos holgados, de tipo náutico, color coral, una desteñida camiseta de *rugby*, un par de botas maltrechas y una gorra canadiense. En su expresión no había rastros de burla, pero Mal adivinó que ahí estaba, acechando en alguna parte.

—Tengo la sensación de que he metido la pata otra vez... En cuanto a vestimenta —agregó, insegura.

—Digamos que tu atuendo es un poco serio para la ocasión.

En la tienda le habían dicho que era el equipo adecuado. Frunció el entrecejo, mirándolo de arriba abajo, y comentó con sarcasmo:

—Supongo que habría debido elegir algo rosado, como tú.

—Voy a soportar ese golpe como corresponde a un hombre, Malone. Sin embargo, para tu información, este tono recibe el nombre de «rosado Nantucket». Es lo que todo el mundo usa en la isla: para navegar, para cenar...

—¿Para caminatas?

—Puede que yo sea el único que lo use para esa actividad. Y ahora que hemos aclarado ese punto, ¿vamos?

Squeeze, al reconocer la palabra, voló a la puerta entre cabriolas y chillidos. Mal se detuvo en lo alto de la escalera para verlo correr gozosamente, ladrando como loco, feliz con su libertad. Sonrió; ella sabía lo que el perro estaba sintiendo.

Capítulo 27

Harry tomó una senda que ascendía entre los bosques. *Squeeze* iba adelante, pero regresaba cada pocos minutos para comprobar si aún lo acompañaban. Los helechos de los costados olían a verdor y humedad; más arriba, los pájaros aleteaban en sus nidos, lanzando una alarma urgente.

Al cabo de media hora Mal estaba jadeando, pero Harry continuaba su marcha a paso firme. Ella decidió no darse por vencida.

Cuando llegaron a una meseta cubierta de hierba, después de otra media hora, las botas le apretaban los dedos hinchados y los gruesos pantalones le irritaban la piel de los muslos; sudaba a chorros. Se dejó caer al suelo, agradecida, tan falta de aliento que no pudo siquiera hablar.

—Te ha gustado, ¿eh? —observó Harry.

Mal le clavó una mirada fulminante.

—Sádico —jadeó.

Él se sentó en cuclillas a su lado, deslizando los dedos por las rozaduras en los muslos dejadas por la lona de los pantalones cortos.

—¿Qué llevas debajo? —preguntó.

—No me parece momento adecuado para ese tipo de preguntas, detective.

—Por favor, Malone. Sin segunda intención. Te pregunto qué llevas abajo porque no puedes seguir con estos ridículos pantalones. A menos que quieras llegar despellejada.

—Oh —musitó ella, malhumorada—. Bueno. Llevo bragas tipo calzoncillos.

Él asintió.

—Entonces quítate los pantalones. Pero que no se te ocurra quitarte las botas. No podrías volver a ponértelas. A ver, permíteme...

Se arrodilló frente a ella para aflojar los cordones. La sangre volvió a circular. Mal dejó escapar un suspiro de alivio. Luego él se volvió para que ella pudiera quitarse los pantalones.

—Bueno, ya estoy visible —anunció ella, con voz débil y azorada.

Al primer vistazo Harry lanzó una carcajada.

—¡Quién iba a imaginarlo! ¡Rosadas!

—Ya está bien, Harry Jordan, es suficiente —protestó ella, furiosa—. Mi ropa interior no es asunto tuyo.

—En este momento sí, Malone. Durante todo el trayecto de regreso tendré que ir detrás de ese trasero rosado. —Luego, moderándose, le ofreció una mano para ayudarla a levantarse—. Sujétate de mí. Es fácil resbalar.

A medio camino ella notó que el cielo se había encapotado. En cuestión de minutos pasó del gris paloma al acero; luego, al grafito. La lluvia golpeó el dosel de follaje como disparos de rifle, en gotas enormes; muy pronto se convirtió en una cortina de agua.

Ella se quedó atrás. Harry marchaba adelante, sin dejarse perturbar por el súbito diluvio; *Squeeze*, detrás de él, meneaba la cola como una bandera. Mal seguía caminando, decidida a no quejarse. Tenía la ropa pegada al cuerpo, le dolían los pies y la senda se había convertido en un lodazal. Un resbalón la hizo caer, pero se levantó de inmediato, rechinando los dientes.

—No se te ocurra quejarte —murmuró para sí—. No se te ocurra preguntar por qué diablos te trajo a esta ridícula caminata. Y sobre, todo, no se te ocurra llorar.

—Mal mira eso. —Harry se detuvo súbitamente y ella chocó contra él. La sujetó para que no se cayera, susurrando—: Mira. Allí arriba, en el árbol.

Había toda una familia de mapaches encaramados en las ramas, clavados en ellos los ojos solemnes, ribeteados en blanco y negro, como personajes de caricatura: una pareja de padres con dos crías, la escena más apasionante que Mal hubiera visto jamás. De algún modo, la lluvia plateada aumentaba su magia.

Harry vio la sonrisa llena de luz que iluminaba su cara. Se había quitado la gorra de béisbol y el pelo se le pegaba al cráneo. La camisa y las bragas rosadas se le adherían afectuosamente al cuerpo, salpicados de barro; debía de haberse caído, pues tenía las rodillas despellejadas. Sin embargo, no se había quejado.

—Vamos —dijo él.

—¿Cuánto falta? —Mal se odió por preguntarlo, pero se le había escapado.

Él le echó una mirada por encima del hombro, enarcando una ceja morena.

—¿Abandonas?

—No.

—Me alegro. Detestaría tener que llevarte en brazos.

Ella le clavó una mirada asesina en la espalda y continuó poniendo un pie delante del otro, con la vista fija en el suelo cenagoso. Después de un rato que le pareció muy largo, húmedo y doloroso, Harry anunció, volviendo la cabeza.

—Al fin, de vuelta en casa.

Estaban al pie de la pronunciada cuesta que conducía a la cabaña. Mal observó la pendiente; parecía el Everest. Sus muslos parecían de goma, le dolían las pantorrillas y los pies habían duplicado su tamaño normal. Tragó saliva, preguntándose cómo llegaría.

—Supongo que no vas a abandonar ahora, ¿o sí, Malone?

Lo tenía de pie a su lado. Le temblaron los labios, pero no se daría por vencida.

—Llegaré, aunque sea gateando —murmuró.

Él meneó la cabeza, maravillado.

—No hay necesidad de semejante penitencia.

—¡No seas cretino, Harry Jordan! —exclamó ella, cojeando con decisión hacia la cuesta.

Harry la alzó en brazos, pese a su resistencia.

—Quieta, Malone. Bien sabes que no puedes llegar.

Era cierto, aunque ella lo odió por decirlo.

La llevó al interior de la casa y subió la escalera con ella en brazos, hasta el dormitorio. Después de depositarla en una silla, aplicó un fósforo a los leños del hogar y entró en el baño. El cretino ni siquiera tenía la respiración agitada. Mal oyó correr el agua; luego un perfume de lilas entró en la alcoba.

Cuando Harry volvió, el fuego ya crepitaba agradablemente.

—Su baño está listo, señora —dijo.

Ella no había movido un músculo desde que estaba en esa silla. Probablemente no podía.

Se arrodilló para quitarle las botas, con tanta suavidad como pudo. Cuando le quitó los calcetines ella dejó escapar una queja. Tenía varias ampollas en los dedos del pie y despellejaduras en los talones. Harry, suspirando, volvió al baño en busca de gasa y desinfectante.

La encontró reclinada en la silla, con la cabeza caída hacia atrás y las piernas tiesas hacia adelante, como una muñeca rota.

—Esto va a arder un poco —advirtió. Sentándose en cuclillas a su lado para limpiarle las despellejaduras.

—¡Ay! —murmuró ella, sin abrir los ojos—. ¡Ay, ay, ay, ay!

—Bueno, ya pasó lo peor. Ahora, a bañarse.

Mal abrió los ojos y lo miró con desconfianza, pero él se limitó a levantarla otra vez para llevarla al cuarto de baño.

—Supongo que puedes desvestirte sin ayuda, ¿no?

—Supones muy bien —replicó ella, furiosa.

Harry, con una alegre sonrisa, cerró la puerta, pero de inmediato volvió a asomar la cabeza.

—Ah, Malone... —dijo—. Mi intención era llevarte a cenar en la posada, pero creo que tus lesiones necesitan tiempo. ¿Qué te parece si preparo algo de comer aquí, en casa?

—¿Cocinar, tú? —Mal emitió una carcajada escéptica.

—Espera a ver antes de criticar —respondió él, altanero. Y desapareció.

Estar así, sumergida en el agua caliente de esa enorme bañera antigua, con sus zarpas de león, era lo más parecido al paraíso entre todas las experiencias de Mal en ese día. Descontando la merienda, tal vez. Y la familia de mapaches que la miraban a través de la lluvia. Y *Squeeze*, haciendo cabriolas por el puro gozo de estar vivo.

Se movió en la bañera como una foca en las olas; sus dolores iban disminuyendo a medida que ese maravilloso calor se filtraba en sus venas. El agua olía a lilas. Vio un frasco de aceite para baños recién abierto en la repisa victoriana. Imposible pensar que perteneciera a la madre de Harry; simplemente, no era su estilo. Él lo habría comprado especialmente.

Pero no la conquistaría con tanta facilidad después de todo lo que le había hecho pasar, pensó, divertida.

Al salir de la bañera se envolvió en una enorme toalla blanca y volvió cojeando al

dormitorio. Se demoró frente al fuego para secarse, disfrutando del calor. En algún momento, allí afuera, a la intemperie, había temido no poder quitarse el frío nunca más.

Se cepilló el pelo, se frotó la cara maltratada con crema humectante y tocó sus heridas con loción suavizante. Después de un segundo de vacilación, sin detenerse a pensar por qué, se roció liberalmente con Nocturnes.

Luego se puso un pijama masculino de franela azul, demasiado grande, metió los pies ampollados en unos calcetines blancos y revolvió el bolso en busca de una bata. Se había olvidado de traerla. Echando chispas, plantó un jersey azul sobre el pijama.

Después de cepillarse el pelo mojado, se inspeccionó en el espejo. Tenía la cara rosada por el baño, y el pelo llovido. No se maquilló. Se quitó los lentes de contacto para ponerse sus pequeñas gafas de montura dorada. Si Harry Jordan tenía alguna idea erótica en su mente, la olvidaría tan pronto como la viera. Estaba hecha un desastre.

Cuando bajó rígidamente la escalera, de la cocina brotaban olores deliciosos. Las lámparas estaban encendidas y en el enorme hogar ardía un leño gigantesco. En uno de los vetustos tocadiscos de Miffy giraba un viejo disco de vinilo algo crepitante, pero la música era buena: Nat King Cole cantando Cuando me enamoro. En la mesa de café, frente al fuego, esperaban una botella de vino abierta y dos copas sencillas, pero hermosas.

Mal se dejó caer en el sofá más cercano a las llamas y levantó los pies con un suspiro de agradecimiento, preguntándose cuánto tardarían las ampollas en curar y si alguna vez podría volver a calzarse. La lluvia aún castigaba los cristales de las ventanas; el viento agitaba las copas de los árboles.

Se acurrucó en las honduras del sofá, envuelta en un repentino calor de bienestar. Había algo reconfortante en el hecho de estar en una habitación abrigada, al amor de la lumbre, mientras afuera rugía la tormenta.

—Ya estás aquí. —Harry entró como una brisa, con sus raídos tejanos y una camisa blanca. Llevaba un delantal de carnicero a rayas azules y una servilleta blanca al brazo, como los camareros franceses. Mientras llenaba las copas le echó un vistazo, apreciando el holgadísimo pijama, el suéter, la falta de maquillaje y las gafas —. ¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias. Pero todavía estoy enfadada contigo por esa caminata.

Una expresión dolorida cruzó la cara de Harry. Le entregó su copa de vino, pasándose una mano por el pelo ya revuelto.

—El problema estuvo en esas ridículas botas nuevas. Con las botas adecuadas habrías podido andar quince kilómetros más.

—¿Cuántos han sido?

Él se encogió de hombros.

—Cinco. Seis, quizá.

—En vertical.

—Oh, vamos. La pendiente era suave.

—¡Suave!

Al ver su mirada fulminante, Harry dijo, con aire razonable.

—Podrías haber dicho «ya está bien» en cualquier momento del paseo. ¿Cómo iba yo a adivinar que estabas sufriendo? ¿Qué eres: mártir?

Ella comprendió que tenía razón; el problema había estado, no solo en esas costosas botas nuevas, que no le sentaban bien, sino también en su propia tozudez.

—Estamos riñendo otra vez —dijo.

Se miraron a los ojos. Entre ellos pasó una pequeña corriente eléctrica.

—Este vino es demasiado bueno para malgastarlo riñendo.

Ella probó un sorbo.

—¿La comida estará igualmente buena?

—¡La comida! —Harry salió corriendo hacia la cocina.

Ella se relajó, sonriente. Él estaba en lo cierto: era una velada para saborear. La tormenta afuera, el crepitante fuego de leña, la luz de las lámparas, la dulce música, el buen vino. Suspiró, feliz. La tortura de la caminata casi valía la pena.

—La cena está servida —dijo él, trayendo una bandeja—. Se me ocurrió que podíamos comer aquí, delante del fuego. Es una *omtktte fiittata*, mi única habilidad culinaria.

Cortó una porción de la tortilla, gruesa, redonda y levemente quemada. Después de ponerla en un plato verde, con forma de hoja de lechuga, la dejó frente a ella.

—Una tortilla a la Van Gogh —dijo ella, admirada.

Pero él no la oía; la miraba.

—Como el bocadillo a la Matisse, ¿recuerdas? —insistió Mal.

—Estaba pensando en lo bonita que estás. Ese jersey hace juego con tus ojos: azul zafiro. Y me gustan las gafas.

—Ahora ya conoces mi peor versión. Así soy en realidad.

No soportaba que la mirara así. ¿Por qué tenía esa expresión, como si la conociera mejor de lo que ella se conocía a sí misma?

Harry le echó una mirada escéptica, pero se limitó a decir:

—Come, Malone, antes de que se enfríe.

Ella tomó un bocado.

—Esto es delicioso. ¿Qué le has puesto?

—Espárragos, patatas, pollo... lo que sobró del mediodía, en realidad. Y huevos, un poquito de cebolla, un toque de ajo.

—Me lo habías ocultado. Sabes cocinar.

—Solo esto, nada más. Por lo general, *pizza* recalentada en el microondas.

Mal rio.

—Yo, en cambio, copos de maíz. Desde la niñez me niego a cocinar.

—Cuéntame algo más de esa niñez.

Ella tomó un sorbo de vino, apartando la vista hacia las llamas.

—Es una pena echar a perder una velada tan bella hablando de mí.

Harry meneó la cabeza, exasperado.

—Ya empezamos otra vez. Estábamos de acuerdo, ¿no? Yo te cuento mi historia y tú me cuentas la tuya. Por el momento solo yo he completado mi parte del contrato.

Mal había reducido la historia de su vida a una versión mínima y estaba casi convencida de que eso era todo. Había dejado afuera grandes trozos, descartados junto con esa persona que se llamaba Mary Mallory Malone.

Sus mejillas ardían. Se quitó el jersey y, abanicándose la cara, fingió que era el calor de las llamas y no el de esos ojos grises lo que subía su temperatura.

Nat King Cole llegó al último compás. Harry se levantó para deslizar un dedo por la serie de títulos de discos. Eligió uno y lo puso. Después de bajar la intensidad de las luces, fue a sentarse junto a ella. El tronco se movió en la rejilla, despidiendo una bonita lluvia de chispas hacia la chimenea. La lluvia golpeaba contra las ventanas; los suaves compases de Nelson Riddle acompañaban el suave cantar de Sinatra: *Come fly with me, Come fly, it's fly away...*

Mal tuvo la sensación de estar volando, suspendida en el tiempo y el espacio. Solo existía esa cabaña, en la ladera de un monte, lejísimos de cualquier parte. De hecho, todo aquello resultaba peligrosamente seductor.

—A menudo vengo solo —comentó él—. Después de una buena caminata o un paseo en bicicleta, enciendo el fuego, abro una botella de vino, pongo música...

—Atenúas las luces.

—Sí, claro. De ese modo se pueden ver los árboles de afuera. Y la luna.

—Por si no lo has notado, esta noche no hay luna.

—Hablaba figurativamente.

Ella lo miró por encima de las gafas, preguntándose cuántas mujeres habría llevado allí. No se podía esperar que un hombre como Harry se pasara la vida solo. Al sentir nuevamente la punzada de los celos, se dijo que no era asunto suyo. «Oh, sí, se burló de sí misma, dime entonces por qué quieres tocarlo. Y por qué no puedes apartar los ojos de él».

Harry tampoco podía apartarlos de ella. Estaba arrebolada y el pelo rubio se le había secado en un suave casco dorado.

Los ojos azules parecían inmensos detrás de las gruesas gafas. Seguramente, sin ellas no vería a dos palmos más allá de sus narices.

Hipnotizada, Mal se desenroscó para levantarse del sofá. Se miraron a los ojos, a un paso uno de otro, nuevamente con esa tensión de cable vivo. Un pequeño escalofrío le corrió por la espalda.

—¿Por qué hemos hecho ese contrato de que no habría compromisos, Harry? —preguntó con suavidad.

—Es como la política del «no hay reclamo», supongo —cuando él le apoyó las manos en los hombros, Mal sintió que se le fundían los huesos—. Siempre podríamos agregar una cláusula que dijera: «con excepción de esta noche».

Le quitó las gafas para depositarlas cuidadosamente en la mesa. Ella entornó los ojos para mirarlo, miope, con el corazón palpitándole cerca de la garganta. Harry deslizó un dedo por sus labios. La sensualidad del gesto la hizo estremecer. Cerró los ojos, en tanto él dejaba suaves besos en sus párpados y le pasaba la punta de la lengua por las pestañas.

—Dulce —murmuró—, muy dulce. Me intrigaba saber qué sabor tendrías.

Lamió la comisura de la boca, la besó en la punta de la nariz, hundió la cara en la curva de su cuello. Mal suspiró suavemente.

La acercó más contra sí y ella le deslizó los brazos alrededor del cuello, echando la cabeza atrás; quería que la abrazara, que la besara. Cuando él la rozó delicadamente con los labios, murmuró con placer, absorbiendo el contacto. Luego la boca de Harry se pegó a la suya, entreabriéndole los labios, bebiéndola como un sediento, y Mal se perdió en el momento, deseando que se prolongara eternamente.

Cuando por fin él apartó la boca, ella lo aferró con los ojos aún cerrados. Harry la miró con ternura; luego la levantó en brazos para llevarla de nuevo al sofá, frente al fuego.

—Puedo caminar —protestó ella, soñadora.

—Acuérdate de las ampollas.

La depositó en los almohadones, sonriendo. Parecía una adolescente con ese ridículo pijama de franela azul, con el pelo revuelto y las mejillas encendidas. Pero entonces abrió los ojos y le echó esa enigmática mirada de zafiro, mitad «por favor» y mitad «no», y él comprendió que no estaba ante una simple muchacha.

—¿Nerviosa, Malone? —preguntó, quitándole el calcetín del pie izquierdo.

—Mallory —corrigió ella.

Le quitó el otro calcetín.

—No me has respondido —empezó a masajearle el pie con suavidad, rítmicamente.

—Por supuesto que no —lo miraba con ojos dilatados; no quería que eso acabara nunca.

Él le pasó una mano por la suave longitud de la pantorrilla, masajeadando los músculos doloridos. La sensación fue estupenda.

—Hum, qué bueno —murmuró ella, relajándose—, qué bueno... —Y se inclinó para mirarlo profundamente a los ojos—. ¿Cuándo vas a besarme otra vez?

—Ya que lo pides... —Le encerró la cara entre las manos para besarla largamente. Luego la sentó sobre las rodillas, estrujándola contra sí. Los minutos pasaron con lentitud mientras se besaban. Para Mal ningún abrazo era bastante estrecho. Le quitó la camisa y deslizó sus dedos por la espalda desnuda, siguiendo los tersos músculos de Harry.

Él había metido las manos bajo la camisa del pijama azul y exploraba la piel de ella; luego rodeó sus pechos con la yema de los dedos. Mal ahogó una exclamación sintiendo la electricidad del contacto. Ella se deshizo en sus brazos, rindiéndose a sus

caricias.

Con dedos trémulos, Harry le desabotonó el pijama y la contempló, recostada allí, dorada por el sol de Arizona. Los pechos redondos, coronados con sus pezones coralinos, eran una invitación. Incluyó la cabeza para recorrerlos con la lengua, degustando su piel, siguiendo la base del cuello, recorriendo los pechos, bajando poco a poco.

Le desató el cordón del pijama para sacarle el pantalón, comiéndosela con los ojos. En sus brazos la sentía toda mujer, ardiente y sedosa: tierna, dorada, sensible.

La sintió estremecerse cuando siguió con los dedos la tensa línea de su vientre y arquearse contra él cuando rodeó el suave montículo de vello; luego deslizó un dedo en el centro de ella, que dejó escapar unos gemidos suaves, guturales, deseando más su mano. Harry plantó su boca sobre la de ella para morderla, besarla, buscar, en tanto ella exigía más; la llevó hasta el cielo con los dedos y luego, entre el grito y el gemido, ella se estremeció.

—¡Oh, Harry, oh, Harry!

La amó al verla tan abandonada a ese momento, con su misma locura. Mientras él se desvestía, Mal lo contempló como si estuviera en trance. La luz del fuego lamió su cuerpo y ella lo miró con ansias; quería sentir su sabor. Le hizo lugar en el ancho sofá.

—Harry —dijo, con voz ronroneante—. Harry...

Y un momento después él estaba tendido a su lado, con la carne fresca contra su calor, y la devoraba en un toma y daca de placer que le despertó escalofríos de deleite. Luego cayeron suavemente a la alfombra, amontonados.

Ella se estiró ante él, con el cuerpo esculpido por el resplandor del fuego, fijando los ojos en los de él. Esperando. Estaba mojada, hermosa, suavemente sensual; él la excitaba profundamente. El deseo saltó en el vientre de Harry como un nudo de calor blanco. Se tendió sobre ella, abrazándola, invadiéndole nuevamente la boca. Cuando la poseyó, Mal lo aferró por el pelo, envolviéndolo con las piernas, y se movió junto a él...

Él la necesitaba con tanta urgencia que temblaba, pero quería que ella fuera su igual; quería darle placer.

—Espera —murmuró—, espera, Mal.

Aspiró hondo, estremecido, conteniéndose. Entonces ella dijo otra vez: «Harry», con esa voz ronroneante; eso le arrancó un gemido de placer de la garganta y lo perdió.

Con cada embestida ella lanzaba una exclamación ahogada en forma de diminutos quejidos que se hacían más graves. Harry, apoyado en las manos, la miraba. Mal le sostuvo la vista: cada uno se estaba ahogando en el otro, en tanto él la llevaba sin prisa nuevamente al orgasmo; luego ambos cayeron al precipicio, arqueándose, carne contra carne ardorosa y húmeda, calientes labios mojados en fiera colisión. Finalmente quedaron inmóviles.

Mal yacía bajo él, aún envolviéndolo con brazos y piernas, flotando en algún lugar del espacio; no quería que él se apartara. Su peso era hermoso; su piel suave, cubierta de sudor, deliciosa bajo las manos con que lo rozaba apenas; el recio olor viril le colmaba la nariz.

—Ohhh, Harry —murmuró.

—Mallory —gruñó él.

Ella sonrió, descendiendo poco a poco a la tierra.

—Estoy aplastándote.

Cuando se apartó de ella, lanzó un suspiro de pena. Mal no solía permitirse el acto sexual solo para satisfacer un impulso momentáneo. Para ella ahora era más que el mero placer: significaba que, en ese momento, se sentía amada, y ella quería aferrarse a ese momento tanto tiempo como fuese posible. Cuando el cuerpo de Harry la dejó, se sintió nuevamente abandonada y sola.

Se incorporó, apoyando el mentón en las rodillas. Harry la miró durante un largo instante y ella trató de interpretar el mensaje de sus ojos. Luego se inclinó para besar con suavidad los pies ampollados, dedo a dedo.

En los párpados de Mal ardieron las lágrimas. El recio policía era un amante tierno, considerado y generoso.

Él recogió el jersey para echárselo sobre los hombros y le acomodó hacia atrás el pelo enredado. Le temblaban las manos, igual que a ella. Mal le deslizó los dedos a lo largo de la mandíbula, maravillada, rozando la barba crecida que había irritado su tierna intimidad sin que ella lo sintiera.

El disco de Sinatra seguía girando en el fonógrafo, mudo desde hacía rato. Ella, con una suave sonrisa, apoyó una mano en el pecho de Harry para sentir el latido de su corazón, tan acelerado como el suyo propio.

Harry pensó que era como una vela encendida en la oscuridad. Tomó la copa de vino y la sostuvo frente a su boca para que bebiera; luego inclinó la cabeza hacia ella y lamió el vino de sus labios.

—Yo no necesito vino —le dijo, con voz sensual—. Prefiero beberte a ti.

Ella estiró los brazos por encima de la cabeza, sensual como un gato, satisfecha... hasta que él volvió a cubrirle un pecho con la mano, deslizando el pulgar alrededor del pezón y siguiéndolo con los labios.

Y todo volvió a empezar.

El leño se había consumido por completo, derrumbándose en la rejilla. Cuando ellos recobraron la cordura solo quedaba un rojo esplendor. El disco aún giraba sin música y el vino continuaba en las copas.

Harry deshizo su abrazo y se levantó para cruzar la habitación. Con una protesta murmurada, ella lo siguió con la vista, pensando en lo hermoso que era. Después de apagar el tocadiscos, él retiró del sofá una manta ligera y un par de almohadones. Le levantó la cabeza para acomodar los almohadones y la cubrió con la manta. Luego volvió a tenderse junto a ella.

—¿CÓmoda?

—Hummm —tenía los ojos entornados, vencida por una arrobada fatiga. Harry la besó con suavidad, rodeándola con los brazos, acomodando la cabeza de ella en el hueco de su hombro.

—Hecho a medida para ti, Malone —dijo, cerrando también los ojos.

—Mallory —corrigió ella. Y sin darse cuenta se quedó dormida.

A la mañana siguiente *Squeeze* los despertó temprano, gimoteando ante la puerta para que le permitieran salir. Harry sacó el brazo entumecido bajo el peso de Mallory y se levantó.

—No te vayas —susurró ella, con la cabeza todavía escondida bajo la manta.

—El perro —explicó él—. Vuelvo en seguida.

Dejó salir al perro y fue a echar otro leño a las brasas, que avivó con un vetusto fuelle de cuero hasta que se alzaron nuevamente las llamas.

Echó un vistazo al bulto que aún yacía en la alfombra, inmóvil bajo la manta. Solo eran visibles los pies, que asomaban por el extremo, con ampollas y todo. Hasta sus pies eran bonitos. Harry se puso los calzoncillos y caminó descalzo hasta la cocina.

—¿No puede quedarse quieto, detective? —Lo siguió la queja.

—Usted no cambia nunca, Malone —contraatacó él desde la cocina.

Mal se acurrucó en la alfombra, atenta a los primeros ruidos de la mañana: el canto de los pájaros, los ladridos del perro, el sonido de los platos en la cocina. Pronto le llegó el buen aroma del café recién tostado, junto con la voz de Harry que cantaba algo en castellano. ¿Estaría bailando?

—Servicio de habitación.

Ella se incorporó con trabajo, cubriéndose pudorosamente los pechos con la manta de lana. Sus ojos se dilataron.

—Hum, café. Y con panecillos.

Él le ofreció la cesta.

—Los de la izquierda son de moras; los de la derecha, de maíz jalapeño.

—¿Maíz jalapeño?

Él puso cara de pedir disculpas.

—Es el único vicio que me permito.

—¿Sí? Anoche me pareció que te permitías unos cuantos más.

Él enarcó una ceja.

—¿Te has dado cuenta?

Mal se echó a reír. Harry se inclinó para darle un beso.

—Tienes el pelo hecho un desastre —le dijo, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—¿Sí?, entonces debo de parecerme a ti.

Le revolvió el pelo con afecto.

—Come tu panecillo y deja de quejarte, Malone... Mallory.

—Por fin lo has aprendido. —Mal mordió el panecillo—. ¡Qué sabor celestial!

—Celestial y de bajas calorías.

—¡No me digas!

Al ver su cara de asombro, Harry soltó la risa.

—No, no es cierto. Lo dije para hacerte feliz. Y ya que estamos de elogios, ¿cómo está el café?

—Estupendo.

—¿Qué más puede pedir una mujer?

—No mucho —reconoció ella, reclinándose cómodamente en él mientras comía el panecillo, sin dejar de sostener la manta sobre el pecho.

—Demasiado tarde para esa manta —observó él, bebiendo un sorbo de café—. Ya lo he visto todo. —Harry se quedó estupefacto al ver que Mal se ruborizaba—. ¿Timideces conmigo a esta altura, Malone? Oye, soy Harry, el tipo que estuvo contigo anoche, ¿te acuerdas?

Ella asintió, arrebolada.

—Mi compañero de salida.

—El que te llevó a la fiesta —murmuró él, besándole la nuca—. El que te metió mano bajo el vestido.

—Aunque ya estamos grandecitos para manosearnos en el asiento trasero de la limusina —ella recostó la cabeza en su mano y él la masajeó con suavidad.

—Oh, Malone... —Lanzó un suspiro de placer al recordar—. Eso no fue un simple manoseo.

Mallory, riendo, apuró su taza de café, tragó el último bocado de panecillo y se puso las gafas. Luego se levantó, envuelta en la manta.

—Voy a darme una ducha.

Harry se sentó en el sofá para mirarla. Ella también lo observó: los anchos hombros, el vello oscuro y rizado del pecho, la barba crecida que necesitaba navaja con urgencia, los largos músculos de los brazos y el modo que la carne se adhería a las costillas. Tal como ella se había adherido a él la noche anterior. Se excitó solo al recordarlo.

Después de sonreírle con aire de felicidad, se alejó a paso calmo, mientras él la seguía con la mirada. A medio camino la manta empezó a resbalar. Ella se volvió para mirarlo sensualmente por encima de las gafas y dejó que se deslizara un poco más por su espalda, con tentadora lentitud. Más abajo. Y más. Por fin, arrastrándola detrás de sí, onduló desnuda hasta el pie de la escalera, donde se volvió a echarle una última y pecaminosa mirada.

—Como crema sobre melocotones —se maravilló Harry.

Y la oyó reír mientras subía, sin prisa alguna.

Capítulo 28

Cuando Mal volvió a bajar la escalera, Harry estaba despatarrado en el sofá. Era obvio que acababa de ducharse, pues aún tenía el pelo húmedo. Se había puesto los raídos tejanos y una camiseta blanca. Dormía profundamente.

Ella lo observó con afecto. Parecía nacido para usar tejanos y camiseta. Y parecía muy cansado.

De pronto él abrió los ojos y la miró directamente. Su mirada era tan honda, tan íntima como si la hubiera tocado. Le tomó la mano para hacerla sentar a su lado y deslizó un brazo sobre sus hombros.

—Tienes un olor delicioso —murmuró—. A cosas bonitas: a césped recién cortado, al heno de verano. Un jardín después de la lluvia. La brisa marina en una isla tropical.

—Es el desinfectante —dijo ella, con franqueza—. Me lo puse en las ampollas.

Él rio.

—¿Cuántos hombres puede haber que sean capaces de confundir el olor a desinfectante con una brisa oceánica en una isla tropical?

—Muy pocos. En realidad, es posible que seas el único, Harry Jordan.

La estrechó contra sí para besarla sonoramente.

—Ahora te has llenado de lápiz de labios —observó Mal, pasándole un dedo por la boca.

Él le besó los dedos; luego, la palma de la mano; finalmente, la boca otra vez. En ese momento, justo a tiempo, el viejo reloj de pie dio las doce desde el vestíbulo. Esa noche Harry debía trabajar; ella, tomar el avión a Nueva York. Y aún les quedaba el viaje en auto por delante.

—¿Por qué se termina esto cuando a mí me parece que apenas está comenzando? —murmuró él.

—Otra vez Cenicienta —suspiró ella, con pena.

Harry la besó el cuello.

—¿Nunca te han dicho que eres adorable? Cuando te portas bien, claro.

Mal suspiró.

—¿No podías omitir la última parte? Y ya que preguntas, la verdad es que nunca me lo han dicho.

Él levantó la cabeza para mirarla, estupefacto.

—¿Solo yo?

—Solo tú.

Harry mostraba ternura; con un dedo le levantó el mentón.

—Pobre Mary Mallory Malone —dijo con suavidad—. Ni siquiera la madre se lo dijo.

—Ni siquiera mi madre —confirmó ella, con tristeza.

Percibiendo el repentino cambio de humor, él habría querido decirle que no se

preocupara, que ya todo se había arreglado. Pero no era cierto. Si no hablaba con alguien de lo que había pasado, compartiendo sus emociones, el pasado la inutilizaría para siempre.

—Nunca terminaste de contarme lo de tus años en Golden —dijo.

Mal se encogió de hombros; de pronto parecía distante.

—Viví un tiempo allí. Y después me marché.

Caminó hasta el ventanal, inquieta, y se detuvo con los brazos cruzados, mirando hacia afuera.

—¿Y tu madre? ¿Qué fue de ella, Mal?

Su espalda estaba tensa bajo el jersey color zafiro.

—¿Qué te importa?

Él se le acercó a grandes pasos para sujetarla por los hombros, pero ella se desasíó y dio un paso al costado.

—Debes decírmelo —insistió Harry—. Es la única manera de que te alivies.

Los ojos de Mal se cerraron de pronto; lo odiaba por obligarla a recordar; odiaba esos recuerdos que yacían como perros muertos en las lúgubres honduras de su mente.

—¿Quién eres tú para preguntar, Harry Jordan? —exclamó, alterada.

Él la miró con firmeza.

—Tu amigo.

Vio que bajaba la cabeza, con los ojos nublados por la desesperación. Parecía perdida, dolorida; Harry comprendió que la había catapultado hacia el pasado; tenía ante sí a la niña de otros tiempos.

Mal sintió los escalofríos de pánico que le corrían por la espalda cada vez que era obligada a pensar otra vez en eso. Recordaba ese día hasta en sus últimos detalles. Oía el desolado gemir del viento y el rugido de las olas; lo veía todo tan exactamente como si estuviera viéndolo por televisión.

Tenía dieciocho años y era el día de Acción de Gracias. El viaje desde Seattle a Golden había sido largo y tedioso; después, durante una hora, el autobús local le había sacudido los huesos y los dientes. Cuando por fin entró dando los tumbos en el aparcamiento de la ciudad, deteniéndose ruidosamente, Mal no supo si sentir alivio o miedo.

—Terminal —anunció el chófer, quitándose la gorra de visera para enjugarse la frente sudorosa. Luego, sin mirarla, abandonó el asiento para apearse.

Ella lo siguió con los ojos, escondidos tras las gruesas gafas. Vio que el hombre, inclinándose contra el viento, marchaba a paso inseguro hacia el maltrecho cobertizo que servía como boletería, bar y centro de información para turistas. Hacía seis años que Mary Mallory vivía en Golden. Había hecho cien viajes en el autobús de Chuck Montgomery, sin que él diera nunca la menor señal de reconocerla. Así era esa ciudad.

«Una aldea de mierda», había dicho su madre al llegar, con todos sus bienes

terrenales amontonados en el vetusto Chevy turquesa, el de las aletas cromadas. Y las cosas no habían cambiado.

Después de recoger su pequeña mochila negra, bajó los peldaños; el viento, con la fuerza de un vendaval, la dejó sin aliento, pegándole a las piernas la falda barata y aplanando el jersey contra su pecho.

Paseó una mirada ansiosa por el aparcamiento. Estaba desierto: solo el gemido desolado del viento y el eterno tronar de las olas del Pacífico, en el medio del silencio. Esperó algunos minutos, inquieta, pero aún no había señales de su madre ni del maltrecho Chevy familiar, aunque ella había escrito desde la universidad para informarle que llegaría en el autobús de las dos. Era molestarse en vano: en su madre no se podía confiar para nada.

—¿Te costaba mucho venir, mamá? ¿Al menos por esta vez, cuando te necesito tanto? —murmuró, con un escozor de lágrimas en los párpados.

Esperar no tenía sentido. Alzó la mochila y, con la cabeza baja contra el viento cruel, marchó trabajosamente por la ciudad.

El aparcamiento para caravanas estaba en una colina, en la zona mala de Golden. Al llegar a lo alto se volvió para contemplar el mar. Las enormes olas entraban con precipitación, estrellándose contra la costa con tanta violencia que la tierra se estremecía por su impacto; en los oídos sonaba el viento y el eco desolado del oleaje.

Caminó a paso lento hacia la caravana. «Casa rodante», lo llamaba su madre, como si eso las elevara a una mejor posición social. Los tiestos de las ventanas, que en el primer año de optimismo habían llenado de alegres geranios escarlatas y petunias purpúreas, habían sido barridos mucho tiempo atrás por la violencia de las tempestades. Ahora pendían torcidos, chorreando agua de lluvia sobre el manchado cemento. Las cortinas de malla colgaban con aire cansado de las ventanas mugrientas. De la chimenea no brotaba ningún aroma acogedor; allí no se asaba ningún pavo tradicional.

La puerta estaba sin llave. Entró para echar un vistazo.

—¿Mamá? —Entró en la cocina—. ¿Mamá? —llamó otra vez, dejando caer la mochila.

La carta en la que anunciaba su llegada estaba en la mesa, junto a una taza de café vacía. Cruzó el estrecho ambiente hacia el dormitorio de atrás. Su madre no estaba allí. Tampoco en el baño. Volvió corriendo a la cocina para tocar la cafetera. Aún estaba caliente.

De pronto supo adonde había ido su madre: donde iba siempre cuando la depresión se le asentaba como una nube negra contra los hombros.

La lluvia caía a torrentes contra las ventanas. Se apresuró a ponerse el viejo encerado de lona amarilla y bajó corriendo por la carretera del acantilado, luchando contra el viento, hasta que esta se convirtió en un simple camino que descendía a la playa.

Estaba habituada a los fuertes vientos tempestuosos de Oregón, donde se

formaban olas enormes, crecidas en las cuatro mil millas recorridas desde Japón.

Esos vientos tempestuosos las convertían en monstruos gigantescos coronados de espuma, que se arrojaban contra las rocas, desgarraban las dunas y rompían cuanto se les pusiera en el camino.

Enjugándose la lluvia de la cara, forcejeó contra el vendaval, protegiéndose los ojos con las manos. Por fin la vio: una silueta diminuta de pie en las rocas, contemplando el mar.

Mientras ella la miraba, su madre dio un paso adelante, hacia una roca que estaba más cerca de las olas. Allí se detuvo. Luego dio otro paso. Hizo otra pausa. Mary Mallory pensó, intrigada, que parecía estar jugando a la rayuela.

Comprendió demasiado tarde lo que su madre estaba por hacer. Entonces gritó:

—¡No, mamá, no!

Otro paso adelante. Una gran ola entró rugiendo, aumentando en el trayecto su altura y su potencia. La madre elevó los ojos al cielo y alzó los brazos al cielo, en un gesto de gozo, en tanto el torrente la envolvía. En un segundo desapareció en sus verdes honduras.

Mary Mallory se quedó mirando el sitio donde había visto a su madre, en aturrido silencio. Al regresar la ola, vio el cuerpo delgado de su madre en lo alto de su cresta. Subió tres, cinco, diez metros, hasta que pareció tocar los nubarrones grises. Luego el agua se enroscó en una magnífica rompiente de espuma y arrojó a su madre contra las rocas.

Mary Mallory gritó, en tanto la ola, al retirarse, se la llevaba otra vez, mar afuera, mar abajo, hacia las rabiosas profundidades verdes.

El cuerpo no apareció jamás.

Harry acarició con suavidad la cabeza inclinada, con el corazón estrujado de pena por ella, en tanto recordaba su propia infancia idílica en la granja Jordan. Ella levantó los ojos nublados de lágrimas sin derramar. Había algo en su expresión: vacilación, anhelo... pero desapareció en un instante.

La envolvió en sus brazos y ella se acurrucó, tal como un gato perdido que buscara calor y protección. Era como si su madre hubiera muerto apenas un día antes. Así de abierta estaba su herida.

—Siempre he pensado que lo hizo por mí —susurró—. Ahí estaba mi carta, diciéndole que volvía, que la necesitaba, ella no quería eso. Ella no me necesitaba.

Harry dijo, con suavidad:

—No ha sido culpa tuya. No podías hacer nada por salvarla —pero ella se limitó a ocultar la cabeza contra su pecho—. Ya pasó Mal. Eso es el pasado. Debes desprenderte de eso.

—Lo sé.

Su voz sonaba tan desolada como la escena que terminaba de describir.

Harry percibió que se guardaba algo. Quiso pedirle que le contara todos sus secretos, para liberarse definitivamente del pasado, pero ya eran demasiadas

emociones para un solo día.

El perro entró a saltos, trayendo en su denso manto plateado el fresco aroma del bosque y el viento. Se detuvo a mirarlos, con la cabeza inclinada. Luego emitió un pequeño ladrido y se acercó a lamer la mano de Mal.

Ella levantó la cabeza para mirar a *Squeeze*. Con la voz todavía estrangulada, dijo con un toque de envidia:

—¡Oh, Dios mío, no puedes quejarte! Lo tienes todo, Harry.

Pero sonreía al acariciar la cabeza de *Squeeze*. Él comprendió que había pasado lo peor. Por el momento.

Capítulo 29

Esa noche, al presentarse a trabajar, Mal aún daba vueltas en la mente de Harry. La había llevado hasta el aeropuerto donde se despidieron con un discreto beso en la mejilla, apenas conscientes de que la gente los observaba con atención; casi había olvidado que ella era una celebridad, muy conocida para la mayoría de esas personas que cruzaban con fatiga las puertas de embarque. Para él, después de ese fin de semana, era simplemente Mal: una mujer enloquecedora que se le metía bajo la piel y reñía con él constantemente; una bella mujer que le hacía el amor como si fuera sincera; una mujer inextricablemente atada a un pasado misterioso y trágico.

—¿Nos vemos la semana que viene? —le preguntó, mientras la acompañaba hasta la puerta de embarque.

Ella le echó la conocida mirada fría e irónica.

—¿Te sientes capaz de soportarme?

—Puede ser. A duras penas —le sonrió de oreja a oreja; luego la besó otra vez en la mejilla, aspirando su particular aroma—. Esto no es desinfectante; lo juro.

Entre risas, ella se despidió agitando la mano y marchó hacia la puerta.

—Lámame —pidió. A último momento se volvió a mirarlo—. Harry...

—¿Sí, señora? Malone. Mal.

—Gracias.

Él levantó un brazo a manera de saludo. Y después ya no estaba.

Con los ojos clavados en el espacio vacío, se preguntó por qué tenía la inquietante sensación de que ella no le había contado todo.

Dejó al perro en su casa, enroscado bajo su cama con aire de satisfacción; sin duda soñaba con conejos, ardillas y mapaches. Luego salió hacia la comisaría.

La noche pintaba tranquila. Los domingos solían ser así: la gente prefería destrozarse recíprocamente en viernes y sábados, pero en el día del Señor le permitían descansar.

A las diez llegó una llamada. Había telefoneado una mujer que estaba preocupada por su hermana. Habían quedado en encontrarse, pero la hermana le había dejado en el contestador un extraño mensaje interrumpido; ahora no atendía nadie. Se envió un coche de patrulla para revisar la casa; la mujer tenía llave. Lo que encontraron al abrir la puerta no era nada bonito.

—Vamos —dijo Harry a Rossetti, despegándose de la silla y enfilando hacia la puerta.

Su compañero recogió su taza de café y lo siguió hasta el coche. Harry se instaló tras el volante y partieron, haciendo sonar la sirena por las calles silenciosas.

—¡Qué manera de terminar un fin de semana estupendo! —protestó, ceñudo.

—¿Tan bueno ha sido?

—Lo he pasado bien, Rossetti.

El coche giró en la esquina; luego pasó con el semáforo en rojo, con la sirena a

todo volumen en la noche tranquila.

—Dice Vanessa que no te olvides de la fiesta. Que solo una vez se cumplen los veintiún años.

—No me olvidaré.

Frente a la casita de madera, la calle estaba acordonada con cinta amarilla. Ya había tres patrulleros aparcados afuera; en el patiecito delantero había un Dodge Neón de color azul eléctrico. Un pequeño grupo de vecinos curiosos daba vueltas por ahí; dos corpulentos agentes uniformados montaban guardia ante la puerta. En el asiento trasero de uno de los coches policiales sollozaba una mujer joven. Harry meneó la cabeza, entristecido.

Debía de ser la hermana; a él le tocaría interrogarla, algo después. Los asesinatos no tenían nada de gracioso.

Saludó a los agentes uniformados y, después de hacer algunas preguntas, abrió la puerta y entró seguido por Rossetti.

El olor a sangre y a cadáver de dos días lo golpeó como un puñetazo. Encendieron las linternas para mirar en derredor. Los policías no habían tocado nada; ni siquiera se encendieron las luces, por si acaso el asesino hubiera dejado sus huellas digitales en el interruptor. Harry pisó algo elástico y dirigió hacia abajo el rayo de su linterna.

—Guisantes —observó Rossetti, atónito—. Tal vez la atacaron cuando estaba preparando la cena.

Frente a ellos se veía un charco de sangre coagulada, mezclada con más guisantes. También había sangre en las paredes, en el abrigo abandonado sobre la silla y en la puerta.

—Cristo —murmuró Rossetti—, qué baño de sangre, caramba.

Harry iluminó el rastro de sangre que conducía al cuerpo, caído a la entrada del dormitorio. La mujer estaba de rodillas, con la cara contra la alfombra ensangrentada; no tenía más ropa que las bragas. La cabellera roja y vibrante relumbró a la luz. Un gato negro, agazapado junto a ella, sacudió la cola, mirándolos con fijeza.

—Esto no será nada agradable, Rossetti —comentó Harry, en voz baja—. ¿Dónde diablos están los del laboratorio forense?

—Aquí mismo, detective —el primer miembro del equipo apareció en la puerta; después de echar un vistazo, lanzó un silbido apagado y luego, un suspiro—. Qué puedo decir —musitó, encogiéndose de hombros.

El médico policial lo empujó para pasar. Era el doctor Blake, uno de los patólogos forenses empleados por el municipio.

—Me han sacado de la cama, detective Jordan —dijo, de mal humor.

—Ponga cuidado al pisar —advirtió Harry—. Hasta el momento, la escena del crimen se ha mantenido intacta.

—Ya lo sé, ya sé —dijo el médico—. Caramba, detective, hace veinte años que practico esta profesión. No necesito que me digan cómo se hace el trabajo. ¿Qué

manía tiene la gente de hacerse matar los domingos por la noche, cuando uno duerme apaciblemente frente al informativo de la televisión?

—Así es el mundo, doctor —dijo Rossetti, abriendo paso al fotógrafo y a su equipo.

Pocos minutos después, el hombre ya tenía las luces instaladas y comenzaba a filmar en vídeo la escena y la víctima; también tomó varias fotografías.

El doctor Blake se agachó junto al cadáver.

—No hay mucho misterio —dijo con energía—. Tiene cortadas la yugular y la carótida. Fueron dos cortes diferentes. Además, hay heridas múltiples. —Tomó nota con cuidado, señalando las heridas al fotógrafo para que tomara primeros planos.

Harry esperaba junto a la puerta, inexpresivo y cruzado de brazos.

—¿Cuándo sucedió, doctor?

Blake se acomodó las gafas.

—¿Qué día es hoy? ¿Todavía es domingo? —observó las manchas verdosas en el abdomen, que señalaban el comienzo de la putrefacción. Luego le alzó una mano; el cuerpo aún tenía algo de rigidez—. Todavía hay algo de *rigor mortis*. Yo diría que ha sido el sábado temprano. Hace treinta y tantas horas. Lo sabré mejor cuando pueda revisar el humor vítreo, durante la autopsia.

Hablaba del fluido gelatinoso que hay detrás del ojo: por ser resistente a los cambios *posmortem*, indicarían con más exactitud la hora de la muerte.

Cubrió con esmero las manos y los pies con bolsas plásticas, para conservar cualquier rastro adherido a ellos.

—No hubo violación, detective —comentó—. Al menos, no hay señales visibles. Pero podría equivocarme. Eso también se verá en la autopsia.

El doctor Blake inspeccionó la cara golpeada, cubierta de sangre seca; por primera vez veía a una persona y no un cadáver. La observó durante largo rato.

—¿Se sabe quién es? —preguntó a Harry.

Él negó con la cabeza.

—Su hermana está afuera. Ella la identificará.

—Con tanta sangre y tantas heridas... no sé, pero me parece conocida —el médico guardó los instrumentos en su maletín negro y se puso de pie—. Bueno, he terminado. Por el momento. Es toda vuestra, señores. Nos veremos en la morgue.

—Gracias por venir, doctor —dijo Harry.

Cuando Blake pasaba cautelosamente junto a él, su pie rozó algo. El médico no se dio cuenta, pero Harry percibió el ruido y se agachó para observar el objeto.

—Detective —dijo a Rossetti, con aire triunfal—, creo que tenemos el arma utilizada.

Era un cuchillo pequeño, de unos quince centímetros, con cubierta de plástico sobre la estrecha hoja. No tenía manchas visibles. Posiblemente el asesino lo habría limpiado. Hizo señas al fotógrafo para que tomara fotografías y medidas. Luego alguien del laboratorio lo recogió con las manos enguantadas y lo puso con mucho

cuidado en una bolsa.

Harry vio el saco ensangrentado en el suelo: «guisantes verdes congelados», decía la etiqueta, debajo de la marca, «1 Kg». Con cuidado para no pisarlo, ni tampoco al rastro de sangre, se acercó al cadáver.

Era la escena más horrenda que había presenciado en toda su carrera. Las manos ensangrentadas habían dejado una señal hacia abajo en la puerta; la rodeaba una verdadera laguna de sangre coagulada. Era como si todo su contenido de sangre hubiera ido a parar a la alfombra.

Los del laboratorio, que ya habían empolvado los interruptores, encendieron las luces. Mientras él se ponía de cuclillas junto al cuerpo llegó una ambulancia.

Tenía una herida abierta en la garganta y la cara llena de salvajes tajos. Los ojos abiertos estaban en blanco.

Rossetti apareció a su lado.

—¡Oh, Dios mío! —dijo, con voz estrangulada—. Oh, Dios mío, Harry, es Suzie Walker.

A Harry le corrió un escalofrío por la columna y se le erizaron los cabellos de la nuca. Era la primera vez que la víctima resultaba conocida suya; nunca antes había tratado personalmente a alguien que luego se convirtiera en un cadáver mutilado.

Estupefacto, se levantó de prisa, lleno de ira violenta.

—¡Cristo! —rugió, estrellando el puño una y otra vez contra el muro—. ¿Por qué? ¿Por qué mierda se ha ensañado con ella?

Estaba rígido de cólera por tanta insensatez. Rossetti estaba petrificado.

—Disculpa —dijo, corriendo hacia la puerta. Caminó hasta la esquina y, escondido a la sombra de un gran arce rojo, vomitó.

Harry se quedó allí, pétrea la cara, mientras los paramédicos metían los restos de Suzie Walker en una bolsa para cadáveres y los sacaban en camilla hasta la ambulancia. El coche partió sin hacer sonar la sirena; no había necesidad.

Harry hundió los puños ardientes en los bolsillos. Si hubiera tenido al asesino ante él lo habría estrangulado a mano limpia. Lo habría pateado, como a la bestia que era. Luego se obligó a recordar que era policía. Debía mostrarse desapasionado y objetivo como corresponde a un investigador; eso era todo. Pero en su mente aún veía a la enfermera Suzie Walker sonriéndole con esos hermosos ojos verdes, aún oía su réplica a Rossetti, cuando la invitaba a salir.

—¿Por qué diablos tenía que ser Suzie, Profe? —Su compañero estaba allí. Su color era gris a la cruda luz del techo; sus ojos tenían una expresión desolada—. Era simpática —dijo, sombrío—. Era responsable en su trabajo. Una buena mujer.

Había llegado el momento del discurso sobre atrapar al cretino y encerrarlo por lo que había hecho a Suzie, que no merecía eso. Pero Harry no pudo pronunciarlo. Pensó, amargado, que eso no consolaría a su familia. Además, lo mismo había dicho en el caso de Summer Young. Apartó con esfuerzo su mente de la víctima para fijarla en el trabajo que tenía ante sí.

Después de apretar el hombro a Rossetti para consolarlo, inició una inspección sistemática de la habitación.

Capítulo 30

Una hora después, cuando Harry y Rossetti salieron de la casita, Alec Klosowski los estaba esperando afuera. Ya había dicho al agente uniformado lo que había oído. Lo repitió ante Harry.

Era un joven agradable, de espantados ojos pardos y pelo oscuro, que usaba recogido en una cola de caballo.

—Fue el viernes a la noche —dijo—, a eso de las ocho. Ella iba de uniforme. Los dos estábamos echando llave a la puerta. Ella me contó que la noche antes había perdido las llaves. Alguien se las devolvió, pero ella no sabía quién podía haberlas tenido entre tanto. Le aconsejé que hiciera cambiar las cerraduras para mayor seguridad —apartó la cara, añadiendo con voz quebrada—: Oh, Dios, no me esperaba esto.

—Usted no podía saberlo, señor Klosowski —lo reconfortó Harry.

—Cada uno subió a su coche y los dos nos marchamos. Yo supuse que le había tocado el turno de noche. Porque era enfermera, ¿sabe? Trabajaba en el Hospital General. Cuando volví a casa, me sorprendió ver otra vez su coche aparcado afuera. Entonces vi que había luz en la cocina y supuse que me había equivocado. O de lo contrario, que ella había vuelto más temprano.

—¿Qué hora era, señor Klosowski?

—Cerca de las dos, supongo. Sí, creo que sí. Yo salía de trabajar, ¿sabe? Trabajo en Daniels, el de la calle Newbury. Apenas puse la llave en la cerradura oí ese grito —miró a Harry con aire aturdido—. Al menos, al principio me pareció un grito. Presté atención, pero no se repitió. Entonces pensé que sería un maullido de gato. Aquí hay muchos gatos de albañal y a veces maúllan así —dejó caer la cabeza, al borde de las lágrimas—. Ojalá hubiera sido solo eso. Solo gatos. Si al menos me hubiera dado cuenta de que ella podía estar en problemas...

Levantó nuevamente hacia Harry la cara joven y ojerosa.

—Me siento responsable —dijo—. Si yo hubiera hecho algo... llamar a la puerta para ver si estaba bien o llamar a la policía...

—No creo que hubiera podido hacer nada —dijo Harry—. De nada sirve pensar así. Ahora nos está ayudando proporcionándonos información valiosa.

—Hay más —dijo Klosowski—. Yo lo vi.

—Cristo —murmuró Rossetti—. Un testigo ocular.

—Antes de acostarme fui a abrir la ventana. Lo vi cruzar la calle desde la casa de Suzie. Iba de prisa. Cuando llegó al otro lado, los coches aparcados me lo ocultaron. En realidad, yo no lo miraba con mucha atención. Solo pensé: «Ah, ahora veo por qué Suzie volvió a casa temprano». Y sonreí, por el amor de Dios...

—¿Puede describirlo? —preguntó Harry, pidiendo a Dios que pudiera.

—Solo puedo decir que era un tipo más bien bajo y fornido. De pelo oscuro, me parece.

—¿Cómo vestía?

Klosowski pareció desconcertado.

—No me fijé, pero debe de haber tenido ropa oscura, pues no se destacaba en la oscuridad.

—¿Vio usted si subía a un coche?

—No... Sí... Es decir, lo vi. Después lo oí pasar.

—¿Qué tipo de vehículo era, señor Klosowski?

—No estoy seguro. Parecía una furgoneta. Un *jeep* Cherokee, tal vez, o una rural. No muy grande, de color oscuro, pero no puedo describirla.

Harry dejó escapar un suspiro apenado.

—¿Estaría dispuesto a venir a la comisaría para hacer una declaración oficial, señor Klosowski?

—Por supuesto.

Harry se dijo que Alec estaría dispuesto a cualquier cosa, con tal de quitarse la terrible culpa que sentía. Y era un buen testigo: coherente y confiable, pese a la impresión emocional.

—Lo acompañará el detective Rossetti, señor.

El detective lo miró con ansiedad.

—Voy al hospital para interrogar a la hermana. La llevaron porque está en *shock*. Veré si puede hablar. Tengo entendido que los padres están con ella.

Mientras conducía las calles tranquilas, Harry repasó la información reunida sobre el asesino de Suzie. Tenían el arma, una descripción hecha por un testigo ocular, algunos datos sobre el vehículo y la hora aproximada del homicidio. Los del laboratorio, que seguían revisando la casita, hallarían sin duda alguna otro indicio forense.

No parecía un asesinato planeado y premeditado. Apostaría que se trataba de un asalto que había terminado mal. Tal vez Suzie, al llegar inesperadamente a su casa, había sorprendido al hombre con las manos en la masa. Y por eso había muerto.

Esa era su teoría; por ahora, mientras nada le hiciera cambiar de idea. Pero siempre estaba listo para lo inesperado; cuando se trata con homicidios no hay nada inalterable.

Aparcó el coche frente a la puerta de Emergencias y subió los escalones, con una sensación de peso en el pecho. En el escritorio de recepción, donde tantas veces había visto a Suzie, las dos enfermeras de turno lo miraron con ojos espantados.

—¿Es cierto, entonces? —preguntó una de ellas—. ¿Lo de Suzie?

Él asintió con la cabeza.

—Lo siento.

—Era una chica estupenda —dijo la enfermera, con la cara a medias contraída—. Siempre simpática, aunque estuviéramos sobrecargadas de trabajo. Y tan bonita...

—Además, era buena enfermera —añadió la otra, con lo puños apretados para contener las lágrimas. Parecía furiosa—. ¡Ese hijo de puta! Esos asesinos son como

ratas. Habría que exterminarlos como se hace con las ratas.

Harry pensó que ella tenía razón.

—Lo siento —repitió, mientras se alejaba lentamente por el corredor, hacia la cabina donde lo esperaba la familia Walker.

Terry Walker estaba tendida en la cama, completamente vestida, aunque sin zapatos. Le habían dado sedantes; tenía los ojos abiertos, pero algo desenfocados. Sin embargo logró incorporarse al ver a Harry. Se parecía un poco a Suzie, aunque su pelo era más oscuro.

La señora Walker estaba sentada junto a la cama. De inmediato Harry vio que las hijas se le parecían. Tenía el pelo rojo y los ojos verdes, la piel clara y pecosa, con esa estructura facial angulosa que les daba ese aspecto de duendes. Las lágrimas le corrían en cascada por la cara, pero en silencio. Su esposo, de pie a su lado, le estrechaba la mano con fuerza; era alto y robusto, de pelo oscuro; por su expresión, estaba completamente desolado.

Harry habría dado cualquier cosa por ahorrarles aquello, pero era parte de su trabajo. Después de presentarse, estrechó la mano del padre; estaba helada.

—Señor Walker, señora... yo conocía a su hija. La veía a menudo aquí mismo, en el hospital. Lo siento muchísimo. Y lamento también tener que hacerles preguntas en semejante momento. Pero si queremos atrapar a ese... al culpable de este crimen, hay ciertas cosas que necesito saber.

—Cuéntales del mensaje en el contestador, papá —dijo Terry, con voz trémula. Había cerrado otra vez los ojos, como si no soportara verlo.

—Está todo grabado. —Ed Walker entregó a Harry un pequeño contestador automático. Hizo un gran esfuerzo por contar bien las cosas, pero le temblaba la voz y parecía no encontrar las palabras adecuadas—. Suzie... llamó a Terry y le dejó un mensaje en el aparato... Se interrumpió en la mitad. Solo dijo: «Oh, Dios mío, oh, Dios mío, qué hace aquí». Luego se oye un ruido horrible y... nada más.

Harry apenas podía dar crédito a sus oídos. ¿Tendrían el crimen grabado? Ya podía ver el metafórico nudo corredizo apretándose en el cuello del asesino.

—Íbamos a encontrarnos el sábado —dijo Terry, con voz cansada, clavándole los ojos nublados—. Y sé que el domingo por la noche iba a salir con un muchacho del Beth Israel. Se llama Karl Hagen; es médico interno de ese hospital.

—¿Se conocían desde hacía mucho?

Ella meneó la cabeza.

—No sé. Pero creo que él pudo hacerlo.

—¿Tiene algún motivo para pensar eso, Terry?

La chica sacudió la cabeza.

—Suzie estaba demasiado ocupada para salir mucho, pero estos asuntos suelen ser por sexo, ¿no?

Harry oyó la exclamación ahogada de la señora Walker.

—En este caso, lo dudo —dijo—. Por el momento pensamos que se trata de un

asalto interrumpido.

—¡Pero si Suzie no tenía nada que valiera la pena robar! —acusó Ed Walker, estallando súbitamente—. Era una simple muchacha, una enfermera que aún no había terminado sus estudios. No tenía joyas ni dinero. Solo un televisor y un equipo musical barato.

—A veces, cuando la gente busca dinero para comprar drogas, lo único que importa es tener algo a mano, señor Walker.

El hombrón clavó la vista en el suelo, sin poder hablar. Harry le tocó el hombro en un gesto de simpatía.

—Gracias, señor —dijo en voz baja—. No los molestaré más. Dejaré un coche nuestro para que los lleve a casa, cuando quieran retirarse. Podemos hablar en otro momento.

Después Harry entrevistó al cabo de enfermeros. Al igual que Klosowski, el enfermero Jim O'Farrell se sentía culpable.

—Le dije que no estaba en condiciones de trabajar, que volviera a su casa —dijo, como si estuviera aturdido—. Fue culpa mía. La envié a la muerte.

—Los accidentes y los homicidios suelen resultar de toda una cadena de hechos —observó Harry—. Suzie tenía migraña y no podía trabajar. De cualquier modo habría tenido que volver a su casa.

—¿Le parece?

El detective notó que Jim deseaba creerlo así. También deseó creerlo él mismo.

—Por supuesto. Así suelen suceder estas cosas. La víctima se encuentra con una situación desconocida. Es triste, pero cierto.

—Pero ella era una buena enfermera, una buena chica. Cristo, apenas tenía edad para poder llamarla mujer. Demasiado joven, demasiado... Oh, no merecía esto.

—Nadie lo merece —aseguró Harry. Después de tomarle declaración, aceptó una taza de café y fue a la morgue.

Cuando cruzó las puertas de acero para entrar en ese frío cuarto de azulejos blancos, el aire acondicionado funcionaba ruidosamente. Por sobre el estruendo se oía el tarareo del doctor Blake, que analizaba el cadáver de Suzie Walker.

El cuerpo estaba tendido en una mesa de acero, bajo una potente luz. Blake ya lo había limpiado y, tras completar el examen preliminar, dictaba sus observaciones al micrófono suspendido sobre la mesa, sin abandonar la tarea. Raspó cada una de sus uñas, en busca de partículas de piel o fibras que pudieran haber recogido en el forcejeo. Tomó muestras de pelo, cejas y vello púbico. La bolsa para cadáveres y la ropa interior habían sido mantenidas a buen resguardo para ser enviadas al laboratorio forense.

Un fotógrafo tomaba fotografías y grababa el proceso en vídeo.

—No hay hipostasis, lo cual indica que no la mataron estando de espaldas para luego cambiarla de posición. Probablemente murió arrodillada, tal como se la encontró —dijo enérgicamente al micrófono.

Luego tarareó un poco más, mientras marcaba en un gráfico la localización exacta de las puñaladas y su profundidad. Tomó muestras de fluidos para establecer si había existido un ataque sexual y dejó constancia de que los indicios ya recogidos indicaban lo contrario.

Entonces vio a Harry, que seguía de pie junto a la puerta.

—Pase, detective —dijo con suavidad—. Ya que estamos todos levantados, vamos a disfrutar de la noche.

Harry no se movió del sitio; lo que Suzie había debido pasar era ya demasiado obsceno; no quería ver esta nueva profanación del doctor Blake, aunque esta fuera profesional.

—Supongo que ustedes ya saben quién es —comentó Blake, como al desgaire—. Yo no conocía personalmente a la enfermera Walker, porque no estaba en mi departamento. Pero la semana pasada, cuando la tormenta tropical provocó ese desastre en las carreteras, ella estuvo trabajando conmigo. Era una buena enfermera, inteligente y de mente rápida. Es una gran pena, sí. Una gran pena.

Tarareaba otra vez, sin música, mientras recogía el bisturí de disección. Harry, impaciente, se preguntó por qué no cantaba al menos algo identificable. Parecía una cafetera en el momento de hervir.

Blake apoyó el bisturí e hizo una profunda incisión, desde el cuello hasta el pubis, evitando el ombligo, donde el tejido es más duro.

—Hum... —dijo, inspeccionando su obra—. Hum, ya veo.

Retiró los órganos, apartó el estómago y, después de abrirlo con tijeras, procedió a vaciar el contenido pardusco en un recipiente grande.

—Aquí no hay gran cosa —dijo a Harry—. Al parecer, no comió mucho en su última noche. Tampoco bebió.

Harry había presenciado muchas autopsias, pero eso era como ver que la mataran otra vez. Se volvió de espaldas, descompuesto.

—Envíeme los resultados lo antes posible, doctor —pidió, mientras cruzaba nuevamente las pesadas puertas. Se dijo que quizá fuera por el clima glacial de esa habitación, pero se sentía congelado hasta los huesos.

Mientras volvía lentamente a la estación, en su mente seguían dando vuelta las escenas y los ruidos de esa noche terrible.

Rossetti, ante el ordenador, registraba afanosamente todas las pruebas encontradas.

—¿Qué opinas, Harry? —preguntó, lúgubre.

Harry se dejó caer en una silla de oficina y la hizo girar de un lado a otro, con la vista perdida en el vacío.

—Opino que la vida es una porquería, Rossetti.

Hablaba muy en serio.

Capítulo 31

Esa noche Mal no pudo dormir. Pasó las almohadas de un lado a otro, buscando un sitio cómodo, echó a un lado la manta, dio vueltas y vueltas hasta quedar envuelta como una momia en las sábanas arrugadas. Por fin, con un suspiro, se desenredó para levantarse.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, se acercó a la ventana. La noche estaba clara y estrellada, con el resplandor rosado de las luces de Manhattan. Pensó en el detective Harry, que estaría trabajando en la comisaría y bebiendo demasiado café, como cada vez que le tocaba el turno «del cementerio».

El turno del cementerio. Las palabras se repetían dentro de su cabeza. Estremecida, pensó otra vez en su madre.

Recordó cómo se había sentido al recibir la carta de la universidad: mareada de excitación y descompuesta de miedo. El sobre blanco, con el membrete de la Universidad Estatal de Washington, descansaba en la mesa de la cocina, que tenía las patas en ángulo; una siempre se golpeaba la espinilla al sentarse. Mal no se animaba a abrirla. Su madre fumaba, con la vista perdida en el espacio y un surco entre las cejas, como si estuviera dolorida; pero Mallory sabía que el dolor estaba en sus pensamientos tenebrosos.

—Es la carta de la universidad, mamá —dijo.

La madre centró la mirada por un momento, diciendo:

—Ah.

—Me da miedo abrirla, mamá —insistió ella—. ¿Por qué no lo haces tú? —empujó el sobre con la punta de los dedos. Allí estaban todas sus esperanzas. Era cuestión de vida o muerte. Si ingresaba, viviría; trabajaría mucho y se forjaría un futuro. Si fracasaba, trabajaría en la cafetería o en el supermercado hasta morir de monotonía y soledad. Esperó, conteniendo el aliento, que su madre abriera lentamente el sobre.

Ella le echó un vistazo, leyó el nombre y la dirección y lo hizo girar entre los dedos nerviosos. Finalmente, con un suspiro, echó hacia atrás el pelo rubio grisáceo y, tras echarse al coleteo un sorbo del café ya frío, encendió otro cigarrillo con la brasa del que estaba terminando.

Mary Mallory creyó morir de tensión.

—Ábrela, mamá —la urgió, con voz casi irreconocible por el nerviosismo.

La madre se plantó el cigarrillo en la comisura de la boca y, entornando los descoloridos ojos azules para protegerlos del humo, pasó una uña quebrada debajo del lacre. Mary Mallory cruzó con fuerza las manos. Apenas se atrevía a mirar la carta que se iba desplegando lentamente.

La madre pasó la vista por aquellas pocas líneas. Luego plegó nuevamente la hoja y la dejó en la mesa. Sus ojos volvieron a quedar en blanco.

—¿Mamá? —dijo Mary Mallory, controlándose; en su voz solo se percibía un

leve temblor.

La mujer echó otra calada al cigarrillo, apartando el humo con una mano huesuda.

—¡Mamá! —gritó ella, atormentada—. ¿Qué decía?

Su madre sacudió la cabeza, arrancada de su sopor.

—Ah, ah, decía que te han dado una beca. Eso creo.

Mary Mallory se llenó los pulmones de aire. Luego arrebató la carta para leerla. Y luego lanzó un alarido. Se levantó de un salto, besó la carta y gritó otra vez, entre brincos, enloquecida de gozo, hasta que la endeble caravana se tambaleó sobre sus soportes.

—¡He ingresado! —chilló—. ¡He ingresado, mamá!

La madre miró por la ventana.

—Mira, Mary Mallory, llueve otra vez —dijo, como al desgaire.

Entonces la chica hizo algo inconcebible. Corrió a besar a su madre. En la mejilla. Ella dio un respingo y se llevó una mano a la cara.

—No te olvides de ponerte el encerado cuando salgas —le recordó.

Pero a Mary Mallory no le importaba. Nada le importaba, salvo haber sido aceptada. No tendría que morir sola en Golden.

La graduación de la secundaria pasó en un veloz borrón. Leyeron su nombre y ella subió a la plataforma, ruborizada, para recibir su diploma; pero la madre no estaba allí para verla.

No fue al baile de graduación. Las otras chicas llevaban semanas hablando de vestidos y muchachos, de ramilletes, de quién se besaría con quién a la salida en la carretera del acantilado, escondidos entre las enormes secoyas y los grandes pinos.

Mary Mallory no se había involucrado. Le habría gustado poder desconectar los oídos para no escuchar esa cháchara interminable, pero esta seguía invadiendo los vestuarios donde ellas se peinaban una y otra vez, los recreos, la cafetería donde ella comía sola, con la nariz metida en un libro.

Solo una de las profesoras se preocupó por felicitarla por haber obtenido una beca.

—Trabajas mucho, Mary Mallory —dijo, con aprobación—. Con preparación universitaria podrás conseguir un empleo decente y llegar a ser alguien —no añadió «... en vez de terminar como la inútil de tu madre», pero sin duda era eso lo que estaba pensando.

Desde hacía mucho tiempo, ella trabajaba en el Lido Café por la noche y durante el fin de semana; para ganar un poco de dinero picaba cebolla, lavaba los platos y servía café. A partir de entonces comenzó a ahorrar para la universidad.

Pasó el verano trabajando en la farmacia de Bartlett; quitaba la mercadería, la acomodaba en los estantes y hacía cualquier tarea insignificante que se requiriera de ella. Así pudo comprar un par de jerséis, unas camisetas y unos tejanos; también una mochila barata donde ponerlos. Ansiosa como estaba por salir de allí para iniciar su vida, tenía la sensación de que ese largo verano no terminaría jamás. Pero la

preocupaba dejar sola a su madre.

Por fin tuvo su bolso preparado y comprado el pasaje de autobús; anotó cuidadosamente la dirección y el número telefónico del alojamiento universitario y lo pegó en la puerta del viejo frigorífico. Como no podían pagar teléfono, en caso de emergencia su madre tendría que utilizar una cabina pública. Había lavado y lustrado el Chevy; ahora solo faltaba persuadir a su madre de que lo condujera, a fin de que pudiera retirar los bonos de comida y comprar sus provisiones.

—Vamos, mamá —dijo, tomándola del brazo para levantarla de la silla donde miraba televisión—. Salgamos a pasear en coche.

—Ve tú, Mary Mallory —la madre apartó el brazo, pero su hija estaba decidida. La abrazó por los hombros con firmeza y la sacó al sol brumoso del atardecer.

—Hace un día precioso, mamá. Podríamos ir a comprar tus cigarrillos; después quizá pasemos por el supermercado a comprar algo especial para la cena. Tenemos que celebrar, ¿comprendes?

La madre se dejó instalar tras el volante. Mary Mallory puso las llaves en el contacto.

—¿Te acuerdas cuando llegamos aquí mamá? ¿Desde Seattle? Ahora solo tienes que llegar al mercado y a la gasolinera.

Su madre se encogió sobre el volante y pisó el acelerador; salieron disparadas colina abajo. Cuando entraron en el supermercado todos se dieron vuelta a mirarlas; Mary Mallory enrojeció al sentir esos ojos fijos en ella. Formaban una pareja extraña, sin duda: ella, con sus gruesas gafas, sus miembros flacos y su viejo vestido de algodón floreado, que había comprado en la tienda de ropa usada; la madre, con el pelo desaliñado, los ojos inexpresivos y el rostro consumido, una camisa que había sido, blanca y una falda azul que dejaba muy al descubierto sus piernas flacas. Tenían aspecto de pobres, se dijo con furia. Eran pobres. En realidad, no se podía ser mucho más pobres que ella y su mamá. ¿Cuánto más se podía caer cuando no se tenía nada?

Entonces recordó que ahora tenía algo. Iba a estudiar una carrera universitaria. Una vez había experimentado el mismo regocijo: cuando su madre le dijo que iban a vivir en la playa. Con educación universitaria llegaría a ser alguien.

Recorrieron lentamente los pasillos, mientras ella indicaba a su madre qué debían comprar y qué se debía hacer con los bonos de comida en la caja registradora, pero la mujer parecía caminar en sueños. Solo cabía esperar que recordara lo que debía hacer.

Ya de nuevo en casa, asó las chuletas que había comprado para celebrar en la herrumbrosa parrilla exterior y abrió una lata de judías para acompañarlas; luego se sentaron a la mesa, en silencio. Su madre jugaba con la carne, sin interés. Mary Mallory la observaba con el corazón desesperado. Necesitaba compartir su pequeño triunfo, su placer, su entusiasmo, pero de nada servía. Hasta la cena de festejo fue un fracaso.

A la mañana siguiente, cuando Mary Mallory buscó a su madre para despedirse, la encontró sentada en el sofá de vinilo anaranjado, viendo un programa de

actualidades.

—Me voy, mamá —dijo melancólicamente a esa figura flaca y patética encorvada en un rincón del sofá.

La madre le echó una vaga y rápida mirada, y volvió a su programa.

—Me marcho a la universidad, mamá —insistió.

—Ya lo sé —respondió su madre, con el mismo tono suave que empleaba para cualquier noticia, buena o mala—. Que la pases bien, Mary Mallory.

Y encendió un cigarrillo con la colilla que tenía en el cenicero.

Durante un momento, la chica le apoyó la mano en el pelo, llena de ternura; se moría por abrazarla, por darle un beso, por saber que a su madre le importaba.

—Adiós, mamá —dijo.

La mujer se levantó para servirse otra taza de café.

—Adiós —dijo, con aire distante.

La universidad era mucho más grande de lo que Mary Mallory había imaginado. Tampoco había pensado que debería compartir un cuarto con otra muchacha. Después de llamar a la puerta, nerviosa, esperó hasta que una voz dijo:

—Pase.

Junie Bennett frunció el entrecejo al verla entrar.

—¡Oh, Dios mío, mira lo que me han traído! —murmuró por lo bajo. Y alzando la voz—: Hola. Me llamo Junie Bennet. Mi cama es la que está junto a la ventana. Esa es la tuya —señaló la que se apoyaba contra la pared—. La que llega primero elige —e inspeccionó a su compañera de alojamiento con críticos ojos verdes.

—Me llamo Mary Mallory Malone —la chica alargó la mano con una sonrisa esperanzada.

—Mary Mallory. —Junie enarcó las cejas—. ¿No tienes sobrenombre?

—Oh... Mary, simplemente —sorprendida, cambió de nombre en un instante.

—Saldré para reunirme con unos amigos. —Junie recogió de prisa un jersey y el bolso—. No pongas tus cosas en mi parte del cuarto, por favor.

Mary la siguió con ojos melancólicos. Junie Bennet era todo lo que a ella le habría gustado ser: una chica alta, rubia y bonita, de nariz respingona, labios pintados de rojo, montañas de confianza en sí misma y un brazalete de oro auténtico en la muñeca bronceada. Hasta tenía un diminutivo cariñoso: Junie. Mary habría apostado a que en la secundaria habría sido la jefa de las animadoras deportivas. Y vestía tan bien... esa falda roja y esa camisa blanca parecían flamantes y caras.

Decididamente, Junie no se mostró nada cordial. Tenía su propio grupo, con el que hacía todo. Mary no existía. En lo posible Junie la ignoraba y se quejaba ante sus amigos por tener que compartir el cuarto con semejante pelma.

Al mirarse al espejo Mary comprendía por qué. Pese a sus diecisiete años, su experiencia de la vida sumaba casi cero. No tenía nada de bonita, era desteñida y estaba cargada de inseguridades; además, era tan pobre que no podía pagarse ni siquiera una taza de café. Por eso mantenía la nariz metida en los libros y se dedicaba

a estudiar; jamás faltaba a una clase ni dejaba de entregar un trabajo. La universidad le dio un empleo en la cafetería. Después de algunas semanas consiguió otro en un bar cercano, donde trabajaba por la noche.

De algún modo se las compuso para soportar esas terribles semanas de soledad. Al principio tuvo la esperanza de hacer amigos; nunca dejaba de sonreír y de saludar a sus compañeros de clase. Pero todos llevaban una vida ocupada y frecuentaban círculos en los que ella, decididamente, no estaba incluida. Había otros descartados como ella, pero Mary los evitaba por no admitir ese tipo de derrota. Prefería reunir valor, pensar en el futuro diploma y concentrarse en sus estudios.

Decidió ser periodista. Escribir era mucho más fácil que hablar; además, esa niñez llena de privaciones le había provocado una inagotable curiosidad por saber cómo vivía la otra mitad. Por otra parte, los periodistas no tenían que responder a ninguna pregunta; eran ellos quienes preguntaban. De ese modo podría guardar silencio y mantener reserva.

Se deslizaba por el campus como un incorpóreo fantasma gris, siempre aparte; hablaba solo cuando le dirigían la palabra, fuera en clase o en la cafetería, pero nunca sobre temas personales.

El primer año pasó con lentitud. Cuando terminó aún no había hecho ningún amigo, pero tenía excelentes notas y, con sus dos empleos, lograba llegar a fin de mes... apenas. Volvió a su casa para pasar el verano trabajando en el Lido Café, pero como estaba más crecida la ascendieron a camarera.

La propietaria era Dolores Power, una mujer regordeta, de ojos duros, que estaba casada con el presidente de la Cámara de Comercio local y del Club Fleks. Se declaró sorprendida por el profesionalismo de Mary.

—Es que por la noche trabajo en un bar, cerca de la universidad —explicó ella. Esa fue la única vez que hablaron, descontando las órdenes y el cheque que recibía los sábados por la noche.

Era imposible saber si su madre se alegraba de verla; aunque, parecía aliviada por no tener que retirar personalmente los bonos de comida ni hacer las compras. Estaba aún más flaca que antes. La hija, sospechando que no comía, gastaba buena parte de su sueldo en platos sabrosos. Trataba de tentarla con un pollo asado los domingos, con un pastel de manzanas; compraba mucha fruta fresca, cereales y leche entera. Pero la madre se limitaba a picotear la comida; sus ojos le decían que la probaba tan solo para contentarla a ella.

Volver a la universidad fue un alivio; durante un tiempo todo continuó como antes.

Hasta que todo se arruinó de repente.

Fue cuando volvió a casa para el día de Acción de Gracias y vio a su madre arrojarse al mar.

Mary se apartó con un suspiro de aquella espléndida vista de Manhattan. Desde que abandonara Golden para siempre no había vuelto a pensar conscientemente en su

madre. No hubo funerales; al fin y al cabo, si en vida nadie la había conocido, ¿quién iría a presentarle sus respetos ahora que estaba muerta?

Tampoco hubo momento final para Mary: ni adioses ni alivio para su culpa. No tuvo siquiera tiempo para el duelo: había tenido que quitarse a la madre de la mente, tan definitivamente como ella había salido de su vida.

Si quería sobrevivir, no podía hacer otra cosa. Tenía solo dieciocho años y estaba sola en el mundo: una estudiante universitaria, la mujer invisible, sin dinero ni amigos, porque nunca había aprendido el arte de entablar amistad.

Fue un largo y difícil trabajo elevarse desde esa condición de nadie a la mujer que era en la actualidad, más recia de lo que nadie sospechaba. Y por eso Mal nunca se permitía recordar. Salvo cuando se presentaban las pesadillas.

En un principio las tuvo con frecuencia; invadían su descanso sin que nadie las llamara, como pequeños demonios negros que caminaban en puntillas en su subconsciente. Después, gradualmente, las fue dejando atrás. Ahora las tenía rara vez.

Mal se paseó por el apartamento a oscuras, con los brazos apretados sobre el pecho, pensando en Harry. Esa noche no tenía miedo; no había necesidad de correr de un lado a otro, encendiendo luces para mantener a raya esos lúgubres recuerdos. Eso era algo que debía agradecer a Harry.

Salió al terrado para contemplar la ciudad, sintiendo la brisa que revolvía su pelo y enfriaba sus brazos y piernas.

Visualizó perfectamente a su madre, como si la hubiera visto el día anterior: delgada, frágil, con las mejillas huecas de chupar su eterno cigarrillo, el pelo desteñido en una mezcla indeterminable de gris y arena. Recordó la carta abandonada en la mesa de la cocina, donde ella le decía que pasaría ese fin de semana en casa.

Recordó el interminable viaje, en tres autocares sucesivos. «Todo está bien —se había dicho, mientras avanzaban a tumbos por la noche—; pronto estarás en tu hogar».

Pero no hubo casa, ni madre, ni consuelo. No hubo nada, salvo su propia determinación.

Más adelante volvió a la universidad y a sus dos empleos: el de la cafetería y el del bar de la ciudad. Vivía en un cuartito desnudo de una casa vieja, que alquilaba a otro estudiante.

De algún modo completó sus cursos y recibió el diploma. Entonces consiguió trabajo en una emisora de radio local; era la mecanógrafa que revisaba las informaciones. Con un poco de dinero en el bolsillo, mejoró un poco su aspecto y compró un par de conjuntos decentes para la oficina.

Después consiguió otro puesto en una pequeña estación de televisión de la ciudad. Su título oficial era el de investigadora, pero en realidad era un factótum: mecanografiaba cartas, repartía la correspondencia, atendía los teléfonos y servía café con rosquillas. Era descolorida y tímida; no tenía noción de su propio valer, pues aún no lo había descubierto. Pero allí adentro anidaba la ambición. Soñaba con ser la

reportera que saliera a informar sobre los acontecimientos locales.

Entonces contrataron a otra muchacha, recién graduada y bonita como una pintura: pelo rubio hasta los hombros, lápiz de labios y ojos centelleantes. En pocas semanas la chica nueva estaba ante las cámaras, haciendo exteriores para los informativos: un choque múltiple causado por la niebla, el asalto a un banco, un puente arrastrado por la inundación.

Mary se sintió despreciada, menos que nada. Después de tanto trabajar y aprender, había albergado grandes esperanzas de ser ella la próxima en enfrentar la cámara. Pero se miró al espejo. Vio su pelo rubio sin gracia y sus feas gafas. Vio que seguía siendo descolorida y arratonada, llena de inhibiciones y mal vestida, con una voz tímida, susurrante. Y se preguntó, abatida, quién podía tener ganas de mirarla.

Ahora, sentada en el jardín de su hermoso apartamento, Mal recordaba la horrible verdad de ese momento. Se había enfrentado a la tremenda realidad de que así era y así sería toda la vida. Nadie iba a darle una varita mágica para cambiar las cosas. Su destino estaba en sus propias manos.

Entonces la invadió una especie de ira: ira contra sus padres, que la habían dejado sin amor ni identidad; ira contra la chica bonita y chispeante que había conseguido el empleo; ira contra su propia indefensión. Se encontraba en una encrucijada.

En ese momento decidió cambiar su vida. Se arrancaría de eso. Triunfaría por pura fuerza de voluntad. Ahora o nunca, se dijo.

Retiró del banco sus escasos ahorros y los usó para cambiar. Se hizo cortar el pelo y darle un tono más dorado; invirtió en lentes de contacto; compró algunas prendas sencillas en colores claros. Preguntó a la maquilladora del canal qué cosméticos le convenían y cómo debía aplicarlos. Estudió las técnicas de quienes hacían entrevistas, no solo en la estación local, sino en las grandes redes. Los observaba con ojos de águila, hasta conocer cada expresión, cada inflexión de voz, cada aspecto del oficio.

Cuando estuvo preparada, pidió al gerente del canal que le diera la oportunidad de trabajar como periodista. Aún ardía de resentimiento al recordar su mirada despectiva, su mueca burlona, el tono con que la había rechazado, como si dijera: «¿Estás bromeando?». Inmediatamente presentó su renuncia. Esa misma semana abandonó la pequeña ciudad por otra más importante.

Con sus antecedentes laborales bien redactados y su nuevo aspecto, consiguió empleo en otra emisora de TV como asistente de producción. El sueldo era mejor y la trataban como miembro del equipo. Sus compañeros de trabajo le sonreían con cordialidad; ella disfrutó de la sorpresa. Después de haber sido rechazada tantas veces, en un principio respondió con cautela a sus sonrisas. Pero la aceptaban. La creían igual a ellos. Al salir del trabajo iban juntos a beber una copa o a cenar.

Se inscribió en un gimnasio para ponerse en forma. Hasta comenzó a aceptar invitaciones de hombres, aunque solo para comer o ir al cine. Era siempre prevenida, siempre reservada. «La mujer misteriosa», la llamaban en broma. Pero ella se divertía, para su propio asombro.

Cuando la chica del parte meteorológico salió de vacaciones, ella la reemplazó. Ahora sabía exactamente cómo presentarse, cómo sonreír y actuar con vivacidad. Ahora también ella parecía bonita como una pintura, con el pelo rubio y vaporoso, los ojos azules chispeantes y una sonrisa pronta en la boca generosa. Desbordaba una vitalidad recién descubierta; había aprendido a ser amena.

Entonces llegó la llamada del productor de la red: había reparado en ella y le pedía que viajara a Nueva York para hacer una entrevista.

Sentada en su terraza, Mal recordó sus mareos de entusiasmo, su nerviosismo. Había alejado de sí las viejas inseguridades e inhibiciones, diciéndose que ahora era otra, la que la red nacional deseaba. Fue entonces cuando inventó a Mallory Malone.

Derrochó en un traje negro de Donna Karan que le sentaba como un guante. Acudió a un salón de belleza, donde un conocido estilista le hizo ese corte de crisantemo, ahora famoso, y le aclaró el pelo como si se lo hubiera veteado el sol. Una maquilladora de primera se ocupó de su cara. Cuando contempló el resultado en el espejo le costó reconocer a esa joven encantadora, que la miraba con sorprendidos ojos azules.

Eso le había costado hasta el último centavo. Partió hacia la entrevista y las pruebas de cámara con la nerviosa esperanza de que valiera la pena.

Cuando el taxi la dejó frente al estudio, levantó la vista hacia el imponente edificio, las puertas custodiadas, la gente que entraba y salía de prisa. Supo que todo eso estaba a su disposición, si sabía tomarlo. Y con el mentón en alto, cruzó esas puertas, erguida, llena de decisión. Ahora o nunca. Otra vez.

Fue esa Mallory reinventada la que, un par de años después, se casó con un exitoso agente de bolsa.

Matt Clements era un hombre maduro y apuesto, de sienes encanecidas, con una perfecta vida social. A ella le gustó de inmediato, porque era una especie de figura paterna y porque él también se había hecho desde abajo. Nacido en una miserable vivienda de Brooklyn, había utilizado la sabiduría de la calle y un astuto cerebro financiero para llegar al sitio que ocupaba en la actualidad: la cima del mundo, en uno de los más grandiosos rascacielos de Manhattan, donde tenía un apartamento de tres plantas cargado de antigüedades elegantes.

—En esta ciudad, con dinero se puede comprar cualquier cosa —le dijo la noche en que la invitó a cenar, mientras ella recorría las habitaciones, asombrada por ese lujo deslumbrante—. Hasta la elegancia. Y no olvides que en una ciudad como Nueva York, la elegancia otorga credenciales. Dinero más elegancia equivale a distinción, y eso significa que lo tienes todo.

Los dos rieron. Ella lo admiró por su sinceridad... y lo envidió por no cargar con el pesado fardo del pasado. No ocultaba sus orígenes humildes. Aunque no se enorgulleciera de ellos, eran la realidad.

Por entonces ella trabajaba leyendo las noticias para la red nacional y la perspectiva de pasar al informativo de la mañana, en alguna fecha futura, se

balanceaba delante de sus narices. Vacilaba entre su carrera y el embriagador entusiasmo de estar con él.

Clements la cuidaba, se interesaba por ella, la hacía sentir hermosa y deseada. Por primera vez podía bajar un poco la guardia estando con un hombre. Él entendía su ambición y la aplaudía. Nunca había que darle explicaciones.

Un mes más tarde, cuando él le propuso casamiento, Mal aceptó de inmediato. Quería creer que lo amaba y en verdad así era, en cierto sentido. Había atracción, física, sin duda. Pero lo que en verdad quería era formar parte de su atareada vida.

Ese acabó por ser el problema. Clements era un hombre ocupado; ella, una mujer ocupada. Algo debía romperse. Y ese algo resultó ser el matrimonio.

—Renuncia por mí, Mal —había dicho él.

Estaba sentado frente a ella, en un gran sofá de brocado dorado, en la más pequeña de las salas de ese grandioso apartamento. Vestía un batín de seda verde oscura; ella, un albornoz blanco de toalla. Abajo ambos estaban desnudos, pues acababan de hacer el amor. Se sentían bien; cuando estaban juntos todo estaba bien. Pero él se ausentaba con demasiada frecuencia. Y sin su profesión, sin su trabajo, ella sentía que no era nadie.

—Si lo hiciera, en menos de dos meses me odiarías —dijo con tristeza.

—Podríamos comprar una casa en el campo, tener un niño.

Lo miró con angustia. No podía tener un niño. Ella nunca había tenido una verdadera infancia. Temía no poder amarlo; después de todo, no tenía modelos para ese rol de madre.

—Creo que no podría —dijo sobriamente.

—El ofrecimiento sigue en pie —aseguró él. Luego le dio un beso y fue a vestirse. Media hora después partía hacia Zúrich. No volvería hasta pasadas dos semanas.

Pocos meses después Mal comprendió que eso no resultaría. Necesitaba de su carrera y él vivía para la suya. No le molestó que él la culpara públicamente por la ruptura. Después de todo, él le había ofrecido lo que casi todas las mujeres deseaban. Solo que ella era diferente.

Mal caminó hasta el borde de la terraza para apoyar los codos en el antepecho, contemplando las calles de esa ciudad dura y deslumbrante, que la había recibido en su corazón. Desde aquel día no había vuelto la vista atrás. Y tampoco hacia el pasado, hasta que Harry la obligó a hacerlo.

Aún había cosas de las que no podía hablar, secretos que jamás expondría a la luz. Pero correspondían a otra época, a otro lugar, y ella se había convencido, mucho tiempo antes, de que la única manera de sobrevivir era marchar hacia adelante.

Harry tenía razón, desde luego. Rehusarse a enfrentar su propia desolación, la sensación de abandono provocada por el suicidio de su madre, había sido tomar el camino de los cobardes. Era obvio que eso la asustaba.

—Gracias, Harry —dijo a la noche. Luego entró para llamarlo y dejó ese mismo

mensaje en el contestador.

Sonrió al pensar que Harry lo escucharía al regresar del trabajo, en la madrugada. Entró en el dormitorio de huéspedes para mirar la cama que Harry había usado la semana anterior. Desde entonces habían aseado ese cuarto y cambiado las sábanas, pero la almohada estaba todavía allí, la misma en que descansara su cabeza.

Se tendió en la cama, con la almohada apretada contra sus pechos, las rodillas recogidas y los ojos cerrados; pensaba en Harry; deseaba estar de nuevo en sus brazos, haciendo el amor. Porque al hacer el amor con Harry Jordan se había sentido amada. Y eso era bastante especial.

Al amanecer, cuando Harry decidió finalmente retirarse, la sala de Homicidios todavía zumbaba de actividad. Había revisado las transcripciones de las entrevistas y las huellas encontradas en la escena del crimen. Había escuchado una y otra vez la grabación dejada en el contestador de Terry Walker. Las últimas palabras de Suzie eran como un mazazo en su corazón.

Después de la primera vez, Rossetti no soportó escucharlas de nuevo. Pero Harry buscaba sonidos de fondo, cualquier cosa que pudiera haberse filtrado en la grabación. Por fin la envió al laboratorio, para que encontraran alguna manera de amplificarla electrónicamente.

Casi no necesitaba el informe de la autopsia efectuada por el doctor Blake. Era una pena que Suzie hubiera sido vejada por segunda vez, solo para averiguar qué había ingerido en su última comida, si había drogas o venenos, cuál de esas terribles puñaladas había sido la que le causara la muerte.

Tanto él como Rossetti empezaban a llamarla «la víctima», para poner distancia entre la muchacha que conocían y el cadáver depositado en la morgue.

—Pero vamos a atrapar a ese hijo de puta, Profe —dijo su compañero, sobriamente.

No parecía el Casanova de costumbre; estaba colérico y sombrío. Harry sentía exactamente lo mismo.

—Somos investigadores de homicidios, Rossetti —dijo, tratando de volver a la realidad de la situación.

—De todas maneras somos humanos.

Salieron juntos al aparcamiento con las manos metidas en los bolsillos, sin decir nada. Rossetti pateó una piedra que fue a chocar contra el Jaguar.

—Perdón —dijo, malhumorado.

Harry se encogió de hombros; no tenía importancia. Después de darle una palmada solidaria en el hombro, se despidió.

Cada uno se acercó a su coche. Luego volvieron a mirarse.

—¿Dónde vas, Profe? —preguntó Rossetti.

—Pensaba pasar por el club para ver qué pasa allá. —Harry estaba seguro de no

poder dormir. Usaría el gimnasio para quemar esas falsas energías—. ¿Y tú?

—Tal vez vaya a la iglesia a rezar un rato. Hay que darle una oportunidad.

Ojalá Dios pudiera hacer mejor trabajo que ellos. Harry subió al Jaguar y lo condujo muy lentamente hacia el club Moonlighting, en la aurora fría y gris.

El club estaba tranquilo. Solo había unos cuantos muchachos conversando y bebiendo gaseosas. Hasta la música era discreta: en vez de rap habían puesto a Whitney Houston.

Los saludó al pasar rumbo a los vestuarios, donde guardó cuidadosamente su pistola. Mientras echaba llave al casillero se dijo que aquello no tenía sentido; cualquiera de los chicos que estaban allí debía de tener un arma de fuego, probablemente más sofisticada que su pistola reglamentaria.

Después de darse una ducha rápida, se cambió para ir al gimnasio. Dedicó media hora a la cinta móvil; luego hizo levantamiento de pesas, no usó los aparatos. Esa noche necesitaba la sensación puramente física de estar a cargo de sí mismo.

Pasada otra media hora, sudoroso y exhausto, volvió al vestuario para ducharse de nuevo y se vistió. Cuando iba a sacar la pistola del casillero vio una tira de papel escondida debajo del arma.

La extrajo con cuidado. El mensaje había sido garabateado con bolígrafo negro.

El que disparó en la tienda es Isaiah Tulane, también llamado Gregory Tallman e Ike «el Hombre». En este momento se oculta en la calle 9 Oeste. El muerto era amigo mío.

No tenía firma, por supuesto. Pero Harry no dudó de su autenticidad. Durante diez segundos se preguntó cómo habían abierto su casillero; luego se dijo, con severidad, que ese no era un campamento de escolares. Casi todos los muchachos que frecuentaban el club tenían antecedentes delictivos y la mayoría había estado en la droga. Para ellos, abrir un casillero era juego de niños. Debía agradecer que solo abusaran de su confianza para pasarle información sobre un asesino, que había disparado contra uno de ellos.

Aun así, era culpable de descuidar la seguridad por no haber previsto eso. Había actuado con negligencia y, si no había consecuencias, era solo por suerte. No volvería a suceder.

Salió sin que nadie lo mirara; todos siguieron con lo que estaban haciendo. Con una gran sonrisa, Harry encendió el radioteléfono para llamar a los coches de patrulla. A veces la vida te da algún premio, después de todo.

También se comunicó con Rossetti.

—¿Cómo te fue en la iglesia? —preguntó, todavía sonriente.

—Bien sabes que no se puede esperar una respuesta inmediata —replicó su compañero—. De cualquier modo, me siento mejor.

—Esto te hará sentir mejor todavía y aumentará tu fe en el Todopoderoso. —

Harry le contó lo de la nota—. En este momento voy por una orden de arresto. Te espero en la calle Oeste, viejo.

Arrestar al asesino fue, en comparación, decepcionante. Lo encontraron en la cama, durmiendo después de una dosis de heroína; no ofreció resistencia. Más tarde se puso de mal humor y les reveló el nombre de su cómplice.

—No fui yo quien disparó contra el tío, sino él —murmuró, mientras Harry se paseaba a su alrededor, en el cuarto de interrogatorios.

Rossetti tomó un sorbo de café, sabiendo que Tulane se moría por una taza. Y por un cigarrillo. Sacó ostentosamente un Camel y lo hizo rodar entre los dedos antes de ponérselo entre los labios. Para prolongar la tensión pasó el encendedor de mano en mano.

Tulane tenía la vista fija en el cigarrillo. Se pasó la lengua por los labios. Estaba ceniciento, con la boca reseca; el efecto de la droga lo estaba abandonando y empezaba a temblar.

—Necesito un cigarrillo, hombre —dijo, todavía enfadado—. ¿No se supone que estáis obligados a ofrecérselo a un sospechoso? ¿Y café?

—Claro. —Rossetti encendió el cigarrillo y alejó de sí el humo con la mano. El prisionero lo aspiró como si fuera cocaína.

—Oh, amigo —gimió—, eres una mierda.

—Detective Jordan, ¿cree usted que esto puede significar dos puntos en contra para el señor Tulane? —sugirió Rossetti, sonriendo.

Harry dijo con suavidad:

—Si quieres, tendrás todos los cigarrillos y el café que desees, Isaiah.

Sabía que era solo cuestión de tiempo. Rossetti lo había puesto a punto; su cómplice estaba pasando por lo mismo en el cuarto vecino. Tenían el arma y el oxidado Ford blanco. Los tipos no tenían salida; confesarían en menos de una hora. Mientras tanto había llegado el abogado, gruñendo por haber sido sacado de la cama. Harry bostezó. Esa noche parecía durar una eternidad.

A las diez de la mañana lograron la confesión. Harry volvió finalmente a su casa, preocupado por *Squeeze*. No tenía por qué: el perro estaba habituado a los horarios erráticos de la policía. Lo saludó con un perezoso meneo de cola y se levantó alegremente.

Harry le puso la correa para llevarlo a dar una buena caminata. Entraron en Starbucks a tomar una taza de café decente, para variar, y compartieron un bollo de canela antes de volver a casa.

En el contestador había dos mensajes. El primero era de su madre.

—Gracias por venir a mi fiesta, Harry —decía alegremente.

Él lanzó una especie de gruñido. Se la oía muy animosa, mientras que él estaba exhausto. Además, era como si la fiesta hubiera sido diez años atrás.

—¿Verdad que fue una maravilla? A veces yo misma me supero. Y gracias por traer a Mallory. Fue como un regalo especial. Qué mujer encantadora. Dice tu tío

Jack que, si la pierdes por culpa de tu trabajo, estás loco de atar. Y francamente, estoy de acuerdo con él —su madre rio otra vez—. A ver si comemos juntos un día de estos, querido.

Hubo una pausa. Luego la voz agregó, como si acabara de ocurrírsele:

—¿No te parece un poco ridículo tener que citarnos para comer juntos, cuando vives a la vuelta de la esquina? Puedes venir cuando quieras. Ah, pero me olvidaba de algo: la semana que viene viajaré a Praga con Julia. Ya sé: te preguntarás qué diablos haré en Praga, así que te lo explico ahora mismo. Iré porque nunca estuve en Praga, *au revoir*.

Y cortó con un firme chasquido.

Harry sonrió. Miffy era, ante todo, previsible. Esperó el segundo mensaje.

Era Mal, que decía con esa voz suave y ronroneante:

—Estaba pensando en ti. Quería darte otra vez las gracias. Por todo. Buenas noches, Harry.

Sentía deseos de abrazarla, de estrecharla contra sí. Se conformó con dar una palmadita afectuosa al contestador. Se acostó deseando soñar con ella. Pero no fue así. No soñó nada.

Capítulo 33

Pero cuando despertó tenía a Mal dando vueltas en su mente. Apartó de su pecho la cabeza de *Squeeze* y se incorporó, pasándose las manos por el pelo. Luego marcó el número de ella, pero atendió el contestador automático. Por supuesto: eran las dos y media y ella debía de estar trabajando. La llamó a la oficina, pero Mal había salido a comer y no volvería hasta las tres.

A las tres estaba desayunando ante el mostrador de Ruby, con *Squeeze* metido entre los pies, como de costumbre.

—Menos mal que es un perro de policía —le dijo Doris, en voz alta—. De otro modo los parroquianos podrían oponerse por motivos higiénicos.

Harry echó un vistazo a los otros clientes, que bebían cerveza a grandes tragos, tosían sobre el cigarrillo y ensopaban el pan en la salsa.

—¿Estos parroquianos? No creo, Doris —aseguró por encima del hombro, mientras iba hacia el teléfono público instalado junto a la puerta.

Squeeze, que tenía la cabeza entre las patas, lo siguió con la mirada, pero sin moverse, sabiendo que no hacía falta.

—La señorita Malone está en una reunión —informaron a Harry.

—Bueno —dijo él, resignado—. Dígale que la llamaré más tarde.

Volvió a la barra para picotear de mala gana el acostumbrado jamón con huevos.

—¿Sabes una cosa, Profe? No estás comiendo bien —dijo Doris, apoyando los codos frente a él—. ¿Nunca comes otra cosa que esta basura?

Él la miró de mal humor.

—Por supuesto. Como panecillos de canela, *pizza* con pepperoni y bocadillos a la Matisse.

—No sé qué son esos bocadillos a la Matisse, pero lo que necesitas, Profe, es una buena mujer que te cocine. Comida casera, ¿me entiendes?, como la que aconsejan en las revistas.

—Las mujeres que conozco no saben cocinar —dijo él con tristeza. Luego recordó las codornices y las flores de zucchini rellenas que había visto en el frigorífico de Mal—. Bueno, puede que alguna sepa.

—Entonces no pierdas tiempo, Profe, porque si no la atrapas pronto serás tú quien acabe en el hospital. En la sala de terapia intensiva, maldiciendo las famosas patatas fritas de Ruby.

No era por Doris, pero ese día la comida no sabía tan bien. Bebió una coca-cola, pagó la cuenta y fue hacia la puerta, despidiéndose con un ademán de la mano. Esa vez *Squeeze* lo siguió.

En la sala de Homicidios todo estaba igual. Se sentó frente al ordenador, para repasar los datos sobre la muerte de Suzie. Había algo allí que no cerraba. Para empezar no habían robado nada: el equipo de música y el televisor aún estaban allí. Sin embargo, lo más probable era que ella sorprendiera al ladrón sin darle tiempo a

retirar algo para cargarlo en su coche.

Examinó las fotos del cadáver. La cara golpeada estaba cubierta de sangre seca. Sacó una lupa del cajón para observarla bien. Luego tomó el teléfono para llamar al laboratorio criminológico y pidió que ampliaran el detalle de la frente. No podía creer en lo que estaba viendo, pero estaba casi seguro.

Observó la fotografía de las bragas de encaje negro abandonadas en la cama. Sin embargo no había violación. El laboratorio tenía esa prenda, junto con las sábanas y los otros artículos encontrados en la escena del crimen: la bolsa y los guisantes, el cuchillo, muestras de sangre y lo recogido bajo las uñas. Los detritos de una vida humana perdida.

Luego pasó a las fotos del cuchillo. Era pequeño, de hoja estrecha y fina. El mismo tipo que se había utilizado con Summer Young. Buscó en el ordenador la declaración de Alec Klosowski; la descripción del sospechoso y el tipo de vehículo también coincidían.

Sacudió la cabeza, incrédulo. Suzie había sido masacrada fortuitamente, en un crimen que parecía impulsivo. En cambio, la muerte de las tres estudiantes había sido premeditada. Ellas habían sido vigiladas, raptadas y violadas; después de eso muertas limpiamente en un acto de violencia sexual planificada.

Llamó de nuevo al laboratorio forense para preguntar cuándo tendrían algo para él, cualquier cosa. Necesitaba seguir adelante.

—Denos un par de horas más —le pidió el jefe. Entonces llevó a *Squeeze* a pasear por la orilla del río Charles. Mientras holgazaneaba, con las manos en los bolsillos, no contemplaba el paisaje, sino la acera delante de él. El perro caminaba sobriamente pegado a su pierna, adivinando que ese no era buen día para jugar a traer la pelota. De pronto, tentado por una bandada de gaviotas en el terraplén, se aplastó contra el suelo para escurrirse por debajo de la cerca.

—Ven aquí, idiota —gritó Harry, mientras el perro perseguía las gaviotas, haciendo que levantaran vuelo entre graznidos furiosos.

Squeeze ladró gozosamente, haciéndolo reír, y regresó en un trote de triunfador. Esa vez franqueó la cerca de un salto. Luego retomó su puesto junto a los talones de Harry, como si nada hubiera sucedido.

—Loco —después de darle un coscorrón afectuoso, el amo volvió a sus pensamientos.

¿Y si hubiera un vínculo entre los asesinatos de las estudiantes y el de Suzie Walker? Era obvio que el asesino conocía los movimientos de la enfermera como si la hubiera vigilado. Sabía que ella trabajaba en el turno de noche y que no habría nadie en el apartamento. Solo que ella había regresado temprano. Se pasó las manos por el pelo. Lo preocupaban las similitudes.

Técnicamente, su turno no empezaba hasta las ocho de la noche, pero a esa hora ya había trabajado toda una jornada. Fue entonces cuando el laboratorio envió la ampliación de la cara de Suzie.

—¿Qué opinas de esto, Rossetti? —preguntó, señalando una marca de sangre seca en la frente. Rossetti miró con más atención.

—Parece una impresión. Como si le hubieran estampado algo en la cara.

—Fiadamente. Solo que no se lo estamparon. Ella se lo incrustó al caer hacia adelante. Mira bien, Rossetti. Fíjate: dos aros unidos por un trazo recto, con una pequeña saliente en el medio. ¿No te trae a la mente el famoso diseño que Gucci usa en sus zapatos? Nuestro hombre tiene gustos caros, Rossetti.

—Igual que el asesino en serie —los ojos atónitos del italiano buscaron los de Harry—. Pero este crimen es diferente. Su premeditación, sin rapto ni violación, con puñaladas múltiples.

—Imagina esta escena, Rossetti. Él la había elegido como su próxima víctima. La vigilaba. Sabía que a ella le tocaba el turno de noche. Recuerda que Suzie perdió las llaves. No hacía falta que el hombre entrara con violencia, pues el maldito ya tenía copia de las llaves. Ella vuelve a casa inesperadamente, lo sorprende allí y él entra en pánico. Había planeado secuestrarla y matarla después, pero tuvo que hacerlo allí mismo porque no tenía otra alternativa. Ella se resistió, lo golpeó con la bolsa de arvejas congeladas. Era algo a lo que él no estaba habituado y por eso la masacró. Es el asesino en serie, Rossetti. Estoy seguro. Es una corazonada.

Rossetti lo miró.

—¿Te parece que el jefe aceptará esa teoría?

—Si no tienes en cuenta el estilo del crimen y el hecho de la falta de premeditación, todo lo demás coincide: desde el cuchillo hasta los zapatos caros. ¿Qué otra cosa puede pensar el jefe? Nuestro asesino ha vuelto a atacar, Rossetti. Fue antes de lo que había planeado, pero eso es todo. No hablaremos con el jefe hasta haber recibido las otras pruebas del laboratorio, pero apuesto a que es así.

Esa noche no pudo llamar a Mal. Cuando por fin volvió a su casa encontró un mensaje de ella; decía que, al parecer, no lograban coincidir y que lo lamentaba. Era bastante difícil, eso de flirtear por teléfono. Sobre todo porque las dos partes no conseguían comunicarse.

El funeral de Suzie Walker tuvo lugar a las tres de la tarde siguiente. La sencilla iglesia bautista a la que ella concurría desde niña estaba colmada de deudos, entre los que se incluía un numeroso grupo del hospital.

Harry vio al doctor Waxman y a otros del cuerpo médico, así como al personal de enfermería que estaba libre a esa hora, y a representantes del personal de oficinas y administrativo.

Los familiares, vestidos de negro, se sentaron adelante: los padres, la hermana y un hermano menor, también pelirrojo; abuelos, tíos, primos y amigos de la niñez. El ataúd estaba cargado de bonitas flores blancas: peonías, margaritas, rosas y coronas de novia; a su lado ardían altos cirios.

Harry y Rossetti permanecieron discretamente atrás; lo mismo hicieron después, en el cementerio, mientras el sencillo ataúd descendía a la fosa. Un fotógrafo de la policía filmó el acto en vídeo; también estaban allí los equipos de televisión. La señora Walker lanzó un alarido; su esposo la sujetó con fuerza y ambos se dieron mutuo apoyo, desesperados por el dolor.

Harry cerró los ojos para no verlos. Se obligó a recordar que estaba allí por cuestiones de trabajo. No era extraño que el asesino asistiera al entierro de su víctima. Más tarde tendría que preguntar a la familia si habían notado alguna presencia extraña entre la gente. Le parecía difícil; el asesino estaría demasiado nervioso por la alteración de su exacta rutina como para hacer algo peligroso, no planificado.

Cuando todo terminó, él y Rossetti volvieron a la comisaría. Había más noticias del laboratorio: vellos púbicos encontrados en las bragas de encaje negro; no pertenecían a la víctima. Y en las sábanas se encontraron cabellos: de una persona blanca, grises, teñidos de negro. Tal vez fuera posible obtener el ADN de las pequeñas partículas de tejido celular aún adheridas a las raíces, pero eso llevaría tiempo.

—Parece que tenías razón, Profe —exclamó Rossetti, regocijado.

Y fueron a hablar con el jefe.

Después se sentaron en un bar a tomar una cerveza, pensativos y casi sin hablar. Más tarde se reunieron con el jefe de policía y el alcalde en el estudio de la televisión local, donde se filmó al jefe informando que el asesino en serie había vuelto a atacar. Lo pasarían en el informativo de las seis.

En la pantalla apareció la cara joven y sonriente de Suzie, e inmediatamente las escenas de su entierro. Luego el alcalde dijo lo suyo sobre la seguridad del municipio y sobre la existencia de pistas, por las que se esperaba poder efectuar un pronto arresto. Harry y Rossetti permanecieron respetuosamente en el fondo, con aspecto lúgubre; el bulto de las pistolas era visible en sus chaquetas.

Inmediatamente después, Harry pidió a Myra, la paseadora de perros, que se ocupara de *Squeeze*. Luego fue al aeropuerto para tomar el primer avión a Nueva York. Antes del despegue llamó a Mal para dejarle un mensaje: «Son las seis y media; estoy por subir al avión. Con un poco de suerte estaré en tu casa a eso de las ocho y cuarto. Sé que no te estoy dando mucho tiempo, pero espero encontrarte allí. —Vaciló un momento antes de agregar—: Te necesito, Mal».

En el momento en que Harry subía al avión, el hombre volvía a casa desde el trabajo, conduciendo lentamente por su calle. Saludando a un vecino con la mano, entró en su cochera. Ejecutó la rutina de costumbre con los cerrojos y las llaves, inspeccionando los cuartos por si hubiera algo extraño. Esta vez había nerviosismo en sus ojos, casi como si esperara encontrar allí a un par de policías destrozando su casa en busca de pruebas.

Lo que le preocupaba era el cuchillo. Recordaba claramente haberlo guardado en su bolsillo antes de salir, pero no lo encontraba en ningún sitio. ¿Dónde podría haber caído? ¿En la casa de la mujer, en la calle? En ese caso, a estas horas ya estaba en poder de la policía.

Preocupado, entró en la cocina para inspeccionar el magro contenido del refrigerador, como si esperara encontrar el cuchillo en el sitio de costumbre.

Se sirvió una generosa medida de vodka, esta vez sin hielo, y lo llevó a la sala, donde encendió el televisor.

De pie frente al aparato, fue bebiendo el vodka puro a grandes tragos, mientras se sucedían los hechos del mundo. Tenía hambre, pues no había cenado en el lugar de costumbre, inquieto como estaba por lo del cuchillo. Volvió a la cocina en busca del bocadillo que había traído y, siempre de pie frente al televisor, le dio un mordisco.

¡Ahí estaba! Suzie Walker, mirándolo directamente a los ojos. Tragó un trocito de queso que se le había atascado en la garganta.

—Putá —gruñó—, puta piojosa y barata. Mira lo que me has hecho hacer.

Aún seguía escupiendo invectivas contra ella cuando pasaron las imágenes del funeral. Luego aparecieron el jefe de policía y el alcalde. Boquiabierto, les oyó decir que tenían pruebas concluyentes de que el asesino de la enfermera Walker era el mismo que había matado a las tres estudiantes.

«Es necesario que las jóvenes de esta ciudad pongan mucho cuidado —advirtió el alcalde—. Que no salgan solas. Que estén alertas y, si salen, que lo hagan en grupos. No creemos que el asesino siga libre por mucho tiempo. Todo indica que pronto se efectuará el arresto».

Al hombre se le aflojaron las piernas y tuvo que sentarse. El bocadillo cayó de sus manos sin que él lo notara, manchando la alfombra immaculada.

Se pasó la lengua por los labios reseca. Mentían, sin duda. Aunque hubieran encontrado el cuchillo, no había huellas digitales: él lo había lavado y secado cuidadosamente después de usarlo. Además, tenía puestos los guantes de goma; siempre había sido meticuloso en ese aspecto. Estaba completamente seguro de no haber dejado otra huella.

Solo anunciaban la inminencia de la detención para calmar los temores del público. Esa noche nadie lo había visto, salvo Suzie. No tenían otra cosa que el cuchillo. Y estaba limpio.

Suspiró con alivio. Eran anuncios falsos. Tenía la absoluta certeza de que ignoraban su identidad.

Al apagar el televisor reparó en el bocadillo y la mancha de mostaza. Maldiciendo por lo bajo, corrió a la cocina en busca del quitamanchas. Detestaba la suciedad.

Capítulo 34

Cuando recibió el mensaje de Harry, Mal podría haber bailado de alegría. Después de cancelar una salida al teatro con amigos, corrió a comprar algo para comer.

Cuando Harry llegó, ella estaba en la cocina, preparando el aderezo para la ensalada. Salió para recibirlo al vestíbulo de grandes espejos venecianos y suaves alfombras de colores claros. Traía la chaqueta de cuero negro, los tejanos y una camisa azul. Estaba sin afeitarse, con el pelo revuelto y una expresión cansada en los ojos. A ella le pareció el hombre más atractivo que había tenido la suerte de ver en su vida.

Sin embargo, dijo:

—Me alegra que hicieras el esfuerzo... en cuanto a vestimenta, Harry.

Él gruñó.

—Déjame en paz, ¿quieres, Malone? Vengo directamente del trabajo; viajé cientos de kilómetros para verte.

—En ese caso, espero que te guste lo que ves.

Giró ante él, con su mejor sonrisa, mientras Harry la miraba de pies a cabeza. Se había puesto una falda larga, con un diminuto diseño floral en azul, que hacía juego con sus ojos, y un corpiño negro ajustado. Estaba descalza, con una banda adhesiva en cada dedo de los pies. El delantal blanco cubría una buena parte. Casi crepitaba de vitalidad y alegría de vivir.

—Ese delantal me gusta —admitió él, cauto—, sobre todo porque significaría que estás cocinando.

—En efecto.

Su apetito no era de comida, sino de ella.

—Dice Doris que no como bien. Dice que necesito una buena mujer, que cocine para mí.

—¿Eso dice Doris?

—Sí. Aduje que eso no era conveniente para Ruby, pero me contestó que era conveniente para mi colesterol.

Mal le echó una mirada burlona.

—Ahora que hemos aclarado eso, ¿no quieres pasar? —Dio un paso a un costado para que avanzara—. Siéntase como en su casa, detective.

Harry se detuvo frente a ella.

—En cuanto a vestimenta y a todo lo demás, estás... adorable —murmuró, encerrándole la cara entre las manos para darle un beso en la nariz—. Decididamente adorable, aunque huelas a ajo.

—Al menos no es a desinfectante.

—Nunca has olido a desinfectante —luego la estrechó contra sí para besarla como era debido.

Mal tuvo de nuevo esa estupenda sensación de perderse en sus brazos, de no conocer otra cosa que el contacto de sus labios, la presión de su cuerpo duro.

—Oh, Mal —murmuró él finalmente, apartando los labios para sembrarle mil besos en el pelo, la frente, los ojos cerrados—, te necesito.

Ella abrió bruscamente los ojos y se reclinó hacia atrás contra los brazos de Harry para mirarlo con pasión.

—Igual que lo de «adorable» —dijo—. Nadie me había dicho tampoco que me necesitara.

Él meneó tristemente la cabeza.

—Bueno, yo sí. Estos días han sido largos y difíciles.

Lo llevó a la sala, le quitó la chaqueta, lo instaló en un sillón cómodo y le ofreció una copa de champán.

—¿No tienes *whisky*? —Estaba destrozado, con los ojos apagados, agotado.

Ella asintió. Preguntándose qué podía haber pasado desde el atardecer del domingo, se acercó al aparador para llenar un vaso de *whisky* y hielo.

—Gracias —musitó él.

Lo miró con aire dubitativo, la cabeza inclinada.

—En alguna revista he leído que, cuando el hombre de la casa llega cansado, la mejor manera de llegar a su corazón es servirle una buena comida. Parece que esta vez acerté. Mientras yo termino de cocinar, ponte cómodo y escucha un poco de música sedante.

Cambió a Santana por un concierto de Mozart, a poco volumen, y desapareció en la cocina, sonriéndole por encima del hombro.

Harry no tenía hambre, aunque no había comido. Lo animaba el solo deseo de estar con ella. La necesitaba. En más sentidos del que ella había supuesto.

Sorbió el *whisky*, saboreando el perfume dulzón. Desde la cocina llegaban aromas deliciosos; la música suave se filtró en su mente, sedante, tal como ella quería. Lo invadió una sensación de bienestar tal que habría podido quedarse dormido, si no fuera porque ella estaba tan cerca y tan firme en su mente.

Mal volvió sin hacer ruido, descalza.

—Lo siento —dijo él—. Creo que hice mal en venir. Pero quería estar contigo.

Ella se sentó a sus pies, con la cabeza apoyada en su rodilla, feliz de tenerlo allí.

—Ven cuando quieras.

Harry se desprendió con esfuerzo de lo sucedido en los últimos días y volvió al presente.

—Lo que necesito —dijo, sonriendo— es una buena comida. Me muero por saber cómo trabaja el *chef* de este cotizado establecimiento.

—Sígame, caballero, por favor —dijo ella, tomándolo de la mano.

La mesa redonda de la cocina estaba puesta para dos, con manteles individuales de color azul Matisse y los platos azules y amarillos. En una fuente de cristal brillaba una ensalada de verdes hojas. Había pan de nueces, una tajada de mantequilla a la

francesa y fettuccini de espinacas, con una salsa de tomates frescos y hortalizas picadas. Había velas encendidas y una botella de vino blanco enfriándose en el cubo con hielo.

Harry echó una mirada al festín; luego, a Mal.

—¿Has hecho tú sola todo esto? —Se maravilló.

Ella asintió con la cabeza.

—Harías bien en probarlo antes de elogiarme.

Él llenó las copas y le apartó la silla.

—*Madame la Chef...*

La besó mientras se sentaba.

—A este paso no comeremos nunca —murmuró ella, sin aliento.

—Oh, claro que sí. Esto es estupendo, Mal. Y has acertado. No se me habría ocurrido, pero esto es exactamente lo que tenía ganas de comer.

Mal le sirvió ensalada, le ofreció pan con mantequilla y esperó, ansiosa, mientras él probaba la pasta.

—Está bien. Más aún: está buenísima. Lo mejor que he comido en muchos días.

—Bueno, cualquier cosa es mejor que lo de Ruby —adujo ella. Pero era obvio que estaba complacida.

Pero Harry apenas tocó la comida. Ella lo observaba, inquieta. Algo andaba mal. ¿Qué habría querido decir con eso de que la necesitaba? Mal había interpretado que la quería, la deseaba, y hasta tuvo la vaga idea de que tal vez la amara.

—Es inútil, Mal —dijo él, echándose hacia atrás en la silla—. No he venido exactamente bajo falsas excusas, pero la verdad es que no me trae solo el deseo de estar contigo.

El corazón se le hundió como una piedra. Después de fingir que se interesaba por ella, ¿iba a decirle ahora la verdad? De algún modo, ella sabía cuál era esa verdad.

Se levantó para retirar los platos, sin mirarlo a los ojos. Los sentía clavados en la espalda mientras caminaba hacia la sala. Allí se dejó caer en un sillón, con las piernas recogidas.

Harry se instaló enfrente, en el mismo lugar donde había comido el alegre bocadillo a la Matisse, pocas noches antes. «No hace tanto tiempo», se dijo ella, protectora. Obviamente, esas pocas semanas no habían servido para conocerse tan bien como ella pensaba. De lo contrario él no habría podido engañarla de ese modo.

—No es lo que estás pensando, Mal —protestó él, leyendo en la mente de ella.

Ella centró la vista en un punto perdido por encima de su cabeza.

—¿De veras? —dijo con frialdad.

—Lo que pasó entre nosotros, lo que sentimos, eso sigue igual. Nada ha cambiado.

Mallory se encogió de hombros.

—Puede que tengas razón. Entonces estamos de nuevo como en el comienzo.

—He venido porque quería verte —insistió él—. Pero también por trabajo.

Era lo que Mal esperaba. Se levantó para pasearse por la habitación.

—Me hiciste el amor con intenciones de utilizarme. ¿No es así, detective Harry? —preguntó, furiosa—. Bueno, supongo que no soy la primera a la que le sucede. Y buena parte de la culpa es mía. Después de todo, para hacer el amor se necesitan dos.

Harry sacudió la cabeza.

—Te juro que no fue así.

—¿O sea que tú también lo has disfrutado? Bueno, confieso que yo sí. ¿Por qué no dejamos las cosas así, Harry? Tú sigues por tu camino y yo por el mío. —Giró y lo miró con los ojos en llamas—. No te necesito.

Él se levantó para sujetarla por el brazo.

—Pero yo te necesito a ti, qué joder. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te enfadas sin escucharme, siquiera? ¿Siempre tienes que suponer lo peor?

Ella tironeó del brazo y Harry la soltó bruscamente.

—Supongo que esa última pregunta no viene al caso —añadió—. Ya conozco la respuesta. Estás tan trabada en tus inseguridades que no puedes crecer.

—¿Qué quieres decir? —Los ojos azules echaban chispas.

—Dime, Mal, ¿qué importa que nos hayamos conocido gracias a ese retrato robot? Yo agradezco que fuera así.

—¿De veras? —Mallory rio, echando la cabeza hacia atrás—. Y ahora ya sé por qué.

Harry apretó los dientes y aspiró hondo. Luego dijo con frialdad:

—Bueno, conque lo nuestro terminó. Pero ya que estoy aquí, voy a decirte por qué otro motivo te necesitaba —ella lo miró con suspicacia—. Oh, por Dios, Mal, haz el favor de sentarte, ¿quieres? Pareces un galgo afgano con un mal corte de pelo, a punto de arrancarme un pedazo.

—¡Ohhhhh! —se dejó caer en el sofá, castigando furiosamente los almohadones con los puños.

—Aunque sea una vez en la vida, calla y escucha —ladró él—. Yo tengo otra existencia, aparte de esta vida rumbosa que llevo contigo.

—¿Qué llevas conmigo? ¡Ja! Un par de fiestas, un fin de semana... ¿Eso te parece una vida?

Súbitamente él sonrió.

—Al menos admitirás que era rumbosa.

Mal levantó un almohadón de cretona rosada y escondió la cara en él.

—Eres un cerdo, Harry Jordan. ¿Por qué no te vas?

—Oh, no, no te librarás de mí tan fácilmente. Tendrás que escucharme, señorita Malone. Y cuando haya terminado, piensa con mucho cuidado antes de responder. Pregúntate si puedes soportar las consecuencias. Porque desde ahora te digo que yo no puedo.

Ella apartó el almohadón.

—¿Tan importante es lo que tienes que decirme?

—Por casualidad, ¿has visto el informativo de hoy? —Mal lo miró sin entender—. Veo que no. Será mejor que empiece por el principio. Mira, Malone: el domingo por la noche, cuando te fuiste, volví al trabajo.

—Lo recuerdo —musitó ella, cautelosa—. El turno del cementerio.

—Justamente eso resultó ser. Para alguien que yo conocía.

—¿Que conocías? ¿Murió alguien?

—Asesinaron a una muchacha, una enfermera que trabajaba en la unidad de emergencia del Hospital General. No nos conocíamos bien, pero nos veíamos cada vez que yo debía ir allí. Nos saludábamos, cambiábamos unas palabras. Era una pelirroja muy bonita. Rossetti se pasaba la vida tratando de que aceptara salir con él, pero ella lo rechazaba siempre.

»El domingo por la noche nos llamaron a la casa donde ella vivía. La habían apuñalado; tenía el cuello cortado y la cara tajeada. Estaba de bruces en un charco de sangre. Y su gato negro, sentado junto al cadáver.

Mal volvió a apretar la cara contra el almohadón. Veía la escena con demasiada nitidez.

—No —exclamó, horrorizada—. No sigas, por favor.

—Había muerto casi treinta y seis horas antes —continuó Harry, inexorable—. Murió mientras tú y yo bailábamos en la fiesta de mi madre.

—¡No! —Mal se tapó los oídos con las manos. Él se acercó para separárselas.

—La mató el mismo hombre, Mal. El del retrato.

Ella se reclinó sobre los almohadones, con los ojos asustados fijos en él. Harry sintió una punzada de ternura. Sentía el impulso de abrazarla y olvidar todo aquello. Pero en esta ocasión no podía.

—Ya ha matado cuatro mujeres, Mal. Cuatro vidas cortadas. Cuatro familias devastadas por la pérdida. Todas eran hijas de alguien, amigas de alguien, amantes de alguien, quizás. Eran preciosas para quienes las amaban. Y para el maldito que las mató solo representaron un momento de satisfacción perversa.

Ella dejó caer la cabeza sin decir nada. Sus largas pestañas se curvaban dulcemente en los extremos. Harry sabía que era ridículo dejarse conmover así por un detalle tan nimio. Mal pensó en Summer Young, en la bonita Suzie.

—¿Qué quieres de mí? —susurró.

—Que me digas lo que sabes sobre el hombre del retrato robot.

Levantó bruscamente la cara.

—Ya te lo he dicho: no lo conozco. Esa es la verdad. Lo juro.

—¿Qué te pasa con él, dime?

Apartó la mirada.

—No puedo decírtelo.

Harry ahogó un gemido de frustración, poniendo los ojos en blanco. La aferró por los hombros para levantarla, mirándola de frente.

—¿Por qué diablos no puedes decírmelo, Malone? —bramó—. ¿Qué puede ser

peor que lo de Suzie Walker? ¡Tú estás viva, por Dios!

Lo miraba como aturdida por el horror. Él dio un paso atrás, soltándola.

—Está bien, Mal, está bien. Perdona. Hice mal en preguntártelo. Tienes derecho a la reserva. Olvidémoslo.

Caminó hasta el vestíbulo y recogió la chaqueta que había dejado allí al entrar, siglos antes.

—Te pido perdón —dijo con sinceridad—, por descargar mi frustración contra ti, mi propia incapacidad. He fracasado. Debería haber detenido al asesino antes de que matara a Summer Young. Antes de que matara a Suzie.

—¿Por eso dijiste que me necesitabas? —Sabendo que le temblaba la voz, Mallory tragó saliva con dificultad, tratando de dominar su emoción.

—No pensaba en tu programa —aclaró él, mirándola a los ojos—. Te necesitaba como el hombre suele necesitar a una mujer. Como consuelo, como amiga, como amante. Y ese es el otro motivo que me trajo, Mal.

El nudo que tenía en la garganta se negaba a bajar. Se acercó a él, haciendo susurrar la seda de su falda.

—Sus ojos me espantaron... Conocí a alguien que tenía esos ojos. Eran sus ojos lo que más recordaba de él, pese a las gruesas gafas, las gafas aumentaban el efecto que producían. Eran oscuros, hipnóticos; se te clavaban hasta el fondo del alma.

—¿Era el mismo?

Mallory sacudió la cabeza.

—El hombre que yo conocí usaba gafas. Me... me asustó. Eso fue todo.

—¿Tanto que no soportaste la idea de mostrar nuestro retrato en tu programa? ¿A un asesino con los mismos ojos?

—Puede parecer tonto, pero así fue.

Harry notó que estaba alterada.

—¿Quieres hablarme de eso?

—En realidad, no hay nada más que decir —se levantó para tocarle apenas la mejilla—. Lo lamento, Harry. Lamento lo de Suzie. Y lamento lo que dije —aspiró profundamente, estremecida. Había tomado una decisión—. Tengo el deber de mostrar ese retrato en mi programa. Ahora lo veo.

Harry seguía sin saber qué otra cosa la perturbaba tanto con respecto a ese hombre. Probablemente no lo sabría jamás. Era un secreto demasiado íntimo como para compartirlo con nadie.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Mañana comenzaremos a trabajar en eso. Grabamos el jueves. No nos queda mucho tiempo.

—Solo te pido cinco minutos.

Ella sacudió la cabeza.

—Voy a postergar el programa que teníamos preparado. Quiero dedicarle todo el tiempo a este caso.

—Oh, Mal... —Él meneó la cabeza, entristecido.

—Ya lo sé, ya lo sé. ¿Por qué no lo dije desde un principio, para ahorrarnos todo este tormento? —Lo miró con aire de súplica—. No aprendo nunca, ¿verdad, Harry?

—Ya aprenderás —dijo él, envolviéndola en sus brazos para reconfortarla. Y la estrechó como si no quisiera soltarla jamás.

Capítulo 35

A la mañana siguiente Mal despertó antes que Harry. Eran apenas las cinco y aún estaba oscuro. Él estaba de espaldas, despatarrado, con un brazo extendido y el otro curvado sobre ella, que lo tenía inmovilizado con una pierna. El leve resplandor de la ventana permitía ver el contorno de su cuerpo delgado y musculoso, su rostro dormido, con la boca entreabierta. Respiraba con suavidad; los ojos, firmemente cerrados, le daban un aire juvenil e inocente.

Ella se estiró contra su cuerpo, deslizando los dedos por el pecho y el vientre plano. El vello oscuro se rizó bajo sus yemas. Sonrió al ver que él se estremecía y apoyó una mano en su miembro que respondió en seguida. Le pasó la lengua por los labios; luego besó su boca abierta: con levedad al principio, con apetito después, cuando él la estrechó contra sí.

Después de un minuto levantó la cabeza; él no había abierto los ojos. Se deslizó entre sus brazos camino abajo, saboreándolo, haciéndole el amor. Harry gimió:

—Espera, Mal, espera, nena, por favor...

Antes de que fuera demasiado tarde, se incorporó para encerrarle la cara entre las manos, mirándola al fondo de los ojos.

—Necesito hacerte el amor —susurró. La sentó sobre sus piernas y le besó los pechos, rodeándole los pezones con la lengua hasta hacerla temblar de placer. La ceñía con los brazos como si no estuviera dispuesto a soltarla jamás. Luego le hizo el amor, lenta y magníficamente.

Mal se quedó escuchando ese corazón que latía contra el suyo, sintiendo el sudor mezclado que se enfriaba en los cuerpos acalorados. Aún tenía su sabor en la boca, en la nariz el olor del sexo. Era como si lo hubiera absorbido por los poros y ahora flotara en un espacio plateado, que les pertenecía con exclusividad. Harry le deslizó las manos por la espalda, palpando los pequeños bultos de la columna, maravillado por la delicadeza de ese cuerpo, sus deliciosas curvas, su dulce perfume.

—Dime, Malone, ¿estamos en el paraíso? —susurró, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Ella le rodeó el cuello con un brazo. Quería retenerlo allí eternamente.

—Nunca me he acercado tanto a él, detective —murmuró, feliz, todavía en ese espacio donde el aire mismo parecía cargado de pequeñas corrientes eléctricas.

La habitación comenzaba a delinearse; la luz del amanecer se filtraba a través de las cortinas de seda color crema. Harry murmuró, asombrado:

—Parece que el mundo se ha convertido en plata mientras dormíamos.

Ella abrió los ojos para echar una mirada. Luego sonrió.

—Yo pensaba que eras solo tú —murmuró, volviendo a descansar la cabeza en el hueco de su cuello—. ¿Te das cuenta de que hemos dormido juntos? Como es debido. En una cama de verdad y no en la alfombra.

—Lo de la cama lo he notado, pero no recuerdo haber dormido mucho.

Se tendió de espaldas y ella se acomodó en el abrazo, todavía entrelazada con él. Era seda, terciopelo y perfume, mujer de pies a cabeza. Harry echó un vistazo al reloj. El indicador digital mostraba una cifra fatídica: tenía que ponerse en marcha si no quería perder el primer avión. La miró.

—Ya lo sé, ya lo sé —suspiró ella—. Debes irte —se sentó, sacando las largas piernas de la cama—. Esta vez no me he olvidado de comprar panecillos.

—¿Cómo sabías que iba a pasar la noche aquí?

—Por intuición, digamos.

Se puso de pie, desperezándose con un movimiento felino que renovó los deseos de Harry. La vio andar desnuda hasta el armario, con la gracia de una bailarina... hasta que ella, por volverse a mirarlo, se golpeó el pie con una silla. Asió el pie dolorido, saltando y quejándose, mientras Harry reía.

—No entiendo, Malone. Parece que eres propensa a los accidentes.

Se levantó para ir al cuarto de baño; en el camino le dio un beso en la cabeza. Ella lo siguió con una mirada fulminante.

—¡Cretino insensible! —Y de inmediato soltó la risa.

El agua de la ducha ya estaba corriendo. Vestida con un pantalón corto y una camiseta gris, se dirigió a la cocina.

La comida de la noche aún estaba en la mesa, salvo el pan con mantequilla, que habían comido entre arrebatos de amor, y el vino que les había servido como combustible durante la noche.

Puso a filtrar el café y cortó unos panecillos para tostar. Luego sacó queso cremoso, mermelada de fresas, leche descremada y un pote de azúcar morena, que dejó en la encimera junto con unos jarros floreados.

El agua había dejado de correr. Preparó la tostadora y se quedó esperando, sonriente, hasta que él entró ya vestido.

Primero la miró a ella; luego observó las velas consumidas y los restos abandonados en la mesa; por fin, los panecillos tostados que esperaban en la encimera.

—Haces milagros —dijo, riendo—. Me doy una ducha y ¡abracadabra! El desayuno está preparado.

—No se aficione demasiado, detective. Esta mañana estoy portándome muy bien, pero eso es todo —sonrió de oreja a oreja—. Siempre servimos mucha comida, pero ¿has notado que nunca llegamos a comerla?

—Lo he notado. Y estoy hambriento.

—Hay pasta fría en abundancia. Y ensalada.

—Lo lamento, Mal. Era una comida estupenda, la mejor que recuerdo haber probado en mucho tiempo. Pero lo otro tenía prioridad.

—No lo he olvidado —aseguró ella, en voz baja, mientras untaba un panecillo con queso cremoso—. ¿Mermelada de fresas?

—¿En el panecillo? —se extrañó él, dilatando los ojos.

—¿Por qué? —preguntó ella, intranquila—. ¿Qué sueles ponerle?

—Bueno... salmón, salame, atún...

—La mermelada no tiene grasa. —Mallory, con firmeza, le puso el panecillo en la mano.

—Sí, señorita Malone. —Harry le dio un mordisco y puso cara de entusiasmo, haciéndola reír—. Apenas tengo tiempo —bebió el café a grandes tragos... solo; ella había recordado que le gustaba así.

Mal se apoyó en la encimera, cruzada de brazos.

—Tienes que darme todo lo que puedas sobre el caso —dijo, súbitamente seria.

—En cuanto llegue a Boston —prometió él.

—Los detalles de cada asesinato. Más aún: detalles sobre las chicas. Quiénes eran, qué hacían. Y sobre las familias. Quiero concentrarme en las familias. Los que miran televisión después de cenar, en una casa limpia y cómoda, sabiendo que tienen la hija sana y salva a su lado, deben comprender que a ella también podría haberle tocado.

Comenzó a pasearse, absorta en la planificación del programa. Harry notó que estaba dedicada de lleno a eso y se sintió agradecido.

Al acabar su café recogió la chaqueta.

—Lo siento, Mal. Llevo prisa.

Ella regresó de donde estaba, con un suspiro.

—Está bien.

—No, no está bien, pero no hay remedio —se puso la chaqueta y la tomó de la mano, sonriente—. ¿Nadie te ha dicho que eres adorable?

Ella asintió.

—Sí, alguien me lo ha dicho.

—Aunque seas malvada —concluyó él, riendo. Luego la besó en la boca y se fue de prisa.

Mal oyó el *pirig* del ascensor al llegar. Las puertas se abrieron y volvieron a cerrarse, apartándolo de ella. Se llevó un dedo a los labios, en los que aún sentía el beso. Harry volvería. Estaba segura.

Los asesinatos en serie de Boston estaban teniendo mucha cobertura. Con un cuarto homicidio entre las manos, el periodismo nacional lo aprovechaba a fondo. Las palabras del jefe de policía y el alcalde aparecieron en todos los informativos de la red, junto con el funeral de la enfermera Suzie Walker; los periódicos sensacionalistas añadían detalles gráficos de las puñaladas y truculentas representaciones de las supuestas escenas de los crímenes.

«No había sucedido nada como esto desde que el Estrangulador de Boston puso a todas las mujeres de la ciudad en estado de pánico. Y en un municipio donde hay muchas universidades, con una alta proporción de mujeres jóvenes en su población,

la mayoría vuelve a vivir con miedo», se comentaba en los informativos.

Llegó el jueves por la mañana; todo estaba listo para grabar el programa y Mal tenía toda la información necesaria. Sus investigadores y asistentes habían estado trabajando tiempo extra; la policía de Boston estuvo muy dispuesta a colaborar y el alcalde la llamó para darle personalmente las gracias.

—No me agradezca nada todavía, señor —respondió ella, secamente—. Espere a ver el programa. Después, si tiene algo que agradecer, dígaselo al detective Harry Jordan, porque yo no habría aceptado esto a no ser por su insistencia.

Mientras se preparaba para grabar, trató de no pensar en sus propios miedos y en sus malos presagios. Estaba totalmente concentrada. Se dejó maquillar en silencio, perdida en sus pensamientos. Mientras le secaban el pelo repasó sus notas.

Cuando bajó al plato todo estaba listo. Vio a Harry entre las sombras, detrás de las cámaras, pero ya no pensaba en él. Toda su energía, toda la fuerza de su personalidad se canalizaba hacia lo que debía decir a esas familias de todo Estados Unidos.

Ocupó su lugar en el pequeño sofá de respaldo recto, que no estaba diseñado para la relajación, y puso sus notas en la mesita de café, junto al florero lleno de rosas claras. Esa noche, contra su costumbre, vestía de negro: un sencillo vestido de mangas largas, con escote en V, medias negras y zapatos de gamuza. Las únicas joyas eran un par de pequeños pendientes de perlas. Parecía estar de luto.

—¿Lista, Mal? —preguntó el director.

Ella hizo un gesto afirmativo y el hombre hizo una señal a las cámaras.

Lo habían ensayado previamente, pero dejando afuera la emoción. Ahora desbordaba; era visible en sus ojos, en la tensión de su cuerpo; se la oía en el tono suave de su voz.

—Esta noche voy a pedirlos que sufran conmigo y con cuatro familias, cada una de las cuales ha perdido a una irremplazable hija. Sé que algunos de vosotros habéis padecido también esa pérdida terrible. Vosotros sabéis lo que se siente. Otros tenéis ahora a vuestras hijas en casa, durmiendo sanas y salvas. O tal vez haciendo su tarea, protestando porque no quieren acostarse.

»Los padres recordaréis cuando las tuvisteis en brazos, recién nacidas, tan pequeñas: vuestras niñas. Lo que sentisteis en ese momento. Apuesto a que jurasteis amarlas siempre, guiarlas y protegerlas.

»Eso mismo sintió el padre de Suzie Walker. El de Summer Young. El de Rachel Kleinfeld. Y el de Mary jane Latimer.

»Veamos a estas familias, ¿queréis? Podemos comenzar con Suzie.

Comenzó a pasar una filmación casera: el primer cumpleaños de Suzie Walker. Terry, la hermana de tres años, apagó las velas por ella. La bebé la miró con ojos grandes; luego hizo unos pucheros y se echó a llorar. «Creo que quería apagar las velas ella misma», se oyó la voz riendo de la señora Walker.

Había más: instantáneas de Suzie en sus primeros pasos; en el zoológico, de la mano de su padre. Suzie con el hueco de los dientes caídos. Adolescente desgarrada,

bonita y satisfecha de su vaporoso vestido azul, con su pareja en el baile de graduación. Durmiendo acurrucada en el sofá, con un libro de texto abierto a su lado.

—Quiero agradecer al matrimonio Walker por la generosidad con que han compartido los recuerdos de su encantadora hija —dijo Mal con suavidad—. Y también por permitirnos mostrar las fotos que siguen.

Siguió un montaje del exterior de la casa, rodeado de cinta amarilla; los corpulentos agentes que custodiaban la puerta, los patrulleros; luego, la camilla con el cadáver en su bolsa negra, subido de prisa a la ambulancia. Por fin, el funeral, los padres afligidos, los hermanos llorosos.

—Una sencilla familia norteamericana, buena como el pan, se podría decir. Tan normal como la vuestra y no muy diferente de cualquier otra familia. Pero el matrimonio Walker ya no tiene a su hija. Vosotros sí, padres de Estados Unidos.

»Ya no tienen a su hija menor y no podrán verla progresar en la carrera que eligió... y era una buena enfermera, abnegada y responsable. No podrán verla casada y con hijos, sus nietos. Si han perdido la alegría, si su vida está devastada, es por culpa de este hombre. Señoras y señores padres: echad una buena mirada.

El retrato robot llenó la pantalla; durante algunos segundos se hizo el silencio. Luego la voz en de Mal dijo:

—Este hombre, este asesino, fue visto por tres testigos. Todos coinciden en su descripción. De raza blanca, de unos cincuenta años, bajo y fornido, de una estatura aproximada de un metro setenta. Abundante pelo oscuro; la policía sabe ahora que es gris, aunque lo tiñe de negro. Ojos oscuros, fijos y apasionados. Conducía un vehículo utilitario oscuro, posiblemente un *jeep* Cherokee o una furgoneta familiar.

La voz de Mal no temblaba al hablar del criminal. Miraba directamente a la cámara, pensando solo en las víctimas y en el hombre al que debían atrapar.

—Os lo pido yo. Os lo pide la familia Walker. Por favor, si creéis conocer a este hombre, si os parece haberlo visto, poneos en contacto con el Departamento de Policía de Boston llamando a este número especial de emergencia. La llamada será gratuita y las líneas están abiertas desde ahora.

La cámara volvió a enfocar su cara.

—Y ahora, me gustaría presentaros a Gemma y Gareth Young, los padres de Summer Young.

La cámara planeó hacia el costado para tomar a Gemma y a Gareth, sentados en el sofá, tomados de la mano, pálidos, pero compuestos, ella les agradeció su presencia en el programa, diciendo que comprendía lo difícil del momento y que admiraba su valor. Y luego les hizo hablar de su hija.

De pie entre las sombras, detrás de las cámaras, Harry se preguntó cómo habría logrado que los padres se presentaran en el programa. Al ver cómo los trataba, comprendió que debía de haberles pedido ayuda personalmente, comprometiéndose a hacer todo lo que pudiera, a través de su programa, para atrapar al hombre que había asesinado a su hija.

Admiró la habilidad con que los guiaba entre los recuerdos.

—Era hija única; nació en el verano de nuestra vida —dijeron ellos, sonriendo—. E iba a alegrarnos el corazón en nuestro invierno.

Mal alargó el brazo para tocar esas manos fuertemente entrelazadas y les dio las gracias, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas.

El hombre bebía su vodka puro, sentado frente al televisor, con los ojos clavados en la cara de Mallory Malone. Apretó con fuerza la fina copa de cristal, en tanto ella pasaba a la historia de Rachel Kleinfeld. Ahora aparecía la hermana gemela de Rachel.

Luego volvió a mostrar su retrato. Y a hablar de él. Y repitió ante todos lo que él había hecho.

Después, Mary Jane Latimer, la bebé más bonita de todas, apareció retozando entre las olas en una playa y apagando las velas. Sus padres no habían podido presentarse para hablar de ella, aunque habían ido los abuelos; con voz suave y actitud digna, dijeron que ella era un tesoro, una alegría para ellos.

—Claro que todos pensamos lo mismo de nuestros pequeños, ¿verdad? —comentó la abuela, melancólica.

—¡No! —aulló él, de súbito—. ¡Todos no, vieja bruja!

Y arrojó el vodka a la pantalla.

Pero era su propia cara la que estaba de nuevo en la pantalla, y el vodka chorreó por su propio pelo, por sus propios ojos. Apretó con tanta fuerza la copa de cristal que la hizo trizas.

Se repitió la descripción del asesino; se dio, una vez más, el número telefónico de emergencia. Mal dijo:

—Por favor, si creéis conocer a este hombre, si tenéis alguna información, cualquiera sea, os suplico que llaméis a este número. O simplemente, comunicaos con el departamento de policía de vuestra zona.

Después de agradecer a los familiares la ayuda prestada, dijo que ellos necesitaban con urgencia ver detenido a ese hombre, para que no pudiera matar otra vez. Eso, dijo, los había hecho apartar su íntimo dolor para descubrir el alma ante sus compatriotas.

—Cuando llegue el momento —dijo Mal—, quieren que sus hijas sean recordadas como personas vivas, no como meras víctimas. Porque la condición de víctimas las ata al asesino. Él las convirtió en tales, pero en verdad eran tres jóvenes encantadoras, en la flor de la vida. No olvidemos eso cuando llegue el momento de condenar a este hombre terrible. Recordemos que ellas no son víctimas: todas son hijas nuestras.

A través de la cámara, Mal miró directamente a los ojos de sus televidentes, con el alma reflejada en los suyos.

—Cuidad a vuestras hijas, padres —dijo en voz baja, profundamente conmovida—. Las jóvenes que salís a la calle, estad en guardia. No volveréis a estar seguras

mientras este hombre no esté entre rejas.

Luego, su cara fue reemplazada por las manos de Gemma y Gareth Young, fuertemente entrelazadas. También esa imagen se esfumó, en tanto pasaban los títulos finales.

—¡Putra mentirosa! —rugió él, levantándose de un salto—. ¡Puerca mentirosa! ¡No eres nadie! ¡Soy yo quien decide quién vive y quién muere, no tú!

Temblaba de ira; tenía la cara abotagada y purpúrea. Dio un paso adelante y pisó el vidrio roto. Miró hacia abajo. Había sangre en la alfombra. Retrocedió bruscamente otra vez, espantado, mirándose la mano herida y los restos de la copa.

Ni siquiera tenía conciencia de haberla roto. Entonces se echó atrás, a tropezones, con un grito de pánico. Había sangre en su alfombra, sangre suya...

Corrió a la cocina para poner la mano bajo el chorro de agua fría. La observó, tembloroso... Luego sacó de un cajón un par de pinzas para retirar las astillas de cristal y volvió a examinar la herida. No era profunda; no había necesidad de sutura. La envolvió con gasa, sin preocuparse por una posible infección; sabía que el vodka actuaría como antiséptico.

Quitamanchas en mano, volvió a la sala y se arrodilló para frotar la mancha. Cuanto más frotaba, más empeoraba la cosa. Por fin se levantó, derrotado. No podía vivir así, no lo soportaba. Si no podía sacar la mancha, tendría que cambiar toda la alfombra.

De pie, bamboleándose apenas, miró la pantalla del televisor. Estaban pasando el informativo; se encontró mirando otra vez sus propios ojos. Hablaban nuevamente de él, de lo que había hecho. Otra vez.

Claro que el retrato robot no se le parecía en absoluto, salvo en vagos detalles como el peso y la estatura.

Había tenido razón al pensar que convertiría en estrella a Suzie Walker. A todas sus chicas les había dado sus quince minutos de fama. Si no había arrestos ni otros asesinatos, el periodismo abandonaría muy pronto el tema. Estaba seguro; siempre era así.

Lo de Mallory Malone era otra cosa. Ella nunca abandonaba un tema. Tendría que hacer algo con ella.

Después de apagar el televisor y las luces, subió pesadamente la escalera. Necesitaba pensar en todo eso. Necesitaba consejo.

En lo alto de la escalera sacó la llave que pendía de su cadena de plata, bajo la camisa, y abrió la puerta del cuarto especial.

Capítulo 36

Cuando terminó, la atmósfera del estudio estaba cargada de emoción. Todo el mundo lagrimeaba, hasta los curtidos miembros del equipo. Todo el mundo, salvo Mal y los leales familiares, que habían podido soportar aquello gracias a la decisión de contar su historia y atrapar al asesino.

Mal se dijo que jamás olvidaría las manos entrelazadas del matrimonio Young. Esos dedos apretados, como para convencerse de que aún se tenían el uno al otro, de que había una posibilidad de seguir adelante, aunque la vida jamás volvería a ser igual, era un símbolo de coraje. La expresión perdida de sus ojos había expresado su devastación personal, así como la firmeza de sus voces transmitía el empeño en descubrir al malvado violador y asesino que pasaba por hombre.

Mal deseó con todo su corazón que los televidentes de esa noche no lo olvidaran. Todavía estremecida por el impacto emocional del programa, ignoró su fatiga para dedicar tiempo a los familiares de las víctimas. Volvió a felicitarlos por su valor y a agradecerles su ayuda.

—Pero es usted la que merece nuestro agradecimiento, Mallory —dijo la señora Walker. Su rostro fatigado se iluminó en una sonrisa que, de pronto, la asemejó conmovedoramente a la hija—. Sin usted, nosotros, los padres nunca habríamos podido expresarnos. Ahora todo el mundo sabe lo que se siente cuando a una hija le sucede algo así. Y tal vez gracias a esto, cuando atrapen al homicida y lo lleven a juicio, las víctimas no se perderán en el forcejeo legal. Serán personas de verdad, que un hombre sacrificó para su horrible satisfacción propia.

—No las olvidaremos —prometió Mal, sombría—. Créame. Yo me encargaré de eso.

Llamó a Harry. Él no mencionó al asesino, imaginando que ya habían soportado todo lo posible. Los familiares se sintieron agradecidos de poder despedirse y de ser acompañados al hotel.

—Pensamos formar una especie de club —le explicó el padre de Summer Young, melancólico—. Para gente que haya perdido a un hijo de esta manera, ¿comprende? Podríamos reunirnos y hablar del asunto. Sería como una terapia de grupo.

Sus ojos pardos estaban ensombrecidos por ojeras grisáceas. Parecía no haber dormido en varias semanas. Al despedirse, Harry le deseó buena suerte.

Cuando los familiares se fueron, Mal se derrumbó en el duro sofá del estudio. Se habían apagado los reflectores y todo estaba en penumbras. Se inclinó hacia adelante para apoyar la cabeza entre las rodillas, súbitamente mareada. La fatiga cayó sobre ella como una pesada manta. Era como si sus miembros estuvieran rellenos de plomo. Si hubiera querido levantarse no habría podido hacerlo.

Harry se sentó a su lado, apoyándole una mano tierna sobre el pelo, y le masajéó suavemente el cuello.

—Lo hiciste, Mal —dijo en voz baja—. Y nadie podría haberlo hecho mejor. El

teléfono de la policía no deja de sonar. Estuviste maravillosa.

Ella meneó la cabeza, cansada.

—El mérito es de los padres. ¿Puedes creer que hayan sido tan fuertes, Harry, tan valientes? —Las lágrimas la amenazaron otra vez—. Por el bien de ellos, ruego que ese hombre caiga.

—Ya verás que sí.

Se recostó contra el brazo de Harry, completamente agotada. Había sobrellevado la jornada a fuerza de cafeína, coca-cola y chocolate amargo, cosas que normalmente no probaba, y ahora estaba pagando el precio. Su nivel de azúcar en la sangre estaba por el suelo y sus emociones rondaban entre la depresión y la histeria.

—No sé qué piensas tú —dijo él—, pero el día ha sido largo y difícil. Estás sin comer. Reservé una mesa en un lugar que conozco, en el Village. Es pequeño y discreto; sirven comida sencilla. Nadie nos molestará.

Ella se volvió a mirarlo; esos claros ojos grises tenían una expresión a la que ella no estaba acostumbrada. Era ternura, compasión, interés. Pero detrás de todo eso había algo más profundo.

—¿Qué haría yo sin ti? —murmuró.

Harry tomó su mano para ayudarla y la rodeó con un brazo. Mientras salían del plató a oscuras, le dijo:

—Espero no tener que responder nunca a esa pregunta.

Había advertido al dueño del restaurante que les reservara la mesa más tranquila y no mencionara el programa. El hombre cumplió. El comedor tenía techos bajos con vigas, al estilo de la campaña francesa; las mesas estaban cubiertas de manteles color de terracota vieja, con ramos de margaritas blancas en jarras azules. Había pan fresco, un plato de *tapenade* y una botella de buen Bordeaux, ya abierta y decantada.

Monsieur Michel, el propietario, se apresuró a tomar el pedido. Después de servirles vino y agua mineral, los dejó solos. Todo aquello parecía tan sereno, tan normal, que el contraste con lo que acababa de vivir resultaba casi chocante.

Era tarde y solo había unas pocas parejas que se demoraban ante los platos. En cada mesa había una lámpara pequeña que arrojaba su íntimo charco de luz, brindándoles la sensación de estar solos. Mal tomó un sorbo de vino y le sonrió a través de la mesa.

—Este vino parece terciopelo —dijo.

Él asintió.

—El de algunas cosechas es simple pana, pero esta es de las buenas.

Ella sintió que la tensión comenzaba a aflojar. Ya no tenía la sensación de tener las piernas cargadas de plomo; los músculos del cuello empezaban a destrabarse. Se echó hacia atrás en la silla. Todo había terminado.

Entre ellos se hizo un cómodo silencio; no había necesidad de llenar los huecos. Intercambiaron algún comentario ocasional, entre sorbos de vino, sonriéndose mutuamente.

Cuando *Monsieur* Michel trajo la comida, ella probó cada cosa, comió algún bocado, bebió su vino y, poco a poco, volvió a tranquilizarse. Por fin Harry pagó la cuenta y la llevó a su casa.

Ya en el apartamento, entraron abrazados al dormitorio de Mal. Ella se dejó caer en la cama. El agotamiento la reclamaba y apenas podía mantener los ojos abiertos. Harry le quitó los zapatos de gamuza negra y bajó la cremallera de su vestido. Después de quitárselo por las caderas, enganchó los dedos en la cintura de las pantis y las deslizó hacia abajo.

Mal movió con alivio los dedos de los pies, dócil como una muñeca, y se dejó desabrochar el sujetador. Luego Harry la acomodó en la cama, depositó en la almohada su cabeza laxa y la cubrió con la sábana fresca.

Ella se sentía lánguida de sueño; lo ansiaba, se hundió en él. La cama grande pareció envolverla. Un momento después Harry estaba tendido a su lado y su cuerpo tibio era como un ancla de seguridad en un mundo perturbado. No supo nada más hasta la mañana.

La despertaron el olor a café y el sol que entraba por las ventanas. El clima había sido fresco y lluvioso durante tanto tiempo que eso le pareció un buen presagio.

Oyó que Harry canturreaba en la cocina. La presencia de un hombre querido convertía el solitario apartamento en un hogar.

Después de quitarse el maquillaje escénico de la noche anterior, se dio una ducha rápida y se puso una larga bata blanca de toalla.

Harry la esperaba en la cocina, apoyado en la encimera, con los brazos cruzados y una pierna echada perezosamente sobre la otra. Su pelo, todavía mojado por la ducha, estaba bien peinado, por una vez. Se había puesto la elegante ropa de la noche anterior: pantalones de lino y una fina camisa azul, pero no llevaba corbata.

Ella se detuvo en el hueco de la puerta. Se miraron. Él la vio pulcra y rosada, limpia como una colegiala. Ella lo encontró recio, apuesto y tan leal como Corazón Valiente.

—Gracias por lo de anoche —dijo ella, extrañamente turbada.

—Fue un placer, Malone.

—Me refería a todo. La cena estuvo muy bien. Gracias por traerme a casa y acostarme. Y por quedarte conmigo.

—¿No te dije que yo era un muchacho bien criado? ¿Que siempre acompañaba a mis mujeres a casa?

Le sonreía de oreja a oreja. Ella también sonrió.

—Espero que no te quedes a pasar la noche con todas ellas —dijo, con una punzada de celos.

—En absoluto. En realidad, en estos momentos solo contigo, Malone.

Se apartó de la encimera, extendiendo los brazos, y ella fue a su encuentro. Así, apretada contra su pecho, no habría querido quitarse jamás.

—El teléfono ha estado sonando hasta enloquecer —comentó él.

Mal echó la cabeza atrás, sorprendida.

—No lo oí.

—Porque bajé el volumen. Debes tener diez o doce mensajes en el contestador, aunque son solo las siete y media.

—¿Y tú?

—Llamé para averiguar. Desde que terminó el programa las líneas han estado bloqueadas. Cientos de personas creen haberlo visto. Cada una de esas denuncias será analizada con atención, para descartar las de algún maniático; a las otras se las investigará. Y estamos grabando todas las llamadas a tu programa.

Ella pareció estupefacta.

—Se hizo bastante publicidad previa —explicó él—. Es casi seguro que el asesino lo vio y siempre existe la posibilidad de que llame. Podría gustarle verse como estrella de la televisión; tal vez comience a jactarse, a exhibirse. Quizá caiga en la trampa que le tendiste con tanta astucia, Mal. Y en ese caso podemos rastrear las llamadas en cuestión de minutos.

—Entonces lo detendréis.

—Si la suerte nos acompaña. Por el momento es solo una posibilidad, pero mejor que nada.

Harry, suspirando, deshizo el abrazo. Ella dijo, resignada:

—Ya lo sé, el avión.

—Temo que sí —se puso la elegante chaqueta de la noche anterior—. ¿Qué hacían los amantes cuando no existían los aviones?

—Se quedaban en casa y se casaban con el muchacho de al lado.

Él la besó.

—Piensa en las historias maravillosas que se perdían. Aunque en estos momentos me gustaría vivir al lado de tu casa.

—Pero no es así.

Harry meneó la cabeza.

—No, por desgracia. Volveré en cuanto pueda, pero esta semana tendré que trabajar a cualquier hora.

—Entonces iré yo —decidió ella inmediatamente, pues no soportaba la idea de no verlo.

Él vaciló.

—Tal vez no tenga tiempo para estar contigo.

Mal le echó los brazos al cuello; no quería dejarlo ir.

—No importa. A la hora que puedas volver, me tendrás esperándote. Puedo cuidar de *Squeeze*, llevarlo a pasear y preparar la cena.

—¿Y si no llego a tiempo para cenar?

—En ese caso cenaré con *Squeeze* y te guardaré la comida para recalentar en el microondas, cuando por fin decidas que el hogar se encuentra donde está el corazón.

—Trato hecho —aceptó él, riendo, mientras le entregaba la llave de su casa.

—¿Y *Squeeze*?

—No te preocupes. Solo ataca a los desconocidos y a la gente que no le gusta.

Antes de salir la besó debidamente. Cuando por fin apartó la boca, de mala gana, a ella le costó más que nunca dejarlo ir.

—Hum —murmuró él—, lilas...

—Esta vez acertaste, detective.

Desde el vestíbulo, Harry levantó una mano como despedida.

—Cuando sepas el número de tu vuelo, llama y déjame el mensaje. De algún modo iré a buscarte.

Capítulo 37

Mal fue al escritorio para escuchar sus mensajes. En su mayoría eran de amigos y colegas, que la felicitaban por ese estupendo programa. En dos casos habían cortado, lo cual la sorprendió; claro que era demasiado temprano; quizá los que llamaban habían temido despertarla.

Preparó un bolso con algunas cosas sencillas; agregó un par de libros que tenía intenciones de leer y algunas notas sobre los dos programas siguientes. Luego se puso unos tejanos, una camisa blanca de lino, una cómoda chaqueta de mezclilla y zapatos de tacón bajo, bien lustrados. Los completó con más perlas en las orejas y un reloj de acero, de estilo masculino.

Cuando daba una última mirada en derredor, llevando el bolso en la mano, el teléfono volvió a sonar. Pensando que era Harry, desde el aeropuerto, atendió de inmediato y se dejó caer en la cama, sujetando el auricular.

—Hola —dijo, con una sonrisa en la voz.

Esperaba oírle decir «Ya estoy echándote de menos», pero no oyó nada.

—Hola —repitió, ahora con aspereza.

Nada. Apartó el auricular del oído, extrañada. Seguramente había alguien allí; ¿por qué no hablaba? O tal vez fuera un defecto en la línea. Cortó. Abajo ya había un coche esperando para llevarla a la oficina.

El portero la detuvo cuando salía.

—Quería decirle, señorita Malone, que nunca me he conmovido tanto —tenía lágrimas en los ojos—. Esas pobres familias... No es justo. Ojalá lo que usted hizo anoche sirva para que lo atrapen, señorita. Tengo dos hijas. Y ahora, nietos. Sé lo que están sufriendo esos padres. Lo he sentido mucho por ellos, señorita.

Ella le estrechó la mano.

—Hice lo que pude para llamar la atención del público, Vladimir. Ahora roguemos que todo vaya bien.

Durante el resto del día recibió el mismo tipo de comentarios: de su chofer, la mujer de la lavandería, la chica de la veterinaria donde compró un juguete para *Squeeze* y el cajero de la tienda de comestibles donde compró provisiones para el fin de semana.

Cuando por fin llegó a la oficina encontró un verdadero revuelo.

—Esto es peor que una colmena con una abeja reina de visita —la saludó Beth Hardy—. ¿Estás bien? Anoche, cuando te fuiste, estabas hecha una ruina. Estuviste muy bien con todos ellos. Fue tan real como si estuvieras hablando de tu propia hija. Al menos esa era la impresión que dabas.

—Estoy bien, Beth. Ha sido mucho peor para los familiares que para mí. Esta mañana, al despertarse, ellos han recordado una vez más que ya no tienen a su hija.

—Hay un millón de llamadas; ya no podemos registrarlas a todas. La lista está en tu escritorio. —Beth estaba nuevamente al teléfono.

Mal entró en su oficina. Mientras dejaba el bolso en una silla echó una mirada a la larga lista de llamadas. Era una suerte no tener que atenderlos personalmente a todos. Había allí muchos nombres importantes: celebridades, estrellas de cine, cantantes de *rock*, empresarios e industriales de peso. Todos tenían hijos, todos habían sentido el dolor y la necesidad de ayudar de alguna manera.

Se acercó a la ventana para contemplar el tránsito intenso, los peatones apresurados. En algún lugar, allí, en Boston, en Chicago o dondequiera que fuese, ese monstruo esperaba para atacar otra vez. Se estremeció.

Cerró su mente con decisión y llamó a la línea aérea para reservar pasaje en el primer vuelo de la tarde. Luego telefoneó a la oficina de Harry; pensaba dejarle un mensaje, pero atendió él. La sorpresa la hizo sonreír.

—¿Está aflojando el paso, detective? —se deslizó hacia abajo en el sillón para apoyar los pies en el escritorio, meciéndose suavemente a derecha e izquierda. Él rio entre dientes.

—Usted otra vez, Malone.

—¿Esperaba otra llamada, quizá?

—Apenas uno o dos millares... gracias a ti. Esto parece un gran servicio de mensajería telefónica. Han puesto líneas adicionales y personal supernumerario, pero aun así estamos sobrecargados.

—¿Alguien que pueda ser él...?

—Hasta donde podemos juzgar, todavía no. Pero aún hay tiempo. —Harry rezó por estar en lo cierto; en cierto modo, lo suyo era una apuesta—. ¿Llamas para decirme que te arrepentiste, Malone?

Pero ella se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—No te librarás de mí tan fácilmente, Harry Jordan. Voy en el vuelo de las dos.

—En ese caso no podré ir a recogerte. Lo siento, Mal, pero el jefe y el alcalde han llamado a conferencia de prensa. Tengo que estar ahí justo a la hora en que llega tu avión —suspiró—. Te advertí que este fin de semana sería un infierno.

—Ya verás que no. Puedo tomar un taxi.

—Te enviaré una limusina. Pago yo.

Mal se echó a reír.

—¿Otra vez jugando a la novata del cine?

—No. Quiero estar seguro. No quiero que viajes con nadie que yo no conozca personalmente.

Ella se sobresaltó.

—¿Qué quieres decir?

Harry no quería asustarla, pero debía hacerle entender que se había puesto en peligro. Estaban frente a un asesino brutal y era posible que la escogiera para su venganza.

—Estás en territorio de él, Mal. Esta es su ciudad, el lugar donde opera. Tienes que cuidarte mucho. Eso es todo lo que quiero decir. Al menos, deja que te cuide yo.

—Eso me gusta más —musitó ella, impresionada.

Harry sonrió con toda la cara.

—Oh, vamos, ¿estoy hablando con la Malone que conozco? ¿La que amo tanto? ¿Malone, la recia, el perro de presa que clava los dientes y no suelta más? ¿La mujer independiente, que siempre dice la última palabra?

—¡Que yo digo la última palabra! ¿Y tú qué?

—Yo pensaba que eras tú.

—Bueno, pues yo pienso que eres tú.

Él lanzó un suspiro exagerado.

—Ya lo ves: otra vez te quedas con la última palabra.

Ella se echó a reír.

—Nos vemos más tarde, pícaro.

—Tenlo por seguro. Oye, Mal... Cuídate.

En el aeropuerto de Nueva York y en el de Boston, su cara y las de las víctimas ocupaban las primeras planas de todos los diarios. Agachó la cabeza para evitar las cámaras de televisión, que habían ido a recibir a un político. Era una suerte increíble encontrar allí a la mujer del momento.

—¿Qué hace en Boston, Mal? —preguntaron—. ¿Hay novedades? ¿Viene a colaborar con la investigación?

—Vengo en visita privada —respondió ella, apretando el paso. Pero se alegró de que Harry tuviera, por fin, la atención pública necesaria.

El automóvil la estaba esperando. Se filtró lentamente por el apretado tránsito de viernes por la tarde. Por fin la dejó frente a la hermosa casa de la plaza Louisburg.

Se detuvo un minuto a admirar las calles en pendiente, los jardines que ocupaban el centro de la plaza, la perfección de esa arquitectura decimonónica, con sus encantadoras ventanas saledizas. Luego subió los peldaños del frente para abrir la puerta.

Squeeze estaba tendido en el centro del amplio vestíbulo. Mal habría podido jurar que se le iluminaron los ojos al verla. Corrió hacia ella sacudiendo la cola y emitiendo pequeños gimoteos de saludo. Ella se inclinó a abrazarlo y le dio unas palmaditas en el denso pelaje plateado.

—Hola, *Squeeze*. Qué buen perro eres —murmuró, afectuosa.

El perro la siguió a la cocina; después de poner el cesto de provisiones en la encimera, Mal echó una mirada alrededor, complacida por estar en la casa de Harry. La cocina estaba immaculada; probablemente él no la había pisado en toda la semana.

Entregó a *Squeeze* su nuevo juguete y abrió el frigorífico. El contenido la hizo reír: una vetusta caja de *pizza* a medio comer, un cartón de leche descremada con la fecha ya vencida (conque él se cuidaba, pese a los huevos con jamón de Ruby), restos de comida china envasada y cinco o seis botellas de agua mineral. También dos botellas de su champán favorito. Exactamente lo que ella esperaba.

Echó a la basura la comida pasada y reaprovisionó el frigorífico con las

delicadezas que había conseguido en Nueva York. Luego fue a inspeccionar el dormitorio de Harry, siempre seguida por *Squeeze*. Echó un vistazo al libro que él tenía en la mesilla: un ejemplar sin abrir de la última obra de Elmore Leonard. Sonrió al pensar que el detective leía novelas policiales. Probablemente no tenía mucho tiempo para leer en la cama. Ni siquiera tenía mucho tiempo para dormir; lo más probable era que se quedara dormido en cuanto tocaba la almohada. Probó la cama. Tal como ella sospechaba, era dura.

Retiró su ropa del bolso y la acomodó junto a la de Harry, en los estantes del armario; luego colgó sus pantalones de piel negra y la falda de mezclilla junto a una colección de viejas chaquetas y dos perchas con pantalones. Las etiquetas eran de Armani y de Gap.

En el cuarto de baño abrió espacio para sus cremas y lociones en la vieja repisa de mármol; luego puso su cepillo de dientes en un jarrito igual al de Harry. Era como jugar a la casita, se dijo, satisfecha. Harry y Mal, un dúo, una pareja, un equipo.

Sonó el teléfono y *Squeeze* pasó a toda velocidad para ladrarle. Ella atendió.

—Siempre ladra así —dijo la voz de Harry—. A lo mejor cree que está atendiendo. A veces me gustaría.

Ella soltó la risa.

—Hola, detective. Tengo que confesar algo: he estado investigando al investigador. Espié en tu frigorífico, tu ropero y tu cuarto de baño.

—¿Así que ya conoces todos mis secretos?

—Todos.

—Bueno, si todavía estás allí debe ser porque aprobé algún tipo de examen.

—Todos. Con sobresaliente —apretó el auricular contra la mejilla, como si lo estuviera abrazando—. ¿Dónde estás?

—En la alcaldía, aunque me gustaría estar en cualquier otra parte. ¿Te las arreglas bien, sola ahí?

—Por supuesto. Además tengo a *Squeeze*. Aunque no puede sustituirte, no deja de ser un encanto.

—Como tú, Malone. A propósito: llamé a Miffy. Estás invitada a tomar el té con ella.

—¿Tu madre me invita a tomar el té? Esto va tomando un cariz serio, detective.

—Cuidado, Malone —rio él—. Además, Miffy no suele ponerse seria. Oye, tengo que cortar. Nos veremos en cuanto pueda escapar de aquí, pero no sé cuándo será. Ay... me llaman por los altavoces. Hasta luego Mary Mallory Malone.

Ella cortó. El aparato volvió a sonar inmediatamente.

—Estabas ahí, querida —dijo Miffy. Mal la imaginó con una sonrisa radiante, como si no estuviera hablando por teléfono, sino con alguien presente—. Harry me dijo que vendrías a pasar el fin de semana y que estarías completamente sola. Y me dije: «Bueno, Miffy, tienes que invitar a Mallory a tomar el té».

Hubo una pausa, mientras la señora tomaba aliento y consultaba su viejo Cartier

de pulsera.

—Por Dios, mira la hora que se ha hecho. Casi es hora de un aperitivo, ¿verdad, querida? Se me ocurre algo: podemos tomar las dos cosas. ¿Por qué no te vienes por aquí ahora mismo? Estoy a la vuelta de la esquina, ¿sabes? En la calle Mount Vernon —le dio la dirección exacta—. Tengo muchas ganas de volver a verte.

—Yo también —reconoció Mal. Y rio, pues era lo único que había podido intercalar, aparte de «hola».

Mientras se pintaba los labios pensó que, tratándose de Miffy Jordan, nunca se producirían silencios incómodos en la conversación.

Los tejanos y los zapatos bajos no parecían adecuados para tomar el té en Beacon Hill. Los cambió por una falda tableada y calzado de gamuza *beige*. Luego se cepilló el pelo, se roció con un poco de Nocturnes y llamó a *Squeeze*.

Llevando al perro con su correa, cruzó a paso cómodo la plaza y la calle Charles, disfrutando de la caminata. Toda esa zona histórica estaba llena de hermosas calles arboladas y edificios cubiertos de hiedra. Las tiendas de antigüedades la atraían y las cafeterías enviaban señales tentadoras. Se prometió una buena exploración para el día siguiente.

Capítulo 38

La antigua casa de Miffy Jordan, de estilo griego renacentista, tenía muros de ladrillo descolorido, pórtico de columnas blancas, altas ventanas de celosías negras y bonitos balcones de hierro forjado. La separaba de la calle un jardín formal, un césped tan verde y liso como una mesa de billar y una breve cerca de hierro. Parecía ocupar ese sitio desde siempre, como si no formara parte de la historia familiar de los Jordan, sino también de la historia norteamericana.

Squeeze atravesó el portón sin necesidad de orden alguna, como si Harry lo llevara con frecuencia.

—Es tu segundo hogar, ¿no, *Squeeze*? —Adivinó Mal, mientras tocaba el timbre.

Miffy abrió de inmediato; parecía haber estado esperando tras la puerta.

—Mi querida Mallory —saludó, con su sonrisa radiante—. Qué gusto tan grande verte.

Después de besarla calurosamente en ambas mejillas, le dio un pañuelo de papel. Vestía una camisa de seda azul, una falda tableada azul grisáceo y zapatos bajos de Ferragamo. Mal se alegró de haberse cambiado, aunque probablemente a Miffy le daba igual.

Dos dogos enanos e iguales, de color tostado con hocico negro, se acercaron a saltos; sus ojos redondos se dilataron de placer al ver a *Squeeze*. De inmediato comenzaron a brincar a su alrededor, haciendo cabriolas, pero él se mantuvo sentado, con aspecto de visita real; ocasionalmente se dignaba echarles una mirada.

—¡Mira a esos dos tontos! —exclamó Miffy, exasperada—. A estas horas deberían haber aprendido que *Squeeze* no se rebaja a tratar con perros en miniatura, pero siguen humillándose y mendigando un poco de atención —rió—. A veces los entiendo.

Guio a Mal por la elegante escalera curva hasta lo que llamaba «mi salita privada».

—Es más cómoda que la grande de abajo —explicó, mientras la hacía pasar a una encantadora habitación del piso de arriba, con altas ventanas y los elegantes balcones de hierro que Mal había visto desde afuera.

Estaba decorada en distintos matices de amarillo (el color favorito de Miffy) con paredes de color crema y complejos pisos destacados en blanco. Las cortinas de tafetán dorado amontonaban sus ricos pliegues en el suelo. La alfombra era verde claro, con diminutas flores bordadas; los sofás y sillones estaban tapizados de brocado verde y azul verdoso. Las antigüedades eran sumamente valiosas y estaban en perfecto estado de conservación. El complicado marco del espejo que estaba sobre la repisa había sido tallado en Inglaterra, en el siglo XVII. Los retratos que colgaban de las paredes eran todos de mujeres nacidas más de un siglo atrás.

Miffy la hizo sentar frente a una bandeja preparada: tetera de plata, bonitas tazas

de Limoges y una variedad de tartas y pasteles. Una segunda bandeja, con vasos y hielo, esperaba en el elegante aparador del siglo XVII.

—¿Té o ginebra, Mallory? —Miffy la miró, expectante.

Mal escogió el té con limón. *Squeeze* se sentó a su lado, flanqueado por los pequeños dogos, que se apretaban a él husmeándolo afectuosamente.

—¿No parecen sujetalibros? —comentó Miffy, meneando la cabeza con asombro.

Mal observó con interés los retratos alineados, mientras Miffy la examinaba a ella con el mismo interés. Mal le parecía encantadora. Y después de ver su programa estaba segura de que su cuñado tenía razón: Harry estaba loco si la dejaba pasar. Mal había puesto el corazón en su trabajo; no habría sido fácil hacer semejante programa, averiguar los detalles horribles de esos asesinatos y respetar la dignidad de las víctimas y sus familiares. Pero Harry le había advertido que no mencionara el tema, de modo que se esforzaría por no hacerlo.

—Todas las retratadas son Peascott —informó—. Esta casa es de mi familia, ¿sabes? La de la plaza Louisburg, en cambio, la que ocupa Harry, es de los Jordan. Mi tatarabuela nació en el dormitorio que yo ocupó ahora, aunque las generaciones posteriores tuvieron el buen tino de buscar ambientes más higiénicos para dar a luz.

»El retrato de Tissot que tienes a la izquierda es mi bisabuela, Hannah Letitia Peascott; ha sido pintado en París durante su luna de miel. Ella y mi bisabuelo hicieron un gran viaje, ¿sabes? Era muy bonita, ¿verdad? Y vivió hasta los ciento dos años. Buenos genes, los de Peascott.

»Este otro es de mi abuela, Felicia Alice Peascott. Es un Sargent, por supuesto. La pobre se hundió con el *Titanic*. Viajaba sola, misteriosamente. Nunca se habló de eso, pero según rumores se había fugado con un amigo de la familia que también iba a bordo, igualmente solo. Qué romántico, ¿no te parece?

»Y este retrato pintado por John Ward es de mi querida madre, en el estilo de la duquesa de Windsor, aunque mucho más atractiva y menos seca, por supuesto. Ella tenía encanto a montones. Se comentaba que no había mujer tan encantadora como Marietta Peascott. —Miffy suspiró con pena—. Murió demasiado joven, ¿sabes?, cuando yo era pequeña. Un accidente de caza. Insistió en montar a caballo. La muy tonta se negaba a admitir que no sabía montar. Como decía mi padre, en su caso fue muy cierto que el orgullo precede a la caída. Pero la amábamos. Todavía la amo.

Miffy tomó aliento, junto con un sorbo de té, y dedicó una sonrisa a Mal.

—Bueno, ahí tienes una versión reducida de la historia de los Peascott; al menos, de sus miembros más recientes. Sin incluirme, por supuesto.

Mal estaba extasiada.

—¡Qué maravilla, conocer tan bien a la propia familia! Yo nunca conocí a mis abuelos. Ni siquiera tenía idea de que existieran. A mi padre apenas lo conocí. Y en cuanto a mi madre... bueno, su familia también era una especie de misterio. Nunca me hablaba de ellos. Temo que los Malone no tienen una larga estirpe, como los Peascott y los Jordan —añadió con pena.

—En estos tiempos la estirpe casi no cuenta. —Miffy le ofreció un plato de exquisitas tartas de fruta. Eran tan bonitas que parecían bodegones en miniatura—. Lo que cuenta es lo que tienes tú, querida: espíritu emprendedor, talento, aplicación y valor —vaciló; aun sabiendo que no debía, no pudo contenerse—. Te admiro por lo de anoche —dijo en voz baja—, aunque Harry se enfadaría si supiera que te lo he dicho. No quiere que te ponga nerviosa; dice que ya sufriste lo tuyo... y veo que tiene razón.

Se inclinó para darle una palmadita en la mano.

—Pero lo que hiciste por esas pobres familias ha sido estupendo, de veras. Esas muchachas no se convertirán jamás en víctimas olvidadas. Y cuando atrapen a ese sádico nadie le permitirá convertirse en estrella del periodismo. Y lo atraparán, Mallory querida. Gracias a ti.

Mal dijo, con modestia:

—De todas maneras yo solo soy un medio para alcanzar el fin. Los que lo atrapen serán todas esas personas que trabajan entre bastidores, esa gente de la que Harry me habló. Los policías que investigan pacientemente a todos los jardineros de Boston, para ver quién utiliza ese fertilizante para rosas. Los del laboratorio forense, que examinan cada ínfimo fragmento de hallazgo. Y detectives como Harry, como Carlo Rossetti y todos los demás, a quienes no les molesta emplear todo su tiempo en evitar que se produzca otro homicidio. Son ellos los que están haciendo la obra. Yo solo tuve la feliz posibilidad de presentar el caso al público.

Miffy la miró con admiración, pero no insistió. Ya había dicho demasiado y Harry se enfadaría.

—¿Más té, querida? —ofreció—. Y ahora dime: ¿qué habéis planeado, tú y Harry, para este fin de semana? Podríais ir a la granja Jordan, ¿no? No hay nadie allí. Ah, olvidaba mencionar que mañana me marcho a Praga con mi amiga Julia Harrod. Será solo un fin de semana largo. Según me han dicho, es una ciudad fascinante —rio alegremente—. No veo la hora de conocerla. Me ha atacado otra vez el impulso viajero. Nunca puedo resistirlo. Pero si quieres ir a la granja, querida, hazlo. Sé que te gustó mucho. Y si vas, trata de arrancar la maleza en mi rosal, ¿quieres? No me explico cómo hacen para brotar de la noche a la mañana.

Tomó aliento.

—Bueno, si has terminado el té, ¿quieres que te muestre la casa? Mientras tanto puedo contarte algo más sobre los Peascott. Después de todo, ahora que piensas... —se contuvo justo a tiempo, riendo—. Oh, Dios mío, Harry jamás me perdonaría que me fuera de la boca, para emplear su vulgar expresión.

Una hora después, al abandonar la casa, a Mal le daba vueltas la cabeza: hazañas de los Peascott en campos de batalla y en barcos balleneros, aventuras en los casinos de Montecarlo y en las buhardillas de París, donde una oveja negra había malgastado varios años tratando de convertirse en «artista».

«No tenía una pizca de talento —le había dicho Miffy—, pero le sobraba el

encanto». Se había casado con su modelo y amante, una muchacha de Córcega, quien seguramente había aportado la necesaria cuota de chispa latina a la severa estirpe de Nueva Inglaterra.

Mal aún sonreía cuando entró en la casa de Harry. Pensaba en lo agradable que eran esas viejas mansiones, tan llenas de historia y ambiente. Era como si, de algún modo, aún retuvieran el carácter y la felicidad de las personas que las habían habitado en los dos últimos siglos.

Sirvió a *Squeeze* un poco de alimento para perros y, después de recorrer la discoteca de Harry, escogió a Sade. Luego encendió el hogar con un par de troncos pequeños. Las llamas iluminaron la habitación con un satisfactorio resplandor. En ese momento sonó el teléfono.

—Hola, Harry —atendió, casi cantando. Y esperó su respuesta, sonriente. Pero no hubo.

—Hola —repitió con más cautela.

Nuevamente no hubo respuesta. Sin embargo había alguien en la línea.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Cortó, echando una mirada aprensiva hacia atrás, recordando súbitamente que estaba sola. *Squeeze* la miraba desde la puerta, grande y fuerte, con aspecto de lobo, tan reconfortante que le habría gustado darle un abrazo. De cualquier modo, probablemente había sido una llamada equivocada. Estaba nerviosa. Eso era todo.

Sin embargo, cuando el teléfono volvió a sonar, pocos minutos después, atendió con voz sofocada:

—¿Quién habla?

—Soy yo, por supuesto. ¿A quién esperabas? —preguntó Harry.

—Ahh, eres tú —suspiró con alivio—. ¿Tú has llamado hace algunos minutos?

—No. ¿Por qué?

—Bueno, hubo una llamada, pero cuando atendí no respondió nadie. Estoy segura de que había alguien en la línea, pero no habló. Esta mañana sucedió lo mismo en mi casa.

—Ha de ser una coincidencia —la tranquilizó él. Sin embargo, había fruncido el entrecejo—. Mi número no está en el listín.

—El mío tampoco.

—Bueno, ya lo ves. Nadie puede averiguar un número no registrado, mucho menos dos a la vez. Debe de ser algún error, Mal.

—Bueno —dijo ella, con voz débil.

Él percibió su aprensión.

—Mira —se apresuró a decir—, voy a casa. Estaré allí dentro de media hora. No te preocupes por nada, ¿eh?

—De acuerdo —parecía aliviada.

Harry apagó el teléfono móvil y dijo a Rossetti:

—Reconozco que un gran detective como yo debería saberlo, pero ¿cómo hace

una persona común para averiguar un número telefónico no registrado?

—Es fácil —respondió su compañero, entre dos mordiscos a su rosquilla—: se lo pide a un amigo.

—¿Y qué amigo va a darte un número no registrado?

Rossetti estaba encorvado sobre el escritorio. Su immaculado aspecto habitual se había ido al diablo. Tenía la barba tan crecida como Harry, los pantalones arrugados y la camisa arremangada; la corbata de seda, desanudaba, pendía como una vistosa cinta alrededor de su cuello. Le echó una mirada fulminante.

—Si quieres un número no registrado, Profe, exhibes la credencial. ¿Qué te pasa, hombre?

—A mí nada, Rossetti. Al asesino.

Su compañero se incorporó de inmediato. Había oído parte de lo que Harry dijera al teléfono y ahora comprendía.

—¿Consiguió el número de Mal?

—Alguien lo consiguió. Y también el mío. —Harry se encogió de hombros—. Podría ser una coincidencia, por supuesto. Dos comunicaciones cortadas con dos números diferentes. Pero lo cierto es que esas dos comunicaciones fueron atendidas por la misma mujer, Rossetti, y eso me pone nervioso.

Aún preocupado, llamó a la compañía telefónica para preguntar bajo qué circunstancias revelarían un número no registrado. Le respondieron que solo en caso de emergencia médica y aun en ese caso lo harían verificar por un médico. No habían revelado su número telefónico ni el de la señorita Malone.

—Eso significa que tienes razón, Rossetti —dijo—. Solo pudo conseguirlos por medio de un amigo.

—Hablando de amigos: el cumpleaños de Vanessa será en un par de semanas. ¿Vendréis?

—No pienso perdérmelo —aseguró Harry, que ya iba hacia la salida.

—Llevas prisa, ¿no? —comentó Rossetti en voz alta.

Pero el otro se limitó a reír.

Veinte minutos después, cuando abrió la puerta de su casa, al principio Harry pensó haberse equivocado de dirección. Estaba habituado a que lo recibieran el silencio, la quietud, el vacío de una casa que permanecía desierta durante largos períodos. Ahora había olor a comida y fuego de leña; Sade cantaba sobre el amor. Se sintió como el esposo que llega al hogar tras un largo día en la oficina.

—Ya llegué, tesoro —anunció en tono burlón.

Mal asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Hola, «cariño» —respondió. El perro, junto a ella, se desperezó con fruición: primero, las patas delanteras; después, las de atrás. Por fin se acercó lentamente a Harry.

—¿Cómo era eso de «si me amas, ama a mi perro»? —exclamó Harry, asombrado—. Hace apenas un par de horas que estás aquí y este ya ha cambiado de bando.

—No es cierto —ella se fue hacia la cocina—. Es que ha dado un buen paseo y ha comido bien. Está perezoso, nada más. No te preocupes, Harry; todavía te ama.

Estaba de pie ante las hornallas, revolviendo el contenido de un puchero. Él se acercó para abrazarla desde atrás y le dio un beso en la nuca.

—¿Y tú?

—Todavía no he dado un buen paseo ni he comido bien —respondió, ambigua.

Harry miró la sopa.

—Hummm... ¿La has preparado tú?

—No. Es de Zabar. Igual que el resto de tu cena.

La hizo girar en sus brazos, riendo.

—¿Por qué no has comido? Ya son las nueve.

—Sin ti no tenía apetito.

—¿Te dije que me alegraba de verte? ¿Y que los tejanos te sientan de maravillas?

Ella rio.

—Sí. Ahora hacemos juego.

Mientras marchaba hacia la ducha, Harry dijo por encima del hombro.

—Tengo una sorpresa para ti. Recuérdame que te lo diga.

Después de comer salieron a caminar con *Squeeze*. Mientras bajaban los peldaños del frente, Harry olfateó el aire tibio.

—Ya hay olor a verano —dijo.

—¿Y cómo es el olor a verano?

—Oh, huele a hojas, a verde... y a humedad.

—¿A césped cortado y heno fresco? —recordó ella.

Él sonrió.

—Eso es. Ah, me olvidaba. La sorpresa. —Mal aminoró la marcha, expectante—. Tengo el fin de semana libre. Rossetti cubre mi turno y me han dado permiso.

La cara de Mal se iluminó con esa sonrisa radiante que encendía el sol en el corazón de Harry.

—¿Eso significa que debo cargar contigo todo el tiempo?

Tomados del brazo, continuaron la marcha por la pendiente adoquinada. El perro los precedía, corriendo en pequeños círculos.

—Se me ocurrió que podíamos ir a la granja Jordan y pasar un par de días apacibles. Te hacen falta, Mal. Y Dios sabe que a mí también.

Bajaron hasta el terraplén; luego subieron por la calle Chestnut hasta la plaza Louisburg, discutiendo planes para marchar temprano y aprovechar a fondo ese precioso tiempo. Por el rabillo del ojo, Harry reparó vagamente en un Volvo gris oscuro aparcado en la esquina, pero a lo sumo se dijo que Boston estaba llena de Volvos. Luego su mente volvió a Mal, que esa noche dormiría en sus brazos.

—Como los tres osos —dijo ella, sonriendo—. Si incluyes a *Squeeze*.

Capítulo 39

A las seis de la mañana, cuando partieron en el Jaguar hacia la granja, el Volvo aún estaba allí. Harry se dijo que debía pertenecer a un vecino. El mundo era pequeño, sin duda.

Pero cuando salió a la autopista, hacia el norte, notó que tras ellos viajaba un Infiniti negro, de cristales densamente tintados. Ya fuera que él acelerara, o que disminuyera la marcha, lo tenía constantemente en el espejo retrovisor, detrás de él.

Frunció el entrecejo, pero decidió no decir nada a Mal, que estaba cómodamente acurrucada en su asiento, con los ojos cerrados. Pensó, aprensivo, en esas comunicaciones cortadas. Número equivocado, sin duda. El asesino en serie no era tan sagaz como para averiguar dos teléfonos no registrados. Era metódico y tozudo. El inesperado regreso de Suzie Walker lo había sumido en el pánico, haciéndolo actuar fuera de su costumbre. Él planificaba sus actos con tiempo, sin obrar nunca impulsivamente. Por eso mismo no tardaría en caer.

Ya estaba cerca de su salida; puso el intermitente de la derecha, sin apartar la vista del espejo retrovisor, y giró. Al ver que el Infiniti seguía de largo lanzó un suspiro de alivio. Se estaba volviendo paranoico, se dijo. Y olvidó el asunto.

El hombre del Volvo gris oscuro se mantenía más atrás, fuera de su vista. La noche anterior había visto la llegada de Mallory Malone en el informativo. Y ya sabía todo lo necesario sobre el detective Harry Jordan. Se había ocupado de conocer y entender a sus enemigos; de ese modo era él el que dominaba. Sabía qué salida tomaría y lo seguía a cierta distancia.

Mal pensaba que Harry tenía razón con respecto al verano. Cuando se apearon del Jaguar el sol calentaba y el aire olía a campo fresco y jugoso, a fruta madura y pimpollos reventones.

Mientras *Squeeze* desaparecía tras la esquina de la casa, Harry bajó las bolsas y Mal se detuvo a absorber esa tranquilidad. Un pájaro carpintero golpeaba su pico en un árbol cercano.

—Es como si estuviera en un dibujo animado del Pájaro Loco —rio.

—Bueno, pues no lo pareces. Estás muy real y muy hermosa. El aire fresco te sienta bien.

—¡Caramba! —Se maravilló Mallory—. Acabas de hacerme un cumplido sin agregar ningún comentario antipático.

—¿No eres tú la de los comentarios antipáticos?

—Ya empiezas —advirtió ella, subiendo los escalones del porche.

Harry puso los ojos en blanco, exasperado, y la siguió cargado con las bolsas.

—Te llevaré a pescar. Eso calma los nervios.

—Nunca he ido a pescar —tampoco estaba segura de que le gustara—. Parece tan aburrido...

—Cuando pesca, el hombre tiene tiempo para pensar. Y la mujer también —añadió él, de prisa—. Aquí no existe la discriminación.

La granja era tan encantadora como ella la recordaba. La casa parecía envolverla cómodamente, rodeándola de paz y serenidad. Había allí una perceptible continuidad de vida, la seguridad de que todo eso estaría allí, esperando el retorno de Harry, pasara lo que pasara.

Él la vio pasar una mano reverente por la satinada superficie de una vieja mesa, tocar el terciopelo gastado de un almohadón, recoger una vieja fotografía, inclinarse a oler las flores de un jarrón puesto en el alféizar. Sabía lo que Mal estaba sintiendo.

—Esto es lo que llaman «el espíritu del hogar» —comentó en voz baja—. Es un sentimiento, una emoción que algunas casas antiguas parecen retener, como lustros y más lustros de recuerdos comprimidos.

Mal recordó el «hogar» triste y desabrido que compartiera con su madre en Golden. Sin duda, no era necesario ser rico para que en una casa hubiera «espíritu de hogar», pero sí era imprescindible el amor.

—Voy a preparar café —dijo Harry, arrancándola enérgicamente del pasado—. Luego daremos una buena caminata. Más tarde arrancaré la maleza de algún cantero; de lo contrario me sentiré culpable. Y después de eso podremos ir a pescar.

Pocas horas después estaban sentados en la orilla del torrentoso arroyuelo, balanceando los pies, pescando con cañas de tamaño infantil. Habían buscado un cómodo sauce en el cual apoyar la espalda y contemplaban alegremente el agua que bajaba entre las piedras pulidas, preguntándose si alguna trucha moteada se ocultaría en los remansos de la orilla opuesta.

—¿Has pescado alguna vez una trucha? —preguntó Mal, suspicaz.

—Por supuesto. Cuando tenía doce años —aseguró él, con una gran sonrisa. Ella suspiró.

—¿Y cómo haremos para cenar trucha, si no pescamos ninguna?

—No hay problema. Por la casa de tío Jack pasa un río que siempre tiene muchas truchas. Cada vez que visita a Miffy le trae algunas. Y como ella no se atreve a decirle que detesta el pescado, tenemos un congelador lleno.

Mallory asintió.

—Es lógico, aunque no lo que yo pensaba —se recostó contra el árbol—. De cualquier modo, parece una manera agradable de pasar el tiempo.

—Te dije que era bueno para pensar —la miraba por el rabillo del ojo—. ¿Quieres hablar un poco más sobre Golden?

—En realidad, no es muy interesante.

—A mí me interesa.

De algún modo se le hacía más fácil así, sentada a orillas de un arroyo, en un

luminoso día de verano, a años luz de aquellos duros tiempos juveniles, cuando aún era inocente porque no había descubierto otra cosa. Le habló de su lucha para sobrevivir, para crear algo partiendo del desamorado caos de su niñez, para llegar a ser alguien. Le habló de su esposo, a quien había admirado y respetado; aunque él le pedía que abandonara todo, lo cual significaba renunciar a Mallory Malone para volver a ser nadie.

—Eso no es cierto y tú lo sabes —observó él, terminado el relato—. Siempre serás Mal Malone, la persona que has logrado ser, y serás siempre Mary Mallory, una víctima de circunstancias familiares que escapaban a tu control. Nuestros padres solo son responsables de una parte de nosotros, Mal. El resto corre por nuestra cuenta. Somos lo que somos debido a lo que hacemos, a las elecciones que hacemos, a los caminos que tomamos. Miffy Jordan es como es por su propia obra, no por lo que fuera su madre. Y lo mismo podemos decir de ti y de mí.

Ella aún no estaba segura, pero quería creerle. De pronto la línea se sacudió en su mano. La sujetó con fuerza, observando el agua.

—¡Mira, mira! —gritó—. ¡Un pez!

Squeeze se levantó de un brinco para bajar hasta la orilla, excitado; desde allí dio un salto hacia el arroyo, lanzando sobre ellos una verdadera catarata. Gritando de risa, Mal cayó hacia atrás. Harry sujetó la línea, pero ya era tarde: el pez había escapado.

—Me alegro —jadeó ella, entre carcajadas—. De cualquier modo no te habría permitido que lo mataras.

En ese momento sonó el teléfono celular de Harry, sobresaltándola. Se miraron con aprensión.

—Perdón —él hizo una mueca y atendió la llamada. Escuchó, dijo que sí y que no, que iría enseguida. Adiós. Luego miró a Mal.

—No me digas nada —murmuró ella—. Debes irte.

—Era Rossetti. Recibieron un par de llamados sospechosos de la zona de Boston, están investigando. Es dudoso, pero alguno de ellos podría ser el asesino. Me necesitan, Mal.

Ella se levantó, sacudiéndose la hierba de la falda.

—Voy a buscar mis cosas.

—No hay necesidad. Esto me llevará unas pocas horas. No permitiré que un mentiroso nos arruine el fin de semana.

—¿Y si no es un mentiroso? ¿Si es él?

—Si tenemos esa suerte te enviaré un coche. Pero algo me dice que no es nuestro hombre.

Harry se cambió. Mallory lo acompañó hasta el coche.

—Voy a preparar la cena, por si acaso —dijo—. Y te prometo que no será trucha.

Harry agitó la mano, riendo. Mientras descendía por el camino de entrada la miró por el espejo retrovisor. Estaba de pie en el porche, con *Squeeze* a su lado, como si

hubiera nacido allí.

—Hay dos cintas, Profe —dijo Rossetti.

Estaban en el denso tránsito del sábado, camino a Cambridge, donde vivía el de la primera llamada.

—Está vigilado por agentes de civil. En la cinta dice ser «el asesino de Boston», pero se llama Alfred Trufillo. Hasta ahora ha llamado tres veces, siempre desde la misma cabina, a media calle de donde vive. No parece lo bastante sagaz como para ser nuestro hombre, pero vale la pena probar. También circula bajo el nombre de Alfred Rubirosa; elegante, ¿no? Debe ir de *playboy* o algo así. No hay muchas probabilidades, pero algunas cosas que dijo sobre los cadáveres me pusieron los pelos de punta. Como si supiera más que nosotros, ¿comprendes?

Harry escuchó mientras Rossetti pasaba las grabaciones. Comprendía exactamente lo que su compañero quería decir.

—O bien el tipo estuvo ahí —dijo— o bien es una coincidencia, un golpe de suerte. Habla de Rachel Kleinfeld, ¿no? ¿El cadáver del embarcadero?

Rossetti asintió.

—Escucha el otro —cambió el casete. Esa voz era más cultivada y tenía algo de untuoso—. Parece un predicador. Sobre este no sabemos nada, pero amenazaba a la señorita Malone.

Harry se erizó al oír aquello; describía lo que iba a hacer con Mallory Malone, con detalles precisos y vengativos, con voz tan suave como seda lavada. Parecía conocer la anatomía descripta y empleaba términos médicos específicos.

—Es un teléfono móvil —aclaró Rossetti—. Rastreamos el número. Está a nombre de una empresa: Artículos Anatómicos Gray, con domicilio en el sur de Boston. El problema es que esa empresa no existe. Y la dirección es una casilla de correo que se alquiló hace una semana. Pero rastreamos al hombre hasta una casa de apartamentos, cerca de allí.

Harry quedó pensativo.

—La *Anatomía* de Gray es uno de los textos básicos de medicina. ¿No estará jugando con nosotros?

Rossetti se encogió de hombros.

—Consulté con el patólogo. Dice que los términos médicos son correctos, pero no lo que decía sobre los cadáveres. En su opinión, se trata de un aficionado con una fijación fetichista por los instrumentos médicos y la terminología profesional. Parece que algunos se excitan con esas cosas. Se ponen la bata blanca y fingen ser médicos. Hay quienes han llegado a entrar en un hospital y atender a los pacientes sin que nadie notara la diferencia... hasta que fueron atrapados.

Rossetti apartó las manos del volante para enderezarse la corbata, mirándose en el espejo retrovisor con aire despreocupado. Harry le echó una mirada.

—¿Te pone nervioso mi manera de conducir, Profe? —rió él.

—¿No tengo motivos?

—No, hombre. Conmigo no corres peligro. Y con estos sospechosos tampoco, porque no creo que ninguno de ellos tenga nada que ver.

Harry pensó tristemente en la apacible tarde de sábado interrumpida. Ojalá pudiera llegar a tiempo para cenar. Se preguntó qué estaría haciendo Mallory.

Al avanzar la tarde, Mal se preparó una taza de té. Sentada en el sofá de mimbre del porche, contempló el prado que descendía hasta el arroyo, sombreado por los sauces. *Squeeze* empujó con insistencia su brazo con el hocico pidiendo un bizcocho, que ella cometió la tontería de darle: al igual que su propietario, era demasiado encantador. El sol se puso lentamente, en una llamarada de anaranjado neón, hasta dejar solo un leve matiz verdoso en el cielo oscurecido, recordatorio de que volvería por la mañana.

Después de recoger la vajilla del té, llamó a *Squeeze* para volver a la casa. Encendió las lámparas; durante un momento pensó también encender el hogar, pero hacía demasiado calor y no quería encender el aire acondicionado, pues la brisa que entraba por las ventanas abiertas era demasiado agradable.

Subió para ducharse y se puso una larga falda verde oscuro, con una camisa de seda crema. Se aplicó un toque de maquillaje y una gota de Nocturnes en el cuello y las muñecas.

Pasó un rato sentada en los almohadones del alféizar, contemplando la caída de la noche. Cuando la penumbra se convirtió en la intensa oscuridad azulada de la noche en el campo, las lámparas del porche se encendieron automáticamente.

La noche parecía silenciosa, comparada con el rugir constante de la gran ciudad, pero si se escuchaba con atención era posible percibir todo tipo de sonidos: el susurro de las bestias nocturnas, un agitar de alas, el murmullo del arroyo.

Cuando estaba pensando en bajar a ver qué había para cenar, oyó un ruido diferente.

Se levantó al momento, con la cabeza a un costado, aguzando el oído. Era el tipo de crujido que se oye cuando se pisa una ramita caída. Luego recordó que, según le había dicho Harry, en el bosque había venados. Entonces descartó el asunto con un encogimiento de hombros.

Al bajar la escalera vio a *Squeeze* sentado ante la puerta principal, con las orejas erguidas. Se volvió hacia ella con un gimoteo y retomó su postura de alerta.

De pronto Mal cobró conciencia de lo sola que estaba; no había otra casa en kilómetros a la redonda. Llena de aprensión, echó llave a la puerta del frente. Luego hizo lo mismo con todas las que daban afuera: la de la cocina, la del porche de poniente y esa extraña portezuela de madera que probablemente conducía al sótano.

Squeeze seguía sentado en el vestíbulo. Al verla meneó la cola y marchó hacia la

cocina.

—No era nada, ¿verdad, hijo? —comentó ella, por convencerse a sí misma—. Solo algún venado.

La cocina ocupaba lo que había sido el pequeño edificio original; el resto de la casa había crecido a su alrededor, simplemente. Tenía armarios de madera pintados de blanco, viejos pisos de tablas y vigas oscuras. El cielo raso, entre viga y viga, estaba pintado de un alegre amarillo que debía de animar toda la habitación, aun en las noches de invierno más frías.

Entre los casetes que encontró, se decidió por la Sinfonía Pastoral de Beethoven, pues parecía adecuarse al momento y al lugar. Después de subir bastante el volumen, fue a revolver el frigorífico y la despensa, que Miffy mantenía bien provistos.

Mientras picaba alegremente unos tomates para la salsa oyó otra vez un ruido. Esta vez parecían pisadas. *Squeeze* saltó hacia la puerta, descubriendo los colmillos en un gruñido furioso.

Con el corazón en la garganta, Mal recordó lo que le había dicho Harry: que el perro solo atacaba a desconocidos. Tal vez había sido una broma, pero en ese momento no lo parecía.

Las ventanas aún estaban abiertas, dejando entrar la brisa, y a través de la tela mosquitera brillaba la luz del porche. Pero no vio a nadie allí.

Squeeze se dejó caer al suelo con un gimoteo, sin apartar los ojos de la puerta. Mal tenía la boca seca de pánico. Harry le había dicho que ahora estaba en territorio del asesino, que tal vez él buscara venganza. Entonces pensó en las jóvenes que ya había matado, en sus familias; un repentino torrente de ira y adrenalina le corrió por las venas, dándole valor. Si el asesino venía por ella, no se encontraría con un blanco fácil.

—¡Cerdo! —gritó, repitiendo sin pensar las últimas palabras de Summer Young—. ¡Cerdo asqueroso! ¡Conmigo no podrás!

Y corrió de ventana en ventana, cerrándolas violentamente hasta convertir la casa en una fortaleza.

Todavía respirando agitadamente por la ira y el pánico, retrocedió hasta la cocina. Allí lo observó todo con mirada salvaje, corrió las cortinas y tomó el teléfono para llamar a la oficina de Harry. Después de mucho esperar atendió el contestador. Mal cortó con violencia y aspiró hondo, trémula, preguntándose qué podía hacer.

Pensó en llamar a Emergencias... pero desistió. Tenía que mantener la calma y actuar con racionalidad. Con toda probabilidad se trataba de algún animal silvestre que rondaba la casa. Ya imaginaba los titulares: «Mallory Malone llama a la policía por un venado». Y se comentaría que ella estaba en la granja del detective Harry Jordan. No quería que su vida personal saliera a relucir en todas las publicaciones sensacionalistas: mucho menos ahora, pues empañaría el impacto y la dignidad del programa que acababan de poner en el aire.

Aun así le temblaban las manos al abrir la botella de vino tinto; se sirvió una copa

y la bebió a sorbos, recomendándose no actuar a tontas y a locas. Entonces notó que *Squeeze* miraba fijamente la puerta de la cocina.

Sintió que se le erizaba el pelo en la nuca. Bebió un gran trago de vino, vigilando al perro. Había hecho mal en no llamar a la policía, pero ya era demasiado tarde. Estaba en pleno campo, en el medio de la nada.

—¿Dónde diablos te has metido, Harry, ahora que te necesito? —murmuró.

De pronto recordó que, al llevarla en recorrida por la casa, Harry le había mostrado «el cuarto de los trastos». Allí se amontonaban botas y chaquetas viejas; también había una vitrina con una colección de armas que, según él, se usaban para cazar patos silvestres.

Acompañada por el perro, cruzó apresuradamente el vestíbulo. Sus tacones sonaban como disparos sobre las tablas del suelo. Era un ruido muy delator. Antes de abrir el cuarto de los trastos se quitó las sandalias.

Era un poco más grande que un armario, con un ventanuco cerca del techo. Unas chaquetas descoloridas pendían de sus perchas, despidiendo el olor a moho acumulado en años de lluvias; unas botas de goma se llenaban de moho junto a otras de cuero, en tamaños variados y diversos estados de decrepitud. En los estantes, junto al profundo fregadero, se apilaban unos cuantos cestos de mimbre y varios floreros. Había una mesa de madera con una pala sucia y, en la pared de enfrente, la vitrina con seis escopetas.

Mal probó la puerta, pero estaba cerrada. Disculpándose mentalmente con Miffy, levantó la pala y rompió uno de los cristales. Así pudo abrir la puerta y apoderarse de la escopeta más cercana.

Nunca antes había tenido un arma en las manos. Esa era una belleza: una Purden con un exquisito repujado en plata y una inscripción grabada: *Harald Jordan 1903*. Se preguntó, nerviosa, si aún funcionaría. Luego recordó que necesitaba munición.

Revolvió apresuradamente el armario, en busca de balas, cartuchos o lo que fuera; ni siquiera sabía con qué se cargaba eso. De cualquier modo allí no había nada.

—Oh, Dios —susurró, desanimada. ¿De qué le servía un arma sin proyectiles? Miró la escopeta con desconsuelo. Al menos podía impresionar.

Corrió de nuevo a la cocina, apagando las luces en el trayecto, con la sensación de que era observada por la ventana. De pronto la abandonó el valor. Cuando apagó la luz, las piernas se le convirtieron en gelatina. Se dejó caer en una silla, frente a la puerta que daba al vestíbulo. *Squeeze* se echó a su lado. La consolaba pensar que él la defendería. No sabía dónde estaba Harry. Solo cabía esperar.

El hombre estaba junto al arroyo, a la sombra del sauce. Observaba, desconcertado, la oscura silueta que había cruzado el porche del oeste para espiar por las ventanas iluminadas. Era un hombre alto y delgado, de tejanos y zapatillas; lo seguía otro, a dos pasos.

Su oído era tan agudo como el de los perros; por eso percibió el ruido del auto mucho antes que esos dos oyeran algo y se escurrió entre las sombras, corriendo silenciosamente por la hierba hasta llegar al camino de entrada. A la distancia vio los faros del coche que se bamboleaba en los baches; debía de ser Harry Jordan, que llegaba de regreso.

Bajó por el camino a toda carrera, tratando de sacar ventaja al coche. Cuando lo tuvo casi a la vista, se escondió detrás de los árboles, boca abajo en el césped, para que su piel clara no reflejara la luz. Detrás de él oyó el arranque del Infiniti negro; luego, el rugido del motor a toda marcha; el coche se lanzaba con las luces apagadas al encuentro del Jaguar. Conteniendo el aliento, aguardó el estruendo.

Harry no vio el vehículo que se aproximaba, pero lo oyó. Hizo girar violentamente el volante hacia la derecha. El Jaguar respondió de maravillas, pero no pudo con la zanja y el árbol. Se oyó un horrible alarido de goma quemada, un ruido de hermoso acero que se desgarraba y de un cristal que se hacía trizas.

—¡Hijo de puta! —gritó él, limpiándose la sangre de los ojos. Se volvió a mirar el vehículo que se alejaba a toda velocidad. Entonces dio un respingo: era el Infiniti negro de esa mañana.

—Oh, Dios —murmuró, despavorido—. Oh, Dios mío, Mallory.

Se desabrochó el cinturón de seguridad, pero la portezuela no se abría. Pese a sus golpes y sus empujones, no cedió. Probó con la del otro lado; lo mismo. Al levantar la vista vio estrellas, estrellas de verdad, aparte de las que le giraban en la cabeza por el golpe contra el volante. Entonces recordó que venía con la capota baja.

El coche estaba inclinado a cuarenta y cinco grados, con las dos ruedas de la derecha dentro de la zanja. Saltó por encima de la puerta y, apenas tocó el suelo, echó a correr.

El hombre se puso de pie en la hierba. Al ver que Harry corría hacia la granja, soltó una risa amarga. Esa noche, los del Infiniti habían salvado la vida a Mary Mallory, pero a cambio estuvieron a punto de matar al detective. Al trote parejo, regresó al sitio donde había escondido el Volvo; estaba en una pista lateral, a doscientos metros, detrás de unos árboles.

Una vez en su vehículo, se alisó el pelo, se puso la elegante chaqueta de mezclilla y anudó la corbata de seda. Luego, sin encender las luces, retrocedió silenciosamente hasta la carretera que llevaba a la autopista. Pero no la utilizaría; iría por la carretera secundaria, cruzando aldeas y ciudades pequeñas.

Encendió las luces largas. Para un trayecto más lento, pero si la policía iniciaba la búsqueda del Infiniti negro, nadie se fijaría en un hombre bien vestido que viajaba en una furgoneta. Después de todo, en el campo había muchos Volvos.

Mal quedó petrificada al oír las precipitadas pisadas por el camino.

—¡Oh, no! —exclamó, helada por el terror—. Oh, no...

Alguien estaba tratando de abrir la puerta principal. *Squeeze* se levantó de un salto y corrió al vestíbulo, ladrando frenéticamente.

Mal apoyó la culata de la escopeta en el hombro. Por la espalda le corría un sudor frío y en su garganta parecía qué había ceniza; si hubiera querido gritar, no habría podido.

Las pisadas se oían ahora ante la puerta de la cocina.

Se levantó con dificultad y apuntó la escopeta hacia la puerta. *Squeeze* entró al galope en el momento en que alguien probaba el tirador.

Mallory cerró los ojos y contó hasta diez. Ahora o nunca. Y no tenía balas.

Harry golpeó la puerta con el hombro. Al segundo intento logró abrirla violentamente. La cocina estaba a oscuras. Buscó el interruptor y se encontró frente a frente con Mal, sosteniendo una escopeta, con el dedo en el gatillo. Tenía los ojos fuertemente cerrados.

—Váyase si no quiere que lo mate —dijo entre dientes.

Harry se echó a reír.

—No dispaes. ¡Por favor, Malone, no dispaes! —rio, con las rodillas flojas de alivio—. ¡Oh, Dios, si pudieras verte!

No podía parar de reír.

Mal abrió los ojos para fulminarlo con una mirada furiosa.

—Ah, estupendo, Harry —dijo, glacial—. Llegas a tiempo para cenar.

Capítulo 40

Tenía un largo corte en la frente; la sangre le goteaba a los ojos.

—¡Oh, Dios mío, ha disparado! —dijo ella.

Harry se llevó una mano a la cabeza; su enorme sonrisa era de alivio.

—No. Pero hace un momento temí que me dispararas tú.

Le sacó la escopeta de las manos entumecidas y la abrió para revisar la recámara.

—Está descargada —dijo, atónito.

Ella asintió. Se sentía idiota.

—No pude encontrar las balas.

—Esto no se carga con balas, sino con cartuchos.

Mal lo miró echando chispas; luego se arrojó contra él, golpeándole el pecho con los puños. Harry le sujetó las manos para llevárselas al cuello, estrechándola con tanta fuerza que la dejó casi sin respiración. Escondió la cabeza en su pelo, llenándola de besos: en el pelo, en el cuello, en las orejas.

—Pensé que te había perdido —murmuró, con la voz quebrada de emoción—. Te puse en peligro y te dejé sola. Pensé que el loco te había encontrado.

—Te juro que estuvo aquí —susurró Mal, aferrándose a él.

—Sí, alguien estuvo —confirmó Harry, ceñudo—. Me crucé con ellos cuando se iban.

Ella se apartó para mirarlo.

—¿Lo viste?

Eso significaba que el asesino había estado realmente allí. Un escalofrío de espanto le corrió por la columna.

Él meneó la cabeza; un hilo de sangre le corría por la cara. Se lo enjugó con aire impaciente, en tanto iba hacia el teléfono.

—No sé quién era, pero reconocí el coche, esta mañana nos siguió desde Boston. Y hace un momento me atropello. Bajaba sin luces por nuestro camino.

Marcó el número de la policía zonal e informó rápidamente lo que había sucedido. Luego llamó a Rossetti. Inmediatamente se transmitió un pedido general de captura contra el Infiniti negro, que sin duda presentaría huellas del impacto con el Jaguar.

Mal se sentó en la misma silla en que, minutos antes, esperaba su fin. Le temblaban las piernas y tenía el corazón tan acelerado como el motor del Jaguar. De pronto recordó que el herido era Harry. Ella estaba perfectamente bien, salvo sus nervios destrozados.

—Pudo haberte matado —dijo, aturdida.

Harry cortó y giró hacia ella, con una enorme sonrisa.

—Lo mío no es nada, pero ha matado mi Jaguar. En este momento es un inútil montón de metal dentro de una zanja.

Ella le examinó tiernamente la herida; luego trajo una toalla y agua limpia para

limpiársela.

—Necesitas unos puntos.

Harry le sujetó una mano para llevársela a la mejilla; luego, a los labios.

—Mira, tú estás bien; yo, también. La única víctima es el coche. Pero tengo que cazar al cretino que hizo esto.

—¿No crees que sea él?

—No parece su estilo. Él acecha, planifica —la miró a los ojos—. Si hubiera querido llegar a ti, Mal, lo habría hecho. Es muy inteligente, créeme —y agregó, encogiéndose de hombros—: Además, el coche no corresponde. Este era un Infiniti negro; no coincide con las descripciones de su vehículo. Es posible que tenga dos autos, pero el Infiniti no concuerda con su perfil psicológico.

El ulular de las sirenas policiales hizo trizas el silencio campestre. De pronto la casa se llenó de inspectores y agentes uniformados.

Pasado un largo rato, después de examinar la casa de arriba abajo, así como el coche caído en la zanja, los llevaron al hospital de la zona. Mientras suturaban a Harry, Mal esperó con ansiedad, bebiendo un café aguado.

Por fin él salió. Le habían rasurado parte del pelo; la sutura se extendía desde la ceja derecha hasta la coronilla. La barba incipiente daba a su rostro un matiz aún más pálido; sus ojos grises tenían un aire fatigado.

Harry se recostó en el patrullero que los llevaba a la granja, con los ojos cerrados. Era evidente que estaba dolorido; Mal le tomó la mano, mirándolo con preocupación. La casa estaba vigilada por dos agentes uniformados, que les dieron las buenas noches al verlos entrar.

Harry se sirvió un *whisky* puro y lo bebió de prisa; era preferible a los calmantes que le habían ofrecido en el hospital. Había sido un día difícil. Le palpitaba la cabeza y el resto de su cuerpo magullado empezaba a doler. Pero lo peor era saber que Mal había corrido peligro por su culpa, que la había dejado sola. No se le había ocurrido pensar que la granja Jordan ya no era un refugio seguro. Aun así estaba seguro de que el conductor del Infiniti no era el asesino en serie. Pero entonces, ¿quién diablos era?

Cuando despertó aún estaba dándole vueltas al asunto. Era de mañana y estaba en la vieja cama de dos plazas, la misma que ocupaba desde niño, con Mal curvada a su lado; percibió la blandura de sus pechos en la espalda y su suave aliento en la piel. Dormía con una larga pierna cruzada sobre las suyas y aferrada a su mano.

Casi valía la pena hacerse romper la cabeza solo para tenerla ahí, actuando como gallina clueca con un polluelo lastimado.

Se volvió para deslizarle un brazo bajo el cuerpo. Ella abrió los ojos; eran tan intensamente azules que él volvió a quedar atónito. Y esas largas pestañas rizadas le daban un aire inocente. Pero cuando ella le inspeccionó la cabeza, un gesto de preocupación reemplazó su expresión sonriente.

—Creo que se han invertido los papeles —comentó él, dándole un beso—. La Mujercita cuida del Hombrón Fuerte. Ándate con cuidado; puedo aficionarme.

—¿No sabes que somos siempre las mujeres las que cuidamos de los hombres? —afirmó ella—. Solo el orgullo masculino os permite pensar lo contrario. Pero será mejor que no te aficiones demasiado, detective. Puedes perder tu dureza machista y verte obligado a admitir que las mujeres somos más fuertes.

Él reía, pero se olvidó de todo cuando Mal lo besó. Deslizó las manos por ese cuerpo suave.

—Seda y satén —susurró, restregándole la nariz en el cuello.

Ella se escurrió entre sus brazos y se levantó, desnuda, desperezándose.

—Los heridos no deben hacer el amor. Pero deben desayunar en la cama.

Él la devoró con los ojos: estupenda en su desnudez, tentadora como la manzana de Eva.

—Eso no es justo —gruñó—. ¿Quién te ha dicho eso?

—Anoche en el hospital —ella se puso una bata camino a la puerta—. Una doctora —anunció por encima del hombro.

—¿Qué importa el dolor, si puedo tener a una mujer como tú en los brazos? —protestó él, cuando ella salió de la ducha.

Mal puso los ojos en blanco. En ese momento sonó el teléfono. Ella esperó con súbita aprensión.

—Buenos días, Profe. ¿Cómo está esa cabeza?

—Es Rossetti —informó Harry a Mal.

Ella hizo un gesto de alivio y bajó a preparar el desayuno.

—Nada bien, hombre —respondió Harry, con aire lúgubre.

—¿De veras? Lo siento. Y con lo que tengo para decirte se va a poner peor. ¿Has visto los periódicos de esta mañana?

—No. ¿Por qué? —De pronto Harry no tenía ningún deseo de enterarse.

—Los periódicos sensacionalistas han publicado un bonito par de fotos donde estás con Malone. Los pies de fotos son todos parecidos: «Mallory Malone en ardiente amorío con policía encargado de los asesinatos en serie». Aparecéis paseando abrazados por la granja... que es «el nido de amor», por supuesto.

Harry lanzó un gruñido.

—Era lo único que nos faltaba.

—El que tomó esas fotos podía ser el conductor del Infiniti negro. Así que retorcí algunos brazos, metafóricamente hablando, y conseguí nombre y dirección. Te alegrará saber, Profe, que los responsables de arruinarte el auto están ahora detenidos por lesiones causadas por conducción temeraria, abandono de la víctima y violación de domicilio, mientras se me ocurre alguna otra cosa.

—Entonces no era el asesino, después de todo —dedujo Harry, aliviado.

—No. Solo esos condenados *paparazzi*. Eso te sucede por salir con los ricos y famosos. Puedes agradecer que no apuntaran las cámaras a la ventana del dormitorio.

Harry echó un vistazo a las ventanas, que esa noche habían dejado inocentemente abiertas y con las cortinas descorridas.

—Tendré que ser más prudente.

—Tú lo has dicho, Profe. Mientras tanto, cuida esa cabeza. Y a la señorita Malone, que hizo un trabajo estupendo. Las llamadas telefónicas han disminuido. Desde las dos llamadas falsas de ayer no hemos recibido ninguna importante.

Harry no había vuelto a pensar en los dos hombres detenidos el día anterior. Le había bastado verlos para saber que ninguno de ellos era el asesino. El primero solo buscaba un momento de gloria en televisión; el otro era un perverso cuya manía por las obscenidades ginecológicas lo enviaría al manicomio. El asesino de Suzie Walker aún estaba en libertad.

Después de asegurar a Rossetti que en un par de horas estaría con él, bajó para dar la noticia a Mal.

Ella estaba en la cocina, preparando huevos revueltos.

—Tenías órdenes de quedarte en cama —dijo.

—Hay novedades.

Mal dejó la cuchara de madera, con una mezcla de miedo y esperanza en los ojos. Él se apresuró a explicar:

—No, no han detenido al asesino. Pero sabemos que el de anoche no era él. Eran unos *paparazzi*.

—¿Periodismo barato?

—Temo que sí. Rossetti vio las fotos que se publicaron. Nada demasiado grave. Tú y yo abrazados. Y la Granja Jordan como «nido de amor».

Solo entonces comprendió Mal lo que eso significaba.

—¿O sea que lo de anoche fue obra de fotógrafos sensacionalistas?

—Así es, Malone.

—¡Pero pudieron matarte con ese auto! ¿Cómo se atreven? —Arrojó la cuchara y empezó a pasearse por la cocina, cruzada de brazos y con los labios apretados—. ¿Tan bajo han caído que están dispuestos a matar por una foto de mal gusto? ¡Dios mío!

—Al menos, no era el asesino.

Ella dejó de pasearse.

—No, es cierto —reconoció, aterida al recordar el susto de la noche anterior.

—No tienes por qué preocuparte. Solo por los titulares que divulgan a gritos tu vida privada.

Ella le dedicó una sonrisa deslumbrante, aturdida por el alivio.

—¡Al diablo con mi vida privada! Valió la pena, detective.

—Espero que sigas pensando lo mismo cuando te diga que debo regresar a la ciudad.

—¿Ahora mismo?

—Bueno, después de comer esos huevos revueltos.

—¡Uy; los huevos! —Sacó la sartén de la hornalla. Era una horrible masa solidificada.

—Menos mal que he traído panecillos —comentó él—. Y bollitos. Bastará con que prepares el café, Malone.

—Y después nos iremos —suspiró ella, sombría.

—Así es la vida del policía, como le digo siempre a *Squeeze* —observó Harry. Pero le dio un beso antes de subir a darse una ducha.

Dos horas después se despedían en el aeropuerto. Él paseó una mirada por el salón, lleno de desconocidos que los miraban con curiosidad; decidió mandar todo al diablo y besarla sin más.

—Ya lo leyeron en los diarios —le susurró al oído—. Ahora saben que es verdad. Te llamaré esta noche.

—No me quejaré —prometió ella—. Así es la vida del policía.

—Pero no siempre.

Harry se alejó de prisa. Ella lo siguió con la vista, sabiendo que ya había vuelto a concentrarse en el asesino. El corazón le dio un vuelco al ver que él se volvía a saludarla con la mano. Luego desapareció tras una esquina.

Mallory sonreía al subir a su avión. Y también más tarde, cuando al llegar a su apartamento escuchó su mensaje en el contestador.

—Aquí el herido ambulante, llamando para asegurarse de que has llegado sana y salva, Malone. Lamento lo de este fin de semana y lo de esas fotos... aunque no estás tan mal. Me ocuparé de que la próxima vez aparezcas más favorecida. Te llamaré más tarde.

Apenas tuvo tiempo de quitarse los zapatos antes de que sonara el teléfono. Era Beth Hardy.

—Conque tú y el Apuesto Detective estáis en primera plana. Y en un nido de amor, nada menos.

—Esto se pondrá peor. —Mal le explicó rápidamente lo sucedido la noche anterior—. Es probable que sigamos en primera plana y supongo que habrá más fotografías. Pero no en el «nido de amor», porque el Apuesto Detective ha vuelto al trabajo. Y ya conoces el viejo refrán.

—¿Ojos que no ven, corazón que no siente? Lo dudo mucho. El jueves, después del programa, el A. D. estuvo sumamente atento. Si quieres un consejo, sigue la corriente. Si alguien dice cosas feas de ti y de Jordan, ha de ser por celos, simplemente. Hasta mañana, querida.

Mientras Mal se quitaba las medias volvió a sonar el teléfono.

—Me gustaría estar aún contigo en el nido de amor —dijo Harry.

Mal sintió de nuevo ese pequeño estremecimiento en el corazón. Se dejó caer en la cama, sonriente.

—Oh, claro —dijo—. Puedes invitar a los *paparazzi*, y entonces podemos repetir algunas escenas para ellos.

Lo oyó suspirar.

—Quizá valiera la pena —dijo él, apenado—. Unos cuantos puntos de sutura, un Jaguar clásico arruinado, escopetas, notoriedad... ¿Qué más puede pedir uno cuando pasa un bonito fin de semana con su mujer?

—¿Con su mujer, detective? ¿No está usted siendo un tanto presuntuoso? ¿Por un par de cenas, una fiesta y algunos abrazos aquí y allá?

—No es gran cosa, ¿verdad? —Su voz sonaba lúgubre. De pronto rio—. No sé por qué me he molestado en llamar, Malone. Veo que estás nuevamente en forma.

—Me alegro de que llamas —reconoció ella, en un tono que era como una caricia.

—Yo también. Cuídate, Malone. Te llamaré mañana.

La línea quedó muerta. Ella retuvo el auricular contra el oído, sin decidirse a colgar. Por mucho que riñeran, la vida parecía más vacía cuando no estaba con él.

Se dio una ducha y salió en bata, súbitamente agotada. Entonces recordó que apenas había dormido un par de horas. Se preparó una infusión, bostezando, y entró en el estudio para ver el resto de sus mensajes. Había otro sobre esperando en el escritorio.

Lo abrió mientras sorbía su infusión de bayas silvestres. El mensaje tenía una sola línea. Decía: BIENVENIDA A CASA, MARY MALLORY.

La infusión se volcó, quemándole la mano temblorosa. Ella apenas lo sintió. Se dejó caer en la silla, contemplando como hipnotizada esa endeble hoja de papel. Un escalofrío le corrió por la espalda, erizándole la piel.

La nota no era de Harry. No era de los *paparazzi*.

Solo una persona, aparte de Harry, conocía su verdadero nombre.

Capítulo 41

El hombre estaba en su jardín, ocupándose de las rosas. Algunas estaban ya en flor: exquisitos pimpollos apretados, en intensos tonos de borgoña y carmesí. Tan perfectos como debían ser las rosas: controlados en su belleza, a diferencia de las desmañadas *Centifolia* y las rebeldes trepadoras, que él detestaba. Las examinó con cuidado, una por una, y frunció el entrecejo al ver racimos de pulgones que chupaban la savia de sus plantas, alimentadas con tanto esmero.

Corrió a la cochera, donde guardaba los elementos de jardinería, y mezcló sin pérdida de tiempo los elementos. Luego roció hoja a hoja, rosal a rosal, cantero a cantero, meticulosamente. Una vez seguro de haber aniquilado a todos los áfilos, volvió a la casa y, tras echar llave a las puertas, se lavó cuidadosamente las manos.

Echó un vistazo a su reloj. Eran las siete de la tarde. Se preguntó si Mary Mallory Malone habría llegado ya a su casa. Sonrió al imaginar su cara cuando encontrara el mensaje de bienvenida. Había sido un golpe maestro, ese de averiguar su dirección y su número telefónico. En realidad lo asombraba que hubiera resultado tan sencillo. A veces se deslumbraba a sí mismo.

Se puso una camisa limpia y una chaqueta fina. Ya peinado, se estudió en el espejo. Sacó un paño del cajón para lustrar los Gucci negros y, ya satisfecho de su imaculado aspecto, subió al Volvo para ir al restaurante donde cenaba los domingos.

Era un lugar tranquilo. Le dieron su mesa favorita, cerca de la ventana, y él pidió lo de costumbre: pollo asado con puré de patatas. En esa oportunidad pidió media botella de vino en vez de la única copa que solía beber. Después de todo, según pensó mientras desplegaba el periódico para ver la foto de Mary Mallory y su detective en el nido de amor, esa noche tenía mucho que celebrar. No sabían quién era él y no lo descubrirían jamás. Nuevamente llevaba las de ganar... y esta vez planeaba disfrutarlo.

Antes de declarar la guerra a la señorita Malone jugaría un poco con sus nervios. Quería sacudirla un poco. Como en el fin de semana, por ejemplo. Esos malditos fotógrafos se habían portado como unos estúpidos. ¡Huir de ese modo, con las luces apagadas como los espías rusos, cuando lo que deberían haber hecho era encender las luces largas! De ese modo habrían cegado a Jordan de tal modo que él no habría podido ver el auto (ni nada más) al menos durante un minuto. Y entonces ellos ya habrían desaparecido.

Probó apreciativamente el vino. Esa noche le encontraba un sabor especial. Luego fue al teléfono público de la entrada y marcó el número de ella. Atendió de inmediato, lo cual le hizo sonreír. Sabía reconocer el miedo en la voz de las mujeres. Al fin y al cabo lo había oído muchas veces.

Cortó y volvió a su mesa. Dedicó un par de minutos a conversar amablemente con el camarero y luego comió sin prisa. Por fin pidió el pastel de manzana con helado de vainilla, que disfrutó bocado a bocado. Después de pagar la cuenta, cruzó

tranquilamente la ciudad hacia su pequeño apartamento de Cambridge. Eso de tener dos domicilios le convenía. A menudo usaba ese apartamento cuando debía presentarse temprano a trabajar. Además, uno nunca sabía cuándo podía serle útil por otros motivos.

Harry, sentado en su oficina, escuchaba las últimas palabras de Suzie Walker una y otra vez. A esa altura las conocía de memoria. Y no podía dejar de preguntarse la razón de que ella dijera: «¿Qué hace aquí?».

La pasó otra vez, atento a la segunda palabra. El énfasis era casi imperceptible. Y la voz sonaba tan ahogada que no se entendía si era «hace» o «haces». Pero existía la posibilidad de que Suzie reconociera al asesino.

Pensó en lo que había dicho la hermana: que era obra de su amigo. El joven interno había sido interrogado. Su aspecto físico casi concordaba: era bajo, fornido y moreno, pero demasiado joven para haber encanecido. Además, tenía una coartada muy sólida: había estado de guardia en el hospital Beth Israel, a la vista de dos colegas suyos durante toda la noche. Conque el interno, decididamente, estaba libre de sospechas.

Por otra parte, las evidencias coincidían demasiado como para atribuir todo a una simple coincidencia. Harry tenía la convicción de que el asesinato correspondía a la serie. Pero si Suzie había reconocido a su atacante, eso reducía considerablemente las posibilidades: familiares, amigos, compañeros de trabajo. Podía ser el empleado de la gasolinera donde llenaba el tanque, un cliente del bar que frecuentaba, un conocido de algún club o de una tienda.

Suspiró, pensando en la cantidad de trabajo que eso demandaría. Luego habló con Rossetti, llamó al jefe a su casa y obtuvo autorización para poner más hombres a investigar las relaciones, íntimas o pasajeras, de Suzie Walker.

Estudió otra vez el retrato robot. Con dos trozos de papel cubrió la parte de arriba y la de abajo, dejando a la vista los ojos. El dibujante había hecho un buen trabajo cuando captó esa mirada amenazadora. Solo había imaginar el terror de las pobres muchachas que la habían enfrentado.

Consultó su reloj, por si ya fuera hora de llamar otra vez a Mal, pero eran las once y media; probablemente estaba durmiendo. Se conformó con pedir su historia al ordenador.

Releyó los sencillos datos: fecha de nacimiento, dirección, estudios y experiencia laboral. Mentalmente iba llenando los blancos con los trágicos acontecimientos que conocía. De pronto se quedó mirando la pantalla, desconcertado.

Por lo que sabía, Mal había estudiado en la Washington State de Seattle; eso era lo que decía su expediente. Pero las fechas no encajaban. Decidió consultar al día siguiente con la universidad, para averiguar por qué Mal había tardado cinco años, uno más de lo normal, en completar sus estudios. Y luego se preguntó exactamente

dónde habría estado en ese año perdido.

Mal no dormía: se paseaba de un lado a otro, esforzándose por entender qué estaba pasando. Probablemente eran tonterías suyas. Obviamente, alguien le estaba jugando una mala pasada.

Pero no pudo dormir.

Nueva York amaneció calurosa y húmeda. Demasiado cansada como para ir al gimnasio, Mal salió de su casa a pie, rumbo a la oficina. Mientras esperaba que cambiara la luz del semáforo se pasó una mano impaciente por el pelo; ya lo tenía pegajoso; se arrepintió de haber decidido caminar. De pronto tenía la inquietante sensación de que la observaban. Sentía un cosquilleo en la nuca. Giró en redondo, furiosa. Atrás había cinco o seis personas de aspecto inocuo, todas con los ojos pegados al semáforo, rogando que el tránsito les diera tiempo para cruzar.

«¡Tonta!», se reprendió, enfadada. Pero no era la granja Jordan. Allí no estaba sola y nadie la seguía. Aun así, mientras apretaba el paso por la avenida Madison giró varias veces la cabeza. Fue un alivio entrar finalmente en su oficina.

—¿Has visto los periódicos? —La saludó Beth, muy sonriente—. El Apuesto Detective y Mallory Malone están por todas partes, esos fotógrafos encontraron una mina de oro. Menos mal que el mencionado Apuesto volvió a Boston antes de que fotografieran cosas más comprometidas.

Mal le arrebató el periódico y leyó el pie de la foto donde aparecían pescando junto al arroyo: «Idilio campestre para Mallory Malone y romántico policía de Boston». Lo arrojó de inmediato, asqueada, imaginando a los fotógrafos con sus teleobjetivos, invadiendo su intimidad.

—Al menos terminaron en la cárcel —dijo, irritada—. Pero por culpa de ellos Harry tiene diecinueve puntos en la cabeza.

—Han arruinado su belleza, ¿eh? —suspiró Beth—. Qué va, eso es imposible. Pero ¿cómo va la cosa entre tú y él?

La miraba con aire expectante, retorciéndose un mechón de pelo oscuro. Mal reflexionó, malhumorada.

—Combativa, diría yo —decidió—. Y... bueno, divertida.

—Y apasionada —concluyó Beth. Rio al ver su cara de sorpresa—. Lo llevas escrito en la cara, querida. Estás radiante. Y agotada.

—Estoy agotada porque anoche no dormí —confesó Mal. Y le contó lo de la nota de bienvenida.

—Ha de ser algún bromista —aseguró Beth, con calma—. Esa prensa amarilla es tan hábil como nosotros a la hora de averiguar direcciones y números telefónicos. En este mismo instante han de estar escarbando en tu pasado en busca de algo sucio.

Mal parecía aprensiva.

—¿Te parece que pueden estar investigando mi pasado?

—El tuyo y el de Harry Jordan, no lo dudes. Esto es solo un disparo de advertencia.

Era de esperar que Beth se equivocara. Mal se encerró en el despacho para llamar a Harry. No estaba en la comisaría, por supuesto, pero le dejó un mensaje para que se comunicara con ella. Luego trató de concentrarse en el trabajo de esa semana.

Harry detuvo el *jeep* ante el Hospital General y subió corriendo la escalinata. En las puertas de vaivén se cruzó con el doctor Waxman, quien lo miró con sobresalto y volvió sobre sus pasos.

—¿Qué diablos le pasó, detective? —Se acercó un poco más para examinarle la herida—. ¿Ha venido por algún asunto policial o necesita de mis servicios?

—Esta vez no, doctor. Gracias. Solo ha sido un pequeño accidente con el coche. No hay fracturas y mi cerebro parece intacto.

—No se preocupe por el pelo. Crecerá pronto —le aseguró el médico, muy sonriente. Sin darse cuenta, se alisó con la mano los negros mechones—. A propósito: esta mañana vi su foto en el periódico.

—No me extraña —replicó Harry, ceñudo, y el médico rio.

Al bajar la vista, Harry reparó en sus zapatos: eran Gucci negros, sin cordones. Un estremecimiento de advertencia le corrió por la espalda.

—Bonitos zapatos, doctor —comentó como al desgaire.

—Cuestan lo suyo, pero son cómodos —dijo Waxman—. Cuando uno pasa tantas horas de pie, estar cómodo es muy importante.

Harry lo tomó de un brazo antes de que pudiera alejarse.

—Justamente quería hablar con usted, doctor Waxman —dijo—. Sobre Suzie Walker. Necesito saber con quiénes trabajaba. Quiénes eran sus colegas, sus amigos. Quiénes la conocían.

El médico enarcó las cejas.

—¡No me diga que su sospechoso es uno de nosotros! ¿De aquí, del hospital?

—Estamos investigando a todos los que hayan tenido contacto con ella. Es un procedimiento de rutina, doctor. No hay por qué alarmarse.

A Waxman se le nublaron los ojos.

—Caramba, acabaremos sospechando unos de otros, si usted empieza a interrogarnos.

—Por eso recorro primero a usted, que trabajó con ella. La conoció mejor que los otros médicos.

—Bueno, supongo que sí. Aunque también estuvo un tiempo en Obstetricia, con el doctor Andrews. Y con Starewski en Neurología. En realidad, Harry, casi todos debían de conocerla. Me está planteando una pregunta muy difícil. Y estoy seguro de que cualquier otro tendría el mismo problema. Un hospital es un mundo en pequeño, ¿sabe?

Harry dejó escapar un suspiro, sabiendo que Waxman tenía razón.

—Bueno, avísame si recuerda a alguien en especial, si tiene alguna corazonada. El médico asintió.

—Cuenta conmigo —dijo, mientras se alejaba.

Esa mañana no había comentarios ostensibles entre las enfermeras de la recepción. Pastaban silenciosas, aún afectadas por el horror del asesinato y preocupadas por su propia seguridad. Al plantearles la misma pregunta que al doctor Waxman, recibió una respuesta bastante parecida.

—Espero que esa herida suya no tenga nada que ver con esto —dijo una.

—No, ha sido una cuestión personal —aseguró Harry, molesto. Con esa línea de puntos dividiéndole la frente y esa calva parcial, parecía escapado del laboratorio de Frankenstein.

—Vaya cuestión personal, hombre —murmuró la enfermera.

En el pasillo se encontró con Rossetti.

—A veces tengo la sensación de que vivo aquí —dijo este, sombrío—. Sin embargo, me parece que tú ya te mimetizas con el ambiente, Profe.

El doctor Blake apareció en el recodo, caminando de prisa.

—Buenos días, caballeros —dijo al pasar. De pronto se detuvo y, acomodándose las gafas, observó a Harry con atención—. ¿Qué demonios le ha pasado, detective?

—Fue solo un encontronazo con los *paparazzi*. Puede enterarse leyendo los periódicos amarillos.

Blake se aproximó para examinarle la herida.

—Nunca los leo. Se ocupan de gente a la que no conozco. Al menos hasta hoy. Pero esa sutura no está nada mal. ¿Se la hicieron aquí?

—En el campo, doctor.

—Yo no lo habría hecho mejor. Pero con una herida así debería tomarse una licencia, hombre. Si yo fuera su médico le recomendaría un descanso.

—Imposible. Mientras no resolvamos este caso me tienen atado al yugo. En las próximas semanas apenas si tendré tiempo para pasear al perro.

—Lástima —dijo Blake, sonriendo. Y se alejó a paso rápido.

—Oye, Profe —observó Rossetti—, ¿notaste que Blake usa zapatos de Gucci?

—Sí. Igual que el doctor Waxman. Y probablemente otros diez o doce médicos. Supongo que eso elimina a los internos y a cualquier hombre que no pueda pagarlos.

—A menos que esté obsesionado con los símbolos de posición económica —observó Rossetti—. Por ejemplo: un interno al que le gustaría comprarse una Ferrari, pero se conforma con un par de zapatos finos para sentirse distinguido.

—Tal vez tengas razón —admitió Harry—. Mientras tanto, haz investigar a todos los médicos de este hospital. Quiero saber quiénes son, de dónde vienen, dónde trabajaron antes, si son casados y qué tipo de vida hogareña llevan.

Al regresar a su oficina recibió el mensaje de Mal sobre la nota de bienvenida. Debía de ser cosa del periodismo barato; eran expertos en conseguir información.

Llamó a Mal a su despacho. Ella atendió inmediatamente, como si hubiera estado esperando.

—Hola, Scarface —saludó con picardía.

Pero él detectó su nerviosismo.

—Puedo decir que me hirieron en un duelo.

—¿Cómo Errol Flynn?

Él suspiró:

—Primero, Bogart y Scarface. Ahora, Flynn. En este momento, con media cabeza pelada, me parezco más a Bruce Willis.

—Eso no es tan grave —adujo ella.

—A *Squeeze* le cuesta reconocerme.

—Hasta a mí me cuesta. Pero eso es porque desapareces cada vez que te veo.

—Mi madre me advirtió que esta profesión sería mi ruina.

—Y tu madre tenía razón. Además —agregó ella, melancólica—, creo que te echo de menos.

—¿En serio, Malone? ¿Echas de menos mi fuerte presencia masculina?

—Sí.

Él esperaba algo más, pero solo hubo silencio.

—En cuanto a lo de esa nota de bienvenida —dijo—, ha de ser de los periódicos sensacionalistas.

—¿Te parece que pueden haberse atrevido, después de lo que pasó?

Harry no estaba convencido, pero quería tranquilizarla, borrar ese temblor de nerviosismo de su voz.

—Ellos saben cómo averiguar números telefónicos no registrados, direcciones y cosas sucias en la vida de la gente.

De pronto Mallory tomó una decisión. Eso no podía continuar. Debía decírselo.

—Necesito verte, Harry.

Él comprendió que no era una broma. No hizo preguntas.

—De acuerdo. Iré en cuanto pueda.

—Mi caballero de reluciente armadura —musitó ella.

—Espero no desilusionarte. Llegaré a eso de las siete.

—Te espero —respondió ella, en voz baja.

Lo esperó sentada en el bonito jardín en terraza, contemplando el horizonte de Manhattan: las torres y las cúpulas que había conquistado Mallory Malone. Pero aún no había terminado con Mary Mallory, su pasado. Y por la convicción que ahora tenía era preciso que dijera la verdad a Harry.

Él fue puntual. Entró en su apartamento y en su corazón al dar las siete. Se

miraron desde un extremo a otro de la habitación. Él echó una mirada triste a sus tejanos y su vieja chaqueta de cuero.

—He aquí vuestro caballero, aunque con la armadura algo herrumbrada, señora.

—Oh, Harry —exclamó ella, mirándolo a los ojos. Le encantaban sus tonterías. Habría querido reír, pero la risa se le atascó en la garganta.

Al ver su angustia, él le pasó un brazo afectuoso sobre los hombros.

—¿Qué pasa, Mal? Vamos, sabes que puedes contarme lo que sea.

Ella se tragó el pánico.

—Es importante, Harry. Mira, ahora creo saber quién es ese hombre.

Harry aspiró hondo. Siempre había sospechado que Mal sabía más de lo que decía, pero no tanto. Viendo el pánico en su cara, ciñó el brazo a su alrededor para tranquilizarla.

—Bien —dijo en voz baja—. Respira profundamente, Malone, y comienza por el principio.

—No quería contártelo —explicó ella—. Es cosa del pasado y no me pareció que se relacionara con los asesinatos. Con nosotros. Pero ahora sé que es así. Es una corazonada.

—Bueno, Mal, te escucho.

Se sentó junto a ella y le tomó la mano.

Capítulo 42

Mary Mallory lo conoció a los dieciocho años. Nunca había tenido novio ni alguien con quien coquetear o besuquearse. Era virgen.

El café donde trabajaba como camarera, seis noches por semana, era un establecimiento sencillo, frecuentado por oficinistas y por los empleados de un hospital cercano, en procura de comida barata. Él era uno de los clientes habituales. En lo posible, ocupaba una de las mesas que atendía ella; después de unas cuantas visitas comenzaron a sonreírse y a intercambiar algunas frases. A ella le caía bien, pues la miraba a los ojos en vez de ignorarla y la trataba, no como a una camarera acosada, sino como a una persona.

En un principio supuso que era militar, por lo corto de su pelo, pero luego se dio cuenta de que no podía serlo, pues también usaba una barba pequeña y pulcra. Además era miope, como ella; se ponía gafas de grueso marco negro para leer los libros o las revistas que llevaba consigo.

Pollo con puré de patatas, salsa de carne y bizcochos: esa era su comida favorita; siempre dejaba el plato limpio. Ella sonreía. Con toda seguridad, cuando era niño la madre lo amenazaba con dejarlo sin helado si no comía los brócoli. Y de algún modo, eso le inspiraba cierta ternura.

Una noche, cuando el hombre llevaba varias semanas frecuentando la cafetería, ella se acercó para tomar su pedido, como de costumbre. Él puso un marcador en el libro y le preguntó, sonriendo, cómo se llamaba. Tenía una bonita dentadura, blanca y pareja, y su expresión era cordial. Ella quedó tan sorprendida que barbotó, sin siquiera pensarlo:

—Mary Mallory Malone —luego añadió, abochornada—: Pero ahora me llaman siempre Mary.

—Me gusta Mary Mallory —comentó él—. Es diferente.

Luego le preguntó si trabajaba allí durante todo el día.

—Oh, no. En realidad, estudio —respondió ella, con una sonrisa tímida.

—Pero trabajas muchas horas —señaló él, sorprendido—. ¿De dónde sacas tiempo para estudiar?

—Generalmente, por la noche —confesó ella—. Me gusta estudiar por la noche. Hay silencio y nadie me molesta.

De inmediato enrojeció. Nadie la molestaba nunca. Pero allí estaba, conversando como una persona normal.

—Te comprendo —dijo él, muy serio—. Yo también trabajaba mucho mientras estudiaba medicina. Ahora estoy haciendo el internado en el hospital, pero te aseguro que no me resulta más fácil —le mostró el texto de medicina que traía consigo—. No puedo abandonarme. Tengo que seguir estudiando para llegar donde quiero.

Ella se preguntó adonde querría llegar, pero como la timidez le impedía interrogarlo, tomó su pedido. Y el hombre volvió a su libro.

Al salir la saludó levantando una mano. Mary descubrió que le había dejado una buena propina. Limpió la mesa con una sonrisa, pensando con sorpresa que había mantenido toda una conversación. Con un hombre.

A la noche siguiente se lavó el pelo largo y lacio y lo recogió hacia atrás con una cinta. Se puso la camiseta azul y esa falda multicolor de aspecto hindú que había comprado por un par de dólares en una tienda de ropa usada. Cada vez que sonaba la campanilla colgada de la puerta, levantaba la vista llena de expectación. Pero esa noche él no apareció. Tampoco a la siguiente. Como pasó toda una semana sin que él apareciera, Mary se resignó a pensar que habría descubierto otro lugar con mejor comida y mejores camareras.

Inesperadamente, él volvió un sábado por la noche. La cafetería estaba de bote en bote, pero ella prometió darle su mesa favorita, la del rincón, en cuanto estuviera libre. Mientras tanto él pidió una copa de vino tinto.

—¿Cómo estás, Mary Mallory? —le preguntó, cuando por fin consiguió sentarse.

—Muy bien, gracias —sonrió ella, con la libreta preparada—. ¿Y usted? Hace varios días que no lo vemos.

—Problemas de familia —él se encogió de hombros—. Debí volver a casa por algunos días.

No le dijo dónde estaba su casa y ella tampoco se lo preguntó. Después de pedir el pollo, el hombre dijo:

—No soporto la comida que sirven en la cantina del hospital. Extraño la cocina de mi madre; el pollo y los bizcochos de aquí son como un viaje de nostalgia.

—El viaje a casa le habrá hecho bien, entonces —comentó ella. Al ver que él la miraba con desconcierto, explicó—: Por la cocina de su madre.

El hombre asintió con la cabeza.

—Oh, claro. Supongo que ya sabes qué comeré.

Mary anotó pollo y bizcochos. Cuando le mostró la página, él rio.

—Has acertado.

Al terminar de comer le preguntó qué estaba estudiando.

—Periodismo y ciencias de la comunicación. Para ser yo quien haga las preguntas, en vez de tener que responderlas.

—Buena observación, Mary Mallory —aprobó él.

Descubrió que esperaba sus visitas, deseosa de atenderlo, con la sonrisa ya pronta. Después de todo, conversar un poquito no era tan difícil.

Una noche él llegó tarde. Fue el último en abandonar la cafetería. Al pagar la cuenta le dijo:

—Esta noche no llevo prisa. Si quieres, puedo llevarte a tu casa.

Súbitamente nerviosa, corrió al tocador de señoras para mirarse al espejo. Se peinó, se acomodó la falda y se aplicó un toque de lápiz de labios. Lástima, no tener un poco de perfume; era de esperar que los vapores de la cocina no se le habrían adherido a la ropa. Luego tomó aliento y salió a la calle, donde él la estaba esperando.

El coche era un descapotable BMW flamante. Él le abrió la portezuela, haciéndola sentir como una princesa. Luego oprimió un botón y la capota descendió suavemente. Encendió la radio. Hacía un poco de frío, pero a ella le gustó que el viento le echara atrás el pelo, mientras iban hacia la casita húmeda que compartía con otras estudiantes. La suave música de la radio creaba un mundo pequeño e íntimo que los envolvía. Soñadora, reclinó la cabeza contra el respaldo de fino cuero. Le habría gustado que ese paseo no acabara nunca.

—Debe de ser aquí —dijo él, entrecerrando los ojos para observar la ruinosa vivienda.

La lámpara de la calle arrojaba una luz impiadosa sobre los desbordantes cubos de basura y las bicicletas oxidadas; un perro se detuvo a olfatear y levantó una pata contra la rueda del BMW.

—¡Perro de porquería! —gritó él, furioso—. ¡Lárgate de aquí, asqueroso! —Se volvió hacia ella con una mirada llena de ira—. A estos animales habría que exterminarlos. No hacen más que propagar enfermedades.

Esa cólera la sorprendió, sobre todo porque conocía al perro. Pertenecía a un vecino y era una bestia amistosa, que a veces iba a sentarse en su porche. De cualquier modo, era una desgracia que el perro eligiera ese auto flamante para levantar la pata.

—Lo siento —dijo—. Este vecindario es así.

Él se encogió de hombros.

—Lo llevaré al lavadero —y entonces le deslizó un brazo por los hombros.

Mary Mallory lo miró con los ojos dilatados por la sorpresa, conteniendo el aliento. Él la acercó para besarla en la boca.

Era su primer beso, tan inesperado que la estremeció. Llevaba tantos años reprimiendo sus emociones que se sintió como un volcán a punto de entrar en erupción.

El hombre la soltó y se estiró junto a ella para abrirla la portezuela.

—Hasta la semana que viene —dijo.

Mary bajó del coche, le dio apresuradamente las buenas noches y agitó la mano, inmóvil en la acera frente a la casa. Luego se llevó la mano a los labios, sintiendo todavía la impresión del beso; era a la vez un desencanto y un alivio que no durara más.

De cualquier modo, por fin la habían besado. Estaba en la gloria. Ahora era como las otras chicas: sabía cómo eran las cosas. Solo más tarde, mientras analizaba cada instante de lo sucedido, cayó en la cuenta de que él no la había invitado a salir. Al fin y al cabo, había sido un simple beso de amigo, no un beso de novio.

Pocos días después, cuando él entró en el café, ella lo miró a través de sus gruesas gafas, cargada de expectativa. Él le dirigió una gran sonrisa.

—Hola, ¿cómo estás, Mary Mallory?

Fue ese «Mary Mallory» del final lo que dio al saludo un significado especial,

íntimo. Con un escalofrío de entusiasmo, se apresuró a llevarle la comida de costumbre. Él se demoró con una copa de vino hasta que se hizo la hora de cerrar. Entonces la miró, proponiendo:

—¿Te llevo a tu casa?

Mary asintió, radiante, y corrió a pintarse los labios. Como llovía, esa noche él no bajó la capota, pero encendió la radio y una música sinfónica llenaba el espacio. Se deslizaron suavemente por la noche mojada, mientras ella se decía que así debía de sentirse la gente rica. La gente feliz.

Cuando él volvió a despedirse con un beso, lo hizo con labios duros, pero sin meterle la lengua en la boca, como contaban las chicas. Ella se aferró al hombre. Nunca la habían abrazado así, ni siquiera sus padres. Estaba sedienta de cariño, de aprobación, de identidad, y de pronto ese hombre se lo daba todo. Al estrecharla, al besarla, le estaba diciendo: «Eres alguien, Mary Mallory; eres una chica bonita, dulce, inteligente, y me gustas». En su imaginación, esos brazos ceñidos significaban que era amada.

Volvió a alzar la mano en un gesto de despedida, pero él partió sin devolvérselo. Probablemente no la había visto, con tanta oscuridad y tanta lluvia. Pero a la noche siguiente volvió a la cafetería. Y una vez más esperó para llevarla a su casa.

La noche era fría y brumosa. Mary Mallory, temblando bajo su liviana falda hindú, cruzó corriendo la calle hacia donde él la esperaba. Pero el interior del coche estaba caldeado y ya se oía la música de la radio.

—Sube —ordenó él, con un toque de impaciencia.

—Perdón —se apresuró a instalarse en el asiento.

El hombre echó un vistazo al aparcamiento. Aparte de su coche había tres o cuatro más, pero no se veía a nadie. Manióbró de prisa y partió calle abajo a alta velocidad.

Quince minutos después Mary Mallory cayó en la cuenta de que no iban rumbo a su casa. En su satisfacción por estar con él, envuelta por la tibieza del auto y por la música suave, había cerrado los ojos, imaginando que estaban casados y que volvían de alguna fiesta.

—¿Adónde vamos? —le preguntó, sonriendo.

Él se encogió de hombros.

—Pensé que podríamos ir a algún lugar tranquilo, donde podamos conversar. Donde no haya cubos de basura ni meadas de perro.

—No es muy bonito, lo sé —musitó ella, avergonzada.

Él volvió a encogerse de hombros, concentrado en el volante.

Iban por una carretera tranquila, bordeada de árboles. De pronto el hombre aplicó el freno de mano y se apoyó en el asiento, con la vista fija hacia adelante. Frente a ellos solo se extendía la carretera desierta: ni casas, ni luces ni otros autos.

Se volvió a mirarla y Mary Mallory le sonrió. Él le quitó las gafas; luego la rodeó con los brazos. La chica suspiró, reclinándose contra él, y alzó la cara, lista para el

beso. Con los ojos cerrados, sintió las manos del hombre en su largo pelo. De pronto él tiró con fuerza, torciéndole bruscamente la cabeza hacia atrás; cada uno de sus cabellos disparó estrellas fugaces de dolor. Mary temió que le hubiera fracturado el cuello. Lo miró con ojos redondos de miedo. En la mano izquierda relumbraba un cuchillo.

—No grites —dijo él con frialdad, apoyándole el cuchillo en el cuello.

Mary Mallory sintió un ramalazo de pánico, calor, temblores.

—No —susurró—. No...

Al ver que dejaba el cuchillo en el tablero se aflojó, aliviada. Pero su cabeza volvió a saltar hacia atrás con una bofetada en plena cara. Luego, otra.

—¡No! —aulló.

El hombre la miraba a los ojos. Jadeó por el dolor, enloquecida de terror. Entonces él comenzó a golpearla con los puños, una y otra vez, hasta sumergirla en un mar de dolor.

Mary Mallory comprendió que iba a morir; para eso la había llevado hasta allí. Ahora le metía las manos bajo la falda. Pataleó con fuerza, pero él volvió a sujetarla por el pelo, arrancándole otro grito.

Otra vez el cuchillo le tocó el cuello.

—Cállate —ordenó esa voz extraña, inexpresiva, fría y quebradiza como astillas de hielo.

Se sintió caer en un agujero negro en el que no había salida. Aquello le estaba empañando los límites del campo visual, le nublabla el cerebro... Tenía que dominarse, tenía que resistir. Levantó la rodilla para clavársela en la entrepierna, pero el hombre era demasiado veloz. Con una mirada amenazante, le hizo un rápido tajo en el cuello. Entonces Mary cayó en ese fosó sin fondo.

Cuando emergió a manotazos de esas profundidades aún lo tenía sobre ella. Algo pegajoso mojaba su vientre y sus muslos; pensó que la había cortado con el cuchillo. Luego, al descubrir que estaba semidesnudo, comprendió lo que había hecho.

«Es el fin —se dijo—. Ahora va a matarme». Vio que tomaba otra vez el cuchillo y acercaba la cara a la de ella, mirándola con fijeza, como si estuviera memorizando sus facciones. A la débil luz del tablero, sus ojos eran esferas oscuras y malignas, que se clavaban en ella, penetrando hasta el alma tal como había penetrando en su cuerpo. Le rozó el cuello con la hoja, como probando el filo.

El grito no surgía; lo tenía encerrado adentro, atascado en la garganta. Como desde muy lejos creyó oír el gemido de una sirena. Aun cuando fuera un patrullero, llegaría demasiado tarde.

—Hijos de puta —bramó él, apartándose.

A la distancia destellaba una luz azul. El hombre se apresuró a poner el motor en marcha y pisó el acelerador. Salieron disparados por la carretera, alejándose de los destellos azules.

Y Mary Mallory comprendió que estaba nuevamente sola con un loco. Se

incorporó, sujetando la blusa sobre sus pechos, y se bajó la falda. No se atrevía a mirarlo. Volvió la vista hacia la ventanilla, pensando saltar, pero iban a demasiada velocidad. Puso la mano en el tirador. Si saltaba se mataría, pero ya nada importaba.

De pronto se encontraron nuevamente en territorio conocido: su propia calle. En su corazón de plomo se encendió una esperanza.

Él detuvo el auto en la esquina y volvió a sujetarle el pelo en un puño, torciéndole la cabeza hacia atrás. La miró fijo a los ojos:

—Si llegas a decir una sola palabra de esto te mataré —advirtió, con voz tan glacial como el acero.

Luego la soltó para abrir la portezuela y la arrojó a la calle.

—Recuerda: te mato —repitió antes del portazo.

Describió un giro completo y aceleró otra vez, perdiéndose en la noche.

Mary se quedó mirándolo, aturdida. Le temblaban las piernas y la sangre le corría por la cara interior de los muslos. Sujetando la blusa para que no se abriera, cruzó la acera a paso tambaleante, rezando por no encontrarse con nadie. Tuvo suerte: era noche de viernes y la casa estaba a oscuras. Todo el mundo había salido a divertirse.

Mary Mallory se escabulló por la casa como un perro golpeado buscando un agujero donde esconderse. Se miró en el espejo. Tenía un ojo amoratado y varios cardenales en la cara. Vio con horror que sus pechos estaban rojos e inflamados por los golpes y mostraban huellas de mordeduras. Luego se quitó la falda hindú y las bragas desgarradas; de su vagina brotaba sangre y algo pegajoso: semen. Levantando la cabeza, gritó su dolor, su vergüenza, su tormento. Habría preferido que la matara.

Pasó horas enteras tendida en el suelo, llorando. No podía mover las piernas; estaba paralizada por el *shock*. Cuando rompió el día logró levantarse para ir al cuarto de baño; abrió los grifos y esperó a que la bañera se llenara casi por completo. Luego tomó una hoja de afeitar y se sumergió gradualmente, haciendo muecas por el escozor del agua caliente en las heridas, hasta dejar afuera solo la cabeza.

Pensó vagamente que le resultaría fácil. Él ya había hecho casi todo el trabajo. Decían que no era doloroso. En realidad, el dolor ya no le importaba; era la idea de hundirse soñolientamente en la nada la tentaba suavemente, como la llama a la polilla.

Un vehículo se detuvo afuera, sobresaltándola. ¿Habría resuelto liquidarla, después de todo? Luego oyó voces y risas: eran las otras estudiantes, que regresaban de una fiesta. Quitó la tapa del sumidero y salió de la bañera, envolviéndose en la vieja bata de toalla. Luego se deslizó por el pasillo como una sombra, hasta su pequeño cuarto.

Pasó dos días sin salir. Al fin, debilitada por el horror y el hambre, se vistió con pantalones tejanos y un jersey de mangas largas, se encasquetó una gorra de béisbol hasta los ojos y, aunque llovía, se puso gafas oscuras. Luego montó en su bicicleta para buscar una cabina de teléfono y dio aviso a la cafetería de que, lamentablemente, había recibido malas noticias de su casa y no podría seguir trabajando. En una tienda

de la misma calle compró leche, cereales y chocolates. Y se encerró nuevamente en su cuarto.

Mientras comía analizó la situación. No tenía amigas en las que pudiera confiar; tampoco quería hablar con los consejeros de la universidad. Podían pensar que ella lo había provocado. Y tal vez quisieran llamar a la policía. No podía hablar de eso nunca más, no debía contar el daño que le había hecho. Al recordar el cuchillo y la amenaza la invadió un terror tal que no pudo sostener la cuchara; se estaba atragantando con los copos de cereal. Decidió que trataría de borrar lo sucedido, encerrarlo en su mente con los otros horrores, con los rechazos de toda su vida. No había otra salida.

Un par de semanas después, cuando ya no eran tan visibles los moretones y pudo enfrentar nuevamente la vida, volvió a sus clases. Algo después tropezó en la calle con una de las camareras de la cafetería.

—Hola, Mary —la saludó la chica, alegremente—. Espero que en tu casa se haya arreglado todo.

Mary respondió con un «sí, gracias».

—A propósito —dijo la camarera—, el muchacho que solía conversar contigo tampoco ha vuelto más. Dijo que lo habían trasladado a un hospital de otro estado.

El corazón de Mary se llenó de esperanzas.

—Qué pena —dijo.

Pero en realidad estaba pensando: «Gracias, Dios mío».

Capítulo 43

Harry le besó la mano, un dedo tras otro. La admiraba por haber podido contarlo, por el rígido dominio de sí misma que había tenido, por la objetividad con que había hablado. Pero sabía que el miedo y el dolor eran muy hondos.

—Lo siento, Mal —murmuró—. Haría cualquier cosa por borrarle de la mente ese recuerdo espantoso.

Ella lo miró con serenidad.

—Eso no es todo —dijo.

Se miraron a los ojos: él, impresionado; ella, con vergüenza. Harry se levantó para servirse un poco de *whisky* y lo bebió de un trago.

—No estás obligada a hacerlo —advirtió—. No hay seguridad de que el hombre sea el mismo. Y no quiero que sufras más. Olvídalo todo. Ya pasó.

Ella sacudió la cabeza con decisión.

—Es mi obligación. Tengo que decírtelo.

Harry volvió a sentarse a su lado y le estrechó la mano con fuerza, atento.

Mary Mallory esperaba, sola en la caravana, a que la Guardia Costera le confirmara lo que ella ya sabía: que habían perdido las esperanzas de rescatar el cuerpo de su madre. Sentada en el sofá de vinilo anaranjado, contempló esa vivienda miserable. De alguna manera extraña, la presencia de su madre era más perceptible ahora que cuando estaba con vida. Persistían el olor fuerte de sus cigarrillos, el aroma amargo del café rancio, los lúgubres vapores de la pobreza.

En el estante vio el bolso de su madre: de charol rojo, con una vistosa hebilla dorada, picada por la vejez y por el viento salobre. Recordó que habían ido juntas a comprarlo, cuando era pequeña; recordó también su gozo al verla caminar por la calle, balanceando la nueva adquisición. Pero había pasado mucho tiempo. Desde la llegada a Golden, el bolso rojo no se movía nunca de ese estante.

El calzado de su madre estaba diseminado por el suelo: unas zapatillas raídas, las viejas sandalias blancas y los zapatos negros de tacón, nunca usados, que había comprado diez años antes en unas rebajas. Mary Mallory recogió una de las sandalias para tocar el sitio donde apoyara el pie de su madre. Solo ahora caía en la cuenta de lo pequeños que eran sus pies: apenas del número treinta y cuatro.

Antes de aventurarse en la tempestad, la madre había dejado caer el jersey azul de mohair en la cama deshecha. Mary Mallory lo llevó a su cara, aspirando esa mezcla de olores que significaba «madre». Las lágrimas rodaron por sus mejillas como gordas gotas de lluvia, hasta convertirse en un torrente. Se arrojó al colchón, apretando la prenda contra el pecho como si estrechara a su madre.

—Oh, te necesito, mamá, te necesito —gimió—. Quería que me necesitaras, mamá. Quería decirte que te amaba, pero no me has esperado. Y ahora es demasiado

tarde. Y todo ha salido mal. Quería que me ayudaras. Eras lo único que tenía. — Sollozó su dolor sobre la suave lana azul.

Al día siguiente, el hombre de la Guardia Costera vino a decirle que era muy difícil que el cuerpo de su madre volviera a aparecer. Mary Mallory asintió con la cabeza y le agradeció su ayuda. Luego cerró la puerta.

Ya sola, desempolvó el espejo sin marco que estaba apoyado contra la pared del dormitorio. Después de estudiar su reflejo, apoyó las manos en la leve curva de su vientre y se volvió de costado para observarse otra vez. La desesperación le arrancó un gemido. Había un niño creciendo en ella, de la semilla del violador, del loco que había querido matarla. Gimió otra vez abrumada por la aversión hacia sí misma.

El niño sería un monstruo. ¿Qué otra cosa podía salir de un padre loco y una madre que lo odiaba con todo su ser? Seguramente percibía ese odio, aun en el vientre.

Hizo un esfuerzo por dominarse, temiendo acabar tan perdida como su madre, y se puso el jersey de mohair para salir a caminar. A cada paso se preguntaba qué podía hacer.

Se sentó en el acantilado, a contemplar el gris océano que se agitaba lúgubrementemente bajo el cielo encapotado. Imaginó a su madre en ese abismo; era triste que en la muerte la rodeara un ambiente tan gris y tétrico como en la vida.

Pasó largo rato sentada allí, tratando de trazar un plan. Quería quitarse del vientre ese embrión extraño. Rezó fervorosamente por expulsarlo, pero la posibilidad era remota. Si hubiera sabido adónde ir, a quién preguntar, habría intentado abortar. Pero no tenía a nadie. Al fin de cuentas, solo quedaba una salida.

Dejaría la universidad hasta tener el niño y lo daría en adopción. Pero ante ella se estiraban siete largos meses. ¿De qué viviría? ¿Qué podía hacer?

Mary Mallory se levantó trabajosamente, echando una última mirada al lóbrego mar. Luego se irguió en toda su estatura, llenándose los pulmones de aire frío y salado; debía ser fuerte, debía tener valor. «Triunfarás», se dijo, ceñuda. Luego arrojó un triste beso de despedida a su madre y desanduvo el camino del acantilado hasta la caravana.

Recogió apresuradamente todas las pertenencias de su madre y las puso en bolsas de plástico. Luego reunió los pocos trastos recordando la alegría con que los habían puesto en aquellas cajas para iniciar una vida nueva. Añadió al montón el paquete empezado de cigarrillos y las escasas provisiones que había en el frigorífico.

Se quedó mirando las seis bolsas que contenían cuanto restaba de la vida de su madre. De pronto, agobiada, se echó a llorar. Después de un rato, la tristeza cedió paso al enfado. A ella no le sucedería lo mismo que a su madre. De algún modo superaría todo eso. Llegaría a ser «alguien», a costa de cualquier cosa.

Amontonó las bolsas en el coche y se sentó tras el volante. Después de echar una última mirada a lo que había sido su hogar, fue hasta el basurero municipal y arrojó allí esos patéticos restos de la vida y los recuerdos de su madre.

Luego montó nuevamente al Chevy turquesa y salió de Golden. No volvería jamás.

Condujo hacia el norte y hacia el este, como si un imán la llevara hacia atrás. Tenía apenas algo de dinero, demasiado poco para pagar hoteles, de modo que dormía en el auto y cenaba hamburguesas baratas en las paradas de la carretera. Por fin su delicado estómago se declaró en rebeldía: entonces compró pan cortado y lonjas de queso, como cuando era niña; de algún modo eso le sentó mejor. Entonces empezó a sentirse más fuerte.

Golden había quedado muy atrás; ante sí tenía los suburbios de una ciudad importante. Echó un vistazo al letrero: TACOMA 16 KM. El indicador de combustible marcaba menos de un cuarto de depósito. Igual que en otro tiempo, allí donde se acabó la gasolina, allí se quedó.

Estaba en un suburbio, en el sector pobre de la ciudad, pero no cabía quejarse: era el ambiente que le correspondía. En esa zona abundaban los cuartos en alquiler. Caminó mirando uno a uno los carteles hasta que encontró una casa más limpia que las otras. A esa puerta llamó.

La atendió un hombre relativamente joven, de cara larga y dientes grandes, caballunos; su expresión era agradable.

—Supongo que vienes por el cuarto —dijo, sonriente.

Mary Mallory asintió.

—¿Puedes decirme cuánto pides? Porque sí es demasiado caro, no quiero hacerte perder tiempo.

Él la miró de arriba abajo, con aire pensativo. Luego echó un vistazo al viejo auto.

—¿Tienes trabajo? —preguntó con suavidad.

Ella levantó el mentón para mirarlo a los ojos.

—Todavía no —dijo, con voz férrea—. Pero ten la seguridad de que conseguiré empleo.

El joven rio.

—Sin duda alguna, mujer —aseguró, sin dejar de sonreír—. Bueno, mira, hay dos cuartos. Uno es algo pequeño y está arriba, en la buhardilla. El otro, en la planta baja. Tiene esa gran ventana salediza que ves allí; es más amplio y más caro. —Después de informarle ambos precios, preguntó—: ¿Quieres verlos?

—Me quedo con el barato —decidió ella. Y marchó hacia el coche para recoger sus cosas.

—¡Pero si todavía no lo has visto!

—No hace falta. Tu casa está limpia y el precio es bueno. Cuando se es pobre las pretensiones están de más.

Mientras sacaba la mochila del maletero, el hombre corrió tras ella.

—A ver, deja que te ayude —levantó la bolsa con facilidad—. A propósito: me llamo Jim Fiddler.

—Mary Malone —se presentó ella, estrechándole la mano.

—¿Esto es todo lo que traes? —Jim echó un vistazo al enorme maletero vacío.

—Esto es todo. —Mary bajó ruidosamente la tapa y fue tras él—. ¿No sabes si hay algún empleo disponible por aquí?

—Pregunta en el supermercado —sugirió él por encima del hombro, iniciando el ascenso de los cuatro tramos de escalera—. Allí siempre piden empleados. Está a dos manzanas de aquí. Y si allí no tienes suerte, puedes probar en la farmacia o en el Rey de las Hamburguesas.

Mientras subía jadeando el último tramo, Mary pensó, sarcástica, que realmente había avanzado mucho: de un supermercado a otro. Cuando entró en la buhardilla que iba a ser su nuevo hogar, la decisión de llegar a ser alguien tomó la solidez de una roca.

El cuarto era pequeño, sin duda. Apenas había espacio suficiente para una cama de una plaza y una cómoda, que también oficiaba de mesilla, con una lámpara de pantalla rosada. En el muro había ganchos metálicos para colgar la ropa; se la podía ocultar corriendo una vieja cortina, también rosada. También eran rosados la alfombra y el sillón instalado frente a la ventana, por donde entraba una luz escasa. El sillón era viejo, pero parecía cómodo. A un lado tenía una lámpara con pie de madera; al otro, una mesa pequeña.

—No es mucho, pero al menos los colores combinan —comentó Jim, con una sonrisa alegre—. ¿Le sirve, señorita Malone?

—Es perfecta —aseguró Mary. Y lo decía en serio. Solo deseaba quitarse los zapatos y dejarse caer en ese viejo sillón, sin tener ya que conducir ni pensar.

—El alquiler se paga cada semana y por adelantado —mientras ella buscaba su bolso, el hombre añadió—: No tengo prisa. Cuando quieras.

La observó con más atención. Estaba demacrada y transmitía vibraciones nerviosas. Parecía muy joven y absolutamente agotada.

—¿Quieres un café? —La invitó como al desgaire—. Cuando tú llegaste lo estaba filtrando.

Lo miró con desconfianza, pero decidió que Jim solo quería ser amable. Claro que ella no estaba acostumbrada a la amabilidad. Le sonrió con gratitud. Él se dijo, sorprendido, que cuando ella sonreía así se iluminaba como una fiesta de fuegos artificiales.

Mal lo siguió escalera abajo. La preocupaba la posibilidad de que esa escalera se convirtiera en un problema en los meses venideros, pero apartó la idea de la mente. Solo debía pensar en el futuro inmediato. De ese modo planeaba vivir la etapa siguiente: día a día, hora a hora y hasta minuto a minuto, si era necesario.

El apartamento de Jim ocupaba todo el sótano. En la cocina, otro joven cortaba un pastel en trozos. Al entrar ellos levantó la vista.

—Te presento a Alfie Burns, mi socio —dijo Jim, despreocupado—. Mary Malone, la nueva ocupante de nuestro desván.

—Bienvenida, Mary —saludó Alfie, mientras sacaba otra taza para el café.

Mary lo estudió por encima del borde de la taza; era muy alto, muy delgado y muy apuesto. El vapor le empañó las gafas; tuvo que quitárselas para limpiarlas.

—Oye, ¿sabes que tus ojos son bellísimos? Nunca había visto un azul tan intenso —observó Alfie. Y lanzó un dramático suspiro—. ¿No darías la vida por esos ojos, Jim? Deberías usar lentes de contacto, Mary. Es una pena ocultar esa belleza con cristales tan gruesos.

Su risa era bondadosa. Mary comprendió que no estaba burlándose de ella.

Cuando le preguntaron de dónde venía, respondió que vivía en Oregón, que acababa de perder a su madre y que debía dejar los estudios durante un año, pues no tenía dinero para solventarlos.

—Pobre criatura —se compadeció Jim—. Oye, el gerente del supermercado es amigo mío. Dile que eres conocida mía y que vives aquí, ¿sabes? Ya verás que hará cuanto pueda por ti.

Jim tenía razón. La mención de su nombre al gerente fue como un encantamiento. Al día siguiente Mary estaba trabajando en una de las cajas registradoras. Todo parecía marchar bien; hasta las descomposturas matinales habían disminuido, aunque ella trataba de comer lo menos posible, con la esperanza de que su vientre no abultara mucho. A veces trabajaba en el turno de la mañana; otras veces, en el de la tarde; de cualquier modo, al terminar la jornada tenía las piernas hinchadas y los pies doloridos.

Volvía a casa a paso lento; después de arrastrarse por la interminable escalera hasta su cuarto, se sentaba con los pies en un cubo de agua fresca hasta que el dolor pasaba. Entonces bajaba a la cocina para calentarse un cuenco de sopa o preparar un bocadillo. Luego volvía a su cuarto, a leer los libros que Jim le prestaba. De tanto en tanto él asomaba la cabeza cuando la oía pasar junto a su puerta.

—Oye, ¿por qué no pasas a tomar un café y a chismorrear un rato, Mary?

Pero todo el chismorreo corría por cuenta de Alfie: los amigos, las fiestas a las que iban y quién salía con quién. A ella le gustaba escucharlo, aunque no conociera a sus amigos; era como si formara parte de esa vida.

Un atardecer, varios meses después, Alfie le preguntó como al desgaire:

—¿Tienes novio, Mary?

Bebía cerveza; ella y Jim, café.

—Oh, no. Decididamente, no.

—Pero no eres lesbiana —observó él.

Mary puso cara de espanto.

—¡No, por supuesto!

Alfie le sonrió.

—En mi vida he conocido a alguien tan ingenua e inocente como tú, Mary Malone.

Ella lo miró con fijeza; súbitamente cayó en la cuenta de lo que le estaba

diciendo.

—Yo... no hay problema —tartamudeó—. Es que... hasta ahora no conocía...

Ellos rieron.

—Yo no tengo prejuicios, por supuesto —aclaró Jim, burlón—. Entre mis mejores amigos hay algunos homosexuales.

—Lo que me gustaría saber es cómo pudo quedar embarazada una persona tan inocente como tú —observó Alfie con suavidad.

El ardor del bochorno la encendió de pies a cabeza. Ellos se habían dado cuenta. Bajó la cabeza, tratando de contener las lágrimas y el asco provocados por la vergüenza, pero no dijo ni una palabra.

—¿Te ha visto un médico? —preguntó él. En su voz había bondad, sin rastro alguno de crítica.

Ella sacudió la cabeza.

Los muchachos se miraron con un suspiro de exasperación.

—Eso no es algo que desaparezca solo, como un resfrío, tesoro —advirtió Alfie—. Tienes que cuidarte, hacer preparativos, tomar decisiones.

Mary levantó la cabeza. Ellos estaban sentados al otro lado de la mesa y la miraban con ojos preocupados.

—¿Preparativos? —preguntó, nerviosa.

Jim suspiró otra vez; esa chica parecía venir de otro planeta.

—Para el parto, Mary. No puedes tenerlo aquí.

Ella no lo había pensado; no podía enfrentarse al hecho de que esa criatura nacería y que ella sería su madre.

—¿No quieres que hablemos de eso? —sugirió Alfie. Al ver su expresión horrorizada se apresuró a tranquilizarla—: Bueno, bueno, no tienes obligación. Pero estamos preocupados, Mary; queremos ayudarte antes de irnos.

—¿Antes de irnos? —repitió ella, boquiabierta.

—Jim y yo hemos decidido poner la casa en venta. Nos vamos a instalar en el paraíso: una isla tropical en el Pacífico Sur. Y no podemos dejarte así no más, como algo inconcluso, sin saber cómo vas a arreglarte. Nos la pasaríamos pensando qué diablos habría sido de ti. Por eso queremos ayudarte. Pero tienes que darnos algunos detalles.

—Cuándo va a nacer, por ejemplo —la animó Jim, tomándole la mano—. Anda, Mary, desembucha.

Le retuvo la mano mientras la escuchaba. El parto sería dentro de tres meses. Y ella no había tomado ninguna decisión, porque no soportaba pensar en el asunto. Solo estaba segura de que iba a darlo en adopción.

—No quiero verlo jamás —exclamó apasionadamente. Los miró con aprensión, pero eso no pareció horrorizarlos.

—He investigado un poco —dijo Jim—. En los suburbios hay un establecimiento que se ocupa de muchachas en tu situación. Dicen que es muy agradable: una casa

grande y vieja, rodeada de jardines. No hay lujos, pero mucha tranquilidad. Y está bien equipada. Además, no cobran nada.

—Un asilo para madres solteras —dijo Mary, inexpresiva.

—Ya no se llaman así —negó él, enérgico, para que ella no se dejara caer en la desesperación—. Tienes que ser práctica, Mary. Te reciben y se ocupan de ti. Cuando nace el niño, se encargan de los trámites de adopción. En otras palabras, tesoro: te alivian de una verdadera carga. Piensa que, dentro de tres o cuatro meses, podrás volver a la universidad. Ni siquiera tendrán que rehabilitarte y conseguirte empleo.

—Todavía tengo mi beca —señaló ella. Un rayo de esperanza penetraba en la lóbreguez del futuro.

—Por supuesto. Aquí tienes el número. Y ahí está el teléfono. ¿Por qué no llamas? Alfie y yo iremos a dar una vuelta a la manzana. Quizá compremos una botella de vino para brindar por nuestra isla tropical y por tu futuro universitario. ¿De acuerdo?

Mary habría querido darle un beso, pero era demasiado tímida. Esperó a que salieran. Luego aspiró hondo y marcó el número.

Atendió una mujer de voz agradable. Ella, nerviosa, le explicó quién era y en qué circunstancias se encontraba.

—Ven a vernos mañana mismo, si puedes —le aconsejó la señora Rhodes, con fuerza—. Aquí las plazas libres se ocupan en seguida.

Ranier House estaba bastante lejos, en un suburbio arbolado que se perdía en el campo. El día era lluvioso; caía una llovizna fina que empapó su pelo en el breve trecho entre el aparcamiento y la puerta principal. El jardín olía a tierra fresca y fértil.

La casa había sido construida a principios de siglo por un rico maderero; era una mezcla de estilo Tudor con ladrillos rojos a la manera de Washington: grande, cuadrada e imponente, con suelos entablonados y muros blancos, como una escuela; había visillos en las ventanas y muebles gastados; en los pasillos imperaba el olor a comida de hospital.

Mientras esperaba en el vestíbulo vio pasar a dos muchachas en avanzado estado de gravidez, tomadas del brazo. Después de mirarla de pies a cabeza, continuaron la marcha. La horrorizó pensar que en un par de meses ella tendría el mismo aspecto.

La señora Rhodes apareció a paso rápido. Era menuda, delgada y enérgica. Mary le dio los detalles: su edad, su domicilio, su empleo. Explicó lo de su beca universitaria. También le contó lo de su madre. La mujer tomó nota de todo. Luego le preguntó quién era el padre.

Mary sacudió la cabeza, apretando los labios.

—El padre no existe —dijo, ceñuda.

—Pero si piensas dar al niño en adopción, querida, es preciso informar al padre —la señora Rhodes la miró con irritación. Todas eran igual: nunca querían decirlo.

—Preferiría matar al niño —respondió Mary, con voz serena e inexpresiva.

La mujer la miró con atención. Por su semblante y su tono, era evidente que la

muchacha estaba gravemente traumatizada. La reciente muerte de su madre... dieciocho años... Debían que ayudarla de alguna manera.

—Muy bien, querida —dijo, tratando de que sus palabras no sonaran a superioridad protectora—. Lo mejor sería que vinieras a fin de mes. Puedes avisar en el supermercado y aportar algún dinero, si lo tienes, para tu manutención. Si no tienes ahorros, no importa. Ranier House es una obra de caridad. Lo importante es que te acompañaremos en el trance.

Capítulo 44

Mary había estado encerrada en una pequeña y protegida distorsión temporal, sin pensar más que en el día venidero. Solo quería continuar viviendo en su cuarto de buhardilla, compartir ocasionalmente un café y un bocadillo con Jim y Alfie y cobrar su salario todos los viernes. Ahora eso había terminado. Una vez que Jim y Alfie tomaron su decisión, la casa se vendió rápidamente, pues ellos tenían prisa por partir. Lo más difícil fue despedirse de los dos.

La noche anterior al viaje compartieron una última cena de celebración. Ella sonreía, pero por adentro se estaba muriendo. Jim y Alfie habían sido bondadosos; la trataban de igual a igual; habían sido sus amigos.

A la mañana siguiente, cuando llegó el taxi que los llevaría al aeropuerto, Jim la abrazó y le revolvió el pelo, diciendo.

—Arriba ese ánimo, Mary Malone. Todo saldrá bien. Pensaré en ti.

Alfie le besó la mano, agregando:

—¡Siempre adelante, Mary! Te enviaremos una postal.

Ella se quedó en los peldaños del frente, agitando la mano hasta que el taxi giró en la esquina. Luego subió pesadamente la escalera para hacer su propia maleta. Al día siguiente se instaló en el asilo para madres solteras.

En Rainier House había un ala para los recién nacidos; ella oía con frecuencia el llanto de los bebés pero nunca quiso verlos. La matrona insistió para que fuera a echar un vistazo y le mostró las instalaciones: la enfermería y la sala de partos, donde había dos camas aisladas por cortinas, donde dormían dos muchachas.

—Ser madre de un recién nacido suele ser agotador —le advirtió la mujer.

—Para mí, no —dijo ella de inmediato—. El mío será adoptado de inmediato.

La matrona frunció el entrecejo.

—Temo que eso llevará unos cuantos días —dijo—. Primero debemos saber si el bebé es saludable y si se alimenta como es debido; después será destetado.

Mary la miró con horror.

—No puedo darle el pecho —exclamó, presa de pánico—. No puedo.

No era la primera vez que la matrona oía eso.

—Ya veremos —dijo con calma.

Como de costumbre, Mary pasó esas últimas semanas de espera en una actitud reservada. No quería trabar relación con las otras muchachas, pues prefería dejar todo eso atrás en cuanto se fuera, como si nunca hubiera sucedido. No había otra manera de actuar.

Los días pasaban con lentitud, aunque las futuras madres debían mantenerse activas todo el tiempo; aun a aquellas que iban a desprenderse de sus hijos se les enseñaba a cuidar de un bebé, a bañarlo, cambiarle los pañales y esterilizar los biberones: cosas todas que Mary no quería aprender.

Le explicaron qué pasaría cuando entrara en trabajo de parto; supo que

probablemente tardaría bastante (diez, doce horas, quizá más), porque siempre era así con las primerizas. Se dijo que no importaba; solo quería terminar con aquello.

Una mañana, muy poco antes de entrar en la labor de parto, recibió una postal de Jim y Alfie. Era una foto borroneada y colorida de una isla bordeada de palmeras. El remitente decía: «Desde el Paraíso. —Y después—: Buena suerte, Mary. Recuerda que el Paraíso se encuentra donde está el corazón».

Inmediatamente después rompió aguas; las contracciones no tardaron en presentarse, sorprendiéndola por su intensidad; pero se dijo, con valor, que eran soportables. La matrona vino a examinarla; dijo que todo iba bien y que el médico vendría pronto, pero le advirtió que tenían un largo camino por adelante. Mary echó un vistazo al reloj de pared: eran las once de la mañana.

A las once de la noche estaba tendida en una cama metálica de la sala para parturientas, con barandillas a los costados para impedir que se cayera cuando la enloqueciera el dolor. Apretó los dientes y se dijo que debía soportar un minuto por vez, un segundo... Al día siguiente todo habría terminado y ella estaría libre. El dolor la desgarraba; ella, ahogando los gritos, apretaba los dientes, muda.

—¿Por qué no gritas, hija, por Dios? —dijo la enfermera, estupefacta—. Si hay un momento en que la mujer tiene derecho a dar un buen alarido, es este.

Pero Mary se limitó a apretar los dientes con más fuerza. La cara del hombre que la había violado flotaba frente a sus párpados cerrados, taladrándola con los ojos oscuros y fijos, en tanto ella se retorció entre agónicas contracciones. Habría preferido morir antes que darle la satisfacción de gritar.

A las cinco de la mañana, cuando temía no soportar más, le dieron un calmante y el dolor desapareció súbitamente. Flotó en una grata bruma, por encima de la cama, hasta que la devolvieron bruscamente a la realidad:

—Puja, Mary. Anda, hija, haz un esfuerzo. Puja más, más.

No sintió al bebé que se deslizaba hacia afuera, pero oyó su llanto. Habría querido taparse los oídos para cerrarse a él, pero no podía moverse; tenía los pies en los estribos y las enfermeras le sujetaban las manos; estaba atrapada. «Es su hijo —pensó, horrorizada—. Ha nacido el monstruo».

—Es una niña —dijo el médico, entregándola a la enfermera para que la lavara.

—No quiero saber —murmuró ella, perdida en una pesadilla difusa. Empezó a llorar. La enfermera limpió sus lágrimas.

—Ya pasó todo —dijo, bondadosa—. Te has portado muy bien, Mary. Ahora puedes llorar.

Poco rato después estaba sana y salva, en una cama separada por cortinas. La ventana estaba abierta de par en par. Había salido el sol y su calor le tocaba la cara. Se sentía en paz, muy serena. Ya todo había pasado.

—Mary —dijo la matrona.

Abrió los ojos para mirarla con gesto miope.

—Aquí tienes a tu niña —le ofrecía un envoltorio rosado—. Es hora de

amamantarla.

Y dejó la criatura en el hueco de su brazo.

Todo su cuerpo se puso rígido por la impresión. Tenía la garganta tan seca como la ceniza y no podía hablar. Percibía el pequeño peso que descansaba sobre su brazo, pero no se decidía a mirarlo.

—Desabróchate el camisón, querida —indicó la matrona.

—No puedo —graznó, sin querer mirar—. No puedo.

—Es una niña muy bonita —la animó la mujer—. Necesita que la alimentes. Anda, Mary, acepta tu responsabilidad.

Contra su voluntad, apartó los ojos de la matrona para mirar a la criatura que estaba por extraer su alimento de ella. La miró un largo instante; luego se apoyó nuevamente en la almohada, cerrando los ojos.

La brisa traía el dulce aroma de las lilas que crecían frente a su ventana; la fragancia la llenó súbitamente de una bendita felicidad. Miró nuevamente a su hija. Los ojos eran iguales a los suyos: grandes, azules y algo desenfocados; la cara, redonda y rosada; un capullo de rosa por boca y una delicada pelusa rubia. No era un monstruo, por cierto, sino una niña hermosa y perfecta. Y suya.

Mary se recostó contra las almohadas, rodeando con el brazo a su bebé. Deslizó un dedo maravillado por la pelusa rubia de la cabeza. El aroma de las lilas la envolvía; el sol la entibiaba. Y lo que sentía por esa criatura pequeña e indefensa era amor puro.

Al día siguiente informó que había cambiado de idea, después de todo; no podía dar a la niña en adopción. La matrona trató de razonar con ella, señalándole las dificultades que le esperaban.

Perdería su educación universitaria, los hombres no se casaban con una madre soltera y tendría que trabajar mucho, ser padre y madre a la vez. Además, había una pareja en buena situación económica que estaba esperando la niña, con una habitación ya preparada. Junto a ellos la niña tendría una vida estupenda, un hogar como Dios manda y una familia de verdad; estudiaría en buenas escuelas y en la universidad.

Mary se negó tercamente a escuchar. Por fin, reconociendo la derrota, la ayudaron a conseguir un pequeño apartamento y un empleo de vendedora.

El día en que Mary llevó a su niñita «a casa» fue casi el más feliz de su vida. Tenía una semana libre antes de comenzar a trabajar y debía conseguir a alguien que cuidara de la niña. El pequeño apartamento era caluroso bajo el sol de junio y olía a humedad, pero la inundación de pañales y biberones, las diminutas prendas puestas a secar en la ducha, no tardaron en darle un aire de hogar.

La bautizó con el nombre de Angela, pues era un perfecto angelito. La llevaba al parque en un cochecito de tercera mano que le habían dado en Ranier House; la amamantaba, la bañaba y la vestía con sus ropitas regaladas, como si fuera una muñeca. Ella la contemplaba con esos enormes ojos azules, mientras Mary la

arrullaba con palabras amorosas: «preciosa», «bebé», «tesoro mío», «te amo». Eran como un idioma extranjero, pero le brotaban con facilidad, pues ahora sabía lo que era el amor.

Para poder ir a trabajar tuvo que comenzar a alimentarla con biberón; se agotaba bombeando su propia leche, esterilizando biberones y haciendo las mil y una tareas necesarias para cuidar de un bebé. Cuando llegó el día de empezar su trabajo en la farmacia, llevó a la pequeña en su cochecito hasta la casa de la niñera, que vivía a tres manzanas, y le entregó los biberones llenos de leche, la bolsa de pañales y toda la parafernalia infantil. Luego se despidió de su hija con un beso y corrió hacia su trabajo, sin darse tiempo a romper en llanto.

Pasó todo el día preocupada; a la hora de la comida llamó para preguntar cómo estaba la niña.

—Está bien —respondió la mujer, lacónica—. A esta edad no hacen más que dormir.

Tal vez era cierto que dormía todo el día, pero no hacía lo mismo por la noche, por cierto, y Mary tampoco. Cada vez que se metía en la cama y cerraba los ojos, agotada, Angela volvía a llorar. Probaba a darle el pecho, la acostaba en la cama con ella, la paseaba de un lado a otro. Pero Angela era noctámbula; mientras la niñera cosechaba los beneficios de cuidar de una niña dormida, una fatigada Mary se arrastraba por la farmacia, tratando de mantener los ojos abiertos y la cabeza en su sitio, después se paseaba de un lado a otro durante toda la noche.

Pasó un par de meses. En el trabajo recibió una advertencia, pues había cometido varios errores. Cuando ella volvió a meter la pata y entregó a una mujer cambio de cincuenta dólares en vez de cinco, el hombre saltó hasta el techo.

—Esto es demasiado, señorita Malone —informó—. Lo siento, pero usted no puede seguir así. En el estado en que está no podrá conservar ningún empleo.

—¿Eso significa que estoy despedida? —preguntó ella, al borde de las lágrimas.

Él, suspirando, decidió darle otra oportunidad.

—Pero piénselo bien —le aconsejó—. No puede ser madre y trabajar todo el día.

Solo que Mary no podía ser madre a menos que trabajara todo el día; de otro modo no tendría suficiente dinero.

Corría diciembre; al acercarse Navidad comprendió, finalmente, que no podría continuar. La niña lloraba constantemente y ella se sentía culpable: probablemente lloraba porque no era feliz; no tenía un hogar decente, una madre de tiempo completo, el cuidado y la atención que requería. Mary solo podía darle amor, y eso era barato. Cualquiera podía amarla.

Su salario desaparecía tras pagar el alquiler, la paga de la niñera y la comida. No le quedaba un solo centavo. No tenía siquiera con qué comprar un regalo de Navidad para la niña. Encorvada en una silla, junto a la cama, la contempló, lloraba y sacudía la cabeza de un lado a otro. No tenía fuerzas para levantarla. La abrumó una desesperación total. Ya no tenía más recursos.

Esa noche la niña durmió, pero Mary no hizo otra cosa que pasearse por el apartamento, preguntándose qué hacer. A la mañana siguiente dejó a Angela en casa de la niñera y se arrastró de mala gana hasta la farmacia. De algún modo se las compuso para sobrevivir un día más y recibir su salario, que ya había gastado casi en su totalidad aún antes de recibirlo. Después de comprar un periódico y un chocolate para gratificarse, pasó a recoger a Angela. Esta vez, al verla, la pequeña sonrió.

A Mary le dio un vuelco el corazón. Sonrió a su vez, casi sin poder creerlo. Era como un rayo de sol en ese lúgubre día de invierno.

Más tarde, mientras la pequeña descansaba en una manta tendida en el suelo, Mary abrió el sobre con su salario y contó el dinero. Descubrió, con sorpresa, que equivalía a dos semanas de trabajo en vez de una sola. Entonces vio la nota escrita en papel rosado: su empleador no había tenido lo necesario para decirle que estaba despedida.

La niña estaba muy bonita en su manta, con esa ropita rosada que ya le quedaba demasiado estrecha. Con el alma en los pies, Mary tuvo que enfrentarse finalmente a la verdad.

A eso de las once, Angela empezó a llorar. Mary se paseó con ella en los brazos, dándole palmaditas en la espalda, arrullándola y diciéndole palabras de mimo; cuando por fin se adormeció, la puso en la cuna y fue al pequeño armario que le servía de cocina para prepararse una taza de té. Luego se sentó con el periódico y buscó los ofrecimientos de empleo.

Faltaban dos semanas para Navidad; la columna era breve; nadie estaba tomando personal. Una vez que pagara el alquiler y los servicios de la niñera, aparte de comprar algunas cosas imprescindibles, le quedarían alrededor de veintitrés dólares. Y aún debía comprar ropita para la niña y alimento para bebés.

Pensó en recurrir al subsidio social, pero la idea la estremeció con el recuerdo de las humillaciones. Su madre la había condenado a eso; ahora ella iba a repetir el patrón, condenando a su hija, estaba atrapada en la eterna espiral de la pobreza... y su hija también. Jamás saldrían de ahí; no podrían sobrevivir. Contempló el pozo sin fondo que era su futuro.

Algo en el periódico le llamó la atención; era la foto de una bonita pequeña. Mary leyó rápidamente el artículo; luego lo repasó con más detenimiento.

La niña era la hija de una adinerada pareja de Seattle y había nacido con un defecto cardíaco. Los padres lucharon desesperadamente por salvarla, trayendo a médicos especialistas de Texas y de Londres. Una y otra vez había renacido la esperanza de que curara milagrosamente. Pero la niña había muerto pocos días antes. La madre aseguraba que jamás podría sobreponerse a su pérdida; cada vez que entraba en la habitación infantil, ahora desierta, se le partía el corazón.

Mary no se dio tiempo a pensar en lo que estaba haciendo. Pagó el alquiler e informó que, lamentablemente, no podía seguir costando el apartamento. Luego recogió sus pocas cosas, las metió en el vetusto Chevy, junto con la pequeña, y pasó

aquella fría noche conduciendo hacia Seattle.

Había anotado la dirección de la pareja; encontró la casa con facilidad: era un hermoso lugar, con vista al lago Washington. Sentada en el auto, con la pequeña en brazos, esperó.

Cuando el cielo comenzó a anunciar el alba, dio el biberón a la niña, le cambió los pañales y la arropó en sus esponjosas mantas. Luego la envolvió en un acolchado, para más seguridad, y la estrechó con fuerza mientras observaba la casa, buscando alguna señal de vida. El cielo estaba ya rosado cuando se encendió una luz en el piso alto.

Entonces escribió una nota y la prendió a la manta de la niña. Contempló con amor a su hijita y la besó con ternura, abrazándola por última vez. Luego caminó silenciosamente hasta la puerta y la dejó en los anchos escalones de piedra.

Vaciló al pensar en la nota. Decía: «Sé que ustedes la necesitan y pueden cuidarla bien. Ámenla mucho, por favor». Estaba segura de hacer lo correcto. No quedaba otra salida.

Pero aún vacilaba. La miró una vez más, con el corazón en la boca del estómago. La adoraba, pero si la conservaba consigo naufragarían las dos en algún equivalente de Golden. Su bella hija merecía algo mejor.

Mary corrió de nuevo hacia el coche y se alejó.

Nunca la localizaron, aunque sin duda lo intentaron. Abandonó el estado y consiguió trabajo muy lejos de allí. Pasó un año antes de que reuniera coraje para volver a Seattle y reanudar sus estudios en la universidad. No lloraba por su pequeña. El dolor era demasiado profundo. Sepultó el recuerdo en su mente, como había sepultado tantas otras cosas horribles en su vida.

Capítulo 45

—Cumplí con mi juramento —dijo Mal a Harry, melancólicamente—. Jamás volví a esa casa. No la vi nunca más. Los primeros años fueron los peores. No puedo explicarte lo que significa perder así a un hijo, saber que está vivo y tan cerca que podrías tocarlo. Pero es su hija. Se necesitaban mutuamente. Ellos le dieron su corazón, la amaron, compartieron su vida con ella. Y nadie supo nunca la verdad sobre su verdadero padre —dirigió a Harry una mirada suplicante, como si buscara su aprobación—. No había otra salida. Era la única manera de liberarla.

Sus ojos estaban ensombrecidos por la angustia. Él comprendió la lucha con la que ella había convivido: vérselas cada día con la culpa y la desesperación, dudando eternamente de haber hecho lo debido. Mal había soportado todos esos años en soledad sin amor, pagando un precio terrible.

La estrechó entre sus brazos, meciéndola. Ella se aferró a él, trémula. No podía llorar; sus lágrimas habían brotado a torrentes años atrás, hasta no quedar ninguna. Sintió que él le tocaba los párpados cerrados; luego fueron sus labios, rozando apenas sus largas pestañas en un beso suave. Siguieron el contorno de su cara, los pómulos, la boca blanda y trémula. Ella aún tenía los ojos cerrados. No podía mirarlo; no soportaba ver su compasión.

Harry le desabotonó la camisa y la bajó por los hombros; luego, la falda. Sus dedos siguieron el contorno del cuello, la curva del pecho bajo la combinación de satén, en un contacto sutilísimo, leve como una brisa. Después de quitarle la combinación por la cabeza, deslizó una mano a lo largo de su cuerpo.

—Hermosa —susurró al oído—. Eres hermosa, Mal.

Probó el suave labio inferior, saboreándola, y la cubrió de besos ligeros como mariposas, infinitamente tiernos.

Ya en el dormitorio terminó de desnudarla de prisa y se sentó junto a ella, en la cama. La tomó de las manos para acercarla.

—Abre los ojos, Mal, querida —dijo—. Quiero que me mires.

Ella no quería. No soportaba lo que iba a ver.

—Mírame, Mal —ordenó Harry—. Necesito que me mires.

La sujetaba por ambas manos. No había salida. Ella alzó lentamente los párpados. La cara delgada y atractiva entró en su miope campo visual: el pelo revuelto, la mejilla fuerte. Su mirada era imperiosa.

—Mírame a los ojos, Mal —insistió, estrechándole las manos, pues no quería perderla.

Ella levantó la cabeza, estirando el cuello con orgullo, y apretó la boca en una línea muy fina, dispuesta a decirle que no quería piedad. Solo quería justicia. Pero cuando se encontró con aquellos hermosos ojos grises ya no pudo apartar la vista. La retenían con tanta fuerza como sus brazos cuando le hacía el amor.

Su cuerpo era duro y hermoso; sus ojos le estaban diciendo algo. Percibió la

corriente de energía que fluía hacia ella, colmándole los sentidos; sin embargo, Harry no se movía, no la había besado, no intentaba hacerle el amor. Sus ojos la atrajeron, aflojándole los miembros hasta que se sintió libre de todo peso, flotando en un espacio plateado y opaco: solo veía sus ojos y la ternura que había en ellos.

Harry le susurró al oído:

—Esto es amor, Mal. Es tocarse la mente, además del cuerpo. Te estoy poniendo en mi mente, en mi corazón, y quiero que hagas lo mismo.

Dejó escapar el aliento en una pequeña exclamación; su pulso dio un brinco, en tanto él inclinaba la cabeza para besarla otra vez: leve, suave, infinitamente tierno.

—¿Lo sientes, Mal?

Le estaba besando el cuello; sus labios descendían por la suave curva del hombro, por el contorno del pecho, rodeando los pezones, bajando por el vientre. Le besó la cara interior de los muslos, sus partes más sensibles; luego volvió a recorrer su cuerpo hacia su boca, hasta que ella lanzó un grito ahogado de deseo.

Él estaba erecto, pero la poseyó con lentitud, para hacerle saber que la amaba, que así debía ser el acto de amor: un hombre y una mujer en total armonía mutua, mental y físicamente.

Cuando por fin la penetró, ella dejó escapar un grito y lo envolvió con sus miembros, moviéndose con él, sintiendo su fuego, el placer y la potencia del acto, hasta que alcanzaron juntos el paroxismo del éxtasis.

Pero ese no fue el final. Aún estaba dentro de ella, estrechándola. Harry acarició ese cuerpo brillante por el sudor, dejando caer besos en su cara y en su cuello, aspirando sus pequeños jadeos.

—¿Ahora lo sientes? ¿Ahora sabes lo que es el amor? —murmuró.

—Oh, Harry —estaba sin aliento, llena de un gozo súbito—. Te amo, Harry.

Permanecieron entrelazados, en un espacio de los dos, raramente plateado. Ella ya no tenía secretos. Después de un rato él se desprendió de ella para ir a la cocina y le preparó una taza de su infusión favorita. La dejó con cuidado en la mesilla; Mal se lo agradeció con una sonrisa.

—Debería ser yo el que te diera las gracias —musitó él, humilde—. Nadie tendría que pasar por lo que tú pasaste. Nadie tendría que vivir esas experiencias, ni siquiera para relatarlas. Pero debo hacerte una pregunta importante. ¿Estás segura, completamente segura, de que ese hombre es el mismo que estamos buscando?

—Sí —dijo ella, en voz baja—. Se llama Wil Ethan.

Lanzó un suspiro de alivio. Por fin lo había dicho.

—Necesitaremos tu ayuda, Mal, si queremos atraparlo antes de que vuelva a matar.

Esta vez ella no vaciló. En él podía confiar.

—Te ayudaré —aceptó.

Lo dijo con un suave suspiro, pero Harry sabía con exactitud cuánto habían costado esas palabras.

Capítulo 46

La maquinaria de publicidad funcionaba a toda marcha. Mallory Malone tenía una noticia sensacional para divulgar en el programa de esa semana. Solo se adelantaba que era de carácter profundamente personal. Y no iría grabado, como de costumbre, sino en directo, sin público en el estudio.

Ni siquiera el personal y al equipo técnico de Producciones Malmar sabían de qué se trataba. Hasta Beth estaba a oscuras.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto, sea lo que sea? —preguntó a Mal, con aire de preocupación, cuando por fin llegó el jueves. La veía muy mal de semblante: ojerosa por falta de sueño, inquieta por el exceso de cafeína y tensa como un resorte.

Mallory se paseaba por el vacío plato como un gato enjaulado. Al levantar la cabeza vio la aflicción en los ojos de Beth.

—Es preciso. Saldrá bien.

Su asistente la sujetó por un brazo, alarmada.

—No lo hagas, Mal. Aún hay tiempo para que lo canceles. Tenemos varios programas grabados. Podríamos pasar cualquiera de ellos.

—Tengo que hacer esto.

Mal vagaba por el estudio sin verlo. Solo veía las imágenes que tenía en la cabeza.

Media hora antes de que se iniciara el programa, Harry entró a grandes pasos. La vio sentada a solas en la penumbra, mientras a su alrededor se desarrollaba la actividad de último momento. Tenía los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás, como si estuviera descansando. Pero por la tensión de sus manos entrelazadas era obvio que no descansaba.

Harry se acercó para apoyarle las manos en los hombros y le dio un beso en la mejilla. Ella abrió súbitamente los ojos, agradecida:

—Oh, Harry, ya has venido.

Él se sentó a su lado.

—Todo está listo. Hay escuchas telefónicas en todas las líneas, incluida la de tu casa, y hay una guardia policial en tu apartamento.

A partir de esa noche, el asesino sabría que ella lo había identificado. Se esperaba que diera algún paso, pero Harry prefirió no decirlo. Miró aprensivamente a Mal, rogando que pudiera resistir todo aquello. Luego la besó suavemente en los labios.

—Crucemos los dedos —dijo, levantando las manos—. Este puede ser el final.

—Crucemos los dedos.

Había llegado el momento. Los potentes reflectores iluminaron el sencillo decorado, con su duro sofá y una mesa de café sobre la que Mal había hecho poner un ramo de lilas y peonías. Vestía simplemente jersey y falda azules; se había cepillado el pelo hacia atrás, despejando la frente; no llevaba joya alguna. No parecía la famosa

personalidad televisiva, la recia investigadora, la que interrogaba con empecinamiento. Cansada, casi fea, como sí dentro de ella se hubiera apagado una luz.

Tomó asiento, hojeó nerviosamente sus notas y volvió a dejarlas. En la oscuridad, detrás de las luces, vio a Harry junto a Beth. Él levantó la mano para mostrarle los dedos cruzados. Luego el director contó los segundos y se inició la transmisión.

Mal dio las buenas noches con voz serena, mirando directamente a la cámara.

—Esta noche nuestro programa es diferente. Recordaréis que, hace unas pocas semanas, los familiares de las muchachas que fueron víctimas del asesino en serie de Boston tuvieron la generosidad de compartir con nosotros su dolor y sus sentimientos más profundos. La firmeza con que pedían justicia provocó emociones diversas, en muchos de vosotros y en mí misma.

»Hasta esta semana no había hablado nunca de lo que me sucedió a mí. Pero ya no pude seguir soportándolo. Empecé a despreciarme por reservar ese horrible secreto, cuando esas pobres jóvenes no habían tenido siquiera la posibilidad de expresarse. Ahora debo hablar por ellas.

»Un amigo me dijo: “Tú estás viva y ellas han muerto. ¿Qué puedes estar ocultando que sea tan importante?”.

Aspiró hondo, trémula.

—Estaba ocultando el hecho de que yo también fui víctima de una violación... y estuve muy cerca de que me asesinaran.

»Quiero revelaros esto para que comprendáis lo que siente esa persona, la que ha sido brutalmente violada y está a punto de morir. Quiero hablaros del dolor, la humillación y la vergüenza que me impidieron hablar de eso hasta ahora. Y del miedo. Porque ese hombre me amenazó. Me dijo que, si lo contaba a alguien, me buscaría para matarme.

Levantó el mentón con orgullo.

—Bien, William Ethan... pues ese fue el nombre que me diste, aunque ahora sé que era falso. Aquí estoy, y voy a denunciarte ante toda la audiencia de este país.

La cámara se acercó un poco más para mirar el fondo de sus ojos.

—Voy a denunciarte como violador y asesino que todavía eres. Porque estoy convencida de que has sido tú quien violó, mutiló y mató a Mary Ann Latimer. A Rachel Kleinfeld. A Summer Young. Y a Suzie Walker.

Beth miró a Harry con ojos dilatados por el horror.

—¿Es cierto? —susurró.

Él asintió con la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —musitó ella, con voz ahogada—. Oh, la pobre Mal, pobrecita mía.

—Os contaré qué hizo y cómo sucedió —continuó Mallory—, para que sepáis qué se siente cuando una está a su merced.

Beth estrechó con fuerza la mano de Harry y escuchó, con lágrimas en las

mejillas, el relato de aquella noche terrible.

Al terminar, Mal guardó silencio un momento, con los hombros encorvados por la fatiga y la tensión; estaba casi en el límite de su resistencia. Cruzó las manos con fuerza y se irguió, obligándose a ser fuerte, a continuar.

Fue como si la luz volviera a encenderse dentro de ella. Allí estaba Mallory Malone, la sagaz investigadora de la televisión, la mujer hermosa, la celebridad. Ya no era la víctima, sino una mujer fuerte, que apuntaba hacia el asesino como un misil guiado por calor.

—Con la información que pude proporcionar se ha elaborado este nuevo retrato robot —dijo, ya obviamente dominada—. Así exactamente era el asesino en su juventud, cuando yo lo conocí.

En la pantalla apareció el retrato de un hombre con barba, de pelo muy corto y penetrantes ojos oscuros.

—Y así puede ser en la actualidad —la imagen fue reemplazada por otra del mismo hombre con un aspecto más envejecido—. Os ruego que si lo conocéis, si conocéis a alguien que se le parezca, no dejéis de llamarnos.

»Y ahora tengo un mensaje para William Ethan... aunque ya no usa ese nombre. Sé que estás ahí afuera, mirando y escuchando. Quiero hacerte saber que, desde ahora en adelante, el pueblo norteamericano estará alerta, vigilándote.

»Ya no tienes escapatoria. Cuando te atrapen, muy pronto, ya no disfrutarás la libertad de un agradable día de verano ni de una vigorizante mañana invernal. Ya no podrás participar en nuestra sociedad. Serás capturado como una bestia que eres y encerrado en una prisión, entre rejas. No volverás a respirar el aire puro y fresco de la libertad, que es prerrogativa de todos los norteamericanos normales y decentes.

Mirando directamente a la cámara, concluyó:

—He tenido que olvidar mis propios miedos. He tenido que franquearme con vosotros, pues debemos evitar que se produzcan más asesinatos como los que ha habido. Desenterrar mis propios recuerdos no ha sido nada. Queremos dejar de cavar tumbas.

»Gracias por escuchar mi historia. Ojalá hayáis comprendido. Ojalá podáis ayudar. Acordaos de esos padres; acordaos de esas muchachas. Y por favor, no dejéis que nadie las olvide.

»Buenas noches. Y gracias, otra vez.

En el plato, el silencio era absoluto.

Mal contempló las notas sin utilizar. Había hablado libremente, desde el corazón, sin necesidad de apoyo.

Se levantó para salir del círculo iluminado; luego abrió los brazos como para abarcarlos a todos: el equipo de producción, los técnicos, los camarógrafos.

—Gracias por soportar el ocultamiento. Y por todo lo que tolerasteis durante esta semana.

Todos la miraron. De pronto rompieron en un aplauso espontáneo. Como

quebrando un hechizo, Beth corrió a abrazarla.

—Oh, Mal, lo siento mucho —dijo, llorosa.

—No tienes por qué, Beth —respondió ella, con suavidad—. Ya pasó.

Pero a quien miraba era a Harry. Él le tomó la mano, diciendo en voz baja:

—Gracias, señora.

—Gracias a usted, detective —replicó ella, muy en serio.

Antes de que ella y Harry alcanzaran la puerta, las líneas telefónicas estaban completamente bloqueadas. Fueron directamente a casa. Él no le soltó la mano; eso la reconfortaba, como si le infundiera energías. Mientras subían en el ascensor, Harry le rodeó los hombros con un brazo protector.

Adentro todo era paz: había fuego encendido en el hogar, las lámparas estaban encendidas y una fragancia de flores perfumaba el apartamento.

Todas las superficies horizontales estaban cubiertas de rosas: Harry debía de haber tomado por asalto a todos los floristas de Manhattan. Eran gloriosas: gruesos pimpollos de color rosado a punto de reventar.

—Son Vivaldi —explicó él—. No encontré ninguna variedad llamada Enigma, pero me pareció que eso ya había pasado de moda. No sé si me entiendes.

Se dijo, con alivio, que verla sonreír otra vez valía por todas las rosas de la ciudad. Le besó una mano.

—Estuviste bien, Mary Mallory Malone. Eres la mejor. Insuperable.

Se abrazaron como si no quisieran soltarse nunca más.

—Gracias, gracias, gracias —murmuró él al oído—. Sé lo mucho que te ha costado. No, no es verdad; en realidad no lo sé. No puedo saberlo. Solo puedo agradecértelo, junto con tantos otros norteamericanos. No sé cómo lo has conseguido.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —preguntó ella, sencillamente.

—No sé qué opinarás —manifestó él, cambiando de tema—, pero te has pasado estos días solo con café y chocolates. Me he tomado la libertad de traer un poco de comida. Por si acaso.

La llevó de la mano a la cocina para mostrarle los platos dispuestos en una bonita bandeja.

—¡Miffy ya está de regreso! Llamó a Le Cirque —explicó—. Es clienta desde hace años y Sergio hace cualquier cosa por ella.

Abrió una botella de merlot y le sirvió una copa, diciéndole que le pondría una rosa en las mejillas.

—¡Como si no tuviera ya bastantes rosas! —exclamó ella, sonriendo.

—Esa es mi niña —sonrió él, complacido.

—Mujer —corrigió Mal. Harry enarcó una ceja y los dos echaron a reír.

Era como si la vida hubiera vuelto repentinamente a la normalidad. Harry y ella, solos en su pequeño mundo propio. Habría querido que fuera siempre así, pero aun mientras probaban aquella cena exquisita, entre sorbos de vino tinto, sabía que él estaba esperando entrar en acción.

Se le notaba en la actitud inquieta con que paseaba la mirada por la habitación, evitando deliberadamente el teléfono. Estaba esperando que el asesino llamara.

Al principio el hombre se divirtió con el programa; lo excitaba pensar que todo el mundo estaba hablando de él. Se rio de ese dibujo ridículo que pretendía actualizar su imagen. Había envejecido mucho mejor de lo que ellos pensaban; parecía por lo menos diez años menor. El pelo estaba mal. Y la barba de su juventud les había impedido representar bien su mandíbula. Mejor para él. Aun así, el primer retrato lo tenía preocupado. Aunque hubieran pasado muchos años, alguien podría acordarse de él.

Se sirvió un poco de vodka; luego caminó hasta la ventana para observar sus rosales. Los pulgones les estaban chupando la vida, pese a sus cuidados. Furioso con los áfilos que no podía controlar, volvió su ira contra Mary Mallory. Cerró los ojos; frente a sus párpados cerrados flotaba un torbellino rojo. Lástima que no fuera la sangre de ella. Se preguntó cuánto tiempo le quedaba.

Con las llaves del Volvo en la mano, corrió a la cochera. Un segundo después estaba afuera, conduciendo a buena velocidad. Lo estaban cercando, pero antes se ocuparía de ella. ¡Esa zorra barata, tan segura de sí misma! Quería verla muerta y conocía la forma perfecta de hacerlo.

Se felicitó, una vez más, por haber tenido la previsión de vigilar a Mary Mallory. Ella había sido la primera. Pero el asesinato quedó frustrado y desde entonces le tenía miedo.

No había sido trasladado a otro estado, como dijera en el café. Durante todo el tiempo que Mary Mallory permaneció en Tacoma, él estaba a poca distancia, en Seattle. Había alquilado un coche barato para seguirla sin ser reconocido. Sabía que ella estaba embarazada y que la criatura era suya, forzosamente. Le siguió los pasos; cuando desapareció, cuando encontraron a esa pequeña abandonada en Seattle, él adivinó de quién era. En realidad, sabía más que ella sobre esa niña.

Ahora buscaba una cabina de teléfono en alguna calle tranquila. La línea de Mary Mallory debía de estar intervenida, pero él conocía la manera de trabajar de la policía. Mientras se diera prisa no habría peligro.

Pasaron las horas. A la una de la madrugada, el teléfono de Mal había permanecido mudo.

—Deberías acostarte —dijo Harry. Pero ella meneó la cabeza, medio caída sobre él.

—Sin ti, no podría —murmuró, soñolienta. Y en ese momento sonó el teléfono.

Capítulo 47

Se separaron bruscamente. Mal miró a Harry con los ojos agrandados por el miedo.

El aparato sonó otra vez, destrozando el silencio en agudas astillas.

—Ahora o nunca, Mal —dijo Harry, soltándola.

Ella clavó una mirada aprensiva en el teléfono. Se pasó la lengua por los labios, súbitamente secos. Luego atendió.

—Hola —susurró.

—Bueno, Mary Mallory —dijo el hombre—. La de esta noche ha sido una actuación muy encomiable.

Esa voz le provocó un estremecimiento. Era como un terremoto que sacudiera sus cimientos. No podía respirar, no podía decir nada, no quería escucharlo. Pero era preciso mantenerlo en la línea...

—He estado pensando —dijo él—. ¿No es hora de que yo conozca a mi hija? Mal dejó escapar una exclamación aterrada. Harry estaba escuchando por el otro aparato. La voz del hombre sonaba apagada, como si sostuviera algo frente a la boca.

—Ha de tener la misma edad que tenías tú cuando nos conocimos —prosiguió—. ¿No te parece interesante? Y voy a decirte algo, Mary Mallory: en este mismo instante he salido para visitarla. Pero no te preocupes; ella no sabrá quién soy. Soy demasiado inteligente para ti, Mal. Demasiado inteligente para todos vosotros. No me atraparéis.

Estaba midiendo el tiempo de la llamada con su elegante reloj deportivo. Cortó segundos antes de que pudieran completar el rastreo. Había sido una idea brillante, pensó. Matar dos pájaros de un tiro. Haría que los diarios sensacionalistas brillaran como nunca.

La línea quedó muerta. Harry se comunicó por telefonía móvil con la sala de su brigada, donde se controlaban las llamadas.

—Ha cortado demasiado pronto —dijo, derrotado—. Solo sabemos que la llamada era desde Boston.

Ella se había acurrucado en un extremo del sofá, como si acabara de tener un encontronazo con una aplanadora.

—La chica está en peligro, Mal —observó Harry—. Debes darnos el apellido de su familia para que podamos protegerla.

—No quiero que ella sepa nada sobre ese hombre —exclamó Mallory, despavorida.

—No sabrá nada, te lo prometo. Por favor, Mal, antes de que sea demasiado tarde.

Ella le dio el apellido y se acurrucó en el sofá, como una apretada bola de tormento, mientras Harry llamaba a la policía de Seattle. Fue fácil: la familia era importante y muy conocida en la ciudad por sus obras de caridad. Tenían tres hijos: una mujer y dos varones. La chica estaba cursando el primer año en la Universidad de

Boston.

Harry y Mal intercambiaron una mirada de espanto.

—¡Oh, Dios mío! —gimió ella—. Por Dios, Harry...

Pero él ya estaba hablando con el jefe de policía de Boston.

Dos minutos después cortó violentamente.

—Ponte el abrigo —dijo.

Mallory, dominándose, corrió al dormitorio en busca de una chaqueta y un bolso. Él ya tenía el ascensor esperando.

—¿Adónde vamos?

—A Boston. Si nos damos prisa podremos tomar el vuelo siguiente.

Afuera esperaba un automóvil de la policía neoyorquina. Harry la empujó hacia el asiento trasero y subió tras ella. Con las sirenas en marcha, serpentearon velozmente en el tránsito rumbo a La Guardia.

Alcanzaron el vuelo justo a tiempo. Él no le soltó la mano durante todo el viaje a Boston. Apenas hablaban. No había nada que decir, pensó Mal con tristeza. Solo podía rezar por su hija.

En Logan los esperaba Rossetti.

—No podrás creerlo, Profe —dijo—, pero la chica no estaba en su alojamiento. Esta noche debía ir con sus amigas a un concierto, pero dijo que no se sentía bien y fue a la clínica. La han internado en el Hospital General, con una posible infección en los riñones. Hice que apostaran agentes de uniforme ante su cuarto y en los pasillos.

Iban cruzando a paso rápido la terminal, casi corriendo. El patrullero esperaba afuera; se apretaron en él.

—Mantenemos todo callado, como ordenaste, Profe. La chica no sabe que está en la mira del asesino. Solo sabe que está enferma.

Harry agradeció al cielo que ella estuviera sana y salva. De pronto recordó, intranquilo, la impresión del zapato Gucci en la frente de Suzie; en el Hospital General había varios médicos que usaban ese calzado.

—Voy a dejarte en mi casa —dijo a Mal—. *Squeeze* te cuidará. Tengo que volver a la comisaría.

Pocos minutos después estaban en la casa de Louisburg Square. El perro acudió corriendo en cuanto Harry abrió la puerta. Después de revisar las ventanas y las puertas, la miró durante un largo instante.

—Anímate, Malone —dijo, con una gran sonrisa—. Todo saldrá bien.

Y desapareció sin darle tiempo a responder.

Ya en la sala de brigada, llamó en su ordenador la lista de médicos del sexo masculino que trabajaban en Boston y en la zona circundante. El FBI había investigado el pasado y el presente de cada uno; en la lista figuraban todos los datos: lugar y fecha de nacimiento; detalles de sus estudios; casamientos, divorcios y descendencia; detalle de las poblaciones y ciudades en las que habían vivido antes de radicarse en Boston. Harry sabía también la dirección de cada hogar y hasta donde

estudiaban sus hijos.

A la mente le vino una imagen de Suzie Walker. La oyó decir, una y otra vez: «¿Qué hace usted aquí?».

Suzie había colaborado estrechamente con el doctor Waxman.

Pidió el *curriculum vitae* de Waxman para releer la historia de su vida. Era bastante simple.

Aaron Waxman tenía cincuenta y seis años y se había casado con su novia de la universidad. Vivía en los suburbios y tenía tres hijos, uno de los cuales estaba estudiando medicina. Era hijo de un obrero de Chicago, su carrera estaba libre de problemas y se lo tenía por buen profesional. Conducía un Mercedes negro; su esposa, un Suburban blanco.

Harry frunció el ceño: no hallaba en la vida de Waxman nada que apuntara a una conducta aberrante. El hombre apenas tenía tiempo libre; trabajaba mucho, atendía bien a su familia y participaba intensamente de los asuntos de la comunidad judía.

Frustrado, continuó con los otros médicos que habían trabajado con Suzie. Recorrió la lista con paciencia. Todos tenían un matrimonio estable y una buena vida hogareña. Todos... salvo el doctor Bill Blake.

Estudió otra vez los datos de Blake.

Tenía cuarenta y ocho años; pese a esa relativa juventud, se había desempeñado en varios puestos diferentes, mudándose de un lado a otro del país: de San Francisco a los Angeles, a Chicago, a Saint Louis y finalmente a Boston. Sus certificados de estudios eran impecables. Desde hacía tres años se desempeñaba como médico forense para el Municipio de Boston. En lo personal, había enviudado siete años atrás; vivía solo en un apartamento de Cambridge y conducía un Volvo Gris.

Algo se encendió en la mente de Harry. Recordó el Volvo aparcado frente al hospital y los ladridos frenéticos de *Squeeze*. Recordaba también el número de licencia. ¿Pertenería a Blake? Pero no podía ser él. Trabajaba con la policía. Todos ellos lo conocían.

Se volvió hacia Rossetti, inquieto.

—¿Qué sabes del doctor Blake?

—¿De Bill Blake? —Su compañero puso cara de sorpresa—. Normal, supongo. Algo extraño, a mi modo de ver, pero es solo una impresión personal. Cualquier tío que se gane la vida de ese modo me parece extraño.

Harry visualizó la glacial sala de autopsias, con sus azulejos blancos y el aire acondicionado a toda marcha; vio a Blake canturreando, con el bisturí apuntado al cadáver desnudo de Suzie Walker.

Allí había algo raro. Lo sentía en los huesos.

Guiándose por una corazonada, llamó al hospital de Seattle donde Wil Ethan había hecho su internado. Preguntó si en sus archivos figuraba el nombre de William o Bill Blake. Una hora después llamaron para informarle que, muchos años antes, habían tenido allí un interno llamado William E. Blake.

—William Ethan Blake —dijo Harry a Rossetti, con aire de triunfo—. Es nuestro hombre.

El doctor Blake aparcó el Volvo gris oscuro en el lugar de costumbre. Al entrar en el hospital se encontró frente a frente con un policía uniformado.

—Disculpe, doctor —el agente retrocedió un paso, respetuosamente.

Blake volvió a respirar.

—¿Qué pasa? —preguntó, echando una mirada nerviosa por encima del hombro.

El agente sabía que el doctor Blake era médico forense; lo había visto actuar en varios casos de homicidio y no tenía motivos para desconfiar de él.

—El jefe ordenó custodiar todas las entradas, doctor —explicó—. Hay una joven paciente a la que quiere proteger.

—¿Estudiante? —Blake adivinó la respuesta antes de oírla.

—En efecto, doctor.

—Supongo que es el detective Jordan quien está a cargo —comentó tranquilamente—. Muchas veces hemos trabajado juntos. Esperemos que esto no acabe en otro desastre para él.

—Esperemos que no, doctor.

—¿Jordan está aquí? —preguntó, con perfecta desenvoltura.

—No, señor. Está en la estación de policía. Pero vendrá de un momento a otro.

—¿La señorita Malone está con él?

—Sí, doctor. Vino desde nueva York hace un par de horas.

Con toda la calma posible, Blake caminó por el pasillo hasta la salida de incendios y salió por allí para correr al aparcamiento. Se sentó en el Volvo a pensar qué haría. Aquello había terminado, sin duda. Se preguntó cuánto tardarían en apresarlo. No le importaba. Solo quería ajustar cuentas con la mala zorra que lo había arruinado.

Capítulo 48

El doctor Blake circulaba lentamente por la calle Charles, alerta a la presencia de los patrulleros. A la altura de Pinkney giró a la derecha y se detuvo en la esquina de la plaza Louisburg. Como allí estaba prohibido aparcar, plantó en el tablero un letrero que anunciaba: «Médico de emergencias».

Desde allí veía bien la casa. Solo había una luz encendida, en la planta baja, la que ocupaba Jordan. Puesto que él iba camino al hospital, eso significaba que la mujer estaba sola en la casa.

Se quitó la fina chaqueta de mezclilla y la arrojó al asiento vecino.

Lo llenaba de ira pensar en lo que había hecho Mary Mallory. Lo había puesto al descubierto, echando a perder su plan magistral, arruinando su meticulosa vida. Le temblaban las manos. Las hundió en los bolsillos; sus dedos ciñeron el cuchillo, con su vaina plástica.

Pasó algunos minutos vigilando la casa, hasta asegurarse de que no había ningún agente acechando entre las sombras. Nadie entraba ni salía; no había nadie en las proximidades. Cruzó la calle a paso tranquilo. Había luz en la gran ventana salediza de la izquierda; las cortinas estaban corridas y se oía a Sade cantando *Operador frío*. Sonrió con aire lúgubre; la música era adecuada.

Subió los anchos peldaños de la entrada y tocó el timbre, echando una mirada intranquila a la calle iluminada por las lámparas. Adentro ladró un perro.

—Quieto, *Squeeze* —ordenó Mal, sujetándolo por el collar. Echó una mirada nerviosa a la puerta, preguntándose quién sería. El timbre sonó por segunda vez. *Squeeze*, erguido sobre las patas traseras, ladraba como loco—. ¿Quién es? —preguntó, estremecida.

—Policía, señora. Soy el oficial Ford. El Profe llamó al jefe y le pidió custodia para usted. Si no le molesta, señorita Malone, tengo que entrar para revisar la puerta trasera y asegurarme de que usted no corra peligro.

Mal dejó escapar un suspiro de alivio. Debía de ser cierto, pues había llamado «el Profe» a Harry.

Encerró a *Squeeze* en el dormitorio. Aún lo oía gimotear mientras cruzaba el vestíbulo para abrir la puerta de calle.

Él puso un pie adentro. Le estrelló la puerta en el pecho, empujándola hacia atrás, y cerró con violencia. Un segundo después la tenía sujeta con un brazo, con la espalda apretada contra él y la boca cubierta. El perro ladraba a todo pulmón en el dormitorio.

Mal trató de forcejear. Él sonrió, disfrutando de tenerla así, inerte. Era uno de los momentos que más disfrutaba.

—Se te ha ido esa larga lengua, Mary Mallory —le susurró al oído—. Te advertí que te mataría si hablabas. Todo iba bien. Tú me dejabas en paz, yo te dejaba en paz. Ahora lo has arruinado todo —estaba ceñudo como un pequeño petulante al que le

han quitado un caramelo—. No digas que no te lo advertí.

Cuando sacó el puñal del bolsillo aflojó la presión durante una fracción de segundo. Ella impulsó los codos hacia atrás, con toda la fuerza posible. Se hundieron en algo blando. Él quedó sin aire.

Lo había golpeado en el plexo solar, justo debajo del esternón, donde hay una vulnerable red de nervios. Blake la soltó, doblado por el dolor y sin poder respirar.

Mal iba hacia la puerta, gritando a todo pulmón. El perro seguía ladrando. Él se aterrorizó. Tanto ruido llamaría la atención; vendría alguien...

Se lanzó tras ella en una entrada de *rugby* y logró sujetarla por los tobillos. Mal se estrelló contra el suelo, retorciéndose y tironeando. Él la aferró del pelo, tirándole la cabeza hacia atrás, y le clavó la rodilla en la base de la columna.

—¡Quieta! —bramó.

Pese al cuchillo que le rozaba el cuello, Mal no dejó de gritar. Blake sudaba por el esfuerzo. Con las otras no había sido así; ella era más fuerte de lo que esperaba. Deslizó el cuchillo por la carne blanda, a lo largo de la clavícula.

Mal sintió el acero frío en el cuello y el fluir de la sangre. Se vio catapultada hacia atrás en el tiempo, hasta esa noche remota, en la ruta desierta, donde la neblina era un sudario entre los árboles deshojados. Por su mente cruzó una fea imagen de él, medio desnudo después de haberla violado. Recordó la presión de aquel otro acero frío sobre su piel, la calma con que él lo había pasado por su cuello, como si lo probara...

Sintió sus ojos clavados en ella, ardientes, deseando que lo mirara antes de matarla. La atraían como un imán. Debía mirarlo. Él se dio cuenta de que por fin la había dominado.

—Bueno, Mary Mallory —dijo, relajándose. Ahora comenzaba a disfrutar—. Veo que has aprendido un par de cosas desde la última vez que nos vimos. —Dejó escapar una risa que fue como un ladrido—. ¡Qué pequeñez insignificante eras entonces! ¿Cómo pudiste creer que un hombre como yo iba a fijarse en ti? Lo que te perdió fue esa barata vanidad femenina, Mary Mallory.

Mal miró fijamente los ojos que invadían sus sueños desde hacía casi veinte años. Parecían taladrarla, en tanto él recordaba cuánto la había despreciado en aquellos tiempos, sabiendo que sería una presa fácil.

El odio se desplegó dentro de ella como una flor gigantesca. El cuchillo seguía apoyado en su cuello, pero ya no tenía miedo. Se sentía inmune a sus pullas, inmune a su malignidad.

Cerró los ojos, pidiendo fuerzas, obligándose a recordar lo que ese hombre le había hecho, la angustia que le había causado. Pensó en Rachel, en Mary Ann, en Summer, en Suzie. Luego, en su propia hija desconocida, que había estado a punto de ser la víctima siguiente. Y comprendió que debía matarlo. Como fuera.

Él se entretenía en detallar lo que pensaba hacer. Se lo describía con lujo de detalles: cómo sería el dolor, el infierno en que estaba por entrar.

—Recuerda que soy patólogo —susurró—. Soy un experto. Solo que, por lo general, hago estos trabajos cuando la víctima ya ha muerto.

Y rio para festejar su propio chiste. Luego le indicó gráficamente qué partes iba a cortar y qué haría con ella.

Mal cerró los oídos a sus obscenidades, concentrada en reunir fuerzas. Como ruido de fondo oía los ladridos de *Squeeze*, sus uñas contra la puerta del dormitorio. Pero no tenía tiempo para arrepentirse de haberlo encerrado. Ya se veía muerta.

«¡Oh, Harry, Harry! —pensó—. Cuánto me gustaría volver a verte».

Él levantó la vista, ceñudo. Ese perro iba a causarle problemas. Los vecinos acabarían por venir a quejarse o por llamar a la policía. Tenía que sacarla de allí. Se irguió sobre las rodillas.

—Levántate, puta —dijo, tirando del brazo.

Mal vio entonces su única oportunidad. Giró en redondo y le clavó los dedos en los ojos. Blake la soltó con un grito de dolor. Ella quiso patearlo, pero el hombre le sujetó el pie, haciéndola caer. Lanzó un alarido y luchó con los codos, las rodillas, los puños. La alfombra se plegó y Black cayó estruendosamente, junto a ella. La alcanzó con un toque de puñal en la mejilla, pero Mal ni siquiera lo sintió. Estaba invadida por la ira.

Ya no luchaba por salvar la vida. Luchaba para matarlo. *Squeeze* dio un último brinco hacia el picaporte y lo movió con la pata, como al botón del reloj despertador. Por fin pudo abrir la puerta.

Salió disparado por el pasillo, mostrando los colmillos en un gruñido.

Blake lo vio venir, pero ya era demasiado tarde. *Squeeze* surcó el aire y le hundió los dientes en el hombro.

Mal se levantó trabajosamente. Harry le había dicho que el perro era como Houdini, capaz de escapar de cualquier parte, incluido su dormitorio. Pero ella aún no había terminado: solo quería matar, matar... Corrió a la cocina en busca de un cuchillo.

El perro clavó los dientes en el cuello de Blake, arrancándole un grito. Buscando a tientas en la alfombra, encontró el puñal. Era más astuto que el perro, se dijo; era más astuto que todos ellos. Y clavó el arma en el pecho del animal.

Mallory apareció corriendo, con un cuchillo de carnicero. Oyó el gemido de *Squeeze* y lo vio retroceder, tambaleante. Le temblaban las patas; bajó la cabeza y, con un lloriqueo, cayó al suelo.

—¡Oh, Dios! —exclamó, horrorizada. El perro se sacudió en sucesivos espasmos que agitaron el denso pelaje plateado. Blake se estaba incorporando, cubierto de sangre, con el cuello desgarrado por una mordedura.

Durante un momento que pareció interminable, se miraron con fijeza.

Mal esperaba con el cuchillo en alto, lista para atacar. Ahora que había sido debilitado podría matarlo. Blake giró para caminar hacia la puerta, tambaleándose. Le echó una última mirada, llena de odio, y desapareció.

El cuchillo cayó al suelo dando un golpe. Mal escondió la cara entre las manos, gimiendo. No podía matarlo. Si lo hacía sería tan mala como él.

Corrió a cerrar la puerta y le echó llave. Con los ojos llenos de lágrimas, miró a *Squeeze*. La sangre estaba empapando la alfombra a su alrededor. Cayó de rodillas para tocar el pelaje suave. Esos hermosos ojos azules se movieron hacia ella. Respiraba en jadeos breves y rápidos, con la lengua colgando.

Corrió al teléfono para llamar a la policía.

—El doctor Blake estuvo aquí. Trató de matarme, pero acabó hiriendo gravemente al perro. Avise al detective Harry Jordan que el asesino está suelto otra vez. Y necesito un veterinario. Es urgente.

El doctor Blake sabía que le quedaba poco tiempo para hacer lo que debía, pero se lo había prometido a su madre y él cumplía siempre sus promesas.

Después de subir al Volvo, cubrió la herida del cuello con su costosa chalina de seda, se puso la chaqueta y se alisó el pelo.

Era imperativo tener un aspecto sereno y normal, como cualquier ciudadano que vuelve a su casa. Aunque supieran el número de su licencia, el único domicilio registrado en sus documentos era el pequeño apartamento de Cambridge. Pero el conserje del edificio les daría la dirección de su casa. Por eso debía llegar primero.

El tránsito era mínimo, los semáforos estaban en verde y no se cruzó con ningún patrullero. Se dijo, sonriendo, que era como si su madre estuviera ayudándolo. Cuando vio que la sangre empezaba a empapar el jersey, se ciñó la chaqueta. Trató de concentrarse en el volante, sin pensar en el dolor.

En un abrir y cerrar de ojos llegó a su pulcra calle suburbana. Allí no había ningún coche de policía. Cuando entró en la cochera se sentía nuevamente invencible. Estaba en casa. Les había ganado de mano, al fin y al cabo.

Cerró con llave la cochera y la puerta trasera de la casa. Luego caminó tambaleándose hasta la cocina para llenar de vodka un vaso grande. Se sentía letárgico y débil; le temblaba la mano. Había perdido mucha sangre. Por su profesión sabía lo que le estaba sucediendo; era preciso darse prisa. Después de beber todo el vaso de vodka, subió la escalera lentamente, peldaño a peldaño.

Ante la puerta del cuarto especial cayó de rodillas, respirando con dificultad. La sangre manaba en abundancia de la herida del cuello; estaba manchando la alfombra, pero eso ya no importaba. Buscó a tientas la llave, bajo la camisa, y tentó con ella hasta que encontró el agujero de la cerradura. Necesitó de todo su esfuerzo para hacerla girar.

El cuarto estaba a oscuras, exceptuando el leve resplandor verdoso del gran acuario, que ocupaba toda una pared. Gateó penosamente hacia ese tanque de luz glauca. El gorgoteo del líquido era sedante; su luz tenía una extraña cualidad subacuática.

Por fin estaba allí. Se incorporó sobre las rodillas, levantando las manos en una súplica.

—He venido a casa, madre —dijo—. He venido a casa, tal como te prometí.

La mujer que giraba lentamente en ese límpido líquido verde no podía responderle, pues tenía la boca cosida. Tampoco podía verlo, pues tenía los párpados cerrados con puntos de sutura. Ya no lo amamantaría, pues sus pezones habían sido amputados. Y estaba muerta desde hacía muchos años.

Su cuerpo se mantenía en condiciones tan perfectas como el día en que él la embalsamara. La boca cerrada parecía sonreír como nunca lo había hecho en vida.

Él siempre había sabido que acabaría por detener, de una vez por todas, sus palabras malignas. Era uno de los motivos por los que había elegido la medicina. Los médicos podían hacer impunemente cosas que no estaban al alcance de la gente común. Tenían acceso a venenos y drogas; determinaban la causa de una muerte y firmaban el certificado sin que nadie hiciera preguntas. Cuando descubrió la patología forense fue como si le entregaran un regalo. Siendo patólogo sabría exactamente qué hacer con un cadáver.

La mató en una luminosa tarde de verano, a la orilla de una horrible laguna de Washington. En los últimos tiempos ella no se había sentido bien; él ofreció llevarla a pasear en coche. Le había estado mezclando pequeñas cantidades de arsénico en el zumo de naranja, no tanto como para matarla, pero suficiente como para que comentara con las vecinas que no se sentía bien.

Se sentaron a la orilla del lago y él escuchó sus habituales protestas: «Después de todo, eres médico. Y no sabes siquiera curar a tu propia madre. De niño no servías para nada. Y de grande eres todavía peor. Tampoco sirves como hombre».

No lo pensó dos veces. Con una mirada tan glacial como su corazón, giró en redondo y le cortó el cuello. Ella le clavó los ojos grandes, asombrados, y se hundió en la nada. Él la sacó del coche, le desgarró el vestido y empezó a golpearla con los puños, con la cabeza gacha, como los boxeadores. Puñetazo tras puñetazo. Se incorporó para tomar aliento. Luego se arrojó contra ella para morderla y arañarla. Finalmente la violó. La penetró una y otra vez, pero no consiguió llegar al orgasmo. Ella tenía razón: él era un fracaso.

Enloquecido de cólera y humillación, le practicó un corte en la muñeca con el bisturí. Al ver la roja sangre que brotaba, la excitación creció dentro de él. Le cortó la otra muñeca. Y mientras ella moría, sus propios humores manaron igual que la sangre.

Se estremecía de exaltación. Ahora mandaba él. Desde entonces le daba las gracias todas las noches por haberle mostrado, por fin, el camino.

Después de envolverla en la bolsa para cadáveres que había llevado, la escondió en el maletero del Lincoln blanco que ella conducía y volvió lentamente a su casa, con la radio encendida, acompañando con un alegre canturreo el concierto para violín de Brahms.

Una vez en la cochera, con la puerta cerrada, la sacó del maletero y la llevó a la cocina. No había sangre ni suciedad alguna; todo quedaba dentro de la bolsa. En la cochera tenía todo el equipo necesario: los instrumentos, los fluidos para embalsamar, los recipientes. Cubrió el suelo con láminas de plástico, se puso los guantes de goma y dio comienzo a la tarea.

Un par de días después informó a los pocos amigos de su madre que ella había sufrido un ataque fatal mientras dormía. Respetando sus deseos, se la cremaría sin funerales. Pidió a quienes deseaban recordarla que enviaran una donación a alguna obra de caridad.

Pocas semanas después les dijo que le habían ofrecido un empleo fuera del estado. Puso la casa en venta y se despidió de todos. Después cargó el cuerpo embalsamado en el coche, junto con su equipaje, y se marchó a Chicago.

Con lo obtenido por la venta de la casa compró una bonita vivienda en Bloomington Hills, donde ella tendría un cuarto propio, como antes; allí la instaló, en un acuario, para poder verla cuando hiciera falta. Le brindaba un gran placer verla girar lentamente en ese fluido, sonriéndole sin decir nada, cuando le hablaba de sus chicas.

Más adelante se mudó a San Francisco; después pasó un tiempo en Los Angeles. Siempre se radicaba en ciudades con universidades importantes, donde hubiera muchachas en abundancia. Y finalmente se mudó a Boston.

Se arrodilló ante ella, con las manos mansamente cruzadas. Su cuello seguía manando sangre.

—Ya he terminado, madre —dijo.

Se tendió frente al acuario. Luego sacó del bolsillo el bisturí manchado de sangre y lo limpió con esmero. Contempló un largo rato sus palmas vueltas hacia arriba. Por fin hizo un limpio corte con el instrumento: primero en una muñeca, luego en la otra. El perfecto patólogo, hasta el final. Levantó las manos ensangrentadas para mostrárselas.

—Ya está, madre —gritó—. Ya está.

Se le aflojaron las rodillas y cayó al suelo. Quedó tendido de espaldas, contemplando la sangre y la vida que se iban a borbotones, como tantas otras veces. Giró lentamente la cabeza para mirarla. El odio manó de él igual que la sangre.

—Putá —dijo.

Harry se lamentó de no ir al volante del Jaguar; aunque el Ford se abría paso por el tránsito con la sirena a todo volumen, no alcanzaba la velocidad suficiente. Trató de relegar al fondo de su mente la imagen de Mal para concentrar sus energías en Blake. Mal estaba bien. Y prefería no pensar en lo que habría hecho con Blake si él la hubiera matado.

El Ford giró bruscamente a la izquierda, con un chirriar de cubiertas, y los coches

policiales lo siguieron ruidosamente por la bonita calle suburbana. Varias luces se encendieron en los pisos altos, mientras los vecinos saltaban de la cama, sobresaltados, para averiguar qué estaba sucediendo. Pero la casa del doctor Bill Blake permanecía a oscuras, silenciosa.

—Es esta, Rossetti. —Harry abrió violentamente la portezuela y manoteó la pistolera. La Glock se ajustó a su palma como un guante, suave y letal. Caminando entre las sombras, fue hacia la casa, seguido por su compañero, mientras los del equipo especial rodeaban la casa, rodilla en tierra y apuntando sus armas hacia las puertas y las ventanas. Se enfocaron reflectores encendidos hacia la pulcra vivienda de Blake. Los agentes apostados calle abajo detuvieron al creciente grupo de vecinos, que habían salido en bata, atónitos ante el drama que se desarrollaba en su respetable vecindario.

Todas las salidas de Boston habían sido inmediatamente bloqueadas; las patrullas estaban sobreaviso. Harry no sabía si Blake estaba allí, pero no podía correr ningún riesgo. Tomó el micrófono.

—Doctor Blake, está rodeado. Le ruego que abra la puerta de calle y salga con las manos en alto. Es lo que más le conviene.

El silencio de la casa era palpable. Un avión pasó zumbando, muy arriba. Las estrellas parpadeaban en el cielo claro.

—Es su última oportunidad, Blake —dijo Harry al micrófono. Los del equipo especial cambiaron de posición, acercándose. Había algunos apostados en el techo de la casa de enfrente; otros habían franqueado el muro de la parte trasera.

El silencio hería los oídos. Harry miró a Rossetti y se encogió de hombros.

—Te apuesto cien dólares a que está ahí adentro.

—Bueno, vamos —dijo su compañero. Harry dio la señal. Sonaron los disparos, destrozando las ventanas del piso alto. Nada sucedió. Harry hizo volar de un disparo la cerradura de la puerta, pero aun así no pudo abrirla.

—El condenado ha puesto tantos cerrojos que esto parece una fortaleza —murmuró Rossetti, forcejeando.

Corrieron hacia un costado, siempre pegados a la pared. Rossetti rompió una ventana y se aplastó contra el muro, alerta. El silencio era tan absoluto que Harry oía su propia sangre latiendo en sus oídos. Después de retirar precipitadamente los trozos de cristal, entraron cruzando sobre el alféizar.

Los reflectores iluminaron la cocina con un fulgor irreal. El frigorífico estaba abierto; en la encimera había una botella de vodka casi vacía. La sangre que manchaba los azulejos blancos era visible desde lejos. Con la vista clavada en el suelo, Harry siguió el rastro, que cruzaba la puerta hacia el vestíbulo, e hizo una señal a Rossetti.

El equipo especial entró calladamente, apretándose contra la pared. Tres de sus miembros echaron una rodilla en tierra, con las armas apuntadas a la zona oscura de arriba, al tope de la escalera.

Harry apretó la boca en un gesto decidido al recordar las últimas palabras de Summer Young. Lo enfermaba recordar en qué estado habían encontrado a Suzie Walker. Y al doctor Blake destrozándola otra vez en la mesa de autopsias, canturreando. Pensó en lo que había sufrido Mal por su culpa.

Subió de prisa los peldaños, seguido por Rossetti. Al llegar arriba giraron en redondo, alertas. El vestíbulo superior estaba desierto, con todas las puertas cerradas y en completa oscuridad. Rossetti le dio un codazo, señalando con los ojos un débil resplandor verdoso que se filtraba por debajo de una puerta.

Se oía un leve gorgoteo. «Como el de una piscina», pensó Harry, intrigado. Mostró el pulgar en alto al equipo especial, que se lanzó escalera arriba. Él abrió la puerta de par en par y cargó junto con Rossetti, con las armas prestas.

Harry levantó la mano para detener a los hombres. Blake yacía en un charco de su propia sangre, con los ojos abiertos. No hacía falta ser un genio para saber que había muerto.

—Qué mierda... —exclamó Rossetti, estupefacto.

Harry apartó los ojos del cadáver tendido en el suelo y se encontró con la mujer mutilada que giraba lentamente en el acuario. Esa era, sin duda, la enfermedad que William Ethan Blake había escondido en su alma.

—¡Cristo! —exclamó Rossetti, estremecido—. Esto parece una película de horror.

Los policías, agolpados en el vano de la puerta, observaban atónitos aquella escena espeluznante.

—Bueno, muchachos —dijo Harry—, se acabó.

De pronto se sentía vacío de toda emoción. No lograba comprender que un hombre pudiera hacer semejante cosa, vivir tantos años con esa desolación y esa malignidad.

—Dejad pasar al forense —ordenó, mientras un médico se abría paso entre los policías—. Y volvemos a lo de costumbre.

Se iniciaba la rutina familiar: el fotógrafo, el médico forense, el laboratorio criminológico. Así era la vida del policía.

—Tendrás que disculparme —dijo a Rossetti, súbitamente formal—. Quiero ver a Mal. Si el jefe pregunta por mí, dile que he salido por asuntos personales.

En ese momento le importaba un bledo lo que pensara el jefe. Después de ver lo que Blake había sido capaz de hacer, necesitaba verificar con sus propios ojos que Mal estuviera sana y salva.

Rossetti comprendió que su compañero estaba tan asqueado como él.

—Summer Young tenía razón —le dijo—. Era el peor de los cerdos. Pero las chicas ya pueden descansar en paz, Profe.

Y se persignó, pidiendo a Dios que fuera verdad.

Capítulo 49

Mal estaba sentada en la salita de Miffy, bajo la mirada de los retratos familiares; los dogos enanos se apretaban a ella como un par de almohadones. Miffy se sentó frente a Mal, nerviosa, y le sirvió el té; se había puesto una bata china de satén dorado con un diseño de nubes.

—Los de pan blanco son de pepinillos; los de pan integral tienen salmón —informó, pasándole un plato de bocadillos.

Mal tomó uno de pepinillos y se lo agradeció con una sonrisa.

—¿Estás segura de que no quieres acostarte? —preguntó Miffy, preocupada—. Después de lo que has pasado...

No terminó la frase, pues temía expresarlo con exactitud. Era demasiado terrible.

—Espero a Harry —explicó Mal—. Tengo que decirle lo del perro.

—Bueno, al menos han encontrado a ese hombre terrible. Ya no podrá hacer daño a nadie.

Harry había llamado para decirle que Blake se había suicidado.

Mal mordió el bocadillo. Su sabor era fresco, sencillo y delicioso. De pronto sintió un hambre devoradora.

—Podría comerme el plato entero —comentó, sonriendo.

Cuando Harry llegó había liquidado la mitad del plato. Él se detuvo a mirarla desde la puerta, mostrando en los ojos todo lo que sentía: preocupación, miedo, alivio, amor.

Miffy le había prestado un camisón blanco y una bata de baño amarilla. Un parche de gasa le cubría el corte, entre el ojo izquierdo y el hueso de la mandíbula. Él se acercó y le puso una mano en el hombro.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Mal lo miró. Estaba muy despeinado, como si se hubiera pasado las manos por el pelo un millón de veces. Lo que vio en sus ojos le gustó.

—Ahora sí —dijo.

—Ya pasó todo, Mal. Está más muerto que mi abuela. Se mató tal como mató a las chicas. Es lo mejor que pudo hacer.

Ella suspiró.

—Qué cerdo.

—Sabemos cómo consiguió los números telefónicos. Fue a la comisaría para llevar un informe. Dice Rossetti que lo dejó solo en la oficina unos diez minutos; al volver lo encontró jugando con el ordenador. Dijo que le fascinaba. Rossetti no le dio importancia.

Ella asintió. El hombre había sido inteligente, tanto que habría podido zafarse. Pese a su vacilación, tuvo que preguntarlo.

—¿Y mi... la chica?

—Está bien y no sabe nada. Ni siquiera sabe que estuvo en peligro. —Harry sabía

lo que ella estaba pensando—. No se enterará jamás, Mal. Nadie lo sabe.

Mal comprendió que la chica ya no era su hija. Pertenecía a la familia que la había recibido en su corazón y que la había guiado con amor. Nunca sabría de su relación con el doctor William Blake; no tendría que llevar esa carga horripilante. Era inteligente, joven y adorable. Era feliz. Y seguiría siendo así.

—Por fin está libre —dijo, suspirando.

Harry le besó la mano.

—Y tú también —dijo. Ella sonrió—. Estuve a punto de echarlo todo a perder. Pensé que en mi casa estarías a salvo. Ignoraba que Blake conocía mi dirección. Debí haberme percatado el día en que vi el Volvo aparcado en la plaza.

—*Squeeze* hizo honor a su nombre y escapó de tu cuarto justo a tiempo. Blake le dio una puñalada. Faltó poco para que le atravesara el corazón. Ha perdido mucha sangre, pero lo operaron y se va a recuperar.

Harry cayó en el sofá, a su lado, y escondió la cabeza entre las manos.

—Cristo —musitó, pensando en lo cerca que había estado de perderlo todo.

Ella le tomó la mano. Se miraron con atención, como si no pudieran creer que aquello había terminado.

Miffy pensó que hacían una pareja muy bonita. Era de esperar que el muchacho no la dejara escapar.

—¿Otro bocadillo? —invitó, sonriendo.

Capítulo 50

Un par de semanas después, bajo una ligera lluvia de verano, Harry giró en la esquina hacia Ruby. *Squeeze* tironeaba de la correa, deteniéndose de vez en cuando a beber de los charcos. El veterinario le había afeitado la piel del pecho, donde la cicatriz relucía, roja y lívida.

—No hay prisa, amigo —dijo Harry, con indulgencia.

El perro merecía tomarse todo el tiempo del mundo. Formaban una buena pareja: él, con la cicatriz en la cabeza; *Squeeze*, con el pecho surcado, como un par de gamberros.

—Nadie se atreverá a meterse con nosotros, viejo —añadió, muy sonriente.

Entró, haciendo sonar la campanilla colgada de la puerta. Mientras se quitaba la chaqueta de cuero negro echó un vistazo a la escena. Era más o menos la de siempre: las ventanas empañadas dejaban afuera el anochecer oscuro y lluvioso; el humo hacía espirales hasta el techo manchado de nicotina; un viejo olor a salsa y pollo frito, cerveza y cigarrillos formaba una reconfortante bruma.

Como siempre, estaba de bote en bote, con todas las mesas ocupadas. Cruzó una mirada con Doris, que preparaba pastel de chocolate con helado de vainilla.

—En seguida estoy contigo —dijo ella.

Después de atender a sus clientes se acercó, limpiándose las manos en el delantal.

—¿Sí?

—Sí ¿qué?. ¿Doris? —inquirió él, sonriéndole de oreja a oreja.

—¿Qué quieres?

—Quiero una mesa, mujer.

—Siempre vienes cuando más ocupada estoy —gruñó Doris—. Si no fuera porque ese valiente perro tuyo necesita descansar y comer algo decente, te diría que te fueras por donde has venido. —Dio una palmadita en la cabeza a *Squeeze*, que movió la cola con aire esperanzado—. Este sabe lo que es una mano suave. Como su amo.

—Espero a Mal Malone —aclaró Harry—. Vendrá en unos quince minutos.

—Bueno, ¿por qué no has empezado por ahí?

Doris paseó una mirada por las mesas, observando las tazas de café medio vacías. Finalmente fue hacia la mesa del rincón.

—¿Terminasteis? —interpeló, con los brazos en jarras—. ¿O acaso no veis que hay montones de gente esperando?

Harry sonrió. Ruby era siempre el mismo... y Doris también, gracias a Dios. Desocupó la mesa en cinco minutos, la limpió con un paño húmedo y dispuso los manteles individuales de papel a cuadros rojos. Las servilletas y los cubiertos aparecieron en un abrir y cerrar de ojos, al igual que un vaso de agua con una margarita amarilla.

—Es todo lo que he podido encontrar. Tómalo o déjalo —murmuró, plantándola

en la mesa.

—Gracias, Doris. Eres estupenda.

Squeeze gimoteó, dirigiéndole una mirada anhelante.

—¿Temes que me haya olvidado de ti? —desapareció tras el mostrador y volvió pocos minutos después, trayendo un plato lleno de carne—. Este valiente muchacho merece lo mejor —añadió, mientras el perro lo devoraba—. Es el perro más famoso de Boston.

—Lo sé —respondió él, sonriendo—. Y yo, el policía más famoso.

—Se te han subido los humos a la cabeza —resopló ella—. ¿Querrás cerveza? ¿O piensas invitar a la señorita Malone con una botella de champán?

—Cerveza, no más —aseguró Harry, manso.

Echó un vistazo a la puerta, recordando aquel otro atardecer lluvioso en que había esperado a Mal en esa misma cabina, no muchas semanas antes. Era un milagro que un encuentro casual pudiera cambiar tanto la vida. Se pasó las manos por el pelo revuelto, preguntándose si no habría debido arreglarse en honor de ella. Camisa y chaqueta. Pero corbata no, eso nunca.

Sonó la campanilla y Mal apareció junto a la puerta, mirando a su alrededor con las cejas algo arqueadas, como si se preguntara qué estaba haciendo allí. Él se acercó a ella con una gran sonrisa. Mal no cambiaría jamás.

—Hola —saludó, ofreciendo su mano.

—Hola —ella la estrechó.

La miró de arriba abajo. Vestía una camisa azul, vaqueros y una chaqueta de cuero negro.

—Qué elegante —comentó él, sonriente.

—Se trata de vencer o adaptarse.

Se miraron a los ojos, olvidados de la cafetería llena de humo y de los demás parroquianos.

—¿Estás bien? —preguntó Harry.

Ella asintió con la cabeza. Las gotas de lluvia chispearon como lentejuelas en el pelo rubio.

—Por aquí, señora —él la llevó de la mano a la mesa del rincón.

—Nuestra mesa —recordó ella.

—Doris te trajo una flor.

Ella sonrió al ver la margarita amarilla.

—Doris es una buena mujer.

—Un encanto.

—Ya sé que tienes debilidad por las camareras —comentó ella, recordando a Jilly.

—Y por las detectives de la televisión. —Harry disfrutó viendo el modo en que ella se deslizaba en la banqueta; le hizo pensar en ese vestido mínimo que había llevado en la fiesta de su madre.

Squeeze apareció por debajo de la mesa y se sentó, fijando en Mal una mirada

devota.

—Hola, *Squeeze* —ella le estrechó la pata—. ¿Cómo está mi niño?

—Si me amas, ama a mi perro —suspiró Harry.

—¡Eso quisieras tú! —Mal le sonreía con aire burlón.

Él volvió a suspirar.

—No cambias nunca, Malone.

Doris venía rápidamente hacia ellos, limpiándose las manos en el delantal.

—Hola, Mal, ¿cómo está? —preguntó, radiante—. ¿Ese miserable va a invitarla con champán o será lo de costumbre?

—Lo de costumbre, supongo —dijo Mal—. ¿Cómo está usted, Doris?

—No puedo quejarme —la mujer se enderezó la gorra—. Quería decirle que usted es muy valiente, Mal, por lo que hizo. Por salir a decir aquello. Gracias a usted han atrapado al Asesino de Boston. Las mujeres tenemos que defendernos mutuamente, como siempre digo.

—Gracias, Doris —dijo Mal, ruborizada. Harry se asombró de que aún fuera tan tímida—. Debía hacerlo.

Doris le dio una palmadita aprobatoria en el hombro.

—La cerveza corre por mi cuenta —anunció por encima del hombro.

Ellos se miraron.

—¿Irás esta noche a la fiesta de Vanessa? —preguntó Harry.

—Por supuesto. No me la perdería por nada del mundo. Así podré volver a bailar contigo.

Él se pasó la mano por el pelo, sonriendo.

—Salsa, ¿no?

Y agitó los hombros con cara de seductor.

—Me muero por ir —rio ella.

—¿Ha visto la medalla de *Squeeze*? —preguntó Doris, que volvía con las cervezas, orgullosa como si el perro fuera suyo.

—¿Qué medalla? —Mal miró a Harry, estupefacta.

—El jefe le concedió la Medalla de Honor Canina. En realidad, no le correspondía, pues técnicamente no es perro de policía, pero todos dijeron que se la había ganado.

Squeeze salió otra vez para dar la pata a Doris, con aire de adoración.

—Ya es hora de que le enseñes otra gracia —suspiró ella—. Esto ya es aburrido.

Y volvió a su mostrador, presurosa. Harry susurró a Mal:

—Ya verás.

Un momento después, Doris volvió con otro plato de carne. Cuando oyó el exagerado suspiro del detective, protestó a la defensiva.

—Va a engordar, sí, ¿y qué?

—Se lo ha ganado —reconoció Mal—. Además, es más divertido que la medalla. Gracias, Doris.

—¿Quieres que pida algo para ti? —preguntó Harry.

—Por supuesto. Me gustan las sorpresas —ella cruzó los brazos, lista para el desafío.

—Dos chuletas de cerdo con patatas fritas y todas las guarniciones, Doris, por favor. —Y miró a Mal con una gran sonrisa—. Como dice la señora, se trata de vencer o adaptarse.

Mientras Doris encargaba la comida, Mal tomó un sorbo de cerveza y miró a Harry. El pelo revuelto iba cubriendo la cicatriz y tenía una sombra de barba crecida en la mandíbula. Estaba tan cerca que hasta podía ver las motas oscuras de sus ojos grises. Era lo mejor que le había pasado en su vida.

—Bueno, y ahora que todo terminó, ¿qué será de lo nuestro? —preguntó él, tranquilamente.

Ella enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Es un nuevo detective Jordan el que habla?

—Es el de siempre, pero ha recobrado el tino. —Viendo la cara vacilante de Mal, agregó—: ¿Vamos a reñir otra vez, señorita Mallory Malone?

—Prefiero Mal, simplemente.

Él puso los ojos en blanco, exasperado.

—Bien, Mal, dime: ¿estamos riñendo?

—Tú estás riñendo —exclamó ella, fulminándolo con la mirada.

—Yo habría dicho que eras tú.

—Por supuesto. Como siempre.

Se miraron fijamente. Luego él sonrió de oreja a oreja.

—Imagina la reconciliación.

En la boca de Mal acechaba una sonrisa.

—¿Qué decías de lo nuestro?

Él se encogió de hombros.

—Es difícil. Entre los horarios de un policía y los de una estrella de televisión... Y estando tú en Nueva York y yo en Boston...

Mal aspiró hondo. Ahora o nunca.

—¿No sabes si necesitan una chica para leer el pronóstico meteorológico en la repetidora de Boston? —preguntó con una sonrisa.

Squeeze se echó y apoyó el hocico sobre los pies de Mal, con un suspiro de perro feliz.

Harry la miró a los ojos.

—Parece que los dos hemos perdido el corazón —dijo.

Y se estiró por encima de la mesa para besarla.





Elizabeth Adler. Es el seudónimo de Ariana Scott nació en Yorkshire (Inglaterra). Se define como una niña rubia, flacucha, con unas redondas gafas, y tremendamente tímida. Conoció a su marido Richard cuando vivía en Londres y él se trasladó a vivir al apartamento de al lado del que compartía ella con unas amigas. Richard era abogado y trabajaba para una empresa de Televisión. Se enamoraron y tres meses más tarde su empresa lo envió a Brasil. Se escribieron y semanas después Richard le envió un billete de avión para que se reunieran en Río. Y han estado juntos desde entonces, más de treinta y tres años. Tienen una hija.

Han vivido en Brasil, USA, Inglaterra, Francia e Irlanda. Gran aficionada a la cocina, especialmente la italiana. Su otra gran afición, además de escribir, es viajar.

Escribió su primer relato en la escuela primaria, con ocho años, una serie de misterio sobre una colegiala. No volvió a escribir hasta que su hija fue a la escuela. Entonces se sentó y escribió la que sería su primera novela, *Leonie*. Ambienta sus novelas en lugares que ha conocido en sus viajes y sus personajes, aunque son ficticios, están basados su caracteres en personas reales.